

NEREA VARA

Ernes
MI DOSIS

HAY VICIOS MUY ADICTIVOS



ERES MI DOSIS

NEREA VARA

©Nerea Vara, 2017

Título original: Eres mi dosis.

©Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2017.

ISBN-13: 978-1977823243

ISBN-10: 1977823246

Banco de imágenes: ©Sutterstock.

Diseño de portada y maquetación: China Yanly.

chinayanlydesign@gmail.com

Los personajes y sucesos de esta obra son ficticios y cualquier parecido a la realidad será simple coincidencia. Queda totalmente prohibida la copia total o parcia de esta obra, así como su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato, sea este mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro método, sin el consentimiento previo y escrito de su autor. En caso contrario, se aplicarán las sanciones correspondientes a las leyes de Copyright.

“Déjame que te diga algo sobre el amor...
No llama a tu puerta a menudo,
y cuando lo hace, tienes que dejarlo entrar”
—Brooke Davis

PRÓLOGO

ALYSSA

El dorso de su mano impacta contra mi mejilla de nuevo, girándome todo el cuerpo por la inercia y provocando que mi cadera choque contra la esquina redondeada de mármol de una cajonera de la cocina. La quemazón invade mi rostro, pero me obligo a mí misma a guardarme las lágrimas.

—Esto... se ha acabado. —La voz temblorosa provoca que apenas un susurro salga de mi boca.

—¿Perdona? —él arquea una ceja y da un paso más en mi dirección.

—Esto se ha acabado—digo más firmemente, mirándole a los ojos y aparentando valentía.

—¿Todavía no has aprendido nada? —Su mano encuentra el hueco de mi cuello, que para él ya se ha vuelto habitual—. Esto no se acaba hasta que yo lo diga.

—¡Suelta a mi hija!

La puerta trasera de casa, que da a la cocina, se abre de golpe cuando mi madre entra. Deja caer su bolso en el suelo y corre hacia nosotros, de un salto se sube a su espalda y le clava las uñas en los antebrazos. La presión en mi cuello es cada vez más fuerte.

—¡Que la sueltes! —Mamá coge un cuchillo y se lo pone en la garganta sin titubear—. Tienes tres segundos para soltarla.

Pero como siempre, él es más rápido, se lo quita de las manos y me abraza, de tal forma que el cuchillo me roza la espalda. Mi madre se lleva las manos a la boca y suplica con lágrimas en los ojos, uniendo ambas manos en un acto de rezo insignificante para él.

—Esto —arrastra la palabra lentamente mientras siento como la hoja del cuchillo raja mi espalda—, no se acaba hasta que yo lo diga.

Me gira para alcanzar mi rostro y pega sus labios a los míos. Una arcada sube por mi garganta al sentir el tacto y su aliento caliente y con olor a cerveza saliendo desde lo más profundo de su estómago. Tira el cuchillo al suelo, retrocede sin apartar la vista de mí, y desaparece por la puerta con una sonrisa de triunfo.

—¡Ah! —grito cuando los brazos de mamá me rozan la herida en una abrazo desesperado.

—Mi niña, Dios mío —llora acariciando mi pelo y besándome la cabeza.

Dejo que las lágrimas salgan también de mis ojos y noto que las piernas me fallan. Ambas caemos al suelo, ella sin soltarme y yo llorando en su pecho. Se separa un poco e inclina la cabeza para observar el corte, del cual siento brotar la sangre y resbalar por mi piel.

—No puedes seguir así. Cualquier día... Por favor, hija, tienes que denunciarle.

—Mamá, solo voy a conseguir empeorar las cosas —sollozo en una conversación repetida por vigésimo sexta vez.

—O le denuncias, o aceptas esa plaza en la universidad de Charlotte. Pero aquí no vas a seguir ni un día más.

CAPITULO 1

DOS AÑOS DESPUÉS

STEPHEN

Observo sin inmutarme cómo Kenny recoge mi ropa del suelo y la mete en la lavadora, asegurándose de no mezclar la blanca con la de color, y depositando la primera en una cesta aparte. Me mira con reproche y yo chasqueo la lengua mientras le doy otro trago a la cerveza, cuyas gotas resbalan ya por el exterior del vidrio color ámbar. ¿Por qué no se larga a su casa y me deja en paz?

—Tío, no puedes seguir así.

—Puedo hacer lo que me salga de los huevos, ya no tengo responsabilidades.

—Tienes que ir a rehabilitación —hace amago de quitarme el botellín pero yo soy más rápido.

—¿Para qué? No volveré a jugar en la vida.

—Eso no lo sabes, tal vez...

—Déjalo —le interrumpo levantándome para salir de la cocina—. Deberías marcharte, vas a llegar tarde al entrenamiento.

—Vuelvo después y cenamos juntos —se agacha para coger la bolsa de deporte y la coloca en su hombro, pasando la mano por su cabeza rapada y dándose la vuelta para evitar mi negativa.

—No se te ocurra traer a todo el equipo —le advierto observando su espalda mientras avanza hacia la salida.

—Ya veremos.

—Kenny.

—Me largo. Luego nos vemos.

Me saca la lengua, vacilante, y sale del salón. Escucho la puerta de la calle cerrarse pocos segundos después y camino hasta la ventana para mirarle, sube en su Ferrari, aquel que se compró nada más ganar el campeonato, y se marcha por el camino empedrado. Veo como, a lo lejos, Jeff le abre la verja mecánica y deja que salga. Le saludo con la mano cuando me mira, y regreso al sofá. Total, no tengo nada mejor que hacer.

Bienvenidos a mi patética vida: un hombre de treinta años, sin trabajo, sin sueños y sin ganas de tenerlos. Después de matarme a entrenar en la

universidad, y después de llegar a lo más alto que se puede llegar en el baloncesto, me destrozo la rodilla en un partido y a tomar por el culo mi carrera. Obviamente, en la NBA ya no hay sitio para mí, así que mí día a día consiste en levantarme, tarde, salir al jardín con mi Pastor alemán, lanzarle unas cuantas pelotas, recogerla llena de babas, y volver a entrar en casa, tirarme en el sofá y esperar a que Kenny venga a darme el coñazo. Así llevo dos meses ya, los días parecen avanzar más despacio que nunca. No he ido a ver ningún partido desde que me operaron, a pesar de que el entrenador no ha dejado de llamarme. Tampoco me apetece hablar con él. Sé que si fuera decisión suya, haría todo lo posible para que volviera a jugar, pero no depende de él, así que es absurdo replantearse ni tan siquiera esa opción.

Tres horas y cuatro cervezas después, tras haberme visto casi dos películas de *Stallone*, la puerta mecánica de fuera vuelve abrirse y por el ruido del motor, sé que es Kenny otra vez. Pero su coche no es el único que escucho. Voy a romperle la cabeza.

Me recuesto en el gigantesco *cheslong*, preparándome mental y psicológicamente para la que se me viene encima.

—¿¡Que pasa, tío!?! —Ray entra dando un salto y tocando el marco de la gran puerta de acceso al salón.

—Madre mía, que lástima das —me dice Duncan.

—Que os jodan. Tú, ya hablaremos —frunzo el ceño hacia Kenny—, y devuélveme ahora mismo mis llaves.

—Sí, sí —me vacila con la mirada—. ¿Hasta cuándo piensas seguir así?

—Dios, no sé cómo podéis ser tan pesados —cruzo los pies sobre el cuero blanco frente al televisor, y cambio de canal.

—Tío, tienes que acabar de curar esa rodilla y volver a ponerte en forma. —Las bolas de billar suenan mientras Ray las coloca para jugar.

—Ya estoy en forma —digo levantándome y cogiendo un palo para unirme a él.

—Sí, vamos —ríe, y los otros dos le imitan—, súper en forma.

—Dejad de calentarme porque os echo de aquí los tres —les digo mientras todos vemos cómo mi bola roja entra por el agujero—. Voy con las lisas.

—A ver... —Ray apoya las manos en la punta de su palo y adquiere un semblante pensativo— Fuiste a la universidad, te sacaste una carrera y después un doctorado, podrías tirar por ahí.

—¿Tú te crees que después de jugar en la NBA, me apetece ponerme a dar clases a unos niños? Venga, te toca —le señalo la mesa de billar, tratando de cambiar de tema.

—Oye, podría ser interesante —le apoya Duncan.

—No me rayéis más con esa mierda, ya veré lo que hago.

—Necesitas un trabajo para poder seguir permitiéndote los lujos que te permites —la mano de Ken se interpone y levanta otra de las esferas que iba a colar—. Como esta casa —mira a su alrededor—. Tu coche. Tu moto. ¿Sigo?

—No —me acerco y le quito la bola de las manos—, cállate ya. ¿Para esto habéis venido? —bufo mirando al techo y cuento mentalmente hasta tres.

—Pues deberías decidirte pronto porque nos hemos adelantado...

—¿Qué coño habéis hecho? —miro con temor a los tres.

—Te hemos conseguido una entrevista —Kenny evita mis ojos y se muerde la mejilla por dentro.

—Muy buena —rompo a reír cuando creo que me están vacilando.

Pero no, se miran entre ellos y después a mí, Duncan rasca su cabeza y murmura algo para sí mismo que no logro escuchar. Dejo el palo apoyado en la pared y camino hacia ellos, que retroceden y se colocan tras el sofá.

—Tío, es un buen trabajo —Ray habla con un sosiego fingido.

—Me habéis buscado un trabajo —asienten—. A pesar de que os he dicho mil veces que me dejarais en paz —asienten de nuevo—. ¿¡Hablo algún idioma que vosotros no entendéis!?

—Solo inténtalo —Ken pone los ojos en blanco y se acerca, es el más valiente—. Si no te gusta, lo dejas.

Resoplo y me dejo caer en el sofá, restregándome los ojos y dando la pelea por perdida. Los otros dos caminan con cautela y se sientan en el de enfrente, me observan y esperan a que hable. Paso la mirada de uno a otro y niego con la cabeza.

—¿De qué se trata?

—Profesor.

—No —me levanto negando rotundamente.

—Tío.

—No —vuelvo a decir caminando de un lado para otro—. Me niego, ni de coña pienso ser profesor.

ALYSSA

Mierda, llego tarde, mierda. Y encima con esta pinta. Y el primer día de clase. ¿Algo podría ir peor? Malditas Britany y Joyce por dejarme sola, se van a enterar, ésta se la devuelvo.

Corro por el pasillo, mirando en todas direcciones y tapándome cómo puedo para que no se me vea nada. Llego a la puerta de mi clase y me detengo frente a ella, gracias a Dios, todos están ya en sus aulas, así que no me han visto atravesando el campus en este estado de lunática.

—Vale, échale huevos, Liss —me digo a mi misma en voz alta.

Aliso mi pelo con los dedos y lo peino lo mejor que puedo, aunque dudo que nadie vaya a fijarse en él al ver mi aspecto. Cierro los ojos, respirando profundamente, y abro la puerta. Lo primero que veo, bueno, escucho, son las risas de esas dos zorras que se hacen llamar amigas. Se tapan la boca cuando me ven, y a continuación comienzan los murmullos. Busco al profesor Tunner con la mirada, para ponerle ojitos y pedirle disculpas, pero no le encuentro. En su lugar hay un chico alto y con camisa, encima de la plataforma del profesor, mirándome con una ceja alzada y el ceño fruncido. ¿Y este quién es?

—Buenos días —dice cuando ve que yo no hablo.

—Buenos días —avanzo confundida mientras me dirijo a mi asiento.

Nuestra clase es la más grande puesto que somos muchos alumnos en esta licenciatura, por lo que nos han dado una especie de pequeño anfiteatro. Las mesas van de lado a lado de la estancia, con sillas que se levantan y se pliegan, y todo está en cuesta, por lo que tengo que subir por las escaleras laterales para llegar hasta mi asiento.

—¿Puede explicarme el motivo por el que ha llegado tarde a la primera clase de su tercer año en la universidad? —pregunta sentándose sobre la esquina de su mesa.

—¿Y usted es...? —Mi voz es demasiado altiva, lo sé.

—¡Liss! —susurra Brit para que me calle.

¿Qué pasa? Ningún seminarista va a culparme por llegar tarde. Además, nadie nos ha avisado de que él iba a estar aquí.

—Soy su nuevo profesor. —No me jodas.

—¿Perdone?

—Ahora, si no le importa, le agradecería que saciara mi curiosidad, y estoy seguro, la de todos sus compañeros. —Mira a los demás y disimula una

evidente sonrisa— ¿Por qué ha llegado tarde y ataviada con un... camisón? ¿Pijama? —Cierta tono divertido se aprecia en su voz. Capullo.

—Pues verá, señor...

—Sinclair —responde levantándose.

—Verá, señor Sinclair, esto que llevo —señalo mi atuendo con un orgullo que no siento—, no es mi pijama, ya que para dormir uso mucha menos ropa. —Abre los ojos sorprendido pero no me interrumpe—. Y ya que su curiosidad es tan grande, voy así vestida porque perdí una apuesta. Mis amigas, aquí presentes —digo señalándolas—, me han obligado a ponerme esto para mi primer día. ¿Algo más que necesite usted saber?

—Debería aprender a apostar.

—Estoy de acuerdo. ¿Puedo sentarme?

—Sí. —Me mira un segundo más y vuelve a dirigirse a la clase—. Cómo iba diciendo antes de que la señorita...

—Mills —sonríó falsamente.

—Antes de que la señorita Mills irrumpiera en ropa de cama —¿pero este de qué va? —, la obra de este trimestre será *Romeo y Julieta*. Un clásico, imagino que no hay nadie aquí que no la conozca. Si es así, deberían replantearse el estudiar esta carrera.

—¡Oh, Romeo, Romeo! ¿¡Tú me amas, Romeo! —Gus, el gracioso de la clase, se pone en pie y recita.

Todos ríen y aplauden, excepto el nuevo, que se limita a mirarle sin cambiar la expresión de su rostro, el cual no veo bien desde esta distancia.

—¿Ha terminado? —le pregunta.

—Creo que sí —ríe también y vuelve a sentarse.

—Gracias. No quiero ni una interrupción más en mi clase.

Sinclair mira al fondo del aula con exasperación y asiente. Me giro y veo a Thomas levantando la mano.

—¿Es usted Stephen Sinclair? ¿El jugador de los Charlotte Bobcats? Bueno, ahora los Hornets.

—Sí —dice poniéndose tenso—. Lo era, ahora soy profesor.

—¿No volverá a jugar?

—No —responde cortante, dejándonos a todos claro que quiere zanjar ese tema.

Jugador de la NBA, con razón es tan alto.

—Está bueno de cojones, eh —susurra Joyce.

—No veo bien de lejos, ya lo sabes. Pero es un arrogante —respondo

mirando al deportista con aires de catedrático.

—Un arrogante rico al que me follaría —dice Brit desde su lado.

Las tres reímos pero nos callamos cuando su mirada se posa en nosotras.

Continúa la clase sin mayores imprevistos, excepto que los salidos de clase, y los que no lo son, no apartan sus ojos de mi cuerpo en toda la hora. No puedo culparles. El maldito picardías con el que estas guarras me han hecho venir a clase, es demasiado obvio como para pasar por un vestido, con tanta transparencia y seda brillante en las zonas a remarcar. Pero es lo que hay, no podía faltar a una apuesta.

—No olviden traer los manuales actualizados para mañana y las fotocopias que he dejado para que impriman —Sinclair despide la clase mientras todos nos levantamos y recogemos las cosas.

—Madre mía, Liss —Rob baja las escaleras tras de mí, con su mochila al hombro y mordiéndose el labio—. Espero que pierdas todas las apuestas que hagas.

—Calla, idiota —respondo riendo—. Ésta pienso devolvéroslo, no te creas que no sé qué vosotros hicisteis trampa para verme así.

—Culpable —levanta la mano y choca mi hombro con aire juguetón.

—Culpable —admite Peter también.

Continuamos bajando hasta la entrada sin parar de reír, y tratando de cubrirme el cuerpo con la carpeta. Los demás compañeros de género masculino, me regalan miradas seductoras y hambrientas, mientras que las de femeninas, son reprobatorias.

—Dios, tenías que haber visto tu cara cuando has entrado —me dice Brit en la puerta del aula.

—Señorita Mills, espere. —Oh, mierda.

—Suerte —dicen las dos antes de guiñarme un ojo y salir.

Camino hasta él y me detengo frente a su mesa, sin subir a la plataforma, pero me hace un gesto para que me acerque más, así que cojo impulso y lo hago. Noto cómo, durante una fracción de segundo, su mirada se desvía hacía mis piernas al separarlas para subir. Ríe para mis adentros pero no muestro expresión alguna.

Ahora que estoy más cerca, puedo observarle mejor. Lo primero que llama mi atención, es la línea marcada de su mandíbula. Firme y definida, más que cualquier otra que haya visto antes. La rodea una incipiente barba de un par de días, que le da un aspecto más joven y desenfadado. No sé cuántos

años tendrá, pero no le echo más de veinticinco. ¿Cómo puede ser profesor de universidad con esa edad? Joder, y menuda percha tiene, ¡cómo le queda ese traje!

—¿No tiene frío? —pregunta tras varios segundos mirándonos mutuamente. No puedo evitar fijarme en sus labios, gruesos y rosados, cuando se mueven para articular cada palabra— Mills. Le he preguntado que si no tiene frío —repite acercándose un poco.

—Sí —respondo de inmediato. Me he quedado agilipollada mirando su boca, qué vergüenza—. Pero era parte de la apuesta, no podía traer nada encima —aclaro abrazando la carpeta contra mi cuerpo con los brazos.

Me hace sentir intimidada y pequeña a su lado, creo que es la persona más alta que he visto en mi vida.

—No debería dejar que nadie la obligue a venir así a clase —frunce el ceño y exhala un “por Dios” mientras se desabrocha el único botón de la americana que lleva abrochado— Tenga, póngase mi chaqueta. —Se la quita despacio, tratando de no arrugarla.

—No, no —retrocedo un paso y levanto la mano—. Vivo aquí al lado, en la residencia.

—¿Está segura? —No me quita los ojos de encima con expresión dudosa.

Vaya, estaba tan perdida en sus boca que no me había fijado en sus ojos. Un aguamarina del color de la piedra con su mismo nombre. Un azul que me observa con profundidad y confusión ahora mismo. Un azul que esconde miles de preguntas.

STEPHEN

—Sí —dice con una pequeña sonrisa—. Gracias de todas formas.

—Procure venir un poco más tapada mañana.

—Descuide —asegura antes de darse la vuelta para marcharse.

Observo de nuevo sus piernas cuando baja de la plataforma y camina hacia la puerta, por no mencionar el trasero que puedo imaginar bajo la fina tela rosácea. Se gira antes de salir y creo ver un atisbo de sonrisa en su cara cuando me pilla mirándola. Pero, joder, ¿cómo no voy a mirarla? ¿A quién se le ocurre presentarse en clase así vestida? Por el amor de Dios.

Recojo mis cosas y camino hasta mi coche, paseando por los pasillos de la universidad sin llegar a sentirme cómodo del todo. No soy gilipollas, sé que soy la noticia del día.

Creo ver a otro profesor llamarme con la mano para que me acerque a él y a su grupito de ratas de laboratorio, pero paso. Finjo que no le he visto y me meto entre las facultades de estilo gótico para llegar hasta el aparcamiento del personal. Varios montones de personas se encuentran tumbadas en el césped, a pesar de que el día no es muy caluroso. Hablan, ríen y se gritan como si aún continuaran en secundaria, hacen que me sienta más viejo de lo que soy, joder. Ignoro sus miradas y murmullos cuando me ven pasar por el camino de piedra y empiezan a comentar en voz baja. Más me vale acostumbrarme rápido a esto.

He decidido traer el Audi, porque si algún niño me raya el Jaguar, no solo me despedirán, sino que acabaré en prisión. Y ahí mismo puedo terminar como vuelva a mirar a esa niña como la he mirado hoy. Cuando la he visto entrar en clase, agitada y acalorada, con los mechones alborotador de su pelo castaño chocando contra sus pechos... Nada bueno ha pasado por mi mente. Y cuando le he pedido que se acerque después, con la estúpida excusa de preguntarle si tenía frío, cuando en realidad solo deseaba observarla más de cerca... Maldita sea, ¿en qué estaba pensando? Es una cría, ni siquiera es mayor de edad, estoy enfermo. Dos meses sin sexo, definitivamente, es demasiado. Pero, me cago en la puta, soy hombre y tengo ojos. Además, no he hecho nada que no hayan estado haciendo el resto de sus compañeros durante toda la hora. No le han quitado los ojos de encima.

Mills. No sé por qué, pero creo que ese apellido me traerá más de un problema.

El sonido ensordecedor de mi pequeño cuando arranco, provoca que las pocas personas que no me estaban mirando, alcen la cabeza para hacerlo. La verdad es que si me fijo en el resto de los coches que se encuentran en el aparcamiento, no son precisamente chatarras, se nota que cobran de cojones. Pero bueno, desde luego no hay ninguno como el mío, así que imagino que les va a llevar un tiempo acostumbrarse. El que va a terminar hasta los cojones voy a ser yo, pero no de ellos, sino de los malditos *paparazzi* que ya puedo ver desde aquí. Mierda.

—¡No pueden pasar! —escucho a varios guardias de seguridad desde la entrada del campus, controlando que las furgonetas no accedan a la propiedad.

—¡Ahí está! —me pongo las gafas de sol y la gorra del equipo cuando me aproximo a ellos, obligado a disminuir la velocidad para no llevarme a

alguno por delante.

—¡Sinclair, aquí! ¡Una foto! —¿Pero esta gente no tiene nada mejor que hacer?

—¿Qué tal te has sentido en tu primer día como profesor?

—¿Volverás a la NBA?

—¿Qué tal va tu lesión?

—¡Dejen pasar, por favor! —Le hago un gesto de agradecimiento al hombre que me abre camino, ayudándome a salir y poder acceder a la vía principal.

—Dios mío —bufo en voz alta y subo el volumen de la música para sosegar las voces de mi cabeza.

ALYSSA

Cruzo el campus con paso apresurado, debido a que realmente tengo frío y me muero de ganas de llegar a mi habitación y cambiarme. Gracias a mis buenas amigas, nótese el sarcasmo, que me han dejado llevar deportivas para que no coja una pulmonía.

Entro en la residencia, la cual se encuentra a unos cuatrocientos o quinientos metros de mi facultad y se anuncia bajo el nombre de: “Residencia Artemisa”. Siendo la susodicha el símbolo de la castidad y la virginidad, podéis imaginar lo estrictos que son con las visitas masculinas en el interior del edificio.

Evito las miradas del resto de chicas y camino hasta las escaleras, subo al segundo piso, lo más rápido que puedo, y avanzo por el pasillo hasta la puerta con el número 203. Me agacho para abrir con la llave que llevo colgada al cuello y entro deprisa.

—Cabronas —les digo a Joy y Brit cerrando de un portazo.

—Venga, ha sido gracioso. Reconócelo. —La primera ríe mientras dejo mis cosas sobre el escritorio.

—Para vosotras. —Me quito el picardías, quedándome en ropa interior y zapatillas.

—¿Para qué te quería don macizo? —me pregunta Brit.

Abro el armario y saco un pantalón de deporte y una camiseta, me lo pongo a toda velocidad y voy hacía mi cama de nuevo.

—Dios, estoy congelada. —Cojo la manta y me la echo por encima de los hombros—. Nada, tocarme las narices con preguntas idiotas.

—Está demasiado bueno como para ser profesor.
—La verdad es que es muy atractivo —asumo.
—¿Atractivo? ¡Es un bombón en toda regla! —insiste ella.
—Venga, cambiaos y vámonos. —Le doy un empujón con el pie a Brit, que está sentada al borde de mi cama.
—Yo ya estoy —Joy sale del baño ya vestida.
—¿Piensas ir a correr en vaqueros? —le pregunto.
—Son elásticos —responde con rin tintín.
—Tú misma.

Caminamos hasta el parque principal de la residencia y pasamos bajo el arco que da comienzo al área deportiva del campus. Los jugadores de rugby ya están entrenando en el campo, y las animadoras en el gimnasio. Las vemos a través de los ventanales.

—Mierda, llego tarde —Brit se echa la bolsa al hombro y comienza a correr en esa dirección—. ¡Nos vemos luego!

Mi primera amiga en la universidad fue Joyce, es afroamericana y con una belleza excepcional. Llamó mi atención en cuanto se sentó a mi lado el primer día. Yo no pasaba por mi mejor época en aquel momento... Mi madre consiguió convencerme para venir aquí y dejar atrás Oregón, dejar atrás los maltratos de mi novio. Y, por desgracia, dejarla atrás también a ella.

Mike fue mi primer amor. O bueno, eso pensaba yo entonces. Le conocí en el instituto, cuando yo tenía catorce y él dieciséis, siempre me miraba en el recreo y a mí me volvía loca. Él formaba parte del grupo de los populares, y para mí, una niña dos años menor que él, era mi héroe. Por eso cuando me invitó al baile de fin de curso, fue el día más importante de mi vida. Acepté, obviamente, y desde entonces no se separó de mí. Pero literalmente, venía a buscarme por las mañanas para llevarme al instituto, se pegaba a mí en las horas de descanso entre clase y clase, y sobra decir que también en las horas de recreo. Me llevaba a casa y se quedaba conmigo casi todas las tardes. Al principio no me importaba, es más, me sentía halagada, pero poco a poco fui dándome cuenta de que había cosas que no estaban bien, como que no me dejaba salir con mis amigas, controlaba mis llamadas, mis mensajes... etc. ¿Y mi madre? Pues ella no lo aceptó en ningún momento. Desde el principio me dijo que Mike no le daba buena espina y que era demasiado mayor para mí, pero yo era una niña caprichosa. No le presté atención y me arrepentí de

ello. Vaya que si lo hice. ¿Cuándo? Pues en el momento en el que llegó el primer golpe. Ocho meses después de empezar, le dejé plantado para ir al cumpleaños de una de mis amigas, y se presentó en la pizzería. Me sacó a la fuerza y me metió en su coche, no dijo nada hasta que llegamos a su casa, y yo tampoco me atreví a abrir la boca, nunca le había visto tan enfadado. Cuando nos bajamos del vehículo, sin decir palabra me cruzó la cara. Ahí comenzó todo. Dos años de infierno, dos años que compartí con un chico al que odiaba y creía amar al mismo tiempo. Cuando estábamos bien, todo era perfecto, pero cuando se enfadaba, que era a menudo, se transformaba en una bestia. En un desconocido.

El día que me amenazó y me cortó con un cuchillo, mi madre me puso un ultimátum, o le dejaba o ella misma efectuaría la denuncia. Yo tuve miedo, miedo a marcharme, a huir y a que la tomara con ella. Miedo a que me buscara y me siguiera, miedo a que se vengara. Pero no podía seguir en aquella situación, así que decidí arriesgarme y aceptar la plaza aquí, en Charlotte. Siempre he querido ser actriz, y el mejor programa de estudios lo tiene esta universidad.

Cuando me marché, Mike me buscó durante dos semanas. Aporreaba la puerta cada noche, hasta que mi madre llamó a la policía. Las últimas palabras que Mike le dijo, fueron las mismas que me había repetido a mí tantas veces: *“Esto no acaba hasta que yo lo diga.”*

STEPHEN

Saludo a Jeff cuando me abre las puertas automáticas, y aparco el Audi entre el Jaguar y mi pequeña. Solo tengo dos amores en mi vida, y tengo intención de que siga así: mi perro Zeus y mi Vyrus. Kenny me dijo que estaba loco por comprarme esa moto, que era demasiado para mí, pero que le jodan, es la mejor inversión que he hecho.

Miro al cielo cuando me bajo, está nublado y cada vez más oscuro, seguro que se pone a llover. Odio la lluvia con todas mis fuerzas.

—¿Qué pasa, colega? —saludo a Zeus cuando me recibe en la puerta—
¿Tienes hambre?

Ladra y me sigue hasta la cocina, observando cómo cojo su comida del armario y echo un buen puñado en su cuenco. Joder, como ha crecido el cabrón. Recuerdo cuando mi hermana me lo regaló hace seis años. Mi novia, la única que he tenido, me dejó por un empresario y creí que no lo superaría

nunca, aunque me joda admitirlo, me rompió el corazón. Perdí diez kilos y no salía de casa. Yo era un crío por aquel entonces, todavía no había entrado en la NBA y no conocía a Ken, Duncan y a los demás. Gracias a Dios, ese mismo año terminé la universidad y no volví a verla. Desde entonces, mis relaciones con las mujeres han sido todas iguales. Tengo tres reglas y nunca las incumplo: yo mando, siempre, no repito con la misma, casi nunca, y no suplico. Jamás. Si una chica me gusta, lo intento una vez. Una y no más. Si no le intereso, ni yo ni mis condiciones, no pierdo más el tiempo. Y así me ha ido estupendamente durante los últimos seis años.

Rasco la cabeza de Zeus mientras come, me aflojo la corbata y dejo la americana colgada de la silla. Enciendo el horno para precalentarlo y meto una pizza margarita, abro una cerveza y vuelvo al salón. Enciendo la televisión y pongo los deportes, los chicos ganaron contra Memphis el otro día, así que el entrenador debe estar contento, les tenía ganas desde que, en el anterior partido, nos hicieron un huevo de faltas. Bueno, les hicieron trampas. No sé por qué coño sigo incluyéndome, joder.

El próximo partido es contra los Suns de Phoenix. Espero que no sigan insistiéndome con que vaya a verles, porque no estoy preparado. Sé que no seré capaz de estar tras el banquillo y ver cómo mi puto futuro se ha ido a la mierda.

Zeus se acerca y se tumba en el suelo, junto a mis pies, mirando la televisión. Sonríe al ver cómo se relame tras terminar su manjar y me estiro para palmearle la cabeza, gesto ante el que él emite un sonido con la garganta y se arrima más a mis pies. Me recuesto ligeramente en uno de los numerosos cojines que tiene el sofá, y saco el teléfono del bolsillo cuando siento la vibración.

2.34pm Duncan

¿Steph, qué tal el primer día?

2.34pm Ken

Eso, cuéntanos.

2.35pm Stan

Jajaja, yo quiero ir a verte. ¿Llevas gafitas de profesor?

2.35pm Terrance

Dios, no puedo perdérmelo.

2.36pm Ken

Venga, tío, estamos de coña.

2.36pm Byron

Ey, ¿qué me he perdido?

2.36pm Stan

Stephen se ha convertido en profe de universidad, jajaja.

2.37pm Byron

¡No jodas! Yo quiero ir a verte.

2.37pm Ken

Venga, dejadle en paz. ¿No ha pasado nada interesante?

2.38pm Stan

¡Ese bueno es por una tía!

2.38pm Terrance

¡Sí, sí!

2.38pm Carl

¿Qué coño habláis tanto? ¿No tenéis otro puto grupo para los cotilleos de marujas? Me habéis despertado al niño, cabrones.

2.35pm Yo

Bah, una panda de niños.

2.35pm Yo

Hijos de puta.

2.37pm Yo

Bueno...

Eso es verdad. Somos doce en el equipo, bueno, joder, éramos doce, ahora también pero yo ya no estoy entre ellos. El caso es que estamos doce en el grupo de Whatsapp, porque se suponía que ese era para hablar sobre cosas de los partidos y demás, no se ha vuelto a usar desde que yo me fui. Solo para preguntarme que tal estoy y rayarme la cabeza. Supongo que han hecho uno nuevo con mi sustituto...

Tenemos otro grupo que es el que usamos para hablar los colegas, en el que no estamos todos, solo Kenny, Duncan, Byron, Stan, Terrance y yo, no sé por qué Ken me habrá preguntado por el otro, no sé ni por qué continúo en él...

¡Mierda, la pizza! Tiro el móvil en el sofá y paso por encima de Zeus, corriendo hacia la cocina. Maldita casa gigante. Menos mal que me gusta bien hecha, porque ya estaba empezando a tostarse por los bordes. Una oleada de humo sale cuando abro la puerta, la cual me habría empañado las gafas en el caso de usarlas. La coloco en el mismo plástico en el que venía, y saco una cerveza de la nevera, cojo la pizza con la otra mano, y regreso junto a mi perro. Me siento en el sillón que está más cerca de la mesilla y coloco el botellín encima para que no me lo tire. Dios, qué hambre tengo.

—No, colega, tú ya has comido. Ahora es mi turno —le digo cuando olisquea mi comida y levanta las orejas.

Hace un sonido triste y vuelve a tumbarse, decepcionado. Yo creo que este perro me entiende. No, de verdad, creo que comprende el lenguaje de los humanos. O eso, o es muy listo.

—No te hagas el ofendido, anda. Cuando acabe, salimos a jugar con la pelota.

Vuelve a levantar las orejas y comienza a mover el rabo. Sonrío y me trago un cuarto de pizza de un bocado, sigo viendo los deportes hasta que terminan, al mismo tiempo que yo con mi comida. La mujer del tiempo dice que lloverá este fin de semana. De puta madre, otra excusa para no ir a ver el partido, todos saben que odio la lluvia con todo mi ser. Hay gente a la que le gusta, incluso le relaja y se descarga aplicaciones con sonidos para ponérselas mientras duerme. Yo, en cambio, soy de esos a los que le llaman los rayos de sol y necesita el calor para vivir.

ALYSSA

Terminamos de dar la cuarta vuelta al campo de entrenamiento y vamos frenando poco a poco, hasta que terminamos caminando a un paso constante. Llegamos hasta las gradas y nos sentamos para ver el final del entrenamiento de los chicos, estirando los músculos y atemperando el cuerpo para no ponernos malos por el frío que está comenzando a hacer.

—¡Pero mira que eres paquete, Rob! —le grito cuando le lanza la pelota demasiado lejos a Peter.

Me mira con una sonrisa amenazadora y sé que después vendrá a por mí. Joy y yo reímos y le damos un trago a la botella de agua, nos secamos el sudor y miramos hacia el gimnasio, cuando escuchamos los gritos y las risas de las animadoras saliendo. Brit se despide de ellas y corre hasta nosotras.

—¿Vamos? —nos pregunta.

—Sí —responde Joy justo cuando el entrenador pita el final.

Todos aplauden y dejan de hacer lo que estaban haciendo. La verdad es que la universidad no es como el instituto, aquí, los jugadores no son los típicos machos alfa que arrasan con todo a su paso, y las animadoras no son las típicas guarras que se creen dueñas y señoras de todo. Aunque hay un par de excepciones, como Jessica y Kim. Llevan desde el primer año de carrera, intentando quitarle el puesto de capitana a Brit, pero no tienen nada que hacer.

Britany Bogdanova. ¿Qué decir de ella? Es una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Honrada, simpática, inteligente y preciosa. La inconfundible chica que la ves y la odias por lo perfecta que es. Pero es que es la realidad. Sus padres emigraron a Estados Unidos antes de que ella naciera, y siempre la han educado bajo unos valores muy sólidos. Es por eso que no permite que a ninguna de sus *cheerleaders* se les suba a la cabeza, mantiene a Jessica y a Kim a raya, aunque a veces se pasan de listas...

—¡Eh, tú! —me grita Rob cuando ve que nos levantamos para marcharnos.

—Mierda. —Le tiro mi botella de agua a Joy y echo a correr todo lo deprisa que puedo.

—¡No huyas, cobarde! —grita tras de mí.

Avanzo a toda velocidad por el campo, mirando hacia atrás para comprobar la ventaja que le saco, pero sé que me va a alcanzar, así que me giro y levanto las manos, a la vez que le observo arrepentida. Deja de correr y se acerca caminando y sonriendo a la vez, mientras se frota las manos y pasa la lengua por sus labios.

—Era broma —digo poniendo ojitos, pero se lanza a por mí y me tira al suelo con el cuidado suficiente como para no hacerme daño.

Noto el césped húmedo bajo mi espalda, debido al frío que ha estado haciendo estos días, y al rocío que se crea por las noches sobre él.

—Así que soy un paquete, eh. —Inmoviliza mis manos y se acomoda sobre mi cuerpo.

—Absolutamente —digo mirándole mientras sonrío.

—Esta mañana estabas muy sexy. —Su voz adquiere un tono más juguetón.

—Lo sé.

—¿No quieres que apostemos nada más?

—¡No! —río y me revuelvo para quitármelo de encima.

—Venga, parejita. —Joyce y el resto llegan hasta nosotros—. Que nos quedamos frías.

Rob ríe y se levanta, me tiende la mano para ayudarme y tira de una de mis trenzas antes de guiñarme un ojo y correr hacia el vestuario.

—Apuesto a que volvéis a liaros. —Brit me da un golpe de cadera con voz cantarina.

—Acepto la apuesta —digo provocando la risa de las tres.

CAPITULO 2

ALYSSA

Dejo la toalla y la botella de agua sobre el escritorio, y me meto en el cuarto de baño. Hoy me toca la ducha a mí primero, cosa que agradezco enormemente ya que tengo mucho frío y al mismo tiempo estoy empapada de sudor.

Me suelto las trenzas, desenroscando los mechones castaños y revolviéndolo un poco al terminar. Continúo por deshacerme de los pantalones y después de la parte superior. Lo meto todo en el cesto de la colada, junto a la ropa interior, y abro el grifo del agua caliente.

—Ahh. —Un gemido sale de mi boca al notar el ardor del agua calentando todos mis músculos.

Me permito disfrutar un par de minutos más antes de empezar a enjabonarme, pero no mucho más, puesto que Joy debe tener las mismas ganas de ducharse que yo.

Un rato después, ambas estamos ya aseadas y bien abrigadas. Mientras me seco el pelo, Joy teclea algo en su teléfono.

La habitación de Britany, está dos más allá de la nuestra y la comparte con Amber, una chica muy simpática aunque bastante tímida y silenciosa, justo lo contrario que ella.

—¿Has leído lo del grupo? —La voz de Joyce me llega por encima del secador.

—No. ¿El qué? —pregunto apagándolo y guardándolo en el armario del

baño.

—Dice Thomas que este sábado es la fiesta del inicio de curso.

—¿En el lago, como el año pasado?

—Sí.

—Pues va a llover.

—Cómo si eso fuese a cambiar algo —pone los ojos en blanco sin levantar la vista de la pantalla.

—Yo no pienso ir si llueve, eh. Te lo digo desde ya —le advierto con el dedo desde mi lado de la habitación.

—Bueno, bueno, ya veremos. ¿Bajamos a comprar algo para merendar? Me muero de hambre.

—Tengo que ir a imprimir las fotocopias que ha mandado don engreído —recuerdo al ver los apuntes de su clase sobre el escritorio.

—¡Es verdad, yo también!

—Pues vamos.

Cojo dinero suelto de la cartera y una cazadora vaquera para ponérmela por encima de la sudadera y no resfriarme, espero a que ella se coloque las zapatillas deportivas y vamos hasta la puerta de Brit para preguntarle si quiere venir con nosotras.

—¡Está abierto! —grita desde el interior cuando toco un par de veces la madera.

Asomamos la cabeza y la vemos tumbada en su cama, con una pierna flexionada y pintándose las uñas.

—Vamos a imprimir lo de Sinclair, ¿vienes?

—No me puedo poner los zapatos ahora. —Hace pucheros y señala sus uñas—. ¿Os doy dinero y me lo sacáis, por favor?

—Claro, no te preocupes —sonríó y le hago un gesto con la mano cuando se va a levantar a por su bolso—. Ya me invitarás a un chupito. —Le guiño un ojo y ella asiente sonriente.

Joyce y yo bajamos las escaleras y salimos de la residencia. Por desgracia, y como habréis podido imaginar por el nombre, los jefazos son muy estrictos con lo de no meter chicos aquí, ellos tienen la suya propia, pero no saben que lo único que consiguen es que la tentación sea mayor. Aunque lo cierto es que nos da bastante igual, porque cuando queremos meterlos, los metemos. Como cuando me lié con Rob, justo antes de verano, en la fiesta de despedida que curso que se hizo en el lago. La verdad es que este chico me atrae bastante, tenemos una química especial desde... siempre. Bueno, quiero

decir desde el primer año de universidad.

—¿Qué tal con Rob? —me pregunta mi amiga mientras caminamos entre las jardineras compuestas por camelias y amapolas.

—¿A qué te refieres? —finjo confusión, aunque lo sé de sobra.

Me echa esa mirada de “sabes a lo que me refiero” y yo solo sonrío.

—Hace mucho ya, solo somos amigos, Joy.

—Pues yo creo que él quiere ser algo más, esas cosas se notan, Liss.

—No creo, él coquetea con todo el mundo, no soy especial —trato de restarle importancia para que deje el tema.

—Lo que tú digas.

Entramos en el edificio principal donde está la copistería, el lugar en el que los profesores dejan todos los apuntes y libros para sus clases. Las paredes exteriores, siguiendo el estilo gótico del campus en general, está compuesto por detalles simples y unas grandes cristalerías, mostrando la iluminación del interior al caer la noche. La entrada principal es un gran arco apuntado, que da paso al enorme recibidor desde el que surgen varios pasillos enmarcados por bóvedas de crucería. La verdad es que todo esto me alucinó cuando llegué aquí, pero después me acostumbré a verlo cada día. Imagino que es como todo, la primera vez que vas a Las Vegas te impresiona, pero cuando llevas varios días allí, las luces y colores no llaman tanto la atención. ¡Ojo! Son solo suposiciones mías, nunca he viajado más que de Oregón a aquí...

—Buenas tarde, chicas. ¿Qué necesitáis? —nos pregunta Fiona cuando llegamos al mostrador.

—Hola, Fi. Tenemos que coger lo que ha dejado don engreído —digo apartándome el pelo, aún húmedo, de la cara.

—¿Don engreído? —ríe frunciendo el ceño.

—Sí, el profesor nuevo de interpretación, Sinclair —respondo con rin tintín al decir su nombre.

—Joder, sí. Le he visto esta mañana, está buenísimo. He oído rumores de que es un ex jugador de la NBA.

—Rumores confirmados —dice Joyce—. ¿Ha dejado algo para imprimir?

—Espera que mire. —Se da la vuelta y echa un vistazo entre los casilleros de las diferentes asignaturas—. Sí, aquí está. Es el guion de Romeo y Julieta.

—¡Ay, sí! Yo quiero ser Julieta. —Joy aplaude y da saltitos emocionada

—. Y espero que Romeo sea Cameron.

—¿Todavía seguís locas por ese chico? —Fiona apoya los codos en la mesa, buscando conversación.

Se nota que se aburre, ya que su día transcurre tras este mostrador, sin más entretenimiento que las charlas que pueda sacar a los alumnos que le sigan el rollo. ¡Ah, sí! Importante, y los cotilleos. Creo que se alimenta básicamente de ellos y de batido de plátano.

—Joder, como para no estarlo. ¿Tú le has visto bien? —Mi amiga la imita como de costumbre.

—Sí —dice riendo—. Aquí tenéis, chicas. ¿Os lo apunto?

—No, hoy traemos dinero. —Saco las monedas del bolsillo y las dejo sobre la mesa—. Dame también uno para Brit.

—Vale. ¿Oye, vais a ir a la hoguera del sábado?

—No creo, va a llover.

—Que pesada, ¿qué más da que llueva? —se queja Joyce.

—Pues que no voy a ir —digo sonriéndole sarcásticamente.

—Eso ya lo veremos.

STEPHEN

El despertador taladra mi cabeza y me saca de un sueño maravilloso en el que estaba a punto de colar el balón por el aro. Alargo la mano para apagarlo y bufo, dejando caer la cabeza en la almohada, cuando veo que son las siete de la mañana. Me froto los ojos con las manos y me permito odiar a mis amigos varios segundos por haberme conseguido este trabajo que tanto me hace madrugar. Miro por la ventana que da al jardín y veo que está lloviendo de cojones. Me cago en la puta, ya no voy a currar, que les jodan a esos niños. Giro en la cama y me tapo hasta las orejas, moviendo los dedos de los pies en un tic involuntario, para sentir el calor de mi nórdico de plumas.

Cinco minutos después, el despertador vuelve a sonar. Mierda.

—¡Cállate! —le grito al aire, colocándome la otra mitad de la almohada azul de dos metros sobre el rostro.

Dios mío, no voy a ser capaz de llevar este ritmo a diario. De verdad que no.

Arrastro los pies hasta el armario y saco una camisa blanca, una corbata y unos vaqueros. Lo dejo sobre la cama y entro en el baño —casi todo esto con los ojos medio cerrados—, abro la ducha y me quito los calzoncillos mientras

se calienta el agua.

—Buenos días, colega —saludo a Zeus cuando entra moviendo el rabo —. Deberías dormir más, tú que puedes.

Observo mi reflejo en el espejo y paso la mano por mi rostro, sintiendo la incipiente barba en la yema de los dedos, debería afeitarme ya. Bah, mañana.

Meto mi cuerpo bajo el agua y decido enfriarla para despejarme, porque veo que si no, me dormiré dando clase a esos adolescentes. Encima hoy tengo que repartir los papeles de Romeo y Julieta, espero que no se pongan pesaditos porque les mando a paseo.

Enjabono mi cuerpo y maldigo a mis demonios internos cuando siento calor en la base de mi miembro y observo cómo se va levantando y poniendo duro. No es el momento, no tengo tiempo, maldita sea. Podría masturbarme y empezar el día con una alegría, ¿el problema? Que eso sucede cuando la imagen de Mills se cruza velozmente por mi mente, así que decido que no pienso satisfacerme pensando en ella, era justo lo que me faltaba.

Cierro por completo el agua caliente y ahogo un grito para no asustar a Zeus cuando el frío hiela mis huesos y despierta mis neuronas. La erección baja con la misma rapidez con la que ha llegado, dándome tranquilidad para poder ducharme a gusto.

Tras vestirme y peinarme, exprimo unas naranjas, me hago unas tostadas y un par de huevos revueltos, y me lo como todo deprisa. Antes de marcharme, me aseguro de que Zeus tendrá comida de sobra hasta que yo regrese y me despido de él, con un lametazo por su parte y una risa ronca y mañanera por la mía.

—Que tenga un buen día, señor.

—Lo mismo para ti —saludo y sonrío a Jeff cuando me abre las puertas mecánicas.

La entrada sigue llena de *paparazzi*, ¿han dormido aquí? La madre que les parió. Aprieto el claxon varias veces, hasta que consigo que todos se aparten y me dejen entrar para no llegar tarde a mi segundo día de trabajo. Por el espejo retrovisor veo cómo tratan de seguirme, algunos corriendo y otros montando en sus furgonetas.

El camino hasta el campus lo hago en pocos minutos, ya que está bastante cerca. Aunque hoy tardo más de lo normal debido al denso tráfico que me encuentro en la carretera. Al atravesar las puertas principales, ya puedo ver a los lejos a los alumnos correr de un edificio a otro, con sus mochilas al hombro y el rostro apurado.

Aparco en el mismo sitio de ayer, y en menos de cinco minutos estoy entrando en mi clase. Subo a la plataforma, hacia mi mesa, dejo el maletín sobre ella y me doy la vuelta para dar los buenos días a una clase repleta de gente. Cuál es mi sorpresa cuando veo que apenas hay unas pocas personas, tanta prisa para que ahora todos lleguen tarde, qué poca seriedad. Miro el reloj de la pared y veo que en él, aún quedan casi cinco minutos, al parecer tengo el puto reloj de muñeca adelantado. Decido sentarme sobre la mesa y ojear mi Facebook para hacer tiempo.

La clase se va llenando poco a poco, y no puedo evitar levantar la mirada hacia la chica de ayer cuando entra sonriente. La que me ha tenido cachondo toda la noche y parte de la mañana. No he podido sacarme de la cabeza sus piernas, ni tampoco la forma en la que me observó, sin pudor, durante varios segundos. Veo cómo ella también me mira, y ríe, cuando su amiga le dice algo al oído, suben hasta los asientos de la tercera fila y se sientan. Hoy ya no nos deleita con su cuerpo semi desnudo, en su lugar viene bien abrigada, con unos pantalones vaqueros y una cazadora de cuero.

—Buenos días. —Saco los papeles que mandé ayer imprimir a todos y los dejo sobre mi mesa—. Espero que todos hayan traído el guión que dejé ayer en la fotocopidora. —Veo cómo algunos asienten, sin poder quitarle el ojo de encima a Mills—. Bien, lo primero que haremos será repartir los papeles principales —digo cogiendo una tiza—, y después los secundarios. Lo haremos por sorteo.

Escribo los nombres de los personajes, cojo la lista con los nombres de los alumnos que tengo, y les miro.

—Usted —señalo a un chico de la primera fila—. Dígame un número.

—Mmm, el catorce.

—Gracias —vuelvo a la lista, bajo por los apellidos y me detengo sobre el número catorce. ¿En serio? —. Mills.

—Presente. —Se levanta y me dedica la sonrisa más fingida que he visto en mi vida.

—Me alegra ver que hoy va más tapada. Usted será Julieta.

—Joder —le escucho decir antes de sentarse.

—¿Algún problema?

—No, señor —responde con sarcasmo—. Ninguno.

—De acuerdo. Siguiendo... Morris —miro a ver quién se levanta.

ALYSSA

—¡Oh, sí! —exclama Rob poniéndose en pie y chocando la mano de Peter y de Thomas.

—Romeo —le dice el profesor.

Rob me mira y me guiña un ojo, yo solo rio y le saco la lengua. Al menos será alguien de confianza.

—Muller, será la nodriza —le dice a Stephy.

Continúa repartiendo los papeles entre todos, y de vez en cuando me mira. Puedo notar la curiosidad y actitud prepotente desde aquí. Algunos se quejan y otros se alegran, a Brit y a Joyce, les toca un papel secundario de poca importancia, así que no están muy contentas.

—Voy a hablar con él —le digo a Joyce cuando acaba la clase—. Yo no quiero ser la jodida Julieta, voy a ver si puedo cambiarte el papel. Sé que te hacía ilusión.

—¿En serio que te da igual? —La emoción se nota en su voz.

—Claro, sabes que esta obra ya me aburre, mi madre me la leía cada noche. Me sé los malditos diálogos de todos los personajes de memoria.

—¡Vale! Brit y yo te esperamos fuera —dice tirando de ella.

—Ahora sí que no vas a poder librarte de mí. —Me sobresalto cuando Rob susurra en mi oído.

—No lo celebres tanto, Romeo. —Cojo mis cosas y ambos vamos hacia las escaleras para bajar.

—¿Por qué?

—Voy a hablar con él, a ver si me deja cambiarle el papel a Joy.

—¡No! —Coge mi mano para detenerme y que le mire— Venga, Liss, será divertido —dice poniéndome ojitos.

—No me pongas esa cara, no vas a convencerme —susurro y le dejo atrás para acercarme hasta la mesa de Sinclair—. Disculpe.

—¿Sí? —gira la cabeza un poco para mirarme, y se da la vuelta por completo al ver que soy yo— ¿Podemos hablar un segundo?

—Sí, dígame —apoya las manos en la mesa y se sienta en ella.

Decido subir a la plataforma porque con lo alto que es y desde ahí arriba, me siento enana. Su cara muestra sorpresa cuando me acerco, pero lo disimula. Madre mía, es realmente atractivo. No puedo evitar desviar la mirada un segundo hacia sus brazos, cómo las venas hinchadas que suben desde sus manos y muñecas, ascienden hacia arriba, hasta perderse bajo la camisa blanca que ha escogido para hoy.

—Verá... Quería pedirle si podría cambiar mi papel con el de Joyce Levinson.

—¿Por qué? —pregunta frunciendo el ceño y cruzando los brazos.

—Bueno, a ella le hace mucha ilusión y...

—¿Y a usted no? —me interrumpe.

—No... Bueno... no es eso. Es que...

—¿Qué?

—Da igual. —Me giro para darme la vuelta, intimidada por su brusquedad.

—Mills —dice a mi espalda. Me giro para preguntarle qué quiere y me sobresalto al ver que se ha acercado. Necesito levantar la cabeza hacia arriba para poder mirarle a los ojos, medirá más de un metro noventa—. No debería desaprovechar las cosas buenas que la gente le ofrece. No lo que yo le ofrezco.

—¿Ah, no? —Levanto más la cabeza, tratando de sonar segura.

—No. —Da un paso más y dibuja un semblante más serio aún.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo no concedo segundas oportunidades.

—¿Es algún tipo de indirecta o amenaza, señor?

—No, es una realidad. Mi realidad. Lo toma o lo deja.

—¿Qué quiere decir con que lo tomo o lo dejo?

—Quiero decir que, o es Julieta, o no será nadie.

—¿Qué más le da a usted el papel que haga? Ha sido un sorteo —digo comenzando a exasperarme.

—Porque las cosas se hacen como yo lo digo, así que decida. ¿Acepta o no?

—No tiene derecho a...

—¿A qué? ¿A decirle lo que tiene que hacer? ¿A decirle el papel que debe desempeñar? Tal vez fuera de esas puertas no, pero aquí dentro, señorita Mills, soy yo quien decide. —Le fulmino con la mirada y bufo mientras me doy la vuelta.

—Cabrón —murmuro bajando la plataforma.

—Lo he oído —dice a mi espalda.

Yo no respondo, salgo de la clase como alma que lleva el diablo. ¿Pero este tío de qué va? Me parece perfecto que fuera jugador de la NBA, pero eso no le da derecho a tratarnos como le dé la gana, joder. Si no quiere ser profesor, que no lo sea, pero que no lo pague con nosotros. ¿Qué más le da a

él quien haga de Julieta?

STEPHEN

Me importan tres cojones quien haga de Julieta. Si no se llega a poner así, y no me hubiera dicho nada, ni me hubiera dado cuenta de que se habían cambiado los papeles, pero cuando he visto lo que le importaba y lo nerviosa que se estaba poniendo, no he podido evitar querer fastidiarla. Me estaba poniendo tanto con esa actitud desafiante... tan cachondo como de mala hostia. No estoy acostumbrado a que me lleven la contraria, y no es algo que sepa sobrellevar con entereza. Y menos una maldita cría de veinte años, joder. ¿Quién se ha creído que es para hablarme así? Pues la ha cagado conmigo porque pienso hacerle la vida imposible. No sabe lo que ha hecho desafiándome de esta forma, acaba de convertirse en mi entretenimiento diario.

ALYSSA

Joyce asoma la cabeza por el armario que separa nuestra habitación, y pone una cara de desaprobación cuando ve mi atuendo.

—Cierra la boca.

—No he dicho nada —responde acercándose.

—Tu cara lo dice todo.

—Joder, Liss, es que mira que pintas llevas.

—Pues no voy, solucionado. —Pego un saltito y me tumbo en mi cama.

—Ni de coña. —Tira de mi pié y me arrastra por el colchón—. Levanta tu culo ahora mismo y sácalo por esa puerta.

—No pienso cambiarme, eh —le advierto con el dedo.

—Que vale. Pero no pienses ligar esta noche.

—No tengo intenciones.

Britany sonrío cuando nos encontramos en el pasillo, y se abstiene de comentar mi ropa. A pesar de estar jarreando, ellas se han puesto un vestidito como si estuviéramos a treinta grados. Yo no, no estoy tan loca. Llevo unos pantalones de tela y una camiseta de manga francesa con demasiado escote porque, una cosa es que llueva, y otra que sea una monja.

—¿Dónde nos recoge Rob? —pregunta Joyce cuando salimos de la residencia.

—He quedado con él en el aparcamiento. —Le busco con la mirada mientras vamos por el camino de piedra principal—. Allí está.

—Arriba, preciosas —dice bajando la ventanilla de su coche.

—Hola —le sonrío y él me guiña un ojo.

—¿Listas? —pregunta mirando hacia atrás cuando todas subimos.

—Listas —responden Brit y Joyce a la vez.

Yo asiento y él arranca con notable emoción por lo que nos espera esta noche.

STEPHEN

—¿Podéis decirme qué cojones hacemos en una puta fiesta de universitarios? —Miro a mi alrededor, no viendo otra cosa que gente bebiendo, bailando y medio desnudos.

—Celebrar que hemos ganado a los Suns, cojones. Te estás convirtiendo en un abuelo, tío, deja de quejarte y disfruta —me dice Ken aparcando junto al lago.

—¡Está lloviendo! Sabes cuánto odio la lluvia, joder. ¿No podemos ir a una fiesta normal y corriente? ¿Sabes lo que pasará como os pillen aquí los *paparazzi*?

—Si venimos aquí es precisamente porque no va a haber *paparazzi*, venga.

—¿Piensas dejar aquí el coche? —le pregunta Duncan desde el asiento trasero.

—¿Tú también? —se gira con el ceño fruncido.

—Me callo. Vamos —dice bajándose.

Debo reconocer que no llueve tanto, pero me da igual, es absurdo estar en el puto lago con este día. Aunque parece que eso solo me preocupa a mí, porque esto está hasta arriba de chicos sin camiseta y chicas en biquini. ¿Pero es que esta gente está colgada o qué?

—¡Eh, tío! —grita un chaval en cuanto pisamos la arena mezclada con hierba y barro— ¡Sois los de los Hornets!

—Mierda —murmura Duncan.

—Os lo he dicho. ¿Qué esperabais?

Unos cuantos se acercan y les piden autógrafos. A mí también, pero menos que a ellos... Cuando conseguimos quitarnos a todos de encima, nos acercamos hasta la hoguera, que chisporrotea por la lluvia, y cogemos unas

cervezas de una nevera que hay sobre unas rocas, nos sentamos en un tronco que hay en el suelo y observamos a la gente.

—Joder.

—¿Qué pasa?

—Esos dos son alumnos míos —reconozco a Romeo y a su amigo.

—¿Cuántos años tienen? —me pregunta Kenny.

—Veinte o veintiuno.

—Pues van finos —ríe Duncan—. ¿Cómo se las ingenia esta gente para comprar tanta cantidad de alcohol? Son todos menores.

—Se buscan la vida —digo yo—, son muy listos. Bueno, van de listos, pero son todos unos niñatos.

—Se nota que te gusta tu trabajo. —Miro mal a Kenny ante su comentario, teniendo en cuenta que él participó para que lo aceptara.

Los tres reímos y le damos otro trago a la cerveza, le doy la vuelta a mi gorra, colocando la visera hacia atrás, y me sacudo los pantalones para quitarme la ceniza que el viento ha arrastrado hasta la tela desgastada.

—¡Perdón! —grita una chica cuando se cae encima de nosotros— Es culpa de mis amigas que me han empujado —dice intentando ponerse en pié.

—¿Mills? —Aparto el pelo de su cara para comprobar que es ella.

—¿Don engreído? —balbucea.

—¿Cómo me ha llamado?

—¿Tío, hablas a tus alumnos de usted? —Duncan me da un empujón en medio de una carcajada.

—Cállate, cojones —digo levantándome y ayudándola a ella a hacer lo mismo.

—Pues don engreído, que es lo que eres.

—¡Liss! —gritan sus amigas riéndose, igual de ebrias que ella.

—Será mejor que deje eso. —Le quito el vaso y veo que apenas le queda nada en el interior, ya que casi todo lo ha derramado sobre nosotros.

—Será mejor que tú bebas un poco, todavía no te he visto sonreír ni una vez. —Por la manera en la que arrastra las palabras, no puedo evitar mirar a Ken y a Duncan, y reírme—. ¡Anda, fijaos! —les dice a sus amigas— ¡Si sabe reír! Bebe.

—No voy a beber, y usted debería parar.

—Deja de hablarme así, me haces sentir vieja, joder —frunce el ceño y chasquea la lengua con fastidio, como una niña pequeña.

—Se llama respeto.

—Se llama ser un estirado —dice volviendo a coger el vaso que le he quitado—. Vámonos. —Mira a sus amigas y trata de guardar el equilibrio—. Estos jugadores de baloncesto no saben divertirse. ¿Por qué sois jugadores de baloncesto, verdad?

—Sí, princesa. Lo somos —le responde Duncan.

—¿Princesa? —murmuro yo mirándole.

—¿Ves? Él es majo. —Pasa por mi lado y le da un beso en la mejilla—. Y seguro que tú también —dice dándole otro a Ken.

Los dos ríen y murmuran cosas entre ellos, yo la fulmino con los ojos por estar hablándome así delante de mis amigos, y me marchó.

—¿Dónde coño vas? —me pregunta Ken.

—A mear. ¿Me la quieres sujetar?

—Paso.

Dos horas después, la gente sigue bebiendo, como si esta noche terminara el mundo. La música electrónica resuena en los altavoces, que no sé cómo coño consiguen que funcionen bajo la lluvia, y todo el mundo salta mientras bebe y ríe. Lo cierto es que no me he ido todavía porque ésta es mi música. Soy un *yonki* de estos ritmos, de todos los Djs que hacen magia con sus dedos. Así que debo admitir que estos adolescentes saben lo que se hacen.

—¡Tío, el año que viene deberíamos ir a ese festival de Miami! —grita Duncan por encima de la música.

—¡Pues sí! ¡Que este año con lo de tu rodilla, al final no hemos ido! —Ken le apoya.

—¿¡Cuando salen las entradas!?! —pregunto asumiendo que la decisión ya está tomada.

—¡Seguro que ya están! ¡Y si no, no tardarán mucho!

—¡Mañana miro! —grito, dejando la última cerveza de la noche en la arena.

Observo entre la gente, y veo a Mills bailando y saltando igual de loca que todos los demás, pero tambaleándose más que el resto. Madre mía, lleva una borrachera indecente. Mira a su alrededor y veo cómo su expresión pasa de la confusión a la preocupación. ¿Dónde coño están sus amigas? Yo tampoco las veo.

—¡Ahora vengo! —les digo a los chicos. Asienten y siguen bailando.

Me hago sitio entre la gente, y puedo ver con facilidad cómo intenta abrirse camino y salir de entre la muchedumbre. Agarro su mano y tiro de

ella hacia mí, su cuerpo choca contra mi torso, y si no llega a ser porque la tengo sujeta, se desplomaría. Tiene los ojos un poco cerrados y rojos, por el humo de toda la gente que está fumando, y por el alcohol que ya ha ingerido, que no es poco.

—¿Dónde están sus amigas? —digo en su oído.

—¡No lo sé! —grita mirando a la gente, buscándolas.

Yo hago lo mismo. Observo por encima de las cabezas de los más bajos, pero no consigo dar con ellas. No soy tan alto como el resto del equipo, tan solo mido uno noventa y dos, pero es lo suficiente como para saber que sus amigas se han largado, o al menos no están aquí. Ella me mira, entre preocupada y nerviosa.

—¿Con quién ha venido? —agacho la cabeza para hablar cerca de ella y no tener que seguir gritando.

—Con Britany, Joyce y Rob.

—¿Romeo? —asiente— ¿Y dónde está él?

—¡No lo sé! Tengo... tengo que buscarlas —dice colocando las manos en mi pecho para separarse y dar un par de pasos hacia atrás.

Avanza a duras penas entre todo el mundo, y vuelve a quedarse parada, mirando a su alrededor. ¿Joder, por qué no puedo simplemente irme y dejar que se busque la vida? Un chico, que está demasiado emocionado con la música, salta y la golpea, tirándola al suelo. Intenta levantarse, pero la gente va demasiado pasada ya a estas horas, y ella demasiado bebida. Vuelvo a abrirme paso, y empujo a los chicos que están a su lado para poder ponerla en pié. Noto que está sudando pero al mismo tiempo su piel está congelada de frío, y empapada. Sí, todos estamos calados hasta los huesos por la maldita lluvia.

—Vamos.

La llevo hasta donde están Duncan y Ken, que me miran sorprendidos cuando me ven aparecer con ella de la mano. La suelto de inmediato y me giro hacia ella.

—¿Aguanta de pié un segundo? —vuelve a asentir pero no dice nada.

—¿Qué haces otra vez con esa chica? —me pregunta Ken.

—Sus amigas se han largado y la han dejado sola, y mira lo borracha que está.

—Ya veo —dice señalándola—. Como no la sujetes, se va a caer.

—Ey, ey —rodeo su cintura instintivamente, sintiendo lo delicada y dulce que puede llegar a ser cuando no me está retando o usando el sarcasmo

contra mí—. ¿No nos caemos, vale? Mills. Oye —digo dándole palmaditas en la cara—. Mierda.

—¿Qué pasa? —mis amigos se acercan.

—Creo que se ha desmayado.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Yo que sé! —digo mirándola y sujetándola bien— Vamos.

—¿A dónde?

—No puedo dejarla aquí.

La cojo en brazos, pasando los brazos bajo su espalda y piernas, y voy hacia el aparcamiento. Kenny y Duncan caminan por detrás de mí, diciéndome que no puedo llevarme a una alumna y que me voy a meter en problemas. Pero yo, lo único en lo que pienso es en que no puedo dejarla aquí tirada. Sola. ¿Por qué? Pues porque no.

—Abre la puerta de atrás —le digo a Ken.

—¿No tiene móvil para llamar a sus amigas?

—Espera —la tumbo y toco los bolsillos de sus pantalones—. No tiene.

—¿A quién coño se le ocurre ir a una fiesta sin teléfono?

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Ken.

La observo descansando en el asiento trasero, tan inocente y tan tranquila. Su respiración parece funcionar con normalidad, elevando esos pechos que adiviné el primer día de clase y que hoy no lleva tan a la vista. Sus piernas también están tapadas, aunque para mí ya no son un secreto. Largas y esbeltas, con un bronceado natural y una textura aparente a... ¿Pero qué estoy diciendo? Cierro los ojos y retiro todos esos pensamientos de mi cabeza antes de tomar una decisión.

—Steph, la gente empieza a mirarnos. —La voz de Duncan me devuelve a la realidad—. Decídete.

—La llevaré a mi casa.

CAPITULO 3

STEPHEN

Kenny conduce hasta la puerta de mi casa, rodeando la pequeña fuente de piedra lacada del medio y deteniéndose junto a mi Vyrus. Me bajo y cojo a la señorita Mills en brazos para sacarla, con sumo cuidado y delicadeza.

—¿Estás seguro de esto? —me pregunta Duncan.

—No tengo más remedio. No lleva móvil y no puedo dejarla tirada en cualquier sitio, mañana os llamo.

—Venga, tío. Ten cuidado con lo que haces —me advierte Ken antes de arrancar de nuevo el coche.

Abro la puerta principal, como puedo, y cierro con el pie antes de caminar directo hasta mi habitación.

—Soy yo, colega. Tranquilo —trato de calmar a Zeus cuando comienza a ladrar y a mover el rabo por la visita inesperada y desconocida de una especie femenina.

La tumbo sobre la cama y retrocedo un par de pasos, siendo consciente de lo que acabo de hacer, al verla en mi espacio. Una gota resbala por su frente. Joder, está empapada, no puedo dejarla así, pero tampoco puedo quitarle la ropa. ¿Qué hago? Me deshago de la mía y me coloco una toalla alrededor de la cintura. Voy hacia la cocina y lo meto todo en la lavadora, vuelvo a la habitación y veo que no se ha movido ni un centímetro. Zeus me sigue todo el tiempo, como el fiel compañero que es.

Después de asegurarme de que sigue respirando, decido que no puedo dejarla así. Saco un pantalón del equipo y una sudadera, y lo dejo sobre la cama. Me arrodillo en el colchón y la levanto un poco para sacarle la camiseta. Venga, primero un brazo, después el otro. Sujeto su cabeza para que mañana no tenga una contractura por lo que le pesa y lo inconsciente que se encuentra. Vale, una prenda menos. Bonito sujetador. Dios, tiene unas tetas que llenarían a la perfección mis manos. Madre mía, estoy fatal, necesito sexo con urgencia. Le pongo la sudadera deprisa y me quedo mirando sus pantalones, pegados a sus piernas por la humedad. Joder, no sé si es buena idea que la vea en bragas. Venga, Stephen, cabeza fría, puedes hacerlo. Has visto a muchas mujeres desnudas, solo es una más. Alumna y menor, pero una más.

Le quito las botas y desabrocho el botón de sus vaqueros, tiro hacia abajo de ellos, dejando a la vista unas preciosas bragas de encaje, a juego con el sujetador. Cabeza fría. Se los saco por los pies y levanto un poco sus piernas para meter el pantalón del equipo, lo subo por sus muslos, inclinándome para levantar sus caderas y meter su trasero por dentro. Dios, que caderas. Cabeza fría. Me levanto y la miro, con esta ropa parece un saco. Pero que me maten si no es el saco más sexy que he visto en mi vida. Encima, he podido ver lo que hay por debajo, y sé que no se me va a olvidar así como así.

Estoy congelado, joder. Aunque el cuerpo de la pequeña y embriagada chica que descansa en mi cama, ha conseguido calentarme en exceso. Enciendo la calefacción y muevo a Mills, con cuidado, para sacar el edredón de debajo de ella y taparla con él. Aparto un mechón mojado de su cara y veo que respira relajadamente. Joder, esta niña va a traerme muchos problemas.

ALYSSA

Su puta madre, como me duele la cabeza. Me revuelvo en la cama, tranquila porque si ayer era sábado, hoy debe ser domingo, así que no tengo que madrugar.

—Joy —murmuro con la cabeza aun enterrada en la almohada—. Joy —repito cuando no me responde.

Me viene un olor desconocido pero que parece que le quiere sonar a mi cerebro. ¿No os ha pasado nunca? Sabéis que lo habéis olido pero no dónde. Abro los ojos y me sobresalto al ver que no estoy en mi cuarto. ¿Qué coño? ¿Dios, y ésta pedazo de cama? ¿Con quién me acosté anoche? Madre mía, la que he liado.

Me levanto y miro mi ropa cuando me tropiezo con algo. Cielos, ¿pero qué es esto? Debe ser muy alto porque menudos pantalones me ha puesto. ¿O me los puse yo? No me acuerdo de nada, mierda.

Entro en el baño, menudo baño, por cierto, y me miro en el espejo. Tengo el pelo medio rizado debido a que, seguramente, lo tenía empapado cuando me metí en la cama, y el maquillaje corrido. Cojo una toalla que hay colgada y la mojo un poco, la paso por debajo de mis ojos y quito el rímel pegado. Vuelvo a colocarla donde estaba e improviso un nudo a la goma de mis pantalones para que no se me caigan. Salgo al pasillo y miro a ambos lados. ¿Voy a la izquierda o para adelante? En la izquierda, al final del pasillo, hay una puerta transparente por la que se ve un gran jardín, ¿y una piscina? Echo un vistazo y me quedo alucinada con lo que me encuentro. Hay tumbonas de madera, árboles frutales, y una piscina de agua cristalina, ahora salpicada por las gotas constantes de la lluvia. Vuelvo hacia atrás, por el pasillo, y lo sigo hacia delante. Los pasillos están adornados con cuadros que me son conocidos, pero demasiado caros para una persona común. ¿¿Dónde estoy!?

Hay una puerta cerrada, tras la cual se escucha música. ¿Estará aquí mi ligue misterioso de anoche? Abro despacio y veo que es un gimnasio, hay toda clase de máquinas, pesas y una televisión. Pero ni rastro de humanos.

Vuelvo a cerrarla y miro hacia las dos puertas que hay un poco más adelante. De nuevo, ¿izquierda o derecha? Opto por la que está abierta, que resulta ser la del salón. Hay un sofá... ¿cómo decirlo? Inmenso. Blanco puro y completamente lleno de cojines, habrá al menos unos veinte. Todo es de color negro y blanco, excepto una alfombra gigante de color gris. Escucho ruido un poco más allá, tras la puerta que hay al final de la sala, así que voy hacia allí. Cuando entro, veo a un hombre de espaldas, usando la batidora. Madre mía, que alto es. Espera, es tan alto como... Oh. Joder.

—Buenos días —dice cuando se gira y me ve.

—No puede ser. —Salgo con paso apresurado de vuelta al salón—. Joder, joder.

—¿Está bien? ¿Cómo se encuentra? —pregunta siguiéndome y tendiéndome un vaso con batido.

—¿Nos hemos acostado? —Abre los ojos, sorprendido, y niega con la cabeza.

—Por supuesto que no. Es usted una alumna, una niña. Y una menor. No diga estupideces —frunce el ceño de forma desaprobatoria.

—No sé por qué te parece tan extraño —digo molesta—. Perdón. Le parece, señor.

—Esta conversación está totalmente fuera de lugar, señorita. Su ropa está secándose, puede quedarse con esa si quiere marcharse ya.

—Pues claro que me marchó —¿quién se piensa que es para despreciarme así? —. Idiota.

—¿Perdón? —pregunta sorprendido.

—Idiota —repito mirándole a los ojos, desafiante—. Y puedes quedarte con tu ropa.

STEPHEN

Sin dudarle, se quita la sudadera y la tira al sofá, suelta el nudo que le ha hecho a mis pantalones, sospecho que para que no se le caigan, y los deja caer al suelo. Y ya está, de nuevo en ropa interior frente a mí.

—Tápese. —Dejo el batido que no ha aceptado sobre la mesa, y miro hacia otro lado.

—¿Por qué? —Su voz vacilante no me gusta—. Si fue usted el que me desvistió anoche, ¿verdad? Ya lo ha visto todo.

—No todo —digo mirándola—. Tapate —repito apretando los dientes.

—No.

—Mills.

—Señor.

—Le llamaré a un taxi. —Paso por su lado y cojo el móvil de la mesilla.

—¿Esta casita es toda tuya? —pregunta sentándose en el sofá y cruzando las piernas.

—Sí, toda mía. El taxi vendrá en cinco minutos, pero la recogerá fuera.

¿Piensa irse así?

—Igual me sale gratis el viaje. —Vuelve a levantarse y se pasea mirando a su alrededor, obligando a la parte pervertida de mi cerebro a admirar su trasero una vez más—. Es broma —aclara al ver mi cara.

—Señorita, no puedo dejar que la vean salir así de mi casa, podría haber *paparazzi* fuera.

—¿Tan famoso eres? —sigue vacilándome.

—Mills, modere ese tono conmigo.

—Deja de llamarme así, ese es mi apellido, me llamo Alyssa. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Cómo te llamas?

—Señor Sinclaire para usted. Por favor, haga el favor de vestirse, no me gusta tener que repetir las cosas. —Me conozco y sé que estoy comenzando a perder la paciencia.

—Y a mí no me gusta que me digan lo que tengo que hacer —dice mirándome sin ningún temor.

—Basta. —Me acerco a ella, con la intención de intimidarla.

—Oblígame —dice acercándose más.

Nos miramos durante unos segundos, desafiándonos pero sin apartar la vista. Está en ropa interior, frente a mí, tan cerca que puedo ver cómo palpita el pulso en su cuello. Tan cerca que alcanzo a distinguir el rosa de sus mejillas, el oliva de sus ojos, ahora brillantes por la adrenalina. ¿Qué quiere esta chica de mí? ¿Qué pretende con este comportamiento?

—No me llesves al límite, Alyssa. Te aseguro que no quieres verme cabreado.

—Te aseguro que tú a mí tampoco. Conozco a los hombres como tú, no me das miedo, he tratado con algunos mucho peores.

—Señor. ¿Señor? —La voz de Jeff por el interfono, me interrumpe cuando iba a contestarle.

—¿Sí? —digo acercándome a la puerta y apretando el botón.

—El taxi de la señorita está aquí.

—Gracias.

Camina hasta mí, mirándome enfadada, y pasa por mi lado hacia la puerta, pero sujeto su brazo y la detengo justo antes de que salga.

—Te he dicho que no vas a salir así.

—Y yo te he dicho que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. —Da un tirón que no me espero y se suelta.

—Alyssa —camino hasta la puerta—. ¡Alyssa, vuelve aquí! ¡Mills!

Me muestra su dedo corazón sin mirarme, y sigue yendo hacia la puerta mecánica, meneando el culo de una forma que no he visto nunca antes, en ropa interior y descalza. Mojándose con la lluvia y sin importarle una mierda. ¿Pero qué cojones le pasa a esta chica?

ALYSSA

¿Pero qué le pasa a este tío? ¿Quién se ha creído que es para decirme lo que tengo o no tengo que hacer? No me conoce de nada, no es nadie para darme órdenes.

El taxista abre mucho los ojos y se gira para cerciorarse de que, efectivamente, voy en ropa interior.

—A la residencia femenina de la universidad, por favor.

—Claro.

—¿Podría dejarme un teléfono?

—Sí, aquí tiene —alarga la mano para cogerlo y me lo ofrece sin apartar la vista de la carretera.

—Gracias —marco el número de Joy y espero a que responda.

—¿Diga?

—Joy, soy yo.

—¡Liss! ¿¡Dónde coño estás!?! ¡Estaba a punto de llamar a la policía!

—Necesito que bajes a la puerta, estoy yendo en taxi. No sé lo que tardaré porque no sé dónde cojones estoy.

—¿¡Pero que hostias estás diciendo!?! ¿¡Dónde has dormido!?!

—No me acuerdo de nada.

—¿Dónde estás?

—Yendo, acabo de coger el taxi.

—Dime dónde has dormido.

—Ahora te cuento, cuando llegue... Baja pasta, no tengo un duro.

—Vale, ahora nos vemos —dice antes de colgar.

Diez minutos después, el coche entra por la puerta principal del campus y avanza hasta la residencia. Veo a Joyce en las escaleras, junto a Brit y... no, mierda, y junto a Rob y Peter. Le digo al taxista donde tiene que parar, y doy gracias por ser domingo y porque ayer fuera la fiesta. No hay casi nadie por el campus a estas horas, estarán todos durmiendo y pasando la resaca. Yo estoy congelada, joder. Brit se acerca a la ventanilla del taxi y saca dinero para pagarle.

—Ya está pagado —le dice él.

—¿Perdone?

—El portero me pagó cuando llegué —me responde a través del espejo retrovisor.

—¿Portero? —pregunta Brit. Me armo de valor y abro la puerta para salir.

—¿Qué coño? —Joy se acerca deprisa cuando ve mi aspecto. Brit solo se tapa la boca, y en sus ojos, veo que no sabe si reírse o preocuparse.

—Estás tiritando —dice Rob quitándose la cazadora y echándomela por los hombros.

—¿Qué haces así?

—¿Podemos subir a que me vista y os lo cuento? —les suplico con la mirada, abrazándome a mí misma por encima de la poca ropa que llevo.

—¿Estás bien? —Rob habla solo para mí, con el rostro realmente preocupado— ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien —sonrío y le doy un beso en la mejilla—, después te llevo la chaqueta.

—No te preocupes. ¿Dónde has pasado la noche? ¿Y dónde está tu ropa?

—Vamos —Brit tira de mi mano antes de que responda.

Subimos las escaleras en silencio, y cuando llegamos a la habitación, corro al baño para meterme en la ducha y tener tiempo para pensar, antes de que comience el interrogatorio. Le doy al agua caliente, a tope, y dejo que los músculos se relajen bajo su calor. Dejo escapar un profundo suspiro, placer puro, relajación. Pongo un poco de jabón en la esponja y la paso por todo mi cuerpo, empezando por los brazos, el vientre, las piernas. Madre mía... La que he liado, no sé cómo explicar lo que ha sucedido, ni tan siquiera yo misma soy consciente, no recuerdo nada de lo que pasó anoche. Mi último recuerdo es cuando estaba bailando con mis amigos alrededor de la hoguera,

observando de vez en cuando a Sinclair en la distancia. Relajado y en su zona de confort, rodeado de sus amigos y bebiendo, comportándose como un hombre normal, y no como un petulante egocéntrico.

—Habla —me dice Joy en cuanto salgo del baño. Están las dos sentadas en mi cama, esperando a que les dé una explicación.

—No sé lo que pasó anoche, no me acuerdo de nada.

—No te encontrábamos, y tampoco a Rob, así que imaginamos que te habías ido con él —me explica la rubia.

—Pero esta mañana ha preguntado por el grupo a ver qué tal estabas, y ya nos hemos asustado —añade Joy.

—Puf —me dejo caer en la cama y coloco la almohada sobre mi rostro.

—¿Liss, por última vez, dónde has pasado la noche?

—En casa del Señor Sinclair.

—¿¡Qué!?! —exclaman las dos a la vez.

—Pues eso... —me incorporo para mirarlas— Me he despertado en su cama.

—¿¡Os habéis acostado!?! —La más dramática de las tres, Joyce, me mira entre sorprendida e incrédula.

—¡No! Dice que no hemos hecho nada.

—¿Dice? —me pregunta Brit— ¿No te acuerdas absolutamente de nada?

—De nada. Pero no creo que me mienta, parecía muy convencido. Como si... —no acabo la frase.

—¿Como si qué?

—Como si fuera algo imposible. —Siento de nuevo el mismo enfado que cuando él me ha dicho que era una estupidez.

—Madre mía, Liss... Que fuerte —Brit ríe sin poder evitar lo absurdo de todo esto—. ¿Y por qué has venido en ropa interior?

—La mía debía estar empapada. Me ha dejado unos pantalones y una sudadera, pero me quedaban gigantes.

—¿Y has decidido que era mejor venir así, que con tu ropa mojada? —Pongo los ojos en blanco y me levanto para buscar mi teléfono.

—Bueno, no... No sé, Joy, todo ha sucedido muy deprisa. Hemos discutido y yo...

—¿Que habéis discutido? —me interrumpe ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé, ha sido raro, no sabría explicártelo. ¿Dónde está mi móvil?

—Madre mía, a ver con qué cara os miráis el lunes en clase. Lo dejaste cargando anoche, que sea la última vez que sales sin él.

—Calla, no quiero ni pensarlo. —Me agacho bajo la mesa del escritorio para cogerlo, y obligo a Brit a levantarse de mi cama, para poder retirar el edredón—. Me duele un huevo la cabeza, pienso dormir todo el día.

Y es lo que hago. Brit se marcha a su habitación, a terminar no sé qué de las animadoras, y Joy se tumba en su cama con un libro en las manos. Yo me tapo hasta la cabeza y me rindo al sueño, no sin antes preguntarme qué es lo que ha pasado esta mañana entre Sinclair y yo.

STEPHEN

Cuando Alyssa se marcha... Alyssa, se me hace raro llamarla por su nombre... Cuando se marcha, me bebo el batido que preparé para ella, de un trago, y vuelvo al gimnasio. Ya había terminado mi entrenamiento de hoy, pero esa maldita cría me ha puesto cachondo con esa actitud altanera, joder. Necesito descargar como sea.

Hago cuatro sesiones extras de pesas, y media hora más en la cinta de correr. La rodilla ya está prácticamente curada, aunque nunca será suficiente para volver a la NBA. Me seco el sudor y camino hacia mi habitación mientras miro mi teléfono.

11.25am Duncan

¿Steph, que ha pasado con la niña?

11.25am Byron

¿Qué niña?

11.27am Stan

¿Qué coño habláis?

11.27am Duncan

Teníais que haber venido a la fiesta, jajaja.

11.27am Yo
Se ha marchado ya.

11.27am Terrance

¿Qué niña? ¿Qué decís?

11.27am Ken

Una de su clase, que anoche se la llevó para casa.

11.27am Stan

¿¡Te has tirado a una alumna!?

11.28am Terrance

¿¡Qué dices!?

11.28am Yo

Pero mira que os gusta hablar, cojones.
¡No me la he tirado, no! Pesados.
Estaba borracha y no encontraba a sus amigas.

11.28am Byron

Ya, claro... Jajaja.

11.28am Terrance

Jajaja.

11.29am Ken

Prepara comida que vamos para allá.

11.29am Yo

Que os jodan.

11.29am Yo

Me vais a comer los huevos.

11.29am Duncan

Eso de postre, de primero haz una costillita al horno, tío.
De esa que te queda tan rica, anda.

11.30am Byron

Echa bien de patatas que yo también voy.

11.30am Terrance
Todos.

11.30am Yo
Puf. ¿Cuántos venís?

11.30am Yo

Dios. Vale, voy a darme una ducha, si llegáis antes, poneos a pelar las patatas.

11.30am Duncan

Ok.

Pongo la lista de reproducción de la música, en aleatorio, y me meto bajo el agua. Joder, no me apetece una mierda cocinar, pensaba pedirme una pizza o algo para comer. Pero, por otro lado, con ellos aquí, conseguiré distraerme y sacarme esas piernas y esas caderas de la cabeza. Al menos pienso intentarlo, tengo que hacerlo. El lunes la veré de nuevo y no puedo permitir continuar con los pensamientos que rodean ahora mismo mi mente. No está bien.

—¿Qué pasa, colega? —Zeus entra en el baño moviendo la cola, y me observa a través de la cristalera de la ducha— ¿Han llegado ya? —ladra en respuesta y yo le sonrío.

Termino de ducharme y cierro el grifo, muy a mi pesar, ya que si por mí fuera, viviría bajo el chorro caliente durante todo el invierno. Al salir del baño y entrar en la habitación, escucho voces en el salón, risas y comentarios tontos. Me seco deprisa para no resfriarme y me pongo un pantalón de pijama y una camiseta de manga larga. Paso la toalla un poco por mi pelo, tratando de quitar la humedad y que las gotas no me mojen la ropa, y vuelvo a colgarla en su lugar, lo que me recuerda que debo poner la lavadora ya.

Camino hacia el salón, y me entra la risa cuando veo a Duncan, Ken y By, sentados en el sofá, con un paño en las piernas y pelando patatas.

—Sí que tenéis ganas de la costilla, sí.

—¿Tío, cual es la puta contraseña de tu ordenador? —me pregunta Stanley.

—Ese no va a comer, que no está colaborando —Ken le señala con el cuchillo.

—Calla, pesado, que estoy haciendo algo más importante. Mete la contraseña. —Camino hasta la mesa en la que se encuentra y tecleo: Zeusstephen.

—¿Qué quieres mirar? —le pregunto— ¿No ha llegado Terrance?

—No —Duncan levanta la cabeza de las patatas—. Y ese tampoco va a comer.

—Me han dicho estos que ayer estuvisteis hablando del festival de

Miami. —Veo cómo Stan entra en internet—. Voy a ver si han salido las entradas.

—Ah, pues sí. Eso es lo mejor que puedes hacer —me guiña un ojo, como diciendo, “lo sé”, y sigue buscando—. Voy a meter la costilla en el horno.

Paso por delante de ellos y entro en la cocina, abro la nevera, la saco, y me alegro de haberle dicho a Mery que me trajera el doble que otras veces.

Mery es la chica que me hace la compra y se encarga de los recados. Es bastante simpática y muy profesional, de todo lo demás, me encargo yo. No estoy manco, joder. Puede que tenga dinero pero prefiero limpiar y cocinar yo, antes de tener a gente en mi casa todo el tiempo.

—Tú no comes —río cuando escucho a Duncan en el salón, imagino que Terrance ha llegado.

Después de colocar la carne en el horno y regular la temperatura y el tiempo, saco un mantel para poner la mesa y vuelvo para reunirme con ellos.

—Hola, tío —choco la mano de Terrance—. ¿Qué tal está tu abuela?

—Bueno, mejor, pero aún sigue en el hospital. —Todos dejan lo que están haciendo y levantan la vista.

—¿Está tu abuela en el hospital? —asiente ante la pregunta de Byron.

—Sí... La ingresaron hace tres días, no os dije nada para no preocuparos.

—¿Estás bien? —pregunta Stanley dejando el ordenador. Estos dos son como hermanos.

—Sí, más o menos.

—Tío, tenías que habérmelo contado —le dice él.

—Bueno, dame un cuchillo que me pongo a pelar. —Sé que cambia de tema para no ponerse sentimental, su abuela es como su madre para él y alguien muy especial para todos nosotros—. Que si no, estos no me van a dejar pegar bocado.

—¡Ya han salido! —exclama Stan volviendo al ordenador— Vamos a cogerlas antes de que se agoten.

—Que exagerado eres —le dice Byron—. Aún quedan siete meses, tío.

—Por si acaso, que esto vuela. ¿Quién paga? —ríe y nos mira a todos.

—Yo pagué las últimas. —Terrance vuelve de la cocina con un trapo.

—Venga, pago yo. —Duncan deja el plato sobre la mesilla y se levanta—. Hoy me siento generoso.

—A ver, esperad. —Hoy me toca ser el de la cabeza fría—. ¿Y si jugáis esos días, que?

—Pues me cagaré en su puta madre. —Ken entra en la conversación—. Así de claro.

—Ya, bueno. Eso no va a cambiar nada.

—Pues si jugamos, no podremos ir. Pero hay que cogerlas por si acaso. —Duncan le tiende su tarjeta de crédito a Stanley—. Toma.

—Siete mil doscientos pavos, las seis entradas. El avión y el hotel ya lo cogeremos.

—Son caras, eh —Byron es el más tacaño del grupo.

—No, pero es que vamos a coger las vip, porque si no, ya sabes lo que va a pasar.

—Ya.

Coloca la tarjeta junto a la pantalla y comienza a teclear. Los dos observamos cómo el relojito de la pantalla, que nos indica que tenemos que esperar, gira durante varios segundos.

—Ya están. Steph, he puesto tu correo para que te las manden a ti.

—Vale. Venga, ya no peléis más, que al final tenemos para la cena también —digo cogiendo los tres platos repletos de tubérculos.

Duncan y Kenny me acompañan a la cocina, y me ayudan a lavarlas y meterlas en el horno, con la salsa por encima.

—Cuéntanos qué ha pasado con la niña —comienza el segundo.

—Nada —finjo indiferencia mientras cojo unos refrescos de la nevera—. Se ha levantado y se ha largado.

—Algo ha pasado, te conozco.

—Que no...

—¿Ves? Ha pasado algo.

—¡Pues que está muy buena, cojones! —exclamo con frustración—. Dios, es... demasiado.

—Eso ya lo sabemos. —Duncan ríe junto al otro—. La vimos anoche.

—No es solo eso... —Me rasco la cabeza y apoyo mi cuerpo en la encimera— Es que tiene algo.

—¿De qué hablas? —Ken frunce el ceño en mi dirección, como si estuviera leyendo mi mente.

—Nada, no me hagáis caso —Duncan se encoje de hombros y vuelve al salón, yo evito la mirada de mi amigo el adivino, y voy tras él, pero me sujeta del brazo.

—Eh. Dime que pasa —suspiro y le miro.

—Nada, tronco. Es... diferente. No me tiene miedo ni se siente

intimidada, me desafía, aun sacándole dos cabezas y... parece que disfruta haciéndolo. Le da igual que sea su profesor, que sea famoso o que tenga esta casa. No se impresiona ni se acobarda, al contrario.

—¿Y qué pasa?

—¡Pues que me saca de quicio! Odio que me lleven la contraria más que nada. Tú lo sabes bien. Y ella... parece que no sabe hacer otra cosa.

—Tío... —Me dedica esa mirada que tan bien conozco.

—Ya lo sé.

—Es una cría. Menor.

—Te he dicho que ya lo sé, no me agobies más, ya está. Es mi alumna y punto.

Después de comer, pasamos la tarde tirados en el sofá, jugando a la *play*. ¿A qué? Pues no, no jugamos a baloncesto. Es absurdo jugar a nuestro propio juego, porque la mayoría somos pésimos. Preferimos los juegos de peleas o coches, a eso sí que somos unas máquinas, sobre todo Stan y Terrance.

—¿Qué es de tu hermana? —me pregunta Duncan mientras preparamos batido para todos.

—Pues la verdad es que hace unos días que no hablo con ella, tengo que ir a verla. ¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad.

—Siempre tienes curiosidad por mi hermana.

—Eso es mentira. —Ahí está, Duncan a la defensiva cada vez que hablamos de ella.

—Lo que tú digas.

A las nueve de la noche, les despido y se marchan, dejando la casa vacía y en completo silencio, a excepción de la chica del tiempo en la televisión, anunciando lluvias para toda la semana que viene. Que se equivoque, por favor. Si hay algo que empeore los madrugones diarios, es que encima haga frío y llueva. Solo me provoca ganas de dimitir y volver a mi vida de cama—sofá—cama.

Decido hacerme una ensalada para cenar y me pongo una película en la habitación. Espero poder dormir toda la noche, sin pensar en ella... En mí alumna. Otra vez.

ALYSSA

No quiero ir a clase. No quiero ir a clase. Me niego a ir a clase. Mierda.
—¿Todavía estás así? —me pregunta Joy cuando sale del baño y me ve en pijama.

—No voy a ir.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza... —admito.

—No me jodas, Liss. Venga, vístete. —Me tira un pantalón de deporte a la cara y después me destapa.

—Que no.

—Haz cómo si no hubiera pasado nada y punto.

—No insistas. Voy a salir a correr un rato, a ver si me despejo. He dormido una mierda.

—Tú misma, nos vemos en la siguiente clase. ¿O a esa tampoco piensas ir? —arquea una ceja y se cruza de brazos.

—Sí. Luego nos vemos.

Cuando sale, me pongo las mallas que me ha lanzado y una camiseta de manga larga, pegada al cuerpo para retener el sudor, cojo mis auriculares, la toalla y la botella de agua, y salgo a la calle. Camino hasta la pista de entrenamiento, viendo cómo el vaho sale de mi boca con cada respiración, por el frío. Cuando paso bajo el arco que indica la zona deportiva, avanzo hasta las gradas y dejo la botella y la toalla sobre uno de los bancos, subo una pierna y comienzo a estirar. Sé que no debería faltar a clase y que, en cierta forma, es como asumir que algo ha pasado entre nosotros, cuando es incierto. No pasó absolutamente nada, a excepción de que me desvistió, me metió en su cama y me vio en ropa interior. Mierda, espero que no viera mi cicatriz de la espalda.

Después de correr durante cincuenta minutos, voy descendiendo el ritmo y camino a paso rápido. Me detengo y le doy un trago a la botella, un par de gotas caen en mi rostro, así que me seco el sudor con la toalla y vuelvo poco a poco hacia la residencia de chicas. El pulso palpita en mi sien y amenaza con salir corriendo, justo a la misma velocidad que salí yo de la casa de mi profesor. Espero que no se haya enfadado mucho por mi ausencia...

STEPHEN

Cuando el aula está llena, y uno de los alumnos cierra la puerta, miro

hacia las gradas y noto que falta alguien. Obviamente me refiero a ella. No tenía pensado hacerlo, pero decido pasar lista, no va a librarse así como así. Todos levantan la mano a medida que voy diciendo sus nombres, hasta que llego al suyo.

—Mills —generalizo con la mirada, aparentando que no me he dado cuenta de que no está— ¿Mills? —repito cuando no responde nadie.

—No ha venido, señor —dice una de sus amigas. La que peor iba el día de la hoguera.

—¿Y puedo saber a qué se debe?

—Emm... bueno, ella no se encontraba bien. —Está mintiendo de manera descarada.

—De acuerdo. Dígale que quiero una redacción sobre la vida de Julieta antes de conocer a Romeo. —Abre mucho los ojos, sorprendida—. Para mañana.

—Se lo diré...

Termino de pasar lista para continuar con el paripé, y cuando acabo, dejo el papel sobre la mesa y respiro un par de veces para relajarme. Ya estoy de mal humor así que, en lugar de hacer lo que tenía planeado para hoy, decido mandarles que se miren los papeles que les han tocado para la obra, y escriban en un papel las frases que les gustaría cambiar. Creo que haré una versión de “Romeo y Julieta” moderna.

El día transcurre muy despacio. No paro de buscarla por los pasillos, con la mirada. Enfadado no, furioso conmigo mismo por sentir estas ganas de verla, debería darme de cabezazos contra la pared. En realidad, si analizamos detenidamente la situación, no es para tanto, es decir, solo es una chica más, puedo conseguir a otra que no sea ella. Y que no sea mi alumna. Y que no sea menor. Creo que el problema principal es la cantidad de tiempo que llevo sin sentir a una mujer entre mis brazos, sí. Definitivamente es eso.

Me subo en mi Audi, y en lugar de ir a mi casa, conduzco hasta la de mi hermana. Kelly es cinco años más pequeña que yo, se independizó cuando cumplió los dieciocho y, desde entonces, no ha necesitado la ayuda de nadie para sobrevivir. Trabaja en una discoteca desde entonces. A mí no me hace ninguna gracia que sirva copas a niños y a salidos, pero es inútil que le diga nada, Kelly no escucha a nadie. Es independiente y no acepta que nadie le diga lo que tiene que hacer. Así que me rendí hace unos años. Procuro cuidar de ella desde la distancia, es lo único que puedo hacer.

Aparco frente a su casa, asegurándome de que sus interminables cactus no rocen la pintura de mi pequeño. Pongo la alarma y camino hasta la puerta, toco un par de veces pero no abre nadie, así que doy la vuelta por el jardín y veo el garaje entreabierto. Me agacho y entro sin hacer ruido. Tiene los auriculares puestos y está bailando, mientras pone la lavadora. Sonrío para mí mismo y me acerco sigilosamente, me coloco detrás y aprieto su cintura de repente. Pega un salto y extiende el brazo para pegarme, pero conozco este movimiento, yo mismo se lo enseñé, así que lo sujeto a pocos centímetros de mi cara.

—¡Gilipollas! —grita cuando se da cuenta de que soy yo— Podría haberte matado.

—Calla, anda, no me habrías hecho ni cosquillas. Eso te pasa por dejar el garaje abierto, podría entrar cualquiera.

—Bah. —Se encoje de hombros con indiferencia, recordándome que hay pocas cosas que le quiten el sueño, y ser atacada no es una de ellas—. ¿Qué haces aquí?

—Nada. —Le sigo por el pasillo hacia el salón—. Echaba de menos a mi hermanita. —Me siento en el sofá y juego con una pequeña pelota que tiene sobre él.

—Steph. ¿Qué pasa? —inquiere con la mirada fija en mí.

—Ya te he dicho que nada.

—¿Cómo se llama? —Deja la cesta de la colada en el suelo y se sienta en el sofá de enfrente.

—¿Quién?

—La chica que te tiene así.

—Que pesada eres, te he dicho que no me pasa nada —resoplo.

—No me lo quieres contar, así que es más grave de lo que pensaba —murmura pensativa—. Debe estar casada, o seguro que te ha rechazado.

—Uff, no te aguanto. —Le tiro la pelota y me levanto del sofá—. No sé por qué he venido, me marchó.

—Vuelve a sentarte ahora mismo —dice con autoridad. Resoplo de nuevo y obedezco—. ¿Cómo se llama?

—Joder.

—¿Me vas a hacer adivinar? —pregunta alzando una ceja.

—Alyssa. Se llama Alyssa, ¿contenta?

—Qué nombre más bonito. —Pongo los ojos en blanco y estiro la mano para coger la bolsita de marihuana que tiene sobre la mesa.

—¿No lo habías dejado? —le pregunto frunciendo el ceño.

—No me cambies de tema. Toma —dice tirándome el paquete de tabaco y un librito de papel—, hazte uno. Cuéntame qué pasa con ella.

—Nada. —Dejo el paquete sobre la mesa y le dedico una mirada desaprobatoria—. Y no deberías fumar.

—Joder, que pesado eres —se exaspera.

—¡Tú sí que eres pesada! —Eleva las cejas, en una clara advertencia de que no piensa rendirse. Suelto una bocanada de aire y acepto— Es una alumna.

—Joder, Stephen.

—Ya lo sé. No hace falta que me sueltes el mismo rollo que me ha soltado Kenny y me he repetido a mí mismo, mil veces. —Apoyo la cabeza en las manos para no mirarla.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte —digo levantando la vista para ver qué cara pone.

—¿¡Veinte!?! Hostia, tío, si no es ni mayor de edad.

—¡A que me largo! —grito, mirándola enfadado.

—Vale, vale. —Levanta las manos para que me calme—. ¿Y qué ha pasado con ella? No me digas que os habéis...

—No nos hemos acostado, no —le interrumpo. Me sostiene la mirada un par de segundos y niega con la cabeza—. Me largo.

—Stephen, espera —dice caminado hasta mí—. Perdóname. —Sujeta mi mano y tira de ella para que me gire y le mire.

—Tranquila —suspiro y me restriego la cara antes de mirarla.

Ella sonrío y tira de mí hasta la cocina, en silencio. Me sugiere con la mirada que me siente en un taburete y saca una botella de vino de la nevera, sirve dos copas y me entrega una. Brindamos, sin necesidad de palabras, y pasamos el resto de la tarde hablando de todo y de nada. Me cuenta que le gusta un chico que casi todas las noches va a la discoteca en la que trabaja, pero que no han hablado nunca porque él es un poco tímido. Solo pide un par de cervezas, o copas, con sus amigos, y se marchan. Pero bueno, conociendo a mi hermana, no creo que tarde mucho en acercarse a él. Cuando algo le gusta, es letal. Lo aprendió de mí.

—Voy a irme ya, princesa —le digo a las ocho, cuando ya ha anochecido hace un rato.

—Zeus te echará de menos.

—No voy a mi casa todavía. Tengo que pasarme por la jodida biblioteca

de la universidad. —Me levanto y camino hasta la entrada para coger mi cazadora.

—¿Y eso?

—Le he mandado una maldita redacción a Alyssa, por no haber venido hoy a clase, y me he dado cuenta de que no tengo ni idea de la vida de Julieta antes de conocer a Romeo.

—¡Eres idiota! —exclama riendo— Solo a ti se te ocurriría mandarle algo que ni siquiera tú sabes.

—Ha sido el karma, quería joderla y me he jodido a mí mismo.

Me despido de ella y vuelvo a conducir hacia la facultad. Gracias a Dios, los perros han debido darse cuenta de que no les daré ninguna exclusiva, así que no han vuelto a aparecer por aquí. Es increíble cómo cambia el campus de día y de noche. Apenas hay un grupo de chicos, fumando en las escaleras de la residencia de tíos, y algunas chicas saliendo de la cafetería. Aparco lo más cerca posible del edificio dónde está la biblioteca, y cojo mi maletín para meter las fotocopias que haga de esa mierda. Podría buscarlo en mi casa, en internet, pero no me queda tinta en la maldita impresora. Además, teniendo en cuenta que se trata de la facultad de arte dramático, seguro que tiene incluso una sección, solo para Romeo y Julieta.

Saludo a la bibliotecaria, que me dice que, al no ser época de exámenes, cierran a las diez. Asiento, dándole las gracias, y subo las escaleras hasta el segundo piso, dónde se encuentra la sección de clásicos. Veo una carpeta en una de las mesas del fondo, solo hay un par de personas más, una de ellas en el ordenador, y la otra, leyendo en un sofá. Dejo el maletín en la primera mesa, junto a las escaleras, y también mi cazadora colgando de la silla.

—¿Dónde estás, Julieta? —susurro caminando entre las estanterías.

—¿Profesor?

CAPITULO 4

ALYSSA

—Mills. —Mi apellido sale casi susurrado de sus labios, sorprendido—. ¿Qué hace aquí a estas horas?

—Buscar información para la redacción que, tan amablemente, me ha

mandado —digo con sarcasmo.

—Oh. —Se acerca lentamente sin dejar de mirarme—. ¿Por qué no ha venido a clase?

—Porque no me ha dado la gana.

—Alyssa, no empieces —me advierte, olvidándose de las galanterías.

—¿Y usted, qué hace aquí? —le pregunto, apoyándome en la estantería.

—No es de su incumbencia. —Su tono autoritario regresa cuando se da la vuelta.

—Es usted un jodido maleducado —digo girándome para irme también.

—Oye. —Me sujeta de la muñeca y me hace voltearme, colocándose entre los libros y él—. Me estoy hartando de que me hables así. Te dije ayer que no te conviene verme enfadado.

STEPHEN

En lugar de reclamarme o de quejarse por tenerla arrinconada, levanta la cabeza y me mira a los ojos. No dice nada. Durante unos segundos, solo nos miramos, memorizando inconscientemente detalles de su rostro que más tarde solo servirán para darme dolor de cabeza.

—¿Cuántas copas te has bebido? —pregunta de repente.

—Ninguna.

—Mentiroso.

—Eres una... Dios —gruño y cierro los ojos para no perder la paciencia—. ¿Qué pretendes conseguir con este comportamiento?

—¿Y tú?

—Responde.

—Responde tú.

—¿De cuantas hojas te ha dicho tu amiga que es la redacción? —le pregunto.

Ella lo capta al momento, porque frunce el ceño y se acerca más a mí. Si eso es posible... Siento su aliento en la parte baja de mi barbilla, prácticamente en el cuello.

—No serás capaz.

—¿De cuantas hojas? —repito.

—De una por las dos caras.

—Pues se ha confundido. Es de dos —sonrío y me separo de ella.

—Te odio —murmura enfadada.

—Bueno, yo también odiaba a mis profesores, es normal. —Me alejo y continúo buscando el libro que necesito.

—Pff —escucho cómo bufa mientras vuelve a su mesa.

Sonrío y sigo mirando, hasta que doy con él. Ninguna maldita niña me va a tocar los cojones y se va a ir de rositas.

El libro está en malas condiciones, ya que es una edición antigua, pero seguro que me sirve. Camino hacia donde he dejado mis cosas, y lo pongo sobre la mesa. Visualizo a Allyssa en la del fondo, mientras me pongo mi cazadora. Resopla y se revuelve el pelo, y sin saber por qué, camino hasta ella y me detengo a su lado.

—¿Qué quieres ahora? —pregunta sin mirarme.

—Lo primero, que dejes hablarme así.

—Lo haré cuando dejes de joderme.

—Mírame cuando te hablo.

—Oiga, señor —gira la cara hacia mí—, no he dormido una mierda esta noche y estoy reventada. Solo quiero irme a la cama, pero tengo que acabar esta puta redacción, la cual no sé ni por dónde empezar. Así que, por favor, deje de entretenerme. —De acuerdo, ha conseguido que me sienta mal.

—Hagamos un trato —digo apartando la silla que hay a su lado, y sentándome. Me mira pero no dice nada—. Le he mandado esta redacción debido a que no ha venido a clase, porque no le ha dado la gana. Pero si promete que empezará a hablarme con más respeto, y que no volverá a faltar, dejo que se marche a la cama.

—¿Sabe qué? —confiesa acercándose a mí.

—¿Qué?

—Puedes meterte tu trato por el culo. —Me guiña un ojo y vuelve a mirar sus apuntes.

Cojo aire para no tirar todo lo que tiene en la mesa de un manotazo, y asiento. Estiro mi ropa al ponerme en pie, me recoloco la cazadora y la observo un instante más.

—Disfruta de tu noche.

Agoto el espacio hasta las escaleras de varias zancadas, y las bajo sin mirar atrás. La bibliotecaria me sonrío mientras apunta el libro que me llevo, pero no le presto atención, necesito largarme de aquí, antes de volver ahí arriba y decirle cuatro cositas a la primera persona que consigue hacerme sentir bipolar en tan pocos segundos.

Cinco horas después, sigo dando vueltas en la cama. Maldita sea, ¿estará todavía en la biblioteca? No, la mujer dijo que cerraban a las diez. ¿Por qué coño me importa? Dios. ¿Cómo voy a ser capaz de sobrellevar esto? Bueno, lo único que tengo que hacer es ignorarla, evitar estar a solas con ella y hablar lo mínimo posible. Solo lo estrictamente necesario. Sí, eso es lo que voy a hacer.

ALYSSA

Termino el trabajo a las dos y media de la mañana. Le odio, esto me pasa por querer evitarle. Ha sido peor el remedio que la enfermedad, joder. Me ha pedido dos hojas por los dos lados, pero yo he hecho tres. Que se joda y lea más.

—¿Liss? —murmura Joyce cuando salgo del baño.

—Sí, duérmete —susurro para que no se desvele.

—¿Qué hora es?

—Las tres menos veinte.

—Joder, pues sí que has tardado.

—Que te duermas —repito de mal humor.

—Uff. A ver quién te aguanta mañana —dice antes de darse la vuelta.

El sol provoca que cierre los ojos con fuerza, como si así fuera a desaparecer y a aparecer en medio de una nube esponjosa en la que poder permanecer durante el resto del día. Estoy que me caigo de sueño.

Salimos de la residencia femenina y vamos a la cafetería principal para desayunar. No les he contado que anoche me encontré con él, porque paso de que me den el coñazo. Cuando entramos, nos hacemos sitio y vemos que Rob y Peter ya están en nuestra mesa habitual. Recogemos nuestro desayuno de las vitrinas que hay situadas en el extremo opuesto, y vamos hacia ellos.

—Buenos días, preciosa —saluda el primero cuando me siento a su lado.

—Buenos días. —Mi voz cansada es demasiado obvia.

—¿Qué te pasa? ¿Has dormido mal?

—No he dormido, que es diferente.

—¿Y eso?

—Bueno, exagerada —dice Joy—. Estuvo haciendo el trabajo hasta las tres.

—¿El de Julieta? —pregunta Peter.

—Sí.

—Puf, lo habrás acabado —supone antes de dar un sorbo a su café doble.

—Claro.

Desayunamos tranquilamente, mientras hablamos de la fiesta de cumpleaños de Rob. Es este fin de semana, y ha conseguido que su padre le deje la casa del lago para hacerla.

—¿Cuánta gente va a venir? —le pregunta Brit.

—Mucha —ríe mientras le da otro bocado al plátano que le he traído cuando he ido a por mí desayuno.

—Madre mía, pobre casa... —bromeo yo.

—¿Y por qué en el lago? Va a hacer frío.

—El otro día llovía y no te escuché quejarte —le reprocho a Joyce.

—Bah.

Pongo los ojos en blanco y dejo escapar la mente a donde quiere, a un lugar en especial y con alguien en especial. Mierda, no tendría que pensar en él, cuando ha sido el responsable de que yo ahora tenga estas ojeras. Cabrón.

Cuando todos hemos terminado, nos dirigimos al aula, y rezo para no tener que enfrentarle. Está dado la vuelta, escribiendo no sé qué en la pizarra. Me acerco, sin hacer ruido, con la esperanza de dejar la redacción en su mesa y no tener que hablar con él, pero la suerte no me acompaña.

STEPHEN

—¿Qué tal su noche, señorita Mills? —le pregunto cuando veo que pretendía dejarme la redacción sin decirme nada.

—Genial —sonríe con el mismo sarcasmo al que me tiene acostumbrado —. Aquí tiene.

—Espero que la haya encontrado instructiva —digo acercándome.

—Muchísimo. Tanto que he hecho una hoja más, de regalo para usted.

—¿Cómo? —Cojo los pedazos de papel, y efectivamente, veo que hay tres y no dos— ¿Te crees muy lista?

Me desafía unos segundos con la mirada, y después sonríe malvadamente antes de darse la vuelta y subir por la grada hacia su asiento. ¿Pero esta niñata de qué cojones va? Sé de sobra que ha hecho una más para fastidiarme. Para decir: "¿Ahora me pides dos? Pues toma tres." Muy bien. Si quiere jugar, jugaremos.

—Examen sorpresa —digo mirando a todos, pero especialmente a ella.

Aprieta la mandíbula y me fulmina con la mirada, pero no les dice nada a sus amigas. Todos se quejan y hacen comentarios, pero los ignoro. Se me da bien no tomar en cuenta lo que no me interesa. Sé que lo que estoy haciendo es poco ético y muchos dirían que soy mal profesor, ¡pero es que no soy profesor! Soy un maldito jugador de baloncesto al que nadie va a vacilar como lo está haciendo ella. No lo han hecho nunca y no van a comenzar ahora.

—Pero si llevamos cuatro días de clase. —replica el mismo idiota que citó a Julieta. Gus, se llama. De este no me olvido.

—Supongo que todos han estado mirando el papel que le corresponde en la obra que haremos. Como también supongo, que habrán leído Romeo y Julieta en repetidas ocasiones. Si es así, no tendrán problema. Saquen una hoja y un bolígrafo, todo lo demás lo quiero en el suelo.

—¿Y si nos quedamos sin tinta? —Gus, otra vez.

—Pues cogen otro —respondo con aburrimiento.

—Mmm, vale.

—Copien las preguntas que voy a escribir en la pizarra.

Comienzo a redactar todo lo que se me viene a la mente, intentando encontrar alguna que Alyssa no sepa responder. Dejo la tiza en el borde de la pizarra y me doy la vuelta.

—Comiencen.

Mis ojos no se apartan de su figura ni un momento, estoy seguro de que si cerrara los ojos, sería capaz de dibujarla.

Cuando quedan pocos minutos para que acabe la hora, veo que levanta la mano. Reprimo una risa porque estoy seguro de que no tienen ninguna duda, las preguntas están muy claras. Solo quiere tocarme las narices.

Subo las escaleras hasta su fila y me acerco a ella, que muy convenientemente se sienta en la esquina.

—Sonreír un poco no le mataría... —me dice en voz baja y vacilante.

—Tiene cinco minutos para terminar el puto examen —susurro en su oído, rozando sutilmente su oreja con mis labios.

—Cabrón —murmura entre dientes.

Puedo ver cómo la piel de sus brazos se ha erizado.

—Repite eso.

—Cabrón —dice mirándome a los ojos mientras alza la voz.

Veo de reojo cómo los demás alumnos levantan la cabeza, haciendo de nosotros el centro de atención.

Mi mandíbula se tensa por tal humillación, y no dudo un momento en coger el bolígrafo que tiene sobre la mesa y hacer una equis sobre el papel, tachando el examen de esquina a esquina.

—Está suspendida. Puede salir de mi clase, señorita Mills —le invito con la mano.

—¿Sabe? —Se levanta y habla más alto de lo normal, asegurándose de que todos la escuchen— Debería usted probar a follar un poco más, quizá así se le quitaría esa cara de amargado.

No ha dicho eso. No ha podido decir eso. Dios. Bajo las escaleras tras ella, y tiro de su antebrazo hacia fuera de la clase.

—¿¡Qué coño haces!? —exclama cuando la arrastro por el pasillo desierto— ¡Suéltame!

—Cállate —abro la puerta de un aula vacía, y la empujo dentro.

Las cortinas están bajadas, es la clase de audiovisuales, por lo que no hay mucha luz en el interior.

—Eres un bruto —protesta restregándose el brazo.

Me aseguro de cerrar con pestillo y camino apresuradamente hasta ella. Coloco las manos en su cintura y la hago retroceder hasta que su espalda toca la pared de manera brusca, puedo ver lo nerviosa que está, cómo su pecho sube y baja. Tiene la boca entreabierta y me está mirando con una mezcla de odio y curiosidad.

—No te soporto ni un minuto más —digo clavándole los dedos en la piel.

—Pues ya somos dos, joder —espeta, malhumorada.

—Escúchame atentamente, porque no te lo voy a repetir —mascullo entre dientes—. Si vuelves a faltarme al respeto, delante de toda la clase, me asegurare de hacer de tu vida un infierno. ¿Lo has entendido?

—¿Crees que te tengo miedo? —Me regala una risa seca y altanera.

—¿¡Es que siempre tienes que tener la última palabra!?

—¡Sí! —grita en mi cara.

—Pues estás muy equivocada —me acerco tanto que nuestras narices casi se rozan—, porque, Alyssa, las cosas se hacen como yo lo digo. Siempre.

Abre la boca para rechistar, pero sin pensarlo dos veces, empujo su cabeza hacia mí, permitiéndome entrelazar los mechones de su cabello castaño entre mis dedos. Mi boca impacta contra la suya tan violentamente, que siento sus dientes tras los labios. Convencido de que va a rechazarme,

hago ademán de separarme, pero entonces siento la humedad de su lengua. Dudo un segundo, sabiendo que esto es precisamente lo opuesto a lo que debería estar haciendo, pero para cuando quiero tomar la decisión, mi boca ya está entreabierta y su lengua invadiéndome sin pudor. La mano que tenía en su cabeza, desciende de forma más delicada por su espalda, apretándola más a mí, descubriendo la necesidad de sentir su cuerpo pegado al mío. Alyssa rodea mi cuello con ambos brazos y tortura mi lengua con un ritmo voraz. Se pone de puntillas, tratando de llegar lo mejor posible a mí, saboreando cada resquicio de mi boca.

Dios santo, pero ¿qué estoy haciendo? Vuelvo a poner las manos en sus caderas y la separo de mí. Me mira, aturdida, y con las pupilas dilatadas. Tanto su respiración como la mía, es agitada y para nada regular.

—Y yo, siempre, que te quede claro —recalco—, siempre, tengo la última palabra.

Lógicamente, ahora no tiene nada que decir. Me doy la vuelta sin darle tiempo a reaccionar, y quito rápidamente el pestillo de la puerta para marcharme. Apoyo la espalda contra la pared, al lado de mi aula, y cojo aire un par de veces para normalizar mi respiración. Acomodo mi corbata y mi camisa, por no mencionar el estado de lo que tengo un poco más abajo, y entro para recoger los exámenes que, sin duda alguna, no pienso corregir.

ALYSSA

Me ha besado. Mi profesor me ha besado. El señor Sinclair. Stephen. Y yo le he correspondido, pero ¡madre mía, como para no hacerlo! Me ha apretado tanto a su cuerpo, que no he sido dueña de mis movimientos cuando he sentido sus gruesos labios sobre los míos. Creo que es hora de ir reconociendo que es un tipo más que atractivo. Esa mandíbula... y cuando la tensa porque está enfadado, solo me dan ganas de enfurecerle aún más para que lo repita. Sí, definitivamente es la clase de hombre por el que me giraría en mitad de la calle para mirarle. No comprendo cómo ha llegado a la conclusión de que besarme sería una buena idea, es decir, soy su alumna, él se ha jugado tanto con ese movimiento como yo. Si alguien llega a pillarnos, nuestra situación se hubiera complicado muchísimo, las relaciones entre el profesorado y el alumnado están totalmente prohibidas, es una de las primeras normal de la universidad. Pero que me quiten lo besado, la manera en la que me ha tocado, ha recorrido mi espalda con sus manos...

Sencillamente, se nota la madurez y la experiencia que tiene con el sexo femenino. Eso es innegable.

¿Y que se supone que voy a hacer ahora, aparte de morirme de la vergüenza? Aunque tampoco veo por qué debería hacerlo, él ha sido el que me ha besado primero, a pesar de que yo le haya correspondido de manera casi inmediata...

El sonido de la sirena que anuncia el final de la clase, es lo que me hace reaccionar. Salgo del aula, la cual ha sido testigo de nuestros impulsos, y me encuentro de cara con Rob.

—¿Qué hacías ahí? —Arquea una ceja y mira por encima de mi hombro, como buscando a alguien más.

—Nada, quería coger unos folios para no tener que pagar por ellos —río.

—Mira que eres traviesa. —Tira de mi mano para acercarme a su cuerpo —. ¿Qué vas a regalarme por mi cumpleaños?

—Mmm, no lo sé. —Mantengo un poco la distancia, colocando las manos en su pecho—. La verdad es que no se me ocurre nada que no tengas ya.

—A mí se me ocurre algo —dice con una sonrisa coqueta.

—¿El qué?

—Tú. —Sus ojos recorren mi rostro, deteniéndose peligrosamente en mis labios.

Cuando voy a responder para detener este momento incómodo del que no sé cómo salir bien parada, alguien le empuja al pasar por su lado, provocando que ambos nos movamos medio metro. Levanto la vista, y ¿adivina quién es?

—Vaya, discúlpeme —dice con una mueca de arrepentimiento—. No les había visto.

—No pasa nada —le responde Rob con una sonrisa.

—Tal vez si se fijara un poco mejor en lo que hace, no le pasarían estas cosas —digo sin soltarme del brazo de Romeo.

—Liss —me murmura éste último, avergonzado por mi enfrentamiento —. Discúlpela —le dice a él.

—Quizá si usted no se pusiera a coquetear en la puerta de mi aula, no le pasarían estas cosas. —Me fulmina con la mirada, ignorando a Rob por completo.

—Y quizá si usted...

—Basta. —Endurece la mirada y no me deja terminar.

Me observa unos segundos más y desaparece por el pasillo, entre la muchedumbre que camina de un aula a otra. En la mirada de Rob, puedo ver que pretende interrogarme por mi comportamiento, así que le doy un beso en la mejilla y me marcho antes de darle tiempo a hacerlo.

Las próximas clases pasan más deprisa, nada que ver con la primera. Me cruzo en el pasillo con Sinclair, pero ambos nos ignoramos el uno al otro, ¡será gilipollas! Que no se le ocurra hacerse el ofendido porque soy capaz de decirle unas cuantas cosas, ha sido el quien me ha besado a mí, que no me reproche haberle correspondido. Seguro que se está arrepintiendo, no le conozco apenas, pero tiene pinta de ser de los que se dejan llevar por los impulsos y luego fingen que no ha pasado nada.

La semana transcurre sin mayores acontecimientos, llego a clase la última y me escapo la primera. Evito encontrarme con él, y aunque me cuesta, evito contestarle mal, a pesar de que no ha parado de picarme en toda la semana, de provocarme para propiciar una nueva discusión. Sé que es lo que busca, así que no pienso darle ese placer, es divertido ver cómo se exaspera cuando le respondo con toda la educación del mundo y finjo que sus palabras no me afectan. Pero lo hacen. Y de qué manera. Desde aquel beso que me dio, no he podido sacarle de mi cabeza, no paro de pensar en por qué lo hizo.

—El lunes comenzaremos con los ensayos para la obra —dice Sinclair cuando quedan cinco minutos para que comience el fin de semana—. Espero que ya se sepan sus papeles. Romeo y Julieta —nos mira a Rob y a mí—, ustedes tienen las interpretaciones más complejas. ¿Cómo lo llevan?

—De puta madre —alardea Rob guiñándome un ojo. Yo río con él y solo asiento.

—¿Mills? —al parecer mi asentimiento no es suficiente para él.

—Lo llevo bien. Me lo sé de memoria desde... Desde que tengo memoria.

—¿Y eso por qué? —pregunta con verdadero interés.

—Mi madre me leía esa obra cada noche... —No puedo evitar que la tristeza inunde mi voz. Brit acaricia mi espalda y me da un beso en la mejilla.

—Mmm, comprendo. De acuerdo —ahora se dirige a toda la clase—, pueden marcharse ya, pasen un buen fin de semana.

STEPHEN

¿Por qué se ha puesto triste? Joder, espero que su madre no esté... Maldición, soy un bocazas. ¿Pero qué iba a saber yo?

Observo cómo su amiga le dice algo para hacerla sonreír, y ese Romeo se acerca y tira de su mano para que se levante. La abraza y consigue sacarle una carcajada. Inconscientemente, siento celos de que él pueda hacer eso y yo no, pero no porque no sea capaz, sino porque sé que no debo.

—Mills. —No soy dueño de mi voz cuando la veo acercarse a la puerta para marcharse—. Venga un momento.

—Dígame. —Camina hasta la plataforma.

—¿He dicho algo que le ha sentado mal? —pregunto dando unos pasos y bajando para acercarme a ella.

—No. —Finge que no le pasa nada, sonrío, pero el brillo no llega a sus ojos—. No... no se preocupe.

—Ey, Alyssa. —Alargo el brazo para sujetar su mano cuando gira para marcharse—. ¿Estás bien? —asiente mirando cómo mis dedos rodean su piel, pero no abre la boca— No me mientas.

—Echo de menos a mi madre —reconoce en un suspiro—. Eso es todo.

—¿Está...? ¿Ella está...? —No sé cómo preguntarle esto.

—Viva —responde leyéndome la mente—. Es solo que está muy lejos y hace bastante que no la veo.

—¿Por qué?

—Vive en Oregón y... Bueno, los billetes de avión son muy caros. Ella trabaja en un supermercado y lo poco que gana, lo reparte entre las dos.

—¿Y cómo puedes permitirte pagar esta universidad y la residencia?

—Me dieron una beca por mis notas. Las cuales debo mantener para que no me la quiten... —Sé que esto va por mí.

—Comprendo.

—Bueno, tengo que irme, me están esperando. —Mira hacia la puerta, desde donde Britany y Joyce nos observan.

—Claro, que tengas un buen fin de semana —declaro, dedicándole la primera sonrisa sincera desde que nos conocemos.

—Y tú. —Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando ella me la devuelve. Sin sarcasmo ni segundas intenciones, solo dos personas sonriéndose la una a la otra.

Lo cierto es que ahora mismo me siento una mierda. No, me siento peor que una mierda. El otro día le puse unas llantas a las ruedas de mi Vyrus, las cuales me costaron más que veinte billetes de ida y vuelta a Oregón. Imagino que cuando tienes dinero no valoras las cosas de igual manera.

—Alyssa, espera —le pido antes de que salga. Se gira y me mira, mientras me acerco—. Dame tu teléfono.

—¿Mmm, para qué? —Veo cómo sus amigas se miran entre ellas, completamente confundidas pero con una sonrisita pícaro en la cara.

—Dámelo —me analiza con la mirada unos instantes y después lo desbloquea para entregármelo, apunto mi número y se lo devuelvo—. Si necesitas algo... No sé... Simplemente llámame, ¿de acuerdo?

—¿Algo como qué? —inquire, alzando una ceja y escondiendo una sonrisa.

—Lo que sea —digo con seriedad. Observo cómo traga saliva y se pone igual de serio—. ¿Lo has entendido? —asiente y lo guarda en su agenda de teléfono, bajo el nombre de “Sinclair”— Puedes irte.

Da un par de pasos marcha atrás, sin dejar de mirarme, y se da la vuelta cuando llega a la puerta, haciéndome sentir un vacío desconocido para mí, y provocando que yo me acerque para ver cómo se aleja por el pasillo junto a sus amigas.

Será un fin de semana muy largo.

CAPITULO 5

ALYSSA

—Venga, Liss, ánimo —me dice Brit—. Esta noche será genial, ya lo verás.

—No tengo ganas de fiesta, solo voy por Rob. —Enciendo el secador de pelo y la miro a través del espejo del baño.

—¿Qué le has comprado? —me interroga rebuscando en mi armario.

—Ese videojuego con el que lleva dándonos el coñazo desde que salió.

—Es carísimo. —Su sorpresa me llena de orgullo— ¿Cómo lo has conseguido?

—Lo pedí por internet hace unas semanas, me lo dejaban a mitad de

precio, es de segunda mano.

—Vaya, se volverá loco —sonríe mientras saca uno de mis vestidos dorados—. ¡Este! ¡Me voy a poner este! ¿Me lo dejas, verdad?

—Mmm, dame unos segundos para pensar —pone cara de cachorrito y lloriquea—. Claro, idiota, te dejo lo que prefieras.

—¡Dios, te quiero! Cameron no se me escapa esta noche —sentencia con la sonrisa perversa.

Río y revuelvo mi pelo con los dedos para secarlo más deprisa. Pruebo varios peinados recogidos, ¿una trenza lateral, tal vez? No, nada me convence, así que simplemente dejo libres los tirabuzones que se forman de manera natural.

—Liss, te llaman —Joy se acerca para darme mi móvil—. ¿De verdad piensas dejarle ese vestido?

—Calla —ordeno apagando el secador y poniéndome el teléfono en la oreja—. Hola, mamá. ¿Qué tal estás?

—Hola, cielo. Bien, ¿y tú?

—Bien...

—¿Qué te pasa?

—Nada... que te echo de menos.

—Mi vida, yo a ti también. A lo mejor consigo que me adelanten la paga de Navidad y puedo ir a verte. —Su voz me contagia la emoción, dibujando una gran sonrisa en mi rostro.

—¿¡En serio!?

—Sí.

—Pero, mamá... si te gastas el dinero en un billete, después no podrás pagar otras cosas —determino perdiendo el entusiasmo.

—No te preocupes por eso.

—Voy a buscar un trabajo.

—No, cariño. Tú céntrate en estudiar, no puedes perder la beca.

—Puedo hacer las dos cosas.

—Sé que puedes, pero no es necesario.

—Sí que lo es, necesito verte, esto es una mierda —comienzo a sentir las lágrimas en mis ojos.

Mis amigas, quienes escuchaban la conversación atentamente desde la cama, se aproximan para darme apoyo moral.

—Lo sé, Ali, pero no podemos hacer nada...

—¿Has... sabido algo de él? —No responde—. Mamá, no me ocultes

nada.

—Le vi el otro día, en la gasolinera.

—¿Te dijo algo? —Noto cómo el pulso se dispara bajo mi piel, el corazón se me acelera de igual forma y se me seca la garganta de pronto.

—Lo mismo de siempre. Cielo, no te preocupes, nadie sabe que estás allí.

—Ya... ya, no estoy preocupada.

—Vale. Bueno, cuéntame, ¿qué tal has empezado el curso?

—Bien, esta noche es la fiesta de cumpleaños de Rob.

—Vale, cariño, pásalo bien y ten cuidado. Yo voy a ver a los primos.

—Vale, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti. Hablamos pronto.

—Vale, un beso.

Cuelgo y lo dejo sobre la encimera del baño. Brit y Joy me guían hasta la cama y me abrazan. Me permito soltar un par de lágrimas, pero en seguida las limpio y sonrío para que no se preocupen.

—¿Qué le dijo? —pregunta Brit.

—Lo mismo de siempre... Que tarde o temprano, me encontrará.

—No puede hacerlo, Liss. No te preocupes.

—Ya lo sé, lo sé. Bueno —sacudo la cabeza y me levanto—, ayudadme a decidir qué me pongo.

—¡Yo, yo! —grita Brit— He visto algo que te quedará de muerte —dice mientras pasa las perchas de mi armario como una posesa—. Te vas a poner esta falda de cuero, con esta camisa y los botines de cordones.

—Me gusta.

—¡Aleluya! —celebran las dos.

Después de decidir la ropa de Joy, las tres terminamos de maquillarnos y arreglarnos, echamos un último vistazo al espejo, y el teléfono de las tres vibra.

22.12pm Peter

¿Os queda mucho?

22.12pm Rob

Yo estoy acabando de vestirme.

22.13pm Brit

Nosotras ya casi estamos.

22.13pm Yo

¿Dónde quedamos? Rob, ¿Peter y tú no vais antes?

22.13pm Rob

Sí, tenemos que llegar antes de la hora, para cuando empiece a venir la gente.

22.13pm Yo

Vale, entonces nosotras vamos en bus.

22.14pm Rob

Puedo volver a buscaros cuando me digáis.

22.14pm Joy

Yo llevo el coche.

22.14pm Thomas

Ni de coña. Vas a beber, así que no conduces.

Yo paso a buscaros, decidme una hora.

22.15pm Joy

Pesado.

22.14pm Thomas

¿A qué hora? A las diez ya habré terminado de prepararme, acabo de salir del curro.

22.14pm Peter

Rob y yo nos vamos ya. ¿Las recoges tú, entonces?

22.14pm Thomas

Sí.

22.14pm Rob

Ok.

22.14pm Brit

Thomas, Joyce dice que luego te compensa ù

22.14pm Joy

Cabróna. No he dicho nada.

Río mientras Joy persigue a Brit por la habitación, la cual no es muy grande que digamos. Además, con el armario que hay en medio, separando mi zona de la suya, es imposible que no la pille. Se tira sobre ella en la cama y le da mordiscos en los brazos, llenándola de babas y riendo.

—¡Quita, marrana!

—Eso te pasa por decirle cosas a Thomas.

—¡Encima que te allano el camino! —se indigna Brit mientras limpia sus brazos.

—¡Que no me gusta! —grita Joy.
—No, te encanta —le digo yo.
—Que os den.
—Él quiere darte a ti. —Nos muestra su dedo corazón y nosotras le tiramos besos, observando cómo se pinta los labios sin apartar la sonrisa de su cara.

STEPHEN

Llego a casa de Kenny a las diez y media. Han jugado contra los Warriors de San Francisco y han perdido, como era de esperar. Y, como era de esperar también, está de un humor de perros, así que he pensado en pasar la noche con él para que se distraiga.

—¿Has comprado la maría? —me pregunta nada más bajar del coche.

—Te he dicho que no.

—Joder, tronco, no me jodas.

—No te quiero joder, por eso no te la he traído. ¿Qué piensas hacer cuando salga en el test de orina?

—He leído que si añades unas gotas de legía, se camufla —dice con indiferencia.

—Calla, anda. Legía. —Cuando entramos en su gigantesco salón, veo que Duncan ya está aquí.

—¿Traes la maría? —cuestiona en cuanto me ve.

—Otro —bufo con aburrimiento—. Que no, pesado, deberíais tenerle un poquito más de cariño a vuestra carrera deportiva.

—¡Joder, tío! Voy a llamar a tu hermana, seguro que viene encantada. Luego la recompensó —dice guiñándome un ojo.

—Haz lo que te salga de los huevos. —Dejo la cazadora en la mesa y voy a la cocina.

—¿Ha vuelto a pasar algo con la niña? —pregunta Ken entrando tras de mí.

—No la llares niña, joder —le advierto con el dedo, sacando dos cervezas de la nevera.

—¿Por qué? —Le miro pero no respondo—. Uy, la hostia. No me digas que os habéis liado —supone abriendo uno de los botellines con la mano, yo sigo sin responder—. Tío...

—Cállate. No me digas nada. —Paso por su lado, de vuelta a la cocina.

—No sabes dónde te estas metiendo, colega —continúa mientras me sigue.

—Que no me rayes más, solo ha sido una vez y no va a repetirse.

—¿El qué no va a repetirse? —pregunta Duncan— Tu hermana está de camino —añade con una sonrisa satisfecha por haberse salido con la suya.

—Se ha liado con la niña. —Duncan me mira, pero chisto y levanto un dedo en su dirección para que no me diga nada.

—¿Te las has follado?

—No, joder. Solo nos hemos besado, prohibido hablar de Alyssa esta noche. ¿Os queda claro? —miro a los dos.

—Alyssa. —Ken niega con la cabeza con desaprobación—. Tío, ya la llamas por su nombre. —Resoplo y me dejo caer en el sofá.

—¿Qué ha pasado en el partido? —Intento cambiar de tema.

—Prohibido hablar de la niña y prohibido hablar del jodido partido. —Duncan se pone serio.

—Que no la llaméis niña, maldita sea.

—Madre mía... —murmura Ken.

Pero no continúa porque sabe que está a punto de ganarse una hostia.

Miramos la televisión en silencio durante varios minutos, supongo que cada uno pensando en sus cosas. No podemos hablar de Alyssa y tampoco del partido, que es lo que los tres tenemos en la cabeza, así que ninguno tenemos narices a abrir la boca hasta que escuchamos la puerta exterior abrirse y un coche entrar.

—Kelly —Duncan se levanta con una sonrisa y va hacia la puerta—. Hola, muñeca —dice abrazándola cuando entra.

—Hola, Dun. ¿Qué hacéis?

—Te estábamos esperando.

—Hermanito, ¿qué tal? —Se acerca y se sienta a mi lado, dándome un beso en la mejilla.

—Bien. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes que trabajar?

—Entro en dos horas, tengo turno de noche.

—Ah —digo con poca gana.

—¿Qué ha pasado con la niña? —me pregunta mientras le pasa la bolsita de marihuana a Duncan.

—Otra. ¿¡Qué puta manía os ha entrado a todos con llamarla niña!? —exclamo con las manos en el aire y mirándoles a todos.

—Uff. —Pone los ojos en blanco y se aleja un poco—. Estás de mal

humor.

—Me estáis hinchando los huevos, eso es lo que estáis haciendo. Me largo.

Me levanto y voy a coger mi cazadora, cuando Ken bufaba y se coloca frente a la puerta, impidiéndome el paso.

—Siéntate, haz el favor, deja de decir gilipolleces.

—Si escucho otra vez el nombre de Alyssa o la palabra *niña*, me piro — advierto a todos.

—Que sí. Tira. —Me empuja para que me siente de nuevo.

Duncan se pasa la próxima hora tonteando con mi hermana, sin conseguir nada, obviamente. Tuvieron algo el año pasado, pero fue fruto del alcohol y la fiesta, no creo que mi hermana volviera a liarse con él, aunque no lo sé, con esta nunca se sabe. En cambio, creo que Duncan sí siente algo más que simple atracción por ella.

Ken y yo estamos jugando al póker, apostando cien pavos por partida. Cuando gano ochocientos de golpe, no puedo evitar recordar la cara de Alyssa diciéndome que los billetes a Oregón son muy caros.

—No quiero jugar más —digo tirando las cartas.

—¿Por qué? Quiero la revancha.

—Toma, para ti. —Le entrego los billetes y él frunce el ceño—. Creo que me voy a marchar, me estoy rayando.

—Tío, déjalo ya.

—¿Qué deje qué?

—Deja de pensar en ella. —Le fulmino con la mirada pero no se calla—. Pégame si quieres, pero te conozco. Si te marchas para casa solo vas a conseguir darle más vueltas a la cabeza.

—Puede ser, pero así no os aburro a vosotros —apunto mientras me pongo la cazadora—. ¿Kelly, te vienes?

—Sí, quédate el resto —le dice a Duncan, respecto a la marihuana.

—Gracias, bella.

Después de asegurarme de que Zeus tiene agua y comida, me quito la ropa y la sustituyo por un pantalón corto de pijama y una camiseta del equipo. Cojo un bol lleno de patatas fritas y me tumbo en la cama, necesito ponerme una película de esas de pensar, en las que te metes tanto en la historia que no dejas de prestar atención hasta el final. Me decido por una de

Robert De Niro y Dakota Fanning. Cuando solo lleva veinte minutos y realmente he conseguido concentrarme, suena mi teléfono y todo se va a la mierda.

ALYSSA

La fiesta no está mal del todo. Hay bastante gente y la casa tiene unas vistas espectaculares al Lago Norman. Había olvidado lo bonitas que eran. En la oscuridad no se ve el final, pero la luna está increíblemente llena esta noche, dibujando su perfecto reflejo en las ondas del agua. Es una lástima que Charlotte esté tan lejos de la costa, pero es genial poder verlo de vez en cuando. Tiene una especie de playa, arena mezclada con hierba, algo raro, pero estupendo para que casi todas las fiestas se hagan por esta zona.

—¿Qué te pasa, preciosa? No parece disfrutar mucho —comenta Rob rodeando mi cuerpo con sus manos.

—No, no —sonríó con pocas ganas—. Estoy bien, la fiesta es una pasada

—¿Estás así por tu madre?

—Bueno... sí. Lo siento, no quiero aguarle la fiesta.

—Tranquila, no lo harás. ¿Quieres que vayamos fuera y hablemos un rato?

—Mmm, vale.

—Pero creo que primero necesitas una copa. Venga —me invita pasándome un vaso rojo con líquido en su interior.

—Sí, definitivamente la necesito. —Me la bebo de dos tragos y cojo otra antes de salir.

Caminamos entre la gente, hasta las escaleras que dan a la arena. Dos chicos del equipo se acercan y comienzan a hablar a Rob. Yo intento sonreír cuando me miran, pero solo tengo ganas de largarme de aquí. Busco a las chicas con la mirada, y encuentro a una de ellas besándose con Cameron —ya era hora—, y a la otra tonteando con Thomas. No quiero interrumpirlas, así que, sin que Rob se dé cuenta, me alejo y camino hasta la arena. Me quito los botines, y los calcetines, y voy hasta la orilla. Me relaja tanto este sitio... ojalá mi madre pudiera verlo, le encantaría. La echo tanto de menos.

Las lágrimas inundan mis ojos, y no puedo, ni quiero, evitar que salgan. Me siento en el suelo y lloro unos minutos, pensando en los más de dos mil kilómetros que nos separan. ¿Por qué las cosas han tenido que suceder así? ¿Por qué no he podido quedarme junto a ella y estudiar allí? Quizá la

universidad no sea la mitad de buena que esta, pero al menos, habríamos estado juntas. Maldigo el día en el que acepté ir a aquel estúpido baile con Mike. Por desgracias, se cometen muy malas decisiones cuando se es adolescente.

Una vez logrado dejar de llorar, miro mi teléfono, pensando en llamar a mi madre y preguntarle qué hace, aunque allí serán las ocho de la tarde, así que estará trabajando. Deslizo el dedo por la pantalla y lo veo... Ese nombre del que he intentado librarme con todas mis fuerzas. Ese por el cual no he pegado ojo varias noches seguidas. Sinclair.

STEPHEN

Observo que se trata de un mensaje de un número que no tengo. Y hay pocas personas que tengan mi número sin que yo tenga el suyo. De hecho... solo una.

11.50pm 0017046787

Hola... soy Alyssa.

11.51pm Yo

Lo he imaginado. ¿Dónde estás?

11.51pm Alyssa

En la fiesta de cumpleaños de Rob.

11.52pm Yo

Ese es tu Romeo, ¿verdad?

11.53pm Alyssa

No es mi Romeo, es Romeo.

11.53pm Yo

Ah, cómo no paráis de tontear, pensé que sería tu novio.

11.53pm Alyssa

Pues no. Lo siento, no debí escribirte. Adiós.

11.53pm Yo

¿Qué pasa? Por algo lo has hecho.
¿Dónde estás? Lugar.

11.54pm Alyssa

En el Lago Norman. Tiene una casa aquí.

11.54pm Yo

Un poco lejos. ¿Cómo vas a volver?

11.54pm Alyssa

Con Thomas. Aunque creo que se nos va a hacer de día...
Me iría ahora mismo en taxi, pero tendría que chupársela para poder pagarlo.

11.55pm Yo

Espero que eso sea una broma.

¿Quién es Thomas? Si quieres marcharte,
yo puedo ir a buscarte.

11.56pm Alyssa

¿Por qué un profesor iría a buscar a su alumna
a una fiesta de universitarios?

12.04am Yo

¿Por qué me has escrito, Alyssa?

12.04am Alyssa

No lo sé. Quería llamar a mi madre, pero está trabajando,
Y si lo hiciera, me pondría a llorar y no quiero que vuelva
a escucharme así.

12.05am Yo

¿Quieres que vaya a buscarte? No te lo repetiré
de nuevo. Te dije que no doy segundas
oportunidades y me estás haciendo incumplirlo.

12.10am Alyssa

Sí.

12.10am Yo

Envíame una ubicación para ver dónde
estás exactamente.

Alyssa compartió su ubicación

12.12am Yo

Trataré de tardar lo menos posible.
Sal a la carretera.

12.12am Alyssa

Vale.

*¿Se puede saber qué coño estás haciendo? Déjame en paz, no te
conozco. ¿Qué no me conoces? Ya acudirás a mí cuando no sepas qué hacer.
Lo que tú digas.*

Ignoro a mi conciencia y me pongo unos vaqueros, un jersey a rayas y la
cazadora gorda por encima. La manera más rápida de llegar es con mi Vyrus,
así que cojo dos cascos y algo de dinero.

Veinte minutos más tarde, estoy llegando a la supuesta fiesta. La música
se escucha desde aquí, y las luces se ven desde varios kilómetros atrás. Vaya
con Romeo... A medida que me voy acercando, veo más difícil el dar con
ella. Esto está lleno de niños, joder. ¿Pero qué hago aquí? *¿Ya puedo
hablar?* No.

Sigo avanzando y esquivando a la gente que cruza la calle sin mirar,
completamente ebrios y drogados. Y entonces la veo, sentada en el bordillo
de la acera, abrazándose a sí misma y solo con una falda negra y una camisa.

¿Está loca? *Ya tenéis algo en común.* Que te calles.

Detengo la moto frente a ella y levanta la vista para mirarme. No me reconoce, así que me quito el casco y la observo con un gesto desaprobatorio.

—Tiene que ser una puta broma —enfatisa con los ojos brillantes de emoción.

—¿Qué? —pregunto sin entender nada.

—¡Tienes una moto!

—No. Tengo una Vyrus —aclaro orgulloso—. Toma, no quiero que te congeles.

Me quito la cazadora y se la paso por los hombros, ella me observa en silencio pero con una pequeña sonrisa en el rostro, mientras introduce un brazo y después el otro.

—Y el casco. —Se lo pone y me mira, expectante— ¿Has subido alguna vez en una moto?

—Sí. Mi... un amigo tenía una y me llevaba a menudo —responde algo incómoda.

—¿Qué amigo? —Sé que me está mintiendo.

—Mi ex novio —asiento y le hago un gesto con la cabeza.

—Vamos, sube.

Sonríe y pasa una pierna por detrás para colocarse, pega un saltito y acerca su cuerpo al mío. Sin que le diga nada, rodea mi cintura con sus brazos y apoya la cabeza en mi espalda. Nunca, jamás, había llevado a nadie en mi Vyrus. Nunca había ofrecido segundas oportunidades, y tampoco me había presentado de esta manera en una fiesta de adolescentes para llevarme a una de ellas. *¿Hola?* No, cállate, no quiero escucharte.

ALYSSA

¿Cómo puede ser que algo que he hecho tantas veces, se sienta tan diferente? *Porque con Mike no te sentías a gusto. No te sentías a salvo.* ¿Y con el sí? ¿Con un hombre al que apenas conozco desde hace dos semanas? No lo sé, lo cierto es que ahora mismo, a ciento veinte kilómetros por hora, con todo este viento azotándome en la cara, y todos estos coches pasando por nuestro lado, me siento libre. Y me siento segura. Le abrazo como si fuera mi salvavidas, sin querer llegar a ninguna parte, sin querer que este breve instante se termine. Pero todo lo bueno acaba. Detiene la moto frente a mi residencia y apaga el motor. Deshago mi abrazo y me bajo, muy a mi pesar.

Le devuelvo el casco y nos quedamos mirándonos unos segundos, sin saber qué decir ninguno de los dos.

—Gracias por traerme —digo quitándome también su cazadora y devolviéndosela.

No conseguiré quitarme este olor de encima ni en tres días. Tampoco quiero.

—No hay de qué. —La acepta y se la pone con un movimiento rápido— ¿Tus amigas no se preocuparan?

—Ahora les escribo, aunque no creo que me echen de menos hasta dentro de un buen rato. Estaban... ocupadas.

—Comprendo.

Me sorprendo al ver que se baja y coloca la pata de la moto, para apoyarse en ella. Saca un cigarrillo de su cazadora y se lo lleva a los labios, lo enciende y levanta la vista hacia mí. Expulsa el humo despacio, sin dejar de mirarme. Está tan sexy.

—¿Cuánto hace que no ves a tu madre? —me pregunta de repente.

—Desde julio.

—Dos meses.

—Y diecisiete días —agrego.

—¿Estáis muy unidas?

—Sí. Por eso es tan duro... Nunca nos habíamos separado hasta que vine aquí.

—¿Y por qué decidiste estudiar aquí y no en Oregón?

—Yo... mmm... bueno, tenía que salir de allí. —Mierda, necesito cambiar de tema ya.

—¿Por qué? —insiste, frunciendo el ceño.

—Stephen, yo no...

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre —me interrumpe.

—Sí. —Una involuntaria sonrisa se forma en mi rostro.

—¿Qué ibas a decir? ¿Por qué tenías que salir de allí?

—Cosas de mi pasado de las cuales no me apetece hablar. —Parece que mi respuesta no le agrada porque vuelve a fruncir el ceño, pero no dice nada más al respecto—. Bueno, debería entrar ya, hace frío. Gracias otra vez por venir a buscarme.

—Nos vemos el lunes —dice sin moverse y sin tirar el cigarrillo.

Asiento y subo las escaleras. Abro la puerta y me giro antes de entrar, pero sigue ahí, apoyado en su moto y mirándome.

—¿No piensas marcharte?

—Cuando acabe de fumar. ¿Quieres quedarte conmigo?

—¿Quieres que me quede?

—Si no quisiera, no te lo habría pregunta, Alyssa. Ven aquí.

Bajo las escaleras y me acerco hasta él. Coge mi mano y tira de mí de manera inesperada, pegándose a su cuerpo. Aparta mi pelo de la cara, mientras le da otra calada y expulsa el humo en la otra dirección.

—No me gusta verte triste —dice mirándome mientras acaricia mi mejilla con su pulgar.

—Ni a mí estarlo. Pero es mi madre, la única familia que tengo.

—¿Solo sois ella y tú? —pregunta dando una última calada antes de tirarlo.

—Sí. Tengo algunos primos, pero lejanos y con los que apenas tengo contacto. ¿Tú?

—Tengo a mis padres y a mi hermana, Kelly. Os llevaríais bien —ríe, provocando que su boca se expanda y unos hoyuelos se formen en las mejillas.

—¿Por qué?

—Tiene veintidós años y es muy rebelde. Igual que usted, Señorita Mills —sonríe.

—Sale a su hermano —respondo, riendo también.

El silencio nos envuelve de nuevo, permitiendo que el único sonido que se escuche sea el de un búho en alguna parte del campus. Y juraría que también el latido de mi corazón. Nos miramos, más intensamente que antes. Aunque quizá, la poca distancia que nos separa, ayuda. La mano que tiene en mi mejilla, va descendiendo hasta la parte trasera de mi cuello, bajo mi pelo. Acerca el rostro, poco a poco, muy despacio, concediéndome unos segundos que aprovecho para observarle desde esta escasa distancia. Hasta que sus labios quedan a un par de centímetros de los míos. Incluso ahora, no deja de mirarme a los ojos. ¿Me está pidiendo permiso?

STEPHEN

Para. Para. ¡Para! ¡Que te calles ya, me cago en la puta!

Estoy a un centímetro de volver a sentir la calidez de sus labios. De volver a sentirme en el cielo por unos segundos, pero escucho el motor de un coche acercándose. Ese ruido me hace reaccionar, me hace darme cuenta del

error que estaba a punto de cometer. *Otra vez*. Qué pesadilla. ¿No hay ninguna forma de silenciarte? *No, amigo. Estaremos juntos por siempre jamás*. Siento que mi conciencia me guiña un ojo, vacilante.

Me separo de Alyssa, dejando paso al frío entre nosotros. Ella retrocede y se abraza a sí misma, sin ser capaz de mirarme a los ojos, supongo que también acaba de darse cuenta de lo que estábamos a punto de hacer.

—Son las chicas con Thomas —me dice mirando hacia ellos.

—Joder, a ver cómo explicamos esto —susurro poniéndome nervioso.

Si alguien se enterase de que nos hemos besado, me echarían. *Hace una semana ni siquiera querías este trabajo...* Voy a optar por pasar de ti.

—Déjame a mí, sígueme el rollo.

CAPITULO 6

ALYSSA

Stephen me mira con nerviosismo y se sube en su moto. Perdón, Vyrus, en su Vyrus. Arranca para marcharse, pero el coche de Thomas se detiene tan cerca que le impide el paso. Brit y Joy se bajan y me miran, extrañadas.

—Liss, hemos estado buscándote. Estábamos preocupadas —me reprocha Joy.

—Aunque vemos que no estabas sola —añade Brit con una pequeña sonrisa.

—Sí... eh... —Miro a Stephen esperando que se me ocurra alguna excusa divina— Bueno...

—La Señorita Mills y yo nos encontramos por casualidad a unas manzanas de esa fiesta —interviene al ver mi tartamudeo sin sentido.

—Claro —dice Joy sin creerse una mierda.

Stephen me mira para que continúe yo.

—Me estaba aburriendo y no quería joderos la noche, así que estaba buscando una parada de taxis cuando le he visto. Y, bueno... se ha ofrecido a traerme, así que... aquí estamos.

—Muy amable, señor —le dice Brit.

—Tengo que cuidar de mis alumnos —justifica él con una sonrisa cautivadora e inocente—. Bueno, nos vemos el lunes, señoritas. Mills —añade lo último mirándome a mí directamente, como queriendo decírmelo

todo solo con los ojos.

—Señor.

Se despide de Thomas con un movimiento de cabeza, y se marcha acelerando por la calle principal de campus.

—¿Vas a contarnos la verdad ahora? —Joy me mira con los brazos apoyados en las caderas.

—Esa es la verdad.

—Lo que tú digas —zanja después de elevar una ceja con incredulidad —. Vengo en un rato. —Se mete en el coche de Thomas y ambos se marchan.

—¿Y estos? —pregunto mirando a Brit— Menos mal que no le gustaba.

—Ya ves —se encoje de hombros.

—¿Y tú, qué? —le interrogo mientras entramos en la residencia— Veo que mi ropa te ha traído suerte. —Le doy un toque cariño en el hombro.

—Sí —sonríe como una quinceañera—. Madre mía, Liss, cómo besa. Le doy un 8.9.

—Pobre, no llega al nueve por una décima —río.

—Llegará —dice cuando estamos entrando en mi cuarto—. Oye, no me trago esa historia con Sinclair. ¿No ha sido casualidad, verdad?

—En serio, que sí —me agacho para abrir la puerta con la llave que siempre llevo colgada del cuello, y veo de reojo que me mira y sonríe.

—Si no quiere contárnoslo, tus motivos tendrás. Pero que sepas, que no nos lo creemos ninguna de las dos. Liss, ten cuidado. Tiene treinta años, no es un niño como estos de aquí...

—¿Treinta? —la miro sorprendida— ¿Cómo lo sabes?

—Lo he buscado en internet —sentencia con naturalidad.

Claro. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Fue jugador de baloncesto. Es famoso. Toda su vida debe aparecer en la red, joder.

Me despido de ella, con la promesa de que estoy bien y sé lo que hago —mentira, no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo—, y me quito la ropa para meterme en la cama. Pongo el móvil a cargar y cojo mi portátil. Cruzo las piernas, apoyándome contra el respaldo de la cama, y tecleo en el buscador: Stephen Sinclair. Automáticamente salen miles de resultados, noticias y fotografías. Madre mía, mi corazón se acelera al verle y recordar aquel beso, y el que nos hubiéramos dado ni no hubiera aparecido el coche de Thomas.

Stephen Sinclair Jenkins.

Edad: 30 años.

Residencia: Charlotte, Carolina del Norte.

Profesión: Jugador de los Charlotte Hornets durante cinco temporadas. Una lesión en su rodilla le impidió seguir en la NBA. Fue la imagen de la conocida marca deportiva “StayFit” hasta que se apartó del baloncesto. Actualmente, se desconoce si renovará para la próxima campaña.

Vida personal: No se le conocen parejas estables hasta el momento. Hijo del actor George Sinclair y la Doctora Deborah Jenkins. Tiene una hermana cinco años menor, Kelly Sinclair Jenkins. Sus padres residen en Austin, Texas, y su hermana, en Charlotte, Carolina del Norte.

Joder, tiene que ser una putada que todo el mundo conozca tanto de ti. No creo que yo pudiera soportarlo. La parte que más me inquieta es la de: “no se le conocen parejas estables”. Me extraña que no haya tenido novia en sus treinta años. Dice que no se le conocen, no que no las haya tenido. Bueno, pues eso.

Mientras estoy viendo sus fotos, me llega un mensaje...

01.33am Sinclair

¿Se lo han tragado?

01.34am Yo

No. Pero da igual, les he dicho que es la verdad.

01.34am Sinclair

Espero que no se les ocurra irle con el cuento a nadie.

01.35am Yo

¿El cuento? No van a decir nada, joder.
¿Quién te has creído que son?

01.35am Sinclair

Pues unas niñas.

01.36am Yo

¿Cómo yo?

01.40am Sinclair

Cómo tú.

01.41am Yo

Que le jodan, Sinclair. Buenas noches.

¿De qué cojones va este tío? O sea, primero me lleva a su casa cuando estoy borracha, luego me besa, después me da su número de teléfono, me viene a buscar y casi me besa otra vez. Pero la niña soy yo. Venga, hombre, que le den por el culo.

STEPHEN

Gilipollas, eso es lo que soy. ¿En qué estaba pensando? ¿Ir a buscarla? ¿En serio? *Sí, en serio. Eso es lo que has hecho, capullo.* Cuando me ha escrito diciéndome que quería marcharse pero no podía, no lo he pensado. Pero ahora... joder. ¡Es menor de edad, maldita sea! ¿Será que me siento culpable por derrochar el dinero, sin preocupación alguna, y ella no tener para un puto billete de avión? Sí. Sí. Es eso, sin duda. *Claro que sí, chaval. Claro que sí...*

Decido poner el teléfono en silencio y tratar de dormir toda la noche. Aunque dudo que eso sea posible.

El domingo me levanto tarde. No sé ni la hora que era cuando conseguí dormirme, pero tardísimo. Hace un día de perros y no me apetece nada salir a pasar frío. Extiendo la mano, sacándola un segundo de debajo del edredón nórdico, y cojo mi teléfono. Veo que Aly... que Mills no me respondió anoche. *Perdona, fuiste tú el que no la respondió.* Es verdad, es verdad, fui yo. Pero me mandó a paseo, ¿qué se supone que se responde a eso? Voy a borrar su número. Sí, será lo mejor, para evitar tentaciones... *¿Y si luego lo necesitas? ¿Para qué? Ah, no lo sé...* Joder. Bueno, pues no lo borro pero voy a cambiarle el nombre. Alyssa es demasiado... personal.

En el grupo hay setenta y tres mensajes. Me da mucha pereza leerlos y seguro que solo han dicho gilipolleces. También tengo cinco llamas perdidas de mi hermana, dos de Duncan y tres de Kenny. Pesados.

3.10pm Ken

¡Tío! ¿¡Dónde coño te metes!?

3.11pm Duncan

Tu hermana está en mi casa.

3.12pm Duncan

Ven.

3.10pm Yo

Mira que habláis, mamones.

3.11pm Yo

¿Qué pasa?

3.11pm Yo

¿Y eso?

3.12pm Yo

¿Qué cojones pasa?

3.12pm Ken

Vete para su casa, Stephen.

Salgo del grupo y marco el número de Kelly, pero no responde. Hago a un lado el edredón y salgo de la cama. ¿Qué coño? No entiendo nada. Espero que no le haya pasado nada porque... Porque no.

Llego a la casa de Duncan en pocos minutos, ya que está a solo unas manzanas de la mía. Aparco junto a su Lamborghini Veneno, con cuidado de que ni el viento lo raye, y me bajo deprisa. Me abre la puerta antes de que llegue a tocar el timbre.

—¿Dónde está Kelly?

—Pasa —dice con el rostro serio—. Está en el salón.

Avanzo por el largo pasillo, rodeado de trofeos y cuadros, hasta la gran estancia del fondo. Veo su cabellera rubia apoyada en el reposabrazos del sofá, tumbada.

—Ey —digo cuando me acerco— ¿Qué...?

Levanta la cabeza y veo el color violeta que se forma bajo su ojo derecho, en el pómulo. Miro a Duncan, que me observa con los brazos cruzados, a un par de metros.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con todos los músculos de mi cuerpo a punto de reventar.

—Anoche, en el descanso, salí a fumar un cigarro a la parte trasera de la discoteca, y me atacaron.

—¿Quién?

—No lo sé. Llevaba un pasamontañas.

—¿¡Estás de coña! —exclamo dándole una patada a la silla que hay al otro lado.

—No le grites —Duncan se aproxima y me mira más serio que nunca.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no...? —No termino la frase, al darme cuenta de que sí que me llamó. He visto sus llamadas esta mañana.

—Te llamé, Stephen. Fue lo primero que hice cuando ese cabrón me robó todo y me dejó tirada en el suelo. Entré a la discoteca y te llamé desde el teléfono de dentro. Pero no respondiste, y solo me sé tú número, el de papa y mamá, y el de Dun.

—Lo siento. —Mi voz se quiebra y caigo arrodillado frente al sofá, frente a ella—. Lo siento, princesa.

—Tranquilo. Duncan vino a buscarme y me trajo aquí.

—¿Dónde estabas? —me pregunta él, con la misma dureza en su voz que antes.

—En casa. Pero tenía el móvil en silencio.

—Fui a tu casa y no estabas.

—Salí un momento.

—¿A dónde?

—¿Quieres decirme algo? —Me levanto y empiezo a sentir cómo la ira vuelve. ¿Quién se cree para hablarme con ese tono?

—Sí.

—Pues hazlo.

—Chicos, parad —dice Kelly levantándose y colocándose entre nosotros.

—¿Estabas con la niñata, verdad? Mientras a tu hermana le robaban y le pegaban, tú estabas con esa puta niña. —No le doy un puñetazo porque mi hermana está en el medio.

—Ya vale, Duncan —le recrimina ella.

—Coge tus cosas, Kel, te vienes conmigo —digo sin apartar la mirada de él.

—No. Ella se queda.

—¿Perdona? —Arqueo una ceja con incredulidad— Mira tío, no te salto los dientes porque eres mi amigo, pero no te pases ni un pelo. —Vuelvo a avanzar hacia él, pero mi Kelly me lo impide.

—Vámonos —suplica mirándome—. Steph, vamos.

Camino hacia la salida, y veo como ella se detiene y va hasta él. Le dice algo y le da un beso en la mejilla. Él la abraza y después me mira de nuevo, esta vez no con la misma ira. Esta vez es decepción lo que sus ojos me muestran.

¿Qué cojones ha pasado? ¿Cómo he podido permitir que esto sucediera? “*Mientras a tu hermana le robaban y le pegaban, tú estabas con esa puta niña*”. Sus palabras taladran mi cabeza. Y lo peor, es que son ciertas.

ALYSSA

Me despierto cuando Joy abre la puerta de la habitación. Intenta entrar sin hacer ruido, pero es demasiado torpe como para conseguirlo. Finjo que no la he escuchado y sigo durmiendo. ¿Qué estará haciendo Sinclair? ¿Por qué actúa de esta forma? Creo que quiero mandarle un mensaje. *¿Qué dices? Si le has mandado a la mierda y no te ha respondido.* Es verdad.

Domingo. Las siete de la mañana y no sé quién coño está dando gritos en la calle. Hace mucho frío, así que me pongo la sudadera que tengo a los pies de la cama, y me levanto para mirar por la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunta Joy con voz adormilada.

—No lo sé. Voy a ver —digo apoyando las rodillas en su cama y abriendo la ventana.

—Joder, cuanta gente. ¿Qué coño hacen? Es domingo. —Ella se coloca a mí lado.

—¿Os habéis enterado? —pregunta Brit entrando de repente con la copia de la llave.

—No —respondo mirándola mientras se acerca hasta nuestro lado y nos imita—. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado una chica muerta.

—Es muy temprano para esas bromas —río.

—No es una broma —aclara con el rostro serio—. Dicen que se llamaba Kimberly, era de segundo año.

—¿Estás de coña? —Joy se sienta en la cama con el rostro pálido. Y teniendo en cuenta que es afroamericana, eso es decir mucho.

—Que no, joder. Vestiros y vamos.

—¿A dónde?

—¡Pues a enterarnos! —exclama tirándome mis pantalones a la cara.

Salimos al pasillo y vemos a todo el mundo cuchicheando y comentando lo ocurrido. Por distintas conversaciones, averiguo que la han encontrado en el gimnasio. Divisamos a Rob y Peter en pijama, hablando con más chicos del equipo.

—Qué mal rollo. —Escucho que dice uno de ellos.

—¿La conocíais? —les pregunta Brit cuando llegamos hasta ellos.

—Y vosotras también —dice Rob— Kimberly Morgan. —Nos mira como si tuviéramos que sumar dos más dos.

—Morgan —pienso en voz alta.

—¿Kimberly la misma Kimberly que se parecía tanto a Liss? —pregunta Joyce.

—La misma —afirma Peter.

—¿Qué dices? Pero si era una cría. ¿Habláis de la que decía todo el mundo que si éramos hermanas?

—Sí.

—¿Qué... qué le ha pasado? —pregunto empezando a sentir cómo las náuseas suben por mi garganta.

—La poli tiene todo acordonado. Hemos escuchado que parece haber sido una pelea, cómo si la hubieran atacado y ella se hubiera defendido.

—Buf. —Brit se abraza a sí misma—. Pobre chica...

—¿S... saben quién ha sido? —Me estoy mareando.

—No. ¿Qué te pasa? —me pregunta Rob acercándose.

—Necesito sentarme.

—Ven. —Coge mi mano y me lleva hasta un banco.

—Cielo, ¿estás bien? —me pregunta Joy.

Una única mirada basta para que entienda que no quiero que siga preguntándome.

STEPHEN

Paso la tarde cuidando de mi hermana. Le hago su bizcocho preferido, y el mío, de galletas príncipe y trocitos de *brownie*. Nos fumamos unos cuantos porros y nos quedamos dormidos en el sofá. A las tres de la madrugada me despierto, aturdido por no saber dónde estoy, hacía muchísimo que no fumaba. Cuando me percató de que es el sofá de mi casa, cojo a Kelly en brazos y la llevo hasta mi cama. La tumbo, la tapo, y me acuesto a su lado. Paso el resto de la noche despierto, pensando en mi pelea con Duncan y en la razón de sus palabras.

Apago el despertador antes de que suene por la mañana. Kelly no se ha movido y duerme como un angelito, así que me levanto despacio para tratar de no despertarla.

—¿Dónde...?

—Shh. Estás conmigo, princesa —susurro cuando se revuelve en la cama, asustada.

—Steph.

—Sí. Tengo que irme a trabajar, no quiero que te muevas de aquí hasta que yo vuelva.

—Vale —le doy un beso en la frente y cojo toda mi ropa para ducharme y vestirme en el baño.

Miro el grupo de Whatsapp y veo que hay muchos mensajes, pero paso de entrar a leerlos. Sé que debo arreglar las cosas con Duncan, pero es muy temprano por la mañana como para que me hinche las narices.

Desayuno y le dejo comida a Zeus, además de la tarea de cuidar de Kelly, a la cual adora. Subo a mi Audi y enciendo la radio, escucho la cadena de música electrónica para motivarme. Cuando me acerco al campus, salta y se cambia a la cadena de la universidad.

—...la chica, de pelo castaño y ondulado, y ojos verdes, tenía diecinueve años. La policía ha abierto una investigación para encontrar al responsable de su muerte, y han cerrado el gimnasio y toda el área deportiva, por lo que los entrenamientos quedan cancelados hasta nuevo aviso.

—¿Qué cojones? —digo en voz alta para mí mismo.

Aparco donde siempre y me bajo del coche después de coger mis cosas. Camino entre los alumnos, de camino a mi facultad, y escucho cómo todos hablan de lo mismo. Una chica muerta. De diecinueve años. Pelo castaño y ondulado. Ojos verdes. Menos la edad, todo encaja con ella. ¿Y si se han equivocado y es Alyssa? No, no puede ser, hay decenas de chicas con esas características. Un nudo recorre mi pecho, subiendo por mi cuerpo hasta extenderse por todo él. Necesito verla, necesito saber que está bien.

Cuando me acerco a la puerta de mi aula, veo a mis alumnos, pero no a ella. Sus amigas, las dos que siempre la acompañan, entran en clase, muy serias. ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Mills? Entro, subo a la plataforma y dejo mi chaqueta y el maletín sobre la mesa. La corbata me aprieta. Tengo calor. Cuando la última persona entra y cierra la puerta, siento que voy a asfixiarme. Desato el nudo para aflojarla, y tiro de ella hacia abajo. Sin quitármela, pero cogiendo aire. Me giro para mis alumnos, y cuando voy a preguntarles por ella, la puerta se abre y Alyssa entra. La respiración regresa a mi organismo y cojo aire para llenar los pulmones.

—Lo siento, señor —se disculpa.

—Mills. Acompáñeme fuera —digo con toda la calma que me es posible en este momento—. El resto, vamos a comenzar con los ensayos de la obra, por lo que repasen sus papeles.

—He dicho que lo siento —repite cuando salimos al pasillo y cierro la puerta.

Miro hacia los lados, asegurándome de que todo el mundo está ya en sus aulas. Ella me observa, con las cejas alzadas y realizando una pregunta muda. Sin dejar escapar un segundo más, coloco mis manos en sus mejillas y poso

mis labios sobre los suyos. Los primeros tres segundos se resiste, pero después sitúa una mano en mi cuello y me aprieta más a ella. Desciendo con los dedos hasta posarlos en su espalda, y hago que su cuerpo choque contra el mío, provocando un pequeño gemido por su parte. Gemido que se ahoga dentro de mi boca. Su lengua y la mía parecen conocerse desde siempre. Dios, necesitaba esto. Necesitaba volver a sentirme así. Pero... pero no. *Te recuerdo que a tu hermana le pegaron una paliza mientras tú estabas a punto de hacer esto mismo. Ya lo sé. ¿Crees que se me ha olvidado? Pues lo parece.*

—Lo siento —digo separándola de mí y volviendo a mirar hacia izquierda y derecha en el pasillo.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta con la respiración agitada.

—Yo pensé que... da igual. Perdóname. —Me doy la vuelta para volver a clase, pero me giro cuando veo que ella no se mueve—. Alyssa, tenemos que entrar.

—No pienso moverme —dice cruzándose de brazos.

—Perdón, ¿podéis decirme dónde está la recepción? —pregunta un chico tras su espalda.

El rostro de Alyssa se descompone. No sé cómo explicarlo, abre mucho los ojos, completamente aterrada, y su piel adquiere un tono blanquecino.

ALYSSA

Mis manos comienzan a sudar instantáneamente. La cicatriz de la espalda me pica y las piernas me tiemblan. Un pitido fuerte se instala en mis oídos y entro en bucle. Mi cuerpo está estático, anclado en el suelo. Soy incapaz de dar un paso en ninguna dirección y no me sale la voz.

—¿Oye, qué te pasa? —pregunta Stephen acercándose y sujetando mis manos— La recepción esta al fondo, bajando las escaleras —le responde sin prestarle ninguna atención.

—Gracias. —No puedo verle pero sé que está sonriendo.

Conozco lo que esa sonrisa significa.

—¿Mills, qué te pasa? Me estás preocupando. Alyssa —repite acariciando mi mejilla con sus pulgares y obligándome a mirarle a los ojos.

—Te... tengo que irme —alcanzo a decir—. Necesito llamar a mí... a mi madre.

—¿Pero qué te pasa?

—¿Puedes decirle a Joyce y a Britany que salgan?

—No pienso decirle nada a nadie hasta que me digas qué coño te pasa.
Ven conmigo.

Entrelaza sus dedos con los míos y me guía hasta la misma aula de la otra vez, donde me besó por primera vez. Camina hasta la mesa del profesor y me sujeta por la cintura para levantarme y sentarme sobre ella, se coloca entre mis piernas y levanta mi barbilla para que le mire.

—¿Puedes explicarme, por favor, qué ha pasado? ¿Ha sido por el beso? Yo lo siento, te prometo que no volveré a dejarme llevar de esa forma pero, por favor, dime algo. Grítame, pégame, pero no te quedes así.

—No ha sido por ti —respondo mirándole.

—¿Entonces? —pregunta confundido.

—No quiero... No puedo —niego con la cabeza cuando las lágrimas se instalan en mi garganta.

—¿Qué? Alyssa, no entiendo nada y estoy empezando a perder la paciencia —resopla y coge mi rostro entre sus manos.

STEPHEN

—Abrázame —dice de repente, descolocándose por completo.

—¿Que te...?

—Por favor —me interrumpe, suplicante y con los ojos vidriosos.

Pego mi cuerpo al suyo y rodeo su cintura y su espalda con mis brazos. Apoya la cabeza en mi pecho y comienza a llorar. No entiendo nada, ¿qué cojones?

—Maldita sea, estás temblando —digo haciendo a un lado su pelo y apretándola más a mí—. Voy a volverme loco como no me digas qué es lo que te pasa.

Beso su cuello y ella esconde la cabeza aún más, dejando a la vista una cicatriz rosada y bastante grande en la parte alta de su hombro derecho. Deslizo mi dedo índice por su superficie, solo una fracción de segundo, ya que ella se aparta y hace que la suelte. Cómo si el tacto de mi piel, de repente, le hubiese quemado.

—¿De qué es esa cicatriz?

—De nada —dice sorbiendo la nariz y levantándose—. Tengo que irme.

—Oye, pero no vas a... —dejo la frase a medias, ya que desaparece por la puerta dejándome con la palabra en la boca.

A ver, pensemos un momento, porque esto no es normal. ¿Qué ha pasado? Repasemos. *La has besado. Sí. Y después le has pedido perdón y te has apartado. Correcto. Y luego ha aparecido ese chico y ha empezado a temblar.* El chico. Su cara ha cambiado cuando le ha escuchado. *¿Y la cicatriz?* Buf, yo no me entero de nada. ¿Serán cosas de adolescentes?

CAPITULO 7

ALYSSA

Camino por el pasillo mirando en todas direcciones, con temor de encontrarlo en cualquier esquina, esperando por mí. Entro en clase y subo hasta mi asiento.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho Sinclair? —me pregunta Brit.

—Liss, parece que has visto un fantasma —añade Joyce apartando mi pelo de la cara—. Espera, ¿has estado llorando?

—Mike —es lo único que soy capaz de decir.

—¿Qué pasa con él?

—Le he visto.

—¿¡Qué!?! —exclaman las dos, justo cuando Stephen entra por la puerta.

—Romeo y Julieta, bajen aquí —dice con un tono enfadado.

Miro a las chicas, que esperan una respuesta, y después a Rob. Este se levanta y baja las escaleras hacia el centro del aula. Respiro un segundo, para calmarme, paso la mano por mi rostro para borrar cualquier resquicio de lo que acaba de suceder, y voy tras él. Nos colocamos en el centro y miramos al profesor.

—Primer acto, escena quinta. Conversación inicial entre Julieta y Romeo. Adelante —nos indica, antes de sentarse en una silla de la primera fila.

Rob me mira y me guiña un ojo antes de colocarse frente a mí.

—*Si con mi mano indigna he profanado tu santa efigie, sólo peco en eso: mi boca, peregrino avergonzado, suavizará el contacto con un beso.*

—*Buen peregrino* —digo poniendo voz de Julieta—, *no reproches tanto a tu mano un fervor tan verdadero: si juntan manos, peregrino y santo, palma con palma es beso de palmero.*

—*¿Ni santos ni palmeros tienen boca?*

—*Sí, peregrino: para la oración.*

—*Entonces, santa, mi oración te invoca: suplico un beso por mi salvación.*

Todos comienzan a reír y a hacer comentarios por el beso que toca ahora. Miro de reojo a Sinclair, pero no dice nada, solo clava los ojos en mí.

—*Los santos están quietos cuando acceden* —admito mirando a Rob.

—*Pues quieta, y tomaré lo que conceden.* —Se aproxima, y acaricia mi mejilla antes de acercarse a mi boca.

—Un momento. —Sinclair nos interrumpe y se levanta para venir hacia nosotros—. Romeo, debe poner más empeño. No suena real.

Se coloca frente a mí, mirándome a los ojos, y lo repite.

—*Pues quieta, y tomaré lo que conceden.*

Veo cómo se acerca, pero no creo que sea capaz de besarme delante de toda la clase. Sus labios rozan la comisura de los míos, sin llegar a tocarlos, de una manera tan suave que provoca escalofríos en todo mi cuerpo.

—*Mi pecado en tu boca se ha purgado* —murmura con voz baja y grave.

—*Pecado que en mi boca quedaría* —imito el tono de su voz, a excepción de esa ronquera que me acaba de tocar el alma—*Repruebas con dulzura. ¿Mi pecado? Devuélvemelo.*

—*Besas con maestría* —respondo mirándole, mientras su pulgar sigue acariciando mi barbilla.

—¿Ve? —dice girándose hacia Rob, el cual asiente de mala gana— Seguiremos mañana, ahora pueden irse, tengo una reunión. Les recomiendo que repasen, comenzaremos con la primera escena.

STEPHEN

Sujeto su muñeca cuando se da la vuelta, y me acerco a su oído.

—No pienso para hasta saber qué coño te ha pasado. ¿Conoces al chico de antes?

—No —espetta soltándose de un tirón.

—¿Vamos, Liss? —le pregunta su amiga.

Sin mirar atrás, camina hasta la puerta y se marcha.

Maldito misterio, sé que está pasando algo y veo que voy a ser el último en enterarme. Y no me da la gana. Yo nunca soy el último en nada, de hecho, siempre soy el primero. Y con esto no va a ser diferente.

Paso la semana intentando averiguar lo que sucedió el otro día. Ese chico no ha vuelto a aparecer y Alyssa no ha venido a clase en toda la semana. Sus amigas me han dicho que su madre está enferma y ha tenido que ir a verla. ¿Con qué dinero? No lo sé. He pensado en escribirla o incluso llamarla, ¿pero con qué excusa? Se supone que solo soy su puto profesor. No puedo llamarla cuando me salga de las narices. Además, la incertidumbre me está matando.

Los chicos juegan en Portland este viernes, y me han pedido que vaya con ellos. Me ha llamado hasta el entrenador, dándome un discurso de que debería apoyar al que ha sido mi equipo durante tantos años y bla bla bla. Sinceramente... no sé qué voy a hacer.

05.05pm Byron

Tío, salimos en dos horas. ¿Vas a venir o no?

05.05pm Ken

Venga, no seas cobarde.

05.05pm Byron

Te vendrá bien salir de aquí un par de días.

05.05pm Yo

¿Alguna vez os he dicho lo pesados que sois?

05.07pm Stan

Ter y yo ya estamos en el aeropuerto. Venid ya, mamones.

05.07pm Ken

¿Pero qué coño hacéis ahí tan pronto?

05.07pm Stan

Yo que sé, este capullo que se ha equivocado de hora.

05.08pm Ken

Que idiotas, Jajaja.

05.08pm Stan

Soy Terrance, no ha sido mi puta culpa, han dicho por el otro grupo que era a las ocho, cojones.

05.08pm Byron

¡Pero era coña, tío! Jajaja.

05.08pm Stan

Que os jodan.

05.08pm Duncan

Steph, pasa a buscarme en una hora, que mi coche está bajo mínimos.

05.10pm Yo

¿He dicho acaso que haya decidido ir?

05.10pm Duncan

No te quedan más cojones porque tienes que venir a buscarme.

05.10pm Byron

Jajaja.

05.10pm Yo

Que sí, lo que tú digas.

05.10pm Duncan

¿Vienes entonces?

05.10pm Yo

Por no aguantaros.

05.10pm Ken

Oh, yeah.

05.13pm Byron

Va a ser grande.

05.13pm Duncan:

By, cada vez que dices eso, acaba la policía tomándonos declaración. ¡Cierra el puto pico!

05.13pm Yo

Jajajaj. Dun, me ducho y voy para tu casa.

Necesito que arreglemos las cosas, somos como hermanos, joder. Además, tienen razón, tengo que salir de esta estúpida ciudad y despejar mis ideas. *Y olvidarte de la niña. Y olvidarme de la niña. Sí, lo sé, es una niña.*

ALYSSA

—Necesito marcharme de aquí —digo metiendo la ropa en una bolsa de manera compulsiva—. Tengo que irme. Tengo que...

—Para. —Joy me sujeta por los hombros—. Cuéntanos qué ha pasado.

—Mike está aquí. No se cómo, pero me ha encontrado.

—¿Estas segura de que era él? —pregunta Brit.

—Sí. Estaba fuera con Stephen cuando ha aparecido, preguntando por la recepción. Tengo que irme.

—Joder, que hijo de puta. ¿Cómo se habrá enterado?

—Da lo mismo, me largo —digo cerrando la cremallera y mirándolas a las dos.

—Pero a ver, espera un segundo, llama a tu madre primero. —Brit me pasa mi teléfono. Lo acepto y marco.

—¿Sí?

—Mamá, voy para allá.

—¿Qué?

—Mike está aquí.

—¿Cómo...? No entiendo nada. ¿Estás bien? —pregunta, preocupada.

—Sí. No. No lo sé. Necesito salir de aquí.

—Pero cielo, no tienes dinero para el billete y yo no he cobrado todavía.

—No te preocupes, me las arreglaré. Te llamo luego.

—Vale, Aly, ten cuidado, por favor. Te quiero.

—Te quiero.

—Toma —dice Joy acercándose con su cartera. Saca la tarjeta de crédito y me la tiende.

—Te lo devolveré —la acepto y le doy un abrazo.

—No te preocupes.

Observo las pantallas con las llegadas y salidas de los vuelos. No puedo parar de temblar, a pesar de saber que en un rato habré salido de aquí. Busco “Portland” y me dirijo hasta la puerta de embarque que marca en información. Mientras espero para subir al avión, respondo a los mensajes de Brit y Joy, las cuales se han quedado muy preocupadas. Sé que no está bien el salir corriendo, escapar otra vez. ¿Pero que se supone que debería hacer? ¿Esperar a que vuelva a por mí? Ni de coña.

El avión aterriza en mi ciudad cinco horas y cuarenta minutos después. No he podido parar de mover la pierna en todo el viaje, en un tic involuntario y compulsivo. Sé que he puesto de los nervios a la señora que venía a mi lado, todo el rato tratando de no mirar y sin dejar de soltar suspiros, pero no podía evitarlo.

—¡Mamá! —corro hacia ella, tirando la bolsa de deporte al suelo del aeropuerto.

—Aly, Dios. ¿Estás bien? —pregunta sin dejar de abrazarme.

—Ahora sí. ¿Qué ha pasado, mamá? ¿Cómo se ha enterado?

—No lo sé... Hace unos días alguien dijo en la tienda de la esquina que había visto una foto tuya en una fiesta y que ponía que estabas en Charlotte —dice mientras vamos al coche.

—Joder. ¡Mierda! —exclamo enfadada conmigo misma por no haber caído en la idea de las putas redes sociales.

—¿Qué vas a hacer, hija?

—No lo sé, mamá... no lo sé.

—¿Cómo has conseguido el dinero para el avión?

—Me lo ha prestado Joy. Tengo que buscar un trabajo para devolvérselo.

—¿Cuándo vuelves a Charlotte?

—Solo he sacado un billete para venir, no tengo la vuelta... era carísimo.

—No te preocupes, nos las arreglaremos —me tranquiliza apretando mi mano y arrancando el coche.

Conduce con tranquilidad por la ciudad, dando un rodeo, sospecho que porque no quiere que nadie del barrio vea que he vuelto. Aunque de nada sirve ahora que Mike está allí.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal las clases? ¿Te gustan las nuevas asignaturas?

—Sí, algunas más que otras. —No puedo evitar pensar en Sinclair. ¿Estará preocupado por mí?

—¿Y hay algún chico por ahí que ronde tu corazoncito? —sonríe de reojo.

—No.

—Aly, confiesa. Soy tu madre, no puedes engañarme.

—No hay nadie, mamá... solo uno, y es imposible.

—¿Por qué? ¿Tiene novia?

—No. Bueno, no lo sé.

Es la verdad, no sé apenas nada de su vida... A pesar de haber mucha información en internet, no es algo válido para mí.

—¿Entonces?

—Prefiero no hablar de eso... Es complicado.

—Vale, hija, pero sabes que aquí estoy si cambias de idea.

—Lo sé, mamá —digo inclinándome y besando su mejilla—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—¿Y eso? —pregunto al ver los carteles que hay en todas las marquesinas y bancos de la calle.

—Vienen los Hornets este fin de semana.

—¿En serio? —río con incredulidad, ¿esto es alguna señal del destino?

—Sí. ¿Por qué? Juegan contra nosotros. Las primas van a ir, si quieres les digo que a ver si pueden conseguirte una entrada. Así te despejas, hija.

—No, no. No —niego como una posesa—. Prefiero quedarme contigo.

Despejarme, sí. ¿Cómo? ¿Viendo a sus amigos? ¿Los mismos que me vieron borracha e indecente la noche de la fiesta? No, gracias. Lo que necesito es olvidarme de él y no verle ni saber nada durante un tiempo. Sí, eso es lo que necesito. *¿Pero es lo que quieres?*

STEPHEN

Aterrizamos en Portland de madrugada. Los chicos han venido dormidos todo el viaje, pero yo no he sido capaz, no he parado de pensar en Mills. En si realmente está con su madre o si simplemente ha decidido no venir a clase porque no le da la gana.

Mientras salimos por la pasarela, vemos a los fans en la puerta, retenidos por los de seguridad para que no se nos echen encima. La verdad es que me ha costado volver a ver a todos los del equipo... Y aún más al entrenador.

—¿Preparado? —me pregunta Duncan, el cual ha hecho como si nada hubiera sucedido entre nosotros.

—Sí. Acabemos con esto de una vez —digo atravesando la puerta.

Todos comienzan a aplaudir y a pedir fotos y autógrafos. Un grupo de chicas gritan mi nombre y tiran de mi jersey cuando paso por delante, arrastrándome contra el de seguridad.

—¡Una foto, Stephen! —gritan.

—Claro —digo sonriendo y acercándome.

Cojo el móvil de una y apunto hacia nosotros con la cámara. Se lo devuelvo y les doy dos besos antes de continuar.

Kenny sonrío y me guiña un ojo. Le enseño el dedo del medio y sigo tras ellos. Seguimos por el camino creado por los guardias, hasta el autobús del equipo, y me detengo en las escaleras, esperando que Terrance suba.

—Hay cosas que nunca cambian, hermano —me dice Duncan.

Recorremos las calles y comentamos sobre los carteles que han puesto, anunciando el partido de mañana contra Portland. Río al ver cómo Stanley vacila a Byron. Miro por la ventanilla, con ganas de que este fin de semana me ayude a olvidar los últimos días. El último mes. *No lo vas a conseguir.* ¿Por qué? ¿Has visto donde estas? En Portland. *Corrección, en Portland, Oregón.* Oregón, sí. Oh, joder, ¡Oregón! Aquí es donde vive la madre de Mills. ¿Pero dónde narices tengo metida la puta cabeza?

ALYSSA

Después de pasar toda la semana con mi madre, de depilarnos, ponernos mascarillas y comernos tarrinas de helado de avellana, nos sentamos en el sofá y ponemos una película de Richard Gere. Cojo un paquete de pañuelos porque sé que le va a hacer falta en seguida.

Tras dos horas y media, cae rendida y se duerme en mis piernas. Sonrío y me levanto con cuidado de no despertarla, y la tapo con una manta. Cojo mi teléfono y leo los mensajes de mis amigas.

01.20am Rob

Lyss está desaparecida.

01.20am Thomas

Sí, ¿sabéis algo de ella?

01.23am Brit

Está bien.

01.23am Joy

No os preocupéis.

01.25am Yo

Hola, chicos. Todo bien.

01.25am Rob

¿Dónde estás?

01.25am Yo

Portland. He venido a ver a mi madre.

01.26am Rob

¿Así, de repente...?

01.26am Yo

Bueno, es que tenía que ayudarla con algunas cosas.

01.26am Thomas

¿Pero estas bien?

01.26am Yo

Sí.

01.27am Brit

¿Qué tal tu madre?

01.27am Yo

Bien, se ha quedado dormida viendo una peli.

01.27am Joy

¿Cuándo vuelves?

01.27am Yo

No lo sé... Os aviso.

01.28am Brit

Vale.

Salgo del Whatsapp y leo los mensajes antiguos que tengo con Sinclair. ¿Estará aquí? ¿Habrá venido con el equipo? La verdad es que le echo de menos. ¿Qué? Pues sí, echo de menos lo segura que me siento cuando está cerca. Cuando me abraza... Es una sensación que nunca antes había experimentado. Me transmite una seguridad... indescriptible. Siento que no dejaría que nada malo me pasara. *¿Por qué piensas eso? ¿Cómo sabes que le*

importas tanto? No lo sé. Es una sensación, no puedo explicarlo.

Sin darme cuenta, las lágrimas caen despacio por mi mejilla. Quiero verle. No lloro por él, lloro por la puta mierda de vida que tengo. Por haber sido tan gilipollas de no darme cuenta de lo que Mike era. Porque por mi maldita cabezonería y por no escuchar a mi madre, he terminado en la otra punta del país, separada de ella, que es lo único que tengo. Lo único que siempre he tenido.

La observo y le doy un beso en la frente antes de marcharme para la habitación. Me siento en el banco que hay junto a la ventana y miro a través del cristal. Una pareja se besa dentro de un coche, sonríen y se dicen cosas. ¿Qué hora será? ¿Qué estará haciendo él? ¿Y si le escribo? *No.* ¿Por qué? *Ni se te ocurra.* Sé que me arrepentiré, pero voy a ignorarte por esta vez.

01.34am Yo

Hola...

01.36am Sinclair

Mills. ¿Qué hace escribiéndome a estas horas?

01.35am Yo

Allí son las 10.30pm, no es tan tarde.

01.36am Sinclair

Así que es cierto que estás en Portland.

01.36am Yo

Sí. He venido a ver a mi madre.

01.36am Sinclair

Pensé que no tenías dinero para el billete.

01.37am Yo

Me lo ha prestado Joy.

01.37am Sinclair

¿Cuándo vuelves?

01.38am Yo

No lo sé... Solo he comprado billete para venir. El de vuelta era carísimo.

01.38am Sinclair

¿Qué te pasa?

01.38am Yo

¿Por qué crees que me pasa algo?

01.39am Sinclair

Porque me has escrito a las una de la madrugada, porque has desaparecido de repente y porque empiezo a conocerte.

01.40am Yo

Me apetecía hablar usted, pero si le parece mal, no se preocupe que no volveré a escribirle.

01.41am Stephen

Yo no he dicho eso, así que no empieces con las rabietas.
Quiero saber qué te pasa.

01.42am Yo

No quiero hablar de eso. Son cosas de mi pasado...
Cosas que no quiero recordar.

01.42am Stephen

¿Tiene que ver con el chico que apareció el otro día?

01.43am Yo

Sí. Pero no preguntes más, por favor.

01.43am Stephen

Alyssa, si empiezo a sacar conclusiones precipitadas,
terminaré haciendo algo muy malo.
Te pusiste pálida y empezaste a temblar cuando
escuchaste su voz. Dime qué te ha hecho.

STEPHEN

—¿Quieres dejar el puto móvil y apagar la luz, tronco? Mañana tenemos
entrenamiento muy temprano —se queja Ken—. ¿Con quién coño estás
hablando a estas horas?

—Perdona, voy fuera —digo apagando la lámpara y saliendo al balcón.

Sabía que ese chico le había hecho algo. Sabía que él era el responsable
de que ella actuara de esa forma. Estaba aterrorizada, joder.

Siento un calor subiendo por mi cuello, abrasando mi cara. ¿Qué es esta
sensación? Pocas veces lo he sentido de esta forma. *Estás enfadado, mucho.*
Eso es esta sensación. Se llama ira.

01.43am Mills

Te he dicho que no quiero hablar de eso.

01.43am Yo

Por Dios, Alyssa, no puedes decirme algo así y no acabar.

01.45am Mills

Lo siento, no debí escribirte. Olvídalo.

01.45am Yo

¿Cómo pretendes que lo olvide?

01.47am Yo

Responde.

01.49am Yo

Mills, no se te ocurra dejarme así,
porque no sabes de lo que soy capaz.

No me responde así que salgo de los mensajes, y sin pensarlo dos veces, llamo a un antiguo contacto que en mis tiempos universitarios me vino muy bien.

—¡Cuánto tiempo! —exclama cuando responde.

—Jack, necesito un favor.

—Lo sé. Si no, no llamarías. Dime.

—Necesito que me rastrees un número de teléfono.

—¿De qué clase es?

—iPhone 5. Ahora te mando el número que no me lo sé.

—Vale.

—¿Cuánto tardas?

—Nada. En unos minutos te lo digo.

—Gracias.

Le mando el contacto de Mills y entro para la habitación. Me visto y llamo a recepción para pedir un taxi. Esta chica no sabe con quién está tratando, si pretende que me quede con la puta rayada de no saber lo que ese cabrón le ha hecho, no me conoce.

Jack me envía su ubicación en poco rato, es muy eficiente. Algún día contaré de qué le conozco... *Mejor no.*

Le pido al taxista que espere en el coche un momento, mientras llamo a Alyssa, ya que no ha respondido a mis últimos mensajes. Tengo su casa en frente, así que no pienso moverme de aquí hasta que la vea y sepa que está bien. *Pareces un puto acosador. Háztelo mirar, anda.* Que te jodan.

—¿Stephen? ¿Por qué me llamas? —dice con voz entrecortada.

—¿Estás llorando?

—No. —Trata de disimular.

—Sal.

—¿Qué?

—Que salgas a la puerta de casa.

—¿Por qué?

—Tú hazlo —repito antes de colgar.

ALYSSA

¿Para qué quiere este hombre que salga a la calle?

Me pongo las botas y un abrigo, y voy hacia la puerta, después de

comprobar que mi madre sigue dormida. Espero que no se le haya ocurrido mandarme a alguno de sus amigos por no responder a sus mensajes. Abro la puerta, preparada para mandar a cualquiera de ellos a paseo, pero me quedo petrificada cuando le veo caminando en mi dirección. A él. A Stephen. El taxi que hay detrás, arranca y desaparece por la calle.

—¿Qué...? —sacudo la cabeza para intentar aclarar la mente.

Ahora mismo el pulso ha abandonado mi organismo y solo siento nerviosismo a la par que curiosidad.

—¿Estás bien? —pregunta deteniéndose frente a mí.

—Sí. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido donde vivo? No... no entiendo nada.

—He venido con los chicos, juegan mañana aquí.

—He visto los carteles. No sabía que viajaras con ellos.

—No suelo hacerlo, de hecho es la primera vez desde que dejé el equipo. ¿Por qué llorabas?

—Stephen. ¿Qué haces aquí? —insisto en mi pregunta, esta vez con más seriedad.

—Yo... no lo sé —dice soltando una bocanada de aire—. No... no sé qué decirte. Cuando me has escrito, has dicho que estabas así por ese chico que apareció el otro día. Sé que te hizo algo. Sé que no has venido solo para ver a tu madre, lo has hecho para huir de allí. No has querido contarme lo que él te ha hecho y has dejado de contestarme.

—¿Y? Eso no responde mi pregunta.

—Mills —dice acercándose más—. Alyssa, he venido con el equipo para poder sacarte de mi cabeza un puto minuto, para poder distraerme. Y después me entero de que estás aquí. Me escribes y me dices todo eso. Pues yo... no... no sé por qué... —tartamudea de una forma tan adorable que no puedo evitarlo.

Pego un pequeño salto y rodeo su cuello con mis brazos mientras estampo mis labios en los suyos. Pone las manos en mis hombros y me separa de él, me mira un segundo a los ojos y vuelve a besarme. Acaricia mi cabeza con una mano, su lengua explora mi boca mientras la mía hace lo mismo con la suya. Me levanta del suelo y camina conmigo hasta el árbol que hay un poco más allá. Vuelve a bajarme y se separa, apoyando su frente en la mía, algo casi imposible debido a la diferencia de altura, y tratando de normalizar nuestra respiración. Suspira y me mira, acariciando mi mejilla con sus pulgares.

—Nadie puede enterarse de esto —me dice.

—Lo sé.

—Estoy cansado de verte cada día y no poder besarte —deposita sus labios sobre los míos nuevamente, y me da un pequeño beso.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, pero no te preocupes. Creo que está bastante claro que no puedo mantenerme lejos de ti, ¿no te parece? —pregunta con una sonrisa torcida.

—Eso parece —sentencio con la misma expresión.

Apoyo la cabeza en su pecho y él me rodea con sus brazos, apretándome contra su cuerpo. No sé el rato que pasamos así, pero me quedaría en esta posición eternamente.

STEPHEN

¿Recuerdas cuando te colaste en el despacho del decano para robar el examen final? Sí. Bueno, pues eso no fue nada comparado con cómo la estás cagando ahora. A ver si lo entiendes, vete a tomar por el culo.

Le doy un beso en la cabeza antes de separarla de mí. Me sonrío y acaricia mi nuca, provocando un escalofrío en todo mi cuerpo.

—Cuéntame lo que pasó.

—¿Qué?

—Lo que pasó con ese chico. —Su cuerpo se tensa inmediatamente bajo mis brazos, así que cojo su mano y le doy un beso—. No pasa nada, pequeña. Estás conmigo, no sé lo que te ha hecho —digo apretando los dientes por esa ira descubierta—, pero no volveré a repetirlo.

—No... Pasó hace mucho —balbucea—. Antes de empezar la universidad.

Hago que se mueva y que se siente entre mis piernas, en el suelo, contra el tronco del árbol. No suelto sus manos en ningún momento.

—Continúa —digo mirándola.

—Él... bueno, fue mi primer novio. Me sacaba algunos años y a mí siempre me había gustado. Un día me invitó al baile del instituto. Aquel día empezó todo.

—Sé un poco más clara, Aly, porque estoy imaginando cosas y...

—¿Qué piensas?

—Termina, por favor —le pido aguantando la respiración.

—Mike empezó a comportarse de un modo... extraño. Se volvió celoso, controlador... agresivo.

—Dios. Dime que esa cicatriz que tienes en el hombro no te la hizo él.

—Fue el último día que le vi. Mi madre le amenazó con un cuchillo porque no me soltaba el cuello... y él se lo quitó. El resto puedes imaginarlo. Mamá me convenció para dejar la ciudad y entrar en la universidad de Charlotte. He conseguido que no supiera donde estoy durante estos años, pero supongo que lo ha averiguado. ¿Estás bien? —me pregunta cuando ve que no abro la boca.

Estoy llevando a cabo la batalla interna más dura que he sentido nunca. Durante mi vida me he metido en muchas peleas, sobre todo en la universidad, pero jamás he sentido este odio, estas ganas de destrozarse algo. A alguien. Bueno, hace unos días, cuando vi el ojo de mi hermana, sí lo sentí, pero de una manera diferente. No sabría explicarlo.

—Dame un segundo —le pido mientras cojo aire y apoyo la cabeza contra el árbol. Me observa y noto en sus ojos que pronto empezará a llorar otra vez—. Escúchame —digo incorporándome y sujetando su cara entre mis manos—. Sé que esto es una locura y que muy posiblemente me traiga muchos problemas. Pero me da igual. Te prometo que ese hijo de puta no volverá a ponerte una mano encima. Vamos, ni la mano ni el ojo, porque pienso arrancárselos cuando le vea.

—¡No! —retrocede.

—¿Cómo que no?

—No, joder. Por esto mismo no quería contártelo —explica levantándose.

—Pero...

—Pero nada —me interrumpe—. Júrame que no vas a hacer nada.

—¿¡Pero como no voy a hacer nada, por Dios!? —exclamo levantándome también.

—Eres un hombre de treinta años, Stephen Sinclair. Ex jugador de la NBA y profesor de universidad. ¿Qué explicación vas a dar cuando te pregunten por qué le has dado una paliza a un chaval de veintidós años, ex novio de una de tus alumnas? —me cruzo de brazos, esperando una respuesta.

—Alyssa, nena, ven aquí —digo cogiendo su mano para que no se aleje—. Si ese tío se acerca a menos de veinte metros, no habrá *paparazzi* que me impida romperle los dientes. Y no discutas conmigo.

—Pero...

—Pero nada —imito su frase de antes—. Te dije el primer día que no estoy acostumbrado a perder y que no me gusta que me lleven la contraria, así que se buena y no lo hagas.

—Joder.

—Hable bien, señorita Mills —la acerco a mí y beso sus labios despacio, saboreando cada milímetro.

—Tengo que entrar ya, he dejado a mi madre dormida en el sofá.

—Vale.

—¿Qué... vamos a hacer? —pregunta otra vez con timidez, supongo que refiriéndose a nosotros.

—No me gusta ponerle nombre a las cosas. Yo... no soy la clase de chico al que le van las cosas serias.

—Genial —dice con una sonrisa sarcástica antes de darse la vuelta.

—Eh. —Sujeto su brazo para que vuelva a girarse—. ¿A qué viene ese tonito?

—A nada. Tengo que entrar, adiós.

—No. No vas a entrar hasta que me digas a qué ha venido eso.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy intenso?

—Muchas. Responde.

—¿Siempre tiene que ser todo cómo y cuando tú lo dices?

—Siempre. Responde.

—Joder —bufa, exasperada—. Que no pasa nada, en serio. Tú lo has dicho, no te van las cosas serias y conmigo no va a ser diferente. Así que ya está, ya hablaremos.

—No me has entendido.

—Lo he entendido perfectamente.

—No has entendido nada —repito mirándola más fijamente—. Alyssa, yo nunca, jamás, dejo que nadie interfiera en mis sentimientos. Es algo que me he prohibido a mí mismo. Y tú me estás jodiendo, estás echando todo abajo.

—¿Lo siento? —dice confundida.

—No lo sientas, no es culpa tuya. Yo no tendría que haberme dejado llevar como lo he hecho.

—Así que te arrepientes.

—No. Joder, deja de malinterpretar mis palabras —suspiro con frustración.

—Pues explícate mejor.
—Ya lo intento.
—Pues inténtalo más.
—Que no me hables así —digo colocando una mano en su espalda, prácticamente en su trasero, y pegándola a mí de un golpe.
—¿Por qué? —la respiración se atasca en su garganta.
—Porque me pones cachondo.
—Oh.
—Oh —repito antes de besarla de una manera más... Menos... Diferente a las de antes—. Y son impulsos que no se controlar.
—¿Qué impulsos? —pregunta sobre mis labios.
—Estos —le explico apretándola contra mi erección.
—Oh —dice nuevamente.
—Será mejor que entres. —La suelto y retrocedo—. Te escribiré, ¿de acuerdo?
—Vale. Buenas noches, Stephen.
—Buenas noches, Alyssa.

CAPITULO 8

STEPHEN

Lo sé, lo sé. La he liado. Pero no me arrepiento, no suelo arrepentirme de nada. Tal vez más adelante sí, pero ahora mismo volvería a repetirlo.

Observo cómo entra en casa y le guiño un ojo cuando se gira antes de cerrar la puerta. Camino por la acera, dándole patadas a una piedra y pensando. ¿En qué? Pues en ese desgraciado al que me apetece desmontar como si fuera una figura de plastilina. Solo espero —rezo—, para no volver a cruzarme con él. Mejor dicho, para que el no vuelva a cruzarse en mi camino. Porque no sale vivo. Lo sé.

El móvil me vibra en el bolsillo así que lo saco y veo el nombre de Kenny en pantalla.

—Dime.
—¿¡Dónde coño estás!?
—Ya voy. ¿Qué pasa, has tenido una pesadilla? —bromeo.
—Ha habido una explosión en el hotel. Ven cagando hostias.

—¿Qué? —pregunto deteniéndome en seco, en medio de la calle—
¿Estáis todos bien?

—Todos menos el entrenador. Ha pillado parte de su cuarto y le están
atendiendo. Tío, esto está hasta el culo de prensa. ¿Dónde estás?

—Ahora te cuento. Te cuelgo que voy a llamar a un taxi.

—¿¡Un taxi!? ¿¡Pero dónde coño...!?

Sin dejarle terminar, cuelgo la llamada y marco el número de los taxis
que me han dado antes en recepción, el cual llega en dos minutos.

—Déjeme aquí y quédese con el cambio—digo dándole un billete de
cincuenta. *Has hecho su noche, macho.*

Me pongo la capucha de la sudadera y las gafas que le he mangado al
taxista, camino hasta la entrada, anegada de paparazzi y de bomberos, y trato
de pasar desapercibido. En vano.

—¡Sinclair! ¡Sinclair! ¿¡Algo que decir sobre lo ocurrido!?

—¿¡Están todos bien!?

—¿¡De dónde vienes!?! —gritan.

Cada uno proveniente de una cadena de televisión diferente. Y de la
radio, y de revistas. Y de periódicos...

—¡Échense para atrás, por favor! —El de seguridad tira de mi brazo para
que me dejen pasar, pero no es suficiente, así que salen dos más.

Una vez dentro, veo a parte del equipo en la zona de recepción, sentados
en los sillones y hablando, todos con cara de dormidos.

—¡Tío! —exclama Duncan cuando me ve— ¿Dónde te metes?

—Después os cuento. ¿El entrenador?

—Se lo han llevado hace unos minutos.

—Joder. ¿Pero está bien?

—Tendrá que pasar allí la noche, tiene varias quemaduras. Pero se
recuperará.

—¿Y el partido?

—Joe está hablando con los peces gordos —dice señalando al
representante del equipo, que ahora habla por teléfono unos metros más allá
—. Tendrán que cancelarlo, no vamos a jugar con el segundo entrenador que
ni tan siquiera se ha dignado a venir. Cabrón. No sé cómo no le han echado
ya.

—Puf, que movida —mascullo restregándome el pelo.

—¿Y tú, qué? —me pregunta Stanley, acercándose junto a By y

Terrance.

—He ido a ver a Alyssa.

—¿¡Qué!? —exclaman Duncan y By.

—¿La niña? —Stanley muestra la misma sorpresa.

Ken se limita a negar con la cabeza y chistar con la lengua.

—No hagáis un mundo de esto, ¿de acuerdo? —les pido.

—El mundo lo estás haciendo tú —me reprocha Kenny—. Parece que no acabas de entender la situación. Pueden echarte a la puta calle si alguien se entera.

—Nadie se va a enterar. Además, no es como si estuviéramos juntos o algo así. Simplemente...

—¿Qué? —me interrumpe— ¿Simplemente te la follas? ¿Simplemente os besáis? ¿Simplemente vas a verla en mitad de la noche?

—Vamos a ver, no tenéis ni puta idea de lo que ha pasado, así que no me agobiéis.

—¿Pero que hace ella aquí, en Portland? —pregunta Dun.

—Su madre vive aquí.

—¿Por eso has aceptado venir? ¿Porque ella estaba aquí? —supone Ken.

—No, joder, no —respondo empezando a cansarme ya de este puto tema—. Ni siquiera sabía que estaba aquí. Me ha escrito ella y bueno, he ido a verla.

—¿Por qué?

—¡Porque me ha salido de los huevos! ¡Hostia! Que pesaditos sois. Está mal, joder. No... no puedo contaros por qué, pero me necesitaba.

—Tú sabrás —concluye Ken dándose la vuelta y alejándose.

—Maldita sea.

—Vete a hablar con él —sugiere Duncan—. Estaba muy preocupado porque no respondías.

—Si solo me ha llamado... —digo mirando mi móvil— ocho veces.

Mierda.

Voy tras él, que está tomando el aire en la terraza trasera del hotel. Me apoyo en el muro, a su lado, pero no sé qué decir, no sé cómo empezar esta conversación. Kenny siempre ha estado para mí. Cuando digo siempre, es siempre. En peleas, bajones, depresiones, borracheras, sorpresas, alegrías, días de mierda, problemas familiares... etc. Siempre. Su familia no es muy grande, tan solo son él y su madre, perdió a su padre hace tres años y no se habla con su hermana desde hace cinco. Ni siquiera conoce a su sobrino. Sé

que para él soy como su hermano, igual que él para mí.

—¿Sabes cuál es el primer recuerdo que tengo contigo? —pregunta sin mirarme.

—¿Cuál?

—El día que hiciste la prueba en la universidad. Tú no me viste, pero yo estaba entrando en mi coche. El entrenador me pidió que le llevara algunas cosas que necesitaba para hacer la prueba a ti y al resto, y cuando me iba, te vi llegando al gimnasio. Ibas hablando solo y parecías asustado. Un chico se acercó a ti y te dijo algo. Tú le pegaste un empujón y no te importó que casi se diera contra un árbol. Pensé: este chico tiene serios problemas. Me prometí a mí mismo que si resultabas seleccionado, te ayudaría.

—Lo siento, Kenny —admito mirándole por fin.

—Stephen, solo quiero evitar que pases por lo que ambos sabemos que vas a pasar si sigues así.

—Escúchame, sé que lo haces por mí y que te preocupas. Pero no tienes que hacerlo, de verdad, sé lo que hago. Alyssa es una chica... muy especial. Ella no es como el resto.

—Por eso sé que lo vas a pasar mal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te vas a enamorar.

—No. Eso no me pasa a mí, no lo olvides. Nunca más.

—Ya —dice con sarcasmo—. Te engañas a ti mismo, no a mí. Pero si es lo que quieres, te apoyaré como siempre he hecho.

—Gracias —respondo dándole un abrazo—. Pero no me voy a enamorar. Y menos de ella. Es solo que... no sé, siento la necesidad de protegerla. De... cuidarla.

—¿Y dices que no te vas a enamorar? ¿Pero tú te estás escuchando?

—Sí, me escucho. Sé que puede sonar mal, pero de verdad que no. Lo tengo todo controlado.

—Lo que tú digas —sentencia con una media sonrisa.

ALYSSA

Me despierto cuando el sol me da de lleno en la cara, a través de las cortinas. Joder, que frío hace. ¿Lo de anoche fue real? ¿Vino Stephen Sinclair a mi casa, a las dos de la madrugada, me besó y me dijo que no podía estar lejos de mí? Increíble. Esto suena a película o a libro, de esos

libros que lees y dices: que típico todo, un profesor con una alumna. Se enamoran, se pelean por estupideces y acaban juntos. Pero, joder, es que me está pasando a mí. ¡A mí! ¿Se lo cuento a mi madre? Mi madre. Joder, no sé de dónde voy a sacar la pasta para poder volver a Charlotte.

Después de desayunar y de despedir a mamá cuando se marcha para el trabajo, me meto en el cuarto de baño y abro el grifo para llenar la bañera. Necesito relajarme y desestresarme. Miro la cicatriz en mi espalda y recuerdo que anoche se lo conté todo. ¿Pero qué más podía hacer? Además, con él me siento protegida. *Te dijo que no le van las cosas serias, no te emociones.* Bueno, pero también me dijo que no puede estar lejos de mí y que quiere besarme cada vez que me ve. *Tú siempre tan positiva...* Y tú tan negativa, joder. *Se llama realismo.* Se llama dar por el culo. Es más, creo que debería ponerte un nombre para mandarte callar cada vez que me toques las narices. A partir de hoy te llamarás Jenna. ¿Por qué Jenna? ¿Recuerdas ese libro que leímos donde la zorra se llamaba así? ¿*Tentaciones peligrosas?* Ese. Tú eres la que no para de joderme, igual que Jenna jodía a Wendy. *No voy a hacer comentarios al respecto.* Mejor.

Cuando estoy metida en la bañera, recuerdo la sensación de anoche al sentir su erección contra mi vientre. Madre mía, lo que tiene que ser... eso. Puf. Es que me enciendo solo de pensarlo. Con lo alto que es, los brazos que tiene y lo que debe esconder bajo esos pantalones deportivos...

Debido a la cantidad de jabón que he echado, ha salido muchísima espuma, así que se me ocurre ser un poco traviesa y jugar un poquito. ¿Por qué no? *Emm...* Cállate.

STEPHEN

Mientras estamos esperando a que Joe nos de alguna noticia sobre si los chicos tendrán que jugar hoy o no, recibo un mensaje de Alyssa. Veo que se trata de una imagen, pero no la abro porque Kenny está a mi lado.

—¿Es ella?

—Sí —respondo sin mirarle—. ¿Qué? —Veo la cara extraña que pone.

—¿Ahora os mandáis mensajitos todos los días?

—Cállate —le pido levantándome—. Voy a coger una sudadera.

Entro en el ascensor y abro la conversación. Esta niña quiere acabar conmigo, Dios santo. ¿Qué pretende enviándome una foto suya dentro de la

bañera?

10.26pm Yo

Señorita Mills, ¿pretende hacer que me explote el pantalón?

10.26pm Mills

Para nada, señor. Solo se me ha ocurrido mandarle una foto para que vea que me acuerdo de usted.

10.26pm Yo

Claro, porque enviarme un simple mensaje no era suficiente, ¿verdad?

10.26pm Mills

Claro.

10.26pm Yo

Ya. Comprendo. Espero que el baño le esté sentando bien.

10.26pm Mills

Me sentaría mejor si tú estuvieras aquí conmigo.

10.27pm Yo

Alyssa, no vayas por ahí.

10.27pm Mills

¿Por qué? ¿No te gusta la foto?

10.27pm Yo

Me gusta demasiado. Tanto que no puedo dejar de mirarla.

Mills envió una imagen.

10.28pm Yo

Basta. Te lo digo en serio, no me provoques.

10.28pm Mills

¿Dónde estás?

10.28pm Yo

En el hotel. Anoche hubo una explosión y el entrenador está aún en el hospital. No sabemos si los chicos jugarán o no. ¿Por qué?

10.28pm Mills

¿Estáis todos bien? ¿Fue después de irte?

10.28pm Yo

*Todos bien, fue mientras estaba contigo.
¿Por qué me has preguntado dónde estoy?*

10.29pm Mills

Mi madre se ha ido a trabajar... No vuelve hasta dentro de ocho horas.

10.29pm Yo

¿Me estas pidiendo algo?

10.29pm Mills

¿Y si es así?

10.32pm Mills
Ven.

¿En serio? *Sí, eso te pasa por jugar con fuego, campeón. A ver qué haces ahora.* Pues ir, lógicamente.

Le mando un mensaje a Ken y le digo que voy a dar una vuelta para despejarme, a pesar de que sé que no se lo va a tragar, y salgo por la puerta trasera para evitar a los *paparazzi*. Cojo un coche de alquiler en el hotel y meto su dirección en el GPS. Diez minutos después, estoy sentado sobre el asiento que aún huele a automóvil nuevo, frente a su casa. ¿De verdad voy a hacer esto? *No deberías.* Quiero hacerlo. Ya lidiaré con las consecuencias cuando lleguen.

Cruzo la calle y toco su puerta. Espero varios segundos y escucho sus pasos aproximarse.

ALYSSA

Mierda. ¿En serio es él? *¿Pero tú qué te piensas? Te dijo que no jugaras con él. ¿Querías que viniera? Pues ahí lo tienes.* Vale, no pasa nada. Me lo he buscado yo solita, así que adelante.

Salgo de la bañera y me pongo el albornoz. Me miro en el espejo, estoy sin maquillar pero bueno, es lo que hay. Bajo las escaleras deprisa y suelto el aire contenido, preparándome para lo que sea que me espere. Vaya, creo que hacía tiempo que no estaba tan nerviosa.

—No pensaba que fueras a hacerlo —admito al abrir la puerta y verle.

Madre mía qué bueno está. Tan solo lleva unos pantalones vaqueros gastados y una sudadera del equipo, pero aun así, está increíble. Quizá al haber probado esos carnosos labios y saber lo que se siente, la atracción sea mayor ahora que antes.

—Te dije que no jugaras conmigo —dice acercándose.

Retrocedo y dejo que pase al interior, cierro la puerta y me giro para mirarle. Está observándome fijamente, con una media sonrisa pero apenas perceptible. Me intimida, pero me gusta.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí. —Camina lentamente hasta mí.

—¿Qué quieres tomar?

—A ti. —Levanta mi barbilla y me besa inesperadamente.

Mi cuerpo responde a su tacto de forma involuntaria. Rodeo su cuerpo y él hace lo mismo con el mío, me levanta del suelo y camina hasta sentarse en el sofá, conmigo sobre él. Baja las manos por mi espalda. La tela de su vaquero roza contra mi piel desnuda, a la vez que sus dedos se clavan en mis muslos, mientras tira de mi labio inferior con sus dientes. Apoya la frente en la mía y cierra los ojos.

—Tenemos que parar —masculla con la respiración entrecortada.

—¿Por qué? —la mía está igual que la suya.

—Alyssa, no voy a hacer esto. No vamos a hacerlo.

—¿No quieres? —pregunto sintiéndome un poco incomoda y separándome ligeramente.

—¿Qué si no quiero? —Arquea una ceja— ¿No sientes nada entre las piernas?

—Sí —respondo, sabiendo que se refiere a su erección.

—Creo que está claro que lo que más quiero ahora mismo es... —cierra los ojos y deja escapar una bocanada de aire— Pero no lo voy a hacer aquí.

—¿Qué más da el sitio? —comento volviendo a besarle.

—A mí sí me importa. Sé buena y no me lo pongas más difícil.

—No me gusta ser buena —susurro mordiendo su oreja—. Es aburrido.

—Alyssa.

—Shh —arrastro la boca hasta volver a sus labios—. No puedes dejarme así.

—Joder. —Se levanta sin ningún esfuerzo y me tumba sobre el sofá, puedo percibir en sus ojos el mismo deseo que yo siento—. He dicho que no vamos a hacerlo —repite inclinándose sobre mí.

STEPHEN

¿Supongo que la edad le hace ser así de traviesa? Joder, ¿a quién quiero engañar? No, no es la edad, puesto que yo siento las mismas ganas de poseerla aquí mismo, sobre este sofá anaranjado y con manchas de café. Pero no me parece correcto, hace apenas unas horas que ambos reconocimos nuestros sentimientos, es demasiado pronto. Llamadme antiguo, pero creo que merecemos algo un poco más especial que esto para nuestra primera vez. Además... Yo no sé si voy a servir para esto. Lo que siento por ella es más fuerte de lo que me gustaría admitir, pero eso no cambia mis reglas, no

cambia que tenga miedo de volver a sentirme vulnerable, ni tampoco que no sepa si voy a poder tener una relación seria. ¿Quiero tenerla?

—¿Te marchas? —pregunta incrédula cuando me levanto.

—Debería, los chicos se estarán preguntando donde me he metido. Aún no sabemos lo que va a pasar con el partido.

—¿No puedes quedarte un rato? No me puedo creer que vayas a irte en un momento así —apunta con una voz confusa y triste.

—No me mires así. —Tiro de su mano para que se levante—. Tengo que irme. Además, yo no... —suspiro, no sé cómo decirle esto sin que me rompa la cara— Alyssa, yo no estoy preparado para tener una relación seria. No... no sé cómo explicártelo, y no quiero que me malinterpretes —añado cuando suelta mi mano y cruza los brazos.

—Lo he pillado, puedes irte —dice pasando por mi lado y dirigiéndose hacia las escaleras—. Cierra la puerta cuando salgas.

—Oye. —La sigo de cerca para que no se me escape—. No me hables así.

—¿Cómo? ¿Igual que tú a mí? —pregunta desde el pasillo.

—Yo no te he hablado mal. Solo te he dicho...

—Señor Sinclair —me interrumpe caminando hasta mí—, lárguese de mi casa.

—Mills —le advierto de nuevo—. No me hable así.

—Fuera. —Frunce el ceño y apunta la puerta con el dedo.

—¿¡Pero, qué narices...!?

—¡Fuera!

—¡Dios! ¡Eres imposible! —exclamo dándome la vuelta— Cuando se te pase la rabieta de niñata, me avisas.

—¡Que te jodan! —Lanza algo contra la puerta justo cuando la cierro.

Madre mía, está loca. *Es una niña de veinte años, ¿qué esperabas?* Joder, no sé. Tampoco le he dicho nada como para que se ponga así. *Que va, solo que no quieres nada con ella.* Yo no he dicho eso exactamente, solo que no quiero nada serio. Serio, matiz. *Pues eso.* He sido claro en todo momento.

—¿Otra vez con ella?

—Sí, Kenny, sí. Otra vez con ella —respondo cuando me dejo caer en la cama del hotel— ¿Jugáis al final o no?

—No.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Esta tarde. A las siete hay que estar en el aeropuerto. ¿Qué habéis hecho?

—¿Quién?

—Mi abuela y tú —dice con sarcasmo—. La niña y tú, cojones. Perdón —añade cuando le miro—, Alyssa y tú.

—Nada. Solo he ido a ver qué tal estaba.

—Mentira. Tío, se cuando mientes.

—Que te jodan —ríe con él.

—Eso es lo que tú has hecho con ella, seguro.

—Pues no, no nos hemos acostado, si es lo que quieres saber.

—Todavía.

—Todavía —repito sin darme cuenta.

—Madre mía, madre mía. Colega, te estas metiendo en una de la que no vas a poder salir. ¿Lo sabes, no?

—Lo sé.

—¿Y te da igual?

—Sí.

A las cuatro de la tarde, después de meter todo en el autobús y de responder a unas cuantas preguntas de la prensa, vamos al bar del hotel a tomar algo y matar el tiempo. El entrenador se quedará ingresado varios días más, aunque ya está fuera de peligro.

Mientras los chicos hablan sobre cómo le habrían dado una paliza a Portland, a mí me llega un mensaje. ¿De quién? Vaya pregunta.

4.08pm Mills

Que sepas que eres un gilipollas y que pienso cambiarme de clase para no tener que volver a verte.

4.08pm Yo

Nena, no te enfades, venga.

4.08pm Mills

Que no me llames nena como si fuéramos algo. Ya has dejado clarito que no quieres nada.

4.09pm Yo

Te he dicho que no quiero nada serio, no que no quiera nada contigo.

4.09pm Mills

No pienso ser tu putita.

4.09pm Yo

¿Ah, no? Es broma, es broma jajaja.

4.09pm Mills

Te juro que no te soporto.

4.09pm Yo

¿Y por qué me escribes?

4.09pm Mills

Gilipollas. Pienso borrar tu número.

4.09pm Yo

No vas a hacerlo.

4.10pm Mills

¿Por qué estas tan seguro?

4.10pm Yo

Porque sé que te gusto demasiado como para ser capaz de hacerlo. Solo eres una niña con rabietas y un poco bipolar, pero sé lo que sientes por mí.

4.10pm Mills

¡Eres un creído!

4.10pm Yo

¿He dicho alguna mentira?

4.11pm Mills

No voy a responderte más. Adiós.

4.11pm Yo

¿Cómo vas a volver a Charlotte?

4.11pm Mills

No es tu problema.

4.11pm Yo

¿Quieres volverte conmigo? Me marchó a las siete.

4.12pm Mills

¿Contigo, cómo?

4.12pm Yo

¿No decías que no ibas a responder más?

4.12pm Mills

Eres un capullo. No necesito tu ayuda, puedo ingeniármelas perfectamente para volver. Puedo hacer dedo y que cualquiera me recoja.

4.12pm Yo

Ni de coña. Estate preparada a las seis y media.

4.13pm Mills

¿Tanto te preocupa que vaya con cualquiera?

4.13pm Yo

No voy a dejar que te montes en el coche de un maldito perverso para que te haga Dios sabe qué.

4.13pm Mills

Así que te gusto. Lo sabía ù

4.13pm Yo

Es usted muy lista, Señorita Mills.

4.13pm Mills

Tengo momentos.

4.13pm Yo

A las seis y media. Ni un minuto más. ¿De acuerdo?

4.14pm Mills

No, ya te he dicho que voy a hacer auto-stop.

4.14pm Yo

Alyssa Mills, como se te ocurra hacer eso, te juro que pienso recorrerme el puto país hasta que te encuentre.

4.14pm Mills

Mike dijo eso mismo antes de que me marchara...

4.14pm Yo

No me compares con ese hijo de puta.

4.14pm Mills

No lo hago. Solo me ha recordado...

4.15pm Yo

Lo siento. No era mi intención, solo que no quiero que hagas eso, joder. ¿Puedes ser obediente, por una vez, y estar preparada a las seis y media?

4.15pm Mills

¿Por qué debería hacerlo?

4.15pm Yo

Alyssa, te estoy pidiendo amablemente que me hagas caso. Y yo no pido las cosas dos veces.

4.16pm Mills

Pues ya van tres o cuatro jajaja.

4.16pm Yo

Seis y media.

Dios, maldita niña. ¿Cómo coño ha conseguido despertar en mí este sentimiento de protección? ¿Subirse en un puto coche con un desconocido, y cruzar el jodido país con él? Por encima de mi cadáver. *No puedes dejar que vea cuanto te importa. Lo sé. Te estas exponiendo demasiado...* ¡Que ya lo sé!

ALYSSA

—¿Quién es ese?

—¿Puedes no preocuparte sin contarte más? —pregunto a mi madre a través del teléfono mientras termino mi maleta.

—No puedo, no. Tengo que trabajar, pediré salir antes para verte. No se te ocurra marcharte antes de que yo llegue.

—Vale.

Cuelgo y llevo mis cosas al piso de abajo, me haré un sándwich mientras espero a que mi madre llegue.

Vuelvo a leer los mensajes de ese idiota. *Te encanta que te haya pedido que vayas con él.* Pues claro, pero no le entiendo. Me dice que no quiere nada

serio pero después parece que de verdad le importo. Necesito hacer que pierda la cabeza y sea todo mío.

Después de un rato dando vueltas a la cabeza, a la vez que recorro la casa y revivió todo lo sucedido aquí... la puerta de la calle se abre y mi madre entra.

—Alyssa Mills, no pienso dejar que te vayas con tipo de quien no sé ni el nombre.

—Hola a ti también.

—Hola.

—Joder, mamá. ¿No puedes confiar en mi palabra? —bufo.

—Cielo, si no quieres contármelo, es por algo. Así que venga, habla — ordena cruzándose de brazos y alzando las cejas.

—Joder, vale. A ver, pero no me eches la charla, eh —asiente poco convencida—. Se llama Stephen Sinclair y es... bueno, es mi profesor.

—¿Tu...? ¿¡Tu profesor!?

—Sí.

—Hija, no... madre mía. ¿Estáis...? Bueno... ¿estáis juntos?

—No. No lo sé. No. ¡Yo que sé!

—Liss...

—Nada de charlas, he dicho.

—Cuéntamelo, entonces.

—No hay nada que contar. El... me gusta. Creo. Y yo a él también —*Flipada. Golfa*—. Es ex jugador de los Hornets.

—¿¡En serio!?

—exclama tapándose la boca.

—Sí —respondo con una sonrisa.

—¿Te trata bien?

—Sí, mamá. No te preocupes.

—¿Y cómo os vais?

—Pues han cancelado el partido, por una explosión en el hotel. El entrenador está herido en el hospital, así que ellos no juegan.

—¿Ha venido con el equipo?

—Sí. Y me ha dicho que se marchan hoy a las siete.

—¿Vas a ir en el avión privado de un equipo de la NBA? —pregunta emocionada.

—Eso parece —contesto riendo a carcajadas.

STEPHEN

Aparco frente a su casa y toco el claxon del coche de alquiler. Veo cómo se abre la puerta principal, así que me bajo y cruzo la calle. Freno un poco al ver a su madre tras ella. Mierda.

—¿Tu madre no estaba trabajando? —susurro mientras la Señora Mills se acerca a nosotros.

—Lo siento —responde en voz baja, disculpándose también con la mirada—. Mamá, él es Stephen Sinclair. Ella es mi madre —dice mirándome a mí.

—Un placer. —Trato de sonreír y estrecho su mano con decisión.

—El placer es mío —responde ella con una sonrisa de oreja a oreja. Vaya —. ¿Cuidaras de mi hija?

—Claro... —asumo algo incómodo por la situación.

—Mamá... por favor. —Su hija le mira, avergonzada.

—Llámame cuando llegues, o mándame un mensaje.

—Vale. Te quiero. —Se dan un beso y yo le sonrío después de coger la maleta de Aly y meterla en el coche.

La despedimos con la mano y acelero por la calle hacia la avenida principal. Ninguno decimos nada. Nunca, jamás, había conocido a la madre de... bueno, de ninguna chica con la que tuviera algo. Y ahora, sin comerlo ni beberlo, toma. *Eso te pasa por gilipollas.*

—Lo siento —murmura.

—Da igual.

—¿Estás enfadado? —pregunta mirándome.

—No, Alyssa. No estoy enfadado —respondo con un tono más serio del que pretendía.

—Vale...

—¿Qué le has contado?

—Nada. Solo que eres mi profesor y que te has ofrecido a llevarme.

—¿Nada más?

—No.

—Aly, no me mientas —digo mirándola un segundo.

—¿Es que acaso hay algo más que contar?

—No empieces. Sabes a lo que me refiero.

—No lo sé, no. Vienes a mi casa, me besas y me... bueno, eso... y después me dices que no quieres nada conmigo. Pues no entiendo una

mierda.

—Otra vez con lo mismo. Que yo no te he dicho que no quiera nada, joder. Solo que no...

—Que sí, que ya lo he pillado —me interrumpe.

Permanezco en silencio durante el resto del trayecto porque no quiero tener una discusión mientras conduzco. Es por eso que espero hasta que llegamos al aparcamiento de los coches de alquiler para girarme y mirarla.

—Odio cuando me hablas así, te lo juro.

—¿Así, cómo?

—Como una niñata —contesto sacando la llave y mirándola.

—Eres un gilipollas. —Se gira para abrir la puerta, pero tiro de su brazo y la acerco a mi cuerpo.

—Es la última vez que te advierto que no me hables así —digo con seriedad.

—¿Y si no, qué? —pregunta acercándose a mi boca.

Elevo la comisura de los labios en una media sonrisa involuntaria, y coloco una mano en su nuca para agotar el espacio que nos separa. Mis labios se sincronizan con los suyos, en un ritmo perfecto. Me empuja hacia atrás y se coloca a horcajadas sobre mí. Coge mis manos y las lleva hasta su culo. *Madre mía...* Se restriega contra mi polla, la cual comienza a despertar, y besa mi cuello mientras lo roza con los dientes.

—Vale nena, para —le pido con una voz nada convincente—. Alyssa, estamos en un aparcamiento público y es de día —digo separándola de mí—. ¿Qué te hace pensar que voy a follarte aquí, si no lo he hecho en casa de tu madre?

—El bulto bajo tus pantalones —sonríe.

—Hace tiempo que mi cabeza manda más que ese de ahí abajo, pequeña —sonríó también.

—Puedo hacer que eso cambie.

—No tentemos a la suerte. Mierda —maldigo al mirar hacia delante—. Vamos, los chicos vienen hacia aquí.

—¿Los... chicos? Qué vergüenza. —Inmediatamente se quita de encima de mí y vuelve a su asiento para salir del coche.

—Esto será interesante —murmuro mientras vamos hacia ellos.

CAPITULO 9

STEPHEN

—No hables —le digo cuando ya casi les tenemos delante.

—¿Por qué no?

—Shh.

—Ey, tío, tenemos que irnos. Te estábamos buscando —indica Terrance cuando les alcanzamos.

—Ya vemos dónde estabas —añade Kenny.

—Chicos, ella es... Alyssa.

—Alyssa la...

—Sí —interrumpo a Duncan antes de que use el apodo que todos le han puesto—. Viene con nosotros.

—Stephen, ¿podemos hablar un momento? —me pregunta Kenny.

—Después —respondo sin mirarle—. Vamos, el avión sale en quince minutos.

Cojo la mano de Alyssa sin darme cuenta, pero la suelto cuando Duncan y Kenny me miran. La coloco en su espalda y hago que camine con nosotros. *La que estás liando. Cállate.* Todos nos acercamos al autobús que se ha colocado en la parte trasera para evitar a la prensa, y montamos para que nos lleve al aeropuerto. Alyssa intenta ser simpática y sonrío a todos los chicos que la miran, pero no abre la boca. Imagino que debe sentirse bastante intimidada entre tantos hombres desconocidos. Bueno, los conoce por ser jugadores, pero solo ha cruzado cuatro palabras contadas el día de la fiesta en la playa.

Subimos al avión, y después de colocar su maleta y la mía sobre los asientos, la invito a sentarse junto a la ventanilla.

—Lo estás haciendo muy bien —susurro cuando me siento a su lado.

—Bueno, no lo hago por obedecerte, que lo sepas —dice con una pequeña sonrisa—. Es que tus amigos me intimidan.

—Normal.

—Son más grandes que tú.

—Lo sé —río—. ¿Quieres tomar algo?

—Mmm ¿qué me ofrece, señor Sinclair? —pregunta con voz traviesa, girando el cuerpo ligeramente hacia mí.

—Mills, aquí no —respondo con severidad. Aunque no puedo evitar sonreír con ella.

—Bueno, bueno, así que tú eres la niña que tiene loco a nuestro Stephen —comenta Stanley de repente, mirándonos desde el asiento delantero.

—¡Stan! —exclamo mirándole con el ceño fruncido.

—Oh, ¿es que era un secreto? —Cierro los ojos y evito la mirada de Alyssa, aunque puedo ver de reojo como se muerde la mejilla por dentro para no reírse.

—Lo sé, vas a matarme —acierta Stanley antes de volver a sentarse.

—Oye... no le hagas caso. —La miro y no puedo evitar reírme.

—No hace falta que digas nada. Sé que te tengo loco —reconoce con una sonrisa de suficiencia.

—Pues no se lo crea tanto, señorita.

—¿Ah, no?

—No.

—Es verdad, se me olvidaba que no quieres nada conmigo, soy una estúpida. —Niega con la cabeza y la gira hacia la ventanilla.

—Oye, mírame —digo sujetando su barbilla—. Hablaremos de esto cuando lleguemos, ¿de acuerdo?

—No —me desafía, enfurruñándose.

—Alyssa, no empieces con los berrinches —le advierto.

—Que te jodan. —Cruza las piernas y me da la espalda. Bufo y voy hacia el mini-bar.

—¿Problemas? —me pregunta Kenny.

—No. Bueno... joder —suspiro mientras me sirvo un vaso de zumo.

—¿Qué pasa, colega?

—Nada, solo que le he dicho que no quiero nada serio y ella...

—Se ha enfadado.

—Sí. Más bien se ha enfurruñado como las...

—¿Niñas? —vuelve a interrumpirme.

—Deja de terminar mis putas frases.

—Es que son muy obvias. Tío, tiene veinte años y tu treinta. ¿Qué esperabas?

—Yo que sé, que lo entendiera, supongo.

—No puedes pedirle eso, aún tiene que madurar, Steph... es... bueno, una niña, joder. Aunque no te guste admitirlo.

—Ya lo sé —reconozco dando un trago—. Y a ver qué coño hago cuando lleguemos y esté todo lleno de prensa.

—Cierto. ¿Quién vas a decir que es? Sabes que alguien de la universidad os va a ver por la tele, ¿verdad?

—Joder, no había pensado en eso. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntan los demás al escuchar mi grito. Veo como ella se da la vuelta un segundo y me mira, aún con enfado, antes de volver a girarse.

Después de una hora contándoles todo a los chicos, a mis chicos, no a todos, hacen el esfuerzo por entenderme y darme su opinión. Byron, Ter y Stan, dicen que lo nuestro podría salir bien, a pesar de que yo les he dejado claro que no quiero nada serio. Duncan y Ken difieren. Opinan que solo me traerá problemas y que no es buena idea. Que, tarde o temprano, alguien nos

pillará, la expulsaran y a mí me despedirán y me abrirán un expediente.

—Le pondremos mis gafas de sol y la gorra de By. Así no la reconocerán —propone Stanley, en referencia a la prensa.

—Que se haga una coleta también —añade Ken.

—Voy a hablar con ella.

ALYSSA

Hace más de una hora que está hablando con sus amigos y me ha dejado sola. *Te has enfadado como una niña caprichosa*. Puta. ¡Joder! Es que no entiendo qué coño es lo que quiere de mí. Tan pronto me rechaza y se niega a tener nada conmigo, como me dice que está loco por mí y me lleva en avión privado a casa. Pues no lo entiendo, joder. ¡Y no voy a entenderlo!

—¿Sigues enfadada? —escucho su voz a mi espalda. No respondo, solo refuerzo el cruce de mis brazos, afirmando su pregunta— Venga, nena, por favor —cambia el tono a uno más cariñoso y cercano.

Acaricia mi pierna y coge mi mano para que suelte los brazos. Tira de ella y me hace girarme, pero sigo sin mirarle. No pienso cambiar de opinión.

—Alyssa, sabes cuánto odio estar hablándote y que no me mires —dice levantando mi barbilla.

—Que mala suerte la tuya —comento con indiferencia mientras miro la película que hay puesta.

—Me estás haciendo perder la paciencia —murmura controlando la respiración.

—Vaya —sigo sin inmutarme.

—¿Y si te digo que cuando lleguemos, te llevaré a mi casa y podremos hablar de todo lo que quieras? —Esta vez sí que le miro.

—Encontraras alguna excusa para arrepentirte después.

—No. Te lo prometo. Ahora cambia esa cara, anda —suplica sonriendo y provocándome para que sonría yo también.

—Supongo que no puedes darme un beso aquí —digo mirando alrededor.

—No. Aquí no. Pero cuando lleguemos a mi casa te daré lo que quieras —aclara en voz más baja, acariciando mi mano con sus dedos.

—¿Todo lo que quiera?

—No, todo lo que quieras, no —ríe—. Duerme un poco, todavía faltan unas cuatro horas.

Salimos del aeropuerto separados del resto. Me han puesto una gorra y unas gafas, intentado que no me reconozcan si alguien nos hace una foto. En seguida hemos conseguido llegar al aparcamiento privado y subirnos en su coche.

Conduce deprisa, como si estuviera nervioso por lo que sucederá cuando llegemos a su casa. Lo cierto es yo también lo estoy, no comprendo el motivo por el que no ha querido acostarse conmigo todavía, si sé que siente el mismo deseo que yo...

Saluda al portero y avanza con el coche hasta la entrada de su mansión. La recuerdo del día que me marché medio desnuda, y bajo la lluvia. No había vuelto a venir. *Cosa natural teniendo en cuenta que es tu profesor.* Madre mía, lo que te gusta abrir la boca.

—¿Tienes frío? —pregunta cuando entramos en el salón— Pondré la calefacción.

—Gracias —digo abrazándome a mí misma— ¡Vaya, hola a ti también! —saludo a su perro, el cual se ha tirado literalmente sobre mí, empujando al sofá.

—Zeus, con cuidado —le ordena él antes de entrar en la cocina.

Me levanto para quitar algo que tengo debajo y me molesta. Tiro de lo que sea y me quedo muda cuando lo veo. Un sujetador rosa. Observo a mi alrededor y veo unas bragas colgando de una de las sillas y una falda en otra. ¿Qué coño?

No te vuelvas loca, no es tu novio. Cierra la jodida boca. Es que tengo razón. Le vas a reprochar algo por lo que no tienes derecho. ¡Que cierres la puta boca ya! Sabes que tengo razón... Dios.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que prepare algo de...? —se calla cuando entra en el salón y me ve con el sujetador en la mano.

Mira al resto del salón, al igual que he hecho yo segundos antes, y se fija en las bragas y en la falda. Cierra los ojos y se acerca a mí, lentamente.

STEPHEN

—Alyssa, no empieces a... —Me callo cuando me tira el sujetador a la cara y se da la vuelta— ¿Qué te crees que haces? —pregunto corriendo para sujetar su brazo y que se detenga.

—¡No me toques! —grita golpeándome en el pecho— ¿¡Por eso no

quieres tener nada serio, eh!? —exclama señalando el sujetador.

—¿Qué son esos gritos? —Kelly sale de mi cuarto y camina hacia nosotros, revolviéndose el pelo y bostezando. Vestida solo con mi camiseta del equipo y descalza.

—¡Dios, y tienes la poca vergüenza de traerme a tu casa cuando ella aún está aquí! —Alyssa agita las manos de un lado para otro y la vena de su cuello se hincha por la rabia.

—No me lo digas. —Kelly me mira y la señala—. Alyssa.

—¿Y tú por qué sabes mi nombre!?

—Cálmate —le pido con cautela—. Es mi hermana Kelly.

Me mira a mí, luego a ella y de nuevo a mí. Abre la boca y trata de decir algo pero vuelve a cerrarla. Sus mejillas empiezan a adquirir un color rojizo y empieza a mover la pierna en un tic involuntario, echa un matojo de nervios. Se tapa la cara con las manos y murmura algo.

—Ven aquí, tonta. —Agoto el espacio hasta ella y rodeo su cuerpo, riendo y abrazándola. Esconde la cabeza en mi pecho y sigue murmurando. Miro a Kelly, que también sonrío.

—Lo... lo siento tanto... —Desentierra la cara y mi a mi hermana, muerta de vergüenza.

—Tranquila —le contesta ella quitándole importancia—. Soy un poco desordenada.

—Dios, qué vergüenza.

Alyssa sigue cubriendo parte de su rostro con la mano, sin poder dejar el rubor en sus mejillas. Entrelazo los dedos con los suyos y la llevo de nuevo al salón, observamos cómo Kelly recoge el sujetador y el resto de sus cosas, y después se acerca para darle dos besos.

—Es un placer conocerte por fin. Mi hermano no ha parado de hablar de ti.

—¿Ah, sí? —pregunta mirándome. Me remuevo incomodo y sonrío. Fulmino a Kelly con la mirada y le hago un gesto para que desaparezca—. Bueno, mi hermano quiere que me largue y que os deje solos así que, sin inventarme ninguna excusa gilipollas, me voy. Sed buenos. —Sonríe una última vez y se marcha.

—Yo... no sé qué decir. Madre mía... —observa cómo Kelly abandona el salón y vuelve a mirarme a mí—. Pensé que vivías solo.

—Vivo solo. Pero hace unos días atacaron a mi hermana y bueno, no quiero que esté sola.

—¿La atacaron? Pero... está bien, ¿no? —pregunta tapándose la boca por la impresión.

—Sí. Ya está mejor —asiente y sonríe.

—¿Podemos olvidar los últimos minutos? —suplica con la mirada.

—No, no podemos. Tenemos que hablar de esto, Aly. Vamos, siéntate.

—Cojo su mano y tiro de ella hasta el sofá.

—Odio cuando pones ese tono tan serio. Pareces un profesor.

—Soy un profesor. Su profesor, señorita Mills.

—Bueno, ya me entiendes. —Pone los ojos en blanco y suspira—. Me refiero a que pareces tan... más... no sé, adulto.

—Soy un adulto. —Frunzo el ceño—. Y tú eres una niña. ¿Ves que esto no puede salir bien?

—Pues si estás tan seguro, ¿por qué le hablas a tu gente de mí? ¿Por qué me traes a tu casa? ¿Por qué te tomas tantas molestias para que esté bien y no me pase nada?

La niña es lista. *Estás jodido, amigo.*

—Lo que yo quiera no interfiere en lo que sea mejor para los dos.

—A mí me da igual lo que sea mejor —resopla—. Solo quiero poder estar contigo. —Sin que me dé tiempo a responder, se acerca y me besa.

—Espera —digo apartándome—. No puedes besarme cada vez que quieras convencerme de algo.

—¿Por qué no?

—Porque soy débil contigo, Alyssa. —Miro al frente para no ver su expresión— Me... no sé qué es lo que estás haciendo o lo que has hecho conmigo pero joder, para —suspiro y veo de reojo que está sonriendo.

—Te gusto —admite mordiéndose el labio.

—Eres peligrosa —río volviéndome hacia ella—. Escucha, vamos a hacer lo siguiente. ¿Me estás escuchando? —pregunto cuando veo que no para de sonreír y de mirarme los labios.

—Te escucho. —Trata de ponerse seria.

—Nadie puede enterarse de esto. Es peligroso para los dos, ¿lo entiendes? —asiente— Si la prensa nos ve juntos y nos hacen una foto, todo se irá a la mierda. La universidad se acabará para los dos. Nena, no me estas escuchando —insisto al ver cómo vuelve a sonreír y no para de morderse los labios y de humedecerlos.

—¿No paras de hablar nunca?

Se abalanza, empujándome hacia atrás y sentándose a horcajas encima de

mí. Sujeta mis manos con las tuyas, para evitar que intente separarla, y me besa con más ganas que antes. Hago fuerza para que me suelte —aunque no demasiada—, pero no lo hace. Mueve la cabeza hacia los lados, jugando con mi lengua y provocando que yo haga lo mismo. Libera mis manos para tirar de mi pelo hacia atrás y abrir mi boca.

—Tienes unos labios que es imposible no besar —revela tirando del inferior con sus dientes, antes de volver a unir los suyos con los míos.

—Maldita sea, estate quieta —digo sujetando su cuerpo y separándola de mí—. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —pregunto mirándola a los ojos sin soltarla.

—No pienso escuchar nada que signifique no poder estar juntos. Pienso besarte cada vez que me dé la gana —dice desafiante—. Provocarte y tocarte cada vez que tenga oportunidad.

—Mills —le advierto levantando las cejas y sujetando sus manos.

—Dígame señor. —El tono divertido de su voz me cabrea.

—¿Qué coño es lo que quieres de mí? —pregunto con la mandíbula tensionada.

—Suéltame y te lo enseñaré —responde con picardía.

—No vas a ponérmelo fácil —afirmo. Ella niega y sonrío.

Retiro mis manos de sus brazos, rindiéndome y dejando que me bese. He dicho “*dejando que me bese*” como si no lo deseara, joder. Pero en realidad, es lo que más deseo de este puto mundo ahora mismo. Que sus labios no se separen de los míos.

—¡Voy a entrar! —grita Kelly desde el pasillo.

Alyssa se separa con rapidez y se sienta sobre el sofá. Sonrío y se me ocurre que Kelly puede ser mi escudo a partir de ahora.

Saco el teléfono, el cual acaba de vibrar en mi bolsillo, y leo los mensajes.

7.56pm Ken

Stephen, no se te ocurra dejar salir a Alyssa de tu casa. Alguien ha filtrado una foto vuestra en el aeropuerto de Portland y se está haciendo viral.

7.56pm Duncan

Avisa a tu portero, se te va a llenar la entrada de paparazzi.

7.57pm Yo

¿¡Qué!? Tiene que ser una jodida broma.

7.57pm Byron

No lo es.

Byron envió una imagen

7.57pm Yo

Me cago en mi puta madre.

7.57pm Ken

Tío...

7.57pm Stan

A mí me ha llegado una diferente.

Stan envió una imagen

7.58pm Yo

¡Eso es en el puto aparcamiento del hotel!

—... Steph. ¿Hola? ¿Te quedas a dormir? —le pregunta Kelly a Alyssa cuando ve que no respondo.

—No, yo no...

—Sí —la interrumpo levantándome y cogiendo el interfono que conecta con la caseta del portero—. Jeff, vas a necesitar ayuda, vienen los perros.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alyssa confundida.

—Paparazzi —responde mi hermana mirándome— ¿Qué ha pasado?

—Que la hemos cagado, eso ha pasado. —Le paso el teléfono y Alyssa se acerca a ella para mirar la pantalla. Se tapa la boca y vuelve a sentarse en el sofá.

—Pff. —Kelly separa la cortina y mira hacia la entrada, hacia la puerta de hierro corredera—. Todavía no han llegado.

Yo no digo nada, solo camino de un lado para otro, pensativo. ¿Qué hago ahora? *Te lo dije*. ¡Maldita sea, ya lo sé! A ver, tal vez no llegue hasta nadie importante de la universidad. Tal vez se olviden y no le den importancia. Tal vez... *Sí, tal vez mañana te nombren Presidente*. ¡Despierta! ¡Joder, me cago en la puta!

—Me está llamando mi madre. —Alyssa me muestra la pantalla de su móvil.

—Y a ti la tuya —añade Kelly tirándome el mío.

ALYSSA

—Hola, mamá —respondo.

—Liss, tus primas me han mandado una foto tuya y de Stephen. Os han

visto en el aeropuerto.

—Nos acabamos de enterar.

—Hija, están hablando de vosotros en un programa de televisión de cotilleos.

—¿¡En serio!?

—Sí.

—Mamá, te llamo más tarde.

—Pero hija...

—Te quiero. —Cuelgo porque Stephen se está tirando de los pelos.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta en cuanto separo el móvil de mi oreja.

—Estamos en la prensa rosa —murmuro con preocupación.

—¡Maldita sea! —grita dándole una patada al revistero que tiene en frente.

—Relájate y apaga el teléfono —le pide su hermana—. Ya están aquí —añade mirando por la ventana de nuevo.

—Cierra las cortinas —se apresura a decir el—. Alyssa, ve a mi cuarto y no salgas.

—Vale —respondo sin llevarle la contraria.

Le miro una última vez antes de salir del salón y caminar por el pasillo hasta su habitación. Me gustaría decirle que no, que quiero quedarme con él, pero por su mirada, sé que es mejor no complicar ahora las cosas.

Camino por la habitación, de lado a lado sin saber bien qué hacer. Escucho puertas abrirse y cerrarse. Asomo la cabeza pero no veo a nadie. Entro en el baño y veo un jacuzzi enorme. Tal vez podría... *Ni se te ocurra. ¿Por qué? ¿Te parece momento de darse un bañito?* No puedo hacer otra cosa, así que...

Cierro la puerta y me quito la ropa en seguida, excitada y emocionada por no haber probado algo como esto antes. Sé que la situación es delicada ahora mismo, pero lo cierto es que a mí me da igual que la gente se entere. Me encantaría gritarlo a los cuatro vientos y que todo el mundo supiera que estamos juntos, poder besarle donde y cuando me apeteciera.

Abro el grifo y espero a que se llene de agua, mientras paseo por el inmenso cuarto de baño. Joder, todo huele a él. Ojeo los armarios y cajones, descubriendo así el nombre de la colonia que tan locos vuelve todos mis sentidos. Ésta no la olvidaré.

Minutos después, meto la punta del pie en el jacuzzi y suelto un pequeño grito por lo caliente que está, pero enseguida me acostumbro y termino de entrar por completo.

—Joder —gimo en voz baja.

—No me lo puedo creer. —Su voz me sobresalta. Giro la cabeza y le veo cruzado de brazos observándome desde la puerta—. Estoy deseando saber cómo has llegado a la conclusión de que esto —me señala—, era una buena idea.

—Verás —digo sonriendo de forma coqueta—, el señor no me ha dejado quedarme con él y enfrentar a los perros —me levanto, provocando que me mire de arriba abajo—, en lugar de eso, me ha mandado a la habitación como si fuera una niña —saco una pierna y después la otra—. Lo que él no sabe —camino hasta el—, es que dejé de ser una niña hace mucho.

—Eso, señorita —dice colocando una mano en mi barbilla y otra en mi cintura—, ha quedado muy claro.

Se agacha al mismo tiempo que yo me pongo de puntillas para besarle. Desciende la mano por mi brazo, hasta llegar a la cintura, donde está la otra. Ambas bajan, apretando mi culo contra su cuerpo. Gimo sobre sus labios y eso provoca que él gruña y me levante. Camina hasta sentarme sobre el lavabo y entonces deja de besarme y retrocede. Se relame y muerde el labio inferior, mirándome de una forma que no había hecho nunca antes. La espuma resbala por mi cuerpo, dejando prácticamente todo a la vista.

—¿Lo querías? —Se señala así mismo y se quita la camiseta— Pues ya lo tienes. Pero antes, enséñame lo que sabes —dice bajándose la cremallera de los pantalones vaqueros.

—¿A qué te refieres?

—Tócate, Alyssa. Para mí. —Su voz ronca hace que no tenga ni que pensármelo.

Cuando me quiero dar cuenta, mis piernas ya están abiertas y mis manos acariciando mi cuerpo. Apoyo los pies en dos baldas que hay debajo, elevando las rodillas y abriéndome aún más. Mis dedos se deslizan por el interior de los muslos, hasta llegar a rodear mi clítoris con dos de ellos, gimiendo sin remedio. Abro los ojos y le miro, gran error. Su polla crece entre su mano derecha, a medida que la sube y la baja mientras no me quita los ojos de encima. Rozo mis pechos con una mano, mientras sigo trabajando con los dedos de la otra.

Continuamos tentándonos con miradas y con movimientos varios

minutos más, pero sin palabras. La situación es tan excitante que el orgasmo no tarda mucho en llegar. Los calambres se expanden por todo mi interior, haciendo que sea imposible controlarme más.

—No pares, pequeña —dice acercándose hasta mí pero sin tocarme.

—Stephen —balbuceo sintiendo como estoy a punto.

—Dime —la velocidad de su mano aumenta.

—Te necesito.

—No, nena, lo estás haciendo muy bien.

—¡Ah! —gimo apoyando la espalda en el espejo— ¿Quieres que me corra? —asiente, pasando la lengua por sus labios— Dime cuando y lo hare. Pero... no... tardes mucho.

—Quiero que te corras en tres... —su cuerpo se acerca—dos... mírame —sus ojos atrapan los míos—...uno.

Coloca una mano alrededor de mi muslo, levantándolo al mismo tiempo que su polla entra en mí con tanta fuerza, y de una forma tan inesperada, que me empotra contra el espejo hasta el punto de hacerme daño. La sensación de sentirme llena al mismo tiempo que estoy a un segundo de correrme, es abrasadora.

—¡Joder! —grito arañando su espalda.

—Me... me voy a correr... Tengo que... —masculla entrando y saliendo con rapidez.

—¡No pares ahora! —exclamo mientras coloco las manos en su trasero y le aprieto más a mí— ¡Ah!

—Nena, no me he puesto...

—Vamos, Stephen —muerdo su labio y acompaño sus movimientos con mis caderas—. Te quiero dentro por completo —digo con voz ronca, mirándole a los ojos.

Me observa con profundidad un par de segundos, gruñendo por fin antes de metérmela hasta el fondo.

Me besa con desesperación, tocando todo mi cuerpo y follándome cómo llevaba tanto tiempo esperando. Su respiración se mezcla con la mía, el jabón que tenía sobre mi cuerpo ha desaparecido y ha sido sustituido por una fina capa de sudor. Ya no sé si es mío o si es suyo, pero me da igual. Sujeta mi barbilla con el dedo pulgar e índice —con esa forma tan particular que tiene de hacerlo—, y separa mi boca de la suya. Sin separar los labios de mi piel, va bordeando mi mandíbula, dejando pequeños mordiscos hasta llegar al cuello. Su aliento caliente, mezclado con su miembro abriéndose paso en mi

interior, sin ningún cuidado, me llevan al borde del precipicio que antes conseguí evitar.

—¡Sí! ¡Ah!

—Córrete de una jodida vez, nena —murmura con los dientes apretados.

—¡Ah! ¡Dios!

No aparta los ojos de mí mientras un orgasmo bestial y estremecedor me invade, clavando las uñas en sus brazos y mordiéndome el labio hasta el punto de hacerme daño. Inmediatamente después de que termine, Stephen la saca de mi interior y se corre fuera, un segundo después que yo. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, tensando la mandíbula y agitando la mano despacio, mientras el líquido cae entre sus dedos.

—No vuelvas a hacer eso —dice con la respiración pesada.

—¿El qué?

—Llevarme hasta el límite. En ningún ámbito pero menos aún en el sexo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo parar.

—Mejor.

Me mira y sale de entre mis piernas para lavarse las manos en el lavabo de al lado. Sonríe y niega con la cabeza.

STEPHEN

—Hasta que al final la señorita se ha salido con la suya —digo volviendo a acercarme a ella.

—¿Es que tú no querías? —responde besando mis labios

—¿Necesitas que vuelva a demostrártelo?

—Eso estaría pero que muy bien —comenta arrastrando las palabras—. ¿Crees que el agua se habrá enfriado ya? —río y la ayudo a bajar de la encimera.

—Vamos a la ducha, anda —tiro de su mano hasta la parte trasera del espejo, donde se encuentran los chorros—. Tenemos cosas importantes que decidir.

Chasquea la lengua con fastidio y pone los ojos en blanco, así que me agacho y la levanto en el aire, colocándola sobre mi hombro para hacerla reír.

—¡Que me resbalo! —grita sin dejar de reír— Aunque me gusta esta posición —comenta rozando mi miembro—, me pilla todo muy a mano.

—Eres un bicho —río dejándola en el suelo.

—El peor —murmura poniéndose de puntillas para besarme.

Ambos nos comemos con la mirada mientras nos secamos con la toalla, en el dormitorio. Le dejo una camiseta del equipo, la cual le llega hasta la mitad del mulso, y ella saca un tanga de su bolsa de viaje. No sé lo que va a suceder y el tiempo que va a permanecer aquí... Las cosas se nos han complicado antes de lo esperado. Y digo antes, porque sabía que tarde o temprano esto pasaría, pero no esperaba que fuera ya.

Cuando volvemos al salón, mi hermana está hablando por teléfono y mirando por la ventana de vez en cuando. Vuelta a la realidad.

—¿Qué vamos a hacer? —Alyssa se sienta en el sofá y coloca un cojín sobre su cuerpo, recogiendo las piernas en una postura de indio.

—De momento, calmarnos y pensar —digo mientras me siento a su lado y enciendo la televisión.

Kelly cuelga el móvil y viene junto a nosotros, y yo cambio de canal hasta que lo veo. Nuestra foto en un programa de cotilleos. Perfecto.

—El ex jugador de la NBA, Stephen Sinclair, retirado permanentemente por una lesión, ha sido visto en compañía de una chica muy joven, mientras el equipo hacía las maletas para volver a casa, tras el accidente sufrido en el hotel. Fuentes cercanas a ella nos han informado de que se trata de Alyssa Mills, estudiante de la Universidad de Charlotte, donde Stephen trabaja como profesor en la actualidad. ¿Casualidad? No lo creo —la voz de una mujer vestida como mi abuela y maquillada como mi hermana lo hacía con sus muñecas, habla con soltura y rapidez ante las cámaras.

—Hija de puta —dice mi hermana antes de levantarse para asomarse de nuevo por la ventana.

—Me van a echar. —La voz temblorosa de Alyssa hace que me gire para mirarla. Me observa con lágrimas contenidas en los ojos, que derramará en cuanto pestañee.

—Eh, escúchame —la acerco a mí y sujeto su cara entre mis manos—, no dejaré que eso pase, ¿de acuerdo?

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunta Kelly.

—Algo se me ocurrirá. No llores. —La abrazo y acaricio su cabeza.

En todos los canales de televisión están hablando sobre lo mismo, o están poniendo películas estúpidas, así que se me ocurre enseñarle mi sala de cine para que se relaje y deje de pensar en esto. Además, no han parado de

llegarnos mensajes y llamadas a teléfono, de amigos, familiares y de la prensa. No sé cómo coño han conseguido nuestros números.

—Ven conmigo, preciosa —digo tirando de su mano para que se levante.

—¿Dónde? —pregunta con poca gana.

—Vamos a ver una peli, ¿te apetece? —asiente y yo sonrío— ¿Vienes, Kelly?

—Os dejo solos. Me voy a la cama ya, son las doce y media. Subo mis cosas a una habitación de arriba.

—Vale, buenas noches —digo dándole un beso en la frente.

—Buenas noches, Kelly. —Aly sonrío cuando mi hermana pasa por nuestro lado.

Salimos del salón detrás de ella y abro la puerta de la sala de cine que se encuentra justo en frente.

—¡Wow! —exclama dando saltitos, emocionada.

—Me alegra que te guste —río y le doy un pequeño beso—. Ponte cómoda, voy a encenderlo.

Presiono los botones necesarios en la pantalla gigante y agarro el mando para poder elegir la película. Cuando me giro, la veo medio tumbada y acurrucada, tapándose con una manta.

—¿Tienes frío? —Me pongo a su lado y levanto mi brazo para que se acerque.

—Un poco, gracias —sonríe inocentemente, abrazando mi pecho y colocando la cabeza en él.

Acaricio su pelo mientras busco qué película poner, pero antes de decidirme, escucho cómo su respiración se ralentiza y una sonrisa estúpida se dibuja en mi cara al comprobar que se ha quedado dormida.

La observo unos segundos más, pasando el pulgar por su mejilla con suavidad y preguntándome si merece la pena todo por lo que estamos a punto de pasar. *Pues claro que la merece, capullo. ¿La has visto bien? Sí, definitivamente la merece.*

CAPITULO 10

ALYSSA

Me despierto sobresaltada por no reconocer la habitación, pero cuando veo los brazos de Stephen a mi alrededor, me relajo y vuelvo a cerrar los ojos, dejando escapar un suspiro.

—¿Estás bien?

—Sí —afirmo acurrucándome más contra su pecho. Su risa ronca mañanera, hace que sienta un cosquilleo entre los muslos.

—Deberíamos levantarlos, nena.

—No —lloriqueo—, quiero que nos quedemos a vivir en esta cama.

Ríe y me abraza más fuerte. Besa mi cuello justo bajo la oreja, y gira mi rostro para besar mis labios.

—Venga. Tenemos que ir a la universidad —su rostro se ensombrece, ya no ríe. Yo tampoco.

—¿Para qué? Me van a echar.

—No van a hacerlo. —Acaricia mi mejilla—. No te preocupes, yo hablaré con el decano y con quien haga falta.

—No va a servir de nada.

—Bueno, el decano también tiene cosas que esconder.

—¿A qué te refieres?

—Hace unos días le vi salir del despacho de la entrenadora. Digamos que su corbata no estaba en su sitio.

—¿La entrenadora de las animadoras? —pregunto con incredulidad.

—La misma. Tú relájate, no van a echarte.

—¿Y qué vamos a hacer con la prensa?

—Déjamelos a mí. Vamos.

Saco unos pantalones y un jersey de mi bolsa, y él se pone unos vaqueros y una sudadera, puesto que dudo mucho que hoy vaya a dar clase. Creo que todo eso ha acabado para él. Dios, me siento muy culpable por todo lo sucedido, por mi insistencia...

Desayunamos con Kelly, hablando de todo lo que ha pasado y de cómo cambiarán las cosas a partir de ahora.

—¿Pensáis aparecer juntos por el campus? —pregunta Kelly.

—No, la vas a llevar tú —le dice Stephen mientras pone los vasos en el lavavajillas.

—Eso te iba a decir, pero necesito un coche —sonríe con un brillo malicioso en los ojos.

—Quita esa cara, no vas a llevarte el Jaguar.

—¿¡Por qué!? —gimotea ella.

—Porque no.

—¿Y cuál entonces?

—¿Tienes todo? —me pregunta él mientras vamos hacia la salida, ignorando a su hermana.

—Sí, los libros están en la residencia.

—Vale.

—¿¡Que qué coche llevo!? —repite ella.

—El Audi.

—¿Y tú?

—La moto.

STEPHEN

En el mismo momento que abrimos la puerta principal, los flashes comienzan a saltar. Mierda. No hay tantos cómo anoche pero aun así, son demasiados. Ya no estoy en la NBA, joder. ¿Por qué coño no me dejan en paz?

—Hijos de puta, ¿no tienen vida? —se queja Kelly mientras entra en el coche.

—Nos vemos allí —le digo a Alyssa con una sonrisa, intentando quitarle importancia al asunto.

—Steph... —me mira con preocupación.

—Tranquilízate. Tápate la cara cuando paséis por la salida y no te bajes del coche hasta que yo llegue. No sabemos si también estarán allí.

—Vale.

Cierro la puerta del copiloto cuando ya está dentro, y Kelly arranca. Yo voy tras ellas. Le hago una señal a Jeff para que abra la verja y mi hermana avanza tocando el claxon como una lunática para que los perros se aparten. No me extrañaría que atropelle a alguno.

—Stephen, una foto, por favor.

—Stephen, ¿quién es esa chica?

—Stephen, ¿es tu novia?

—Stephen, ¿sabes que es menor de edad?

Ignoro las preguntas de los *paparazzi* y avanzo con la ayuda de Jeff y de los otros dos que traje anoche. Conduzco junto al Audi y maldigo a mi hermana mentalmente por la velocidad que lleva. Aprovecho que hay un

semáforo para colocarme junto a la ventanilla de Alyssa.

—Speedy —me agacho para ver a Kelly—, baja el ritmo, eh.

—Aguafiestas —se queja ella sacándome la lengua.

Le guiño un ojo a Aly y arranco cuando se pone en verde.

Veo por el retrovisor que los putos perros nos siguen en sus furgonetas.

Me cago en la puta, no van a dejarnos en paz en todo el día. Quien no lo sepa ya, terminará por enterarse.

Gracias a Dios, cuando entramos en el campus los guardias no les dejan pasar. Adelanto a mi hermana para decirle por dónde debe ir y continúo hasta mi lugar habitual.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Alyssa cuando se baja del coche.

—Tu actúa con normalidad. Ve a la residencia, a por tus libros, y después a clase. Nos veremos allí.

—¿Y tú?

—Voy a dar clase. Soy profesor hasta que me digan lo contrario.

—Pero...

—Pero nada. Venga —me acerco al Audi y miro a mi hermana—.

Gracias, princesa. Nos vemos después.

—Llámame si necesitas que venga a buscarla o algo.

—Vale.

Observamos cómo da marcha atrás y desaparece por la calle principal. Miro hacia Alyssa y veo que está meneando la pierna cómo siempre que se pone nerviosa. Me acerco a ella, por instinto, pero entonces me doy cuenta de por qué está así. Todo el mundo que pasa por nuestro lado, nos mira y comenta cosas con sus amigos. Es por eso que no doy un paso más y mantengo las distancias. *¿De qué coño ha servido que venga en un coche diferente si os habéis bajando en el mismo sitio?* No lo he pensado, joder. *Pues ahora te jodes y atente a las consecuencias.* No tengo miedo. *Mejor.*

—Nos vemos en clase, ¿vale?

—¿Y qué hago si me preguntan? —Sus ojos me dicen lo asustada que está.

—Pues les dices que no tienes que dar explicaciones a nadie.

Asiente, poco convencida, y camina unos pasos marcha atrás antes de girarse. Yo la observo hasta que se aleja y entonces sigo mi camino.

Ignorar las miradas y las palabras de la gente, es fácil para mí, ya que estoy acostumbrado, pero sé que Alyssa no lo va a pasar bien.

Cuando llego al pasillo donde está mi clase, la voz del decano me hace

frenar y girar para enfrentarle.

—Acompáñeme —dice sin una pizca de humor.

Ya está. Me van a echar. Es una realidad. Bueno, la verdad es que me da igual, lo único que me preocupa es que no la echen a ella. Ni siquiera querría este trabajo de mierda si no fuera por Alyssa.

—¿Tiene algo que decir a su favor? —pregunta el hombre trajeado en cuanto ambos estamos sentados en su despacho.

—Sí.

—Hable.

—Alyssa no tiene nada que ver con todo esto. Ha sido solo culpa mía.

—¿Ha abusado de ella?

—No.

—¿La ha obligado?

—No.

—Entonces es cosa de los dos. ¿Sabe usted que es una menor?

—Lo sé.

—¿Y sabe que está terminantemente prohibido entablar relaciones fuera del recinto universitario y, mucho menos, relaciones amorosas con una alumna?

—Sí.

—Bien. Desde hoy está usted despedido y ella será expulsada y expedientada de forma inmediata. Eso es todo.

—No.

—¿Perdón? —me mira con incredulidad.

—Alyssa no tiene culpa de nada. Ella solo se dejó llevar por mí, yo soy el adulto y el que debe ser castigado.

—Y lo será. Pero ella también debe asumir su parte de responsabilidad.

—Perdone, pero creo que no lo entiende. —Me está haciendo perder la paciencia—. Ella no puede ser expulsada, no ha hecho nada malo. Es suficiente con despedirme a mí.

—Eso es todo —repite mirándome con suficiencia. Ríe de forma sarcástica y froto mis ojos.

—Verá, Señor decano, ¿ha visto la cantidad de prensa que hay reunida en la entrada de su universidad? —Asiente— Bien. Hace unos días le vi saliendo del despacho de la entrenadora. —Se incorpora un poco, incómodo, y yo sonrío—. Tal vez a la prensa rosa le gustaría publicar alguna noticia sin importancia para rellenar el programa. “*Decano de universidad, tras despedir*

a un ex jugador de la NBA y expulsar a una alumna sin mayor motivo que unos rumores y unas fotos, se tira a la entrenadora de las animadoras para dar ejemplo de buen comportamiento”. ¿Es necesario que continúe?

—No —responde con sequedad—. Ella se queda, usted se larga.

—Tampoco la expedientará.

—De acuerdo.

—Que tenga un buen día —le guiño un ojo y salgo sin mirar atrás.

ALYSSA

Joder. Joder. Que dejen de mirarme, por favor. Preferiría ir en ropa interior como el primer día de clase, a que me miren por culpa de esas malditas fotos. ¿Es que no tienen vida?

—¡Liss! —Joyce sale del baño y se lanza a mis brazos cuando entro en nuestra habitación.

—Hola, amiga —sonrío.

—¿¡Dónde coño...!?! ¿¡Qué...!?! ¡Liss! —quiere decirme tantas cosas que no sabe por dónde empezar.

—¿¡Por qué cojones no cogías el teléfono!?! —Brit abre la puerta y entra — ¡Hemos tenido que enterarnos por la televisión!

—Lo siento —digo avergonzada, sentándome sobre mi cama. Ellas se miran y parecen calmarse un poco—. Quería contaros todo pero no sabía cómo. Ha pasado todo súper rápido... ahora la gente me mira y... me van a echar —empiezo a llorar y ellas me abrazan.

—No tienes que pasar por esto sola. —Joy me limpia las lágrimas y se arrodilla frente a mí. Brit asiente y se coloca a mi lado, en la cama.

—Cuéntanos qué ha pasado.

—Stephen fue a Portland con los Hornets. Me enteré porque le escribí... y bueno, al final se presentó en mi casa. Una cosa llevó a la otra y terminamos besándonos. —Me miran con un brillo de emoción en los ojos y una sonrisa cómplice—. Le dije que no sabía cuándo podría volver... por lo caro que era el billete, y me ofreció volver con él y con el equipo en el avión. Volvimos a besarnos en el aparcamiento y nos hicieron esa puta foto...

—Y después en el aeropuerto —añade Joy.

—Si.

—¿Has dormido en su casa? —asiento.

—La entrada se llenó de paparazzi y me dijo que me quedase allí. Me ha

traído su hermana.

—Joder —Brit suspira y luego mira a Joyce—. ¿Qué vais a hacer ahora?

—No lo sé. Me ha dicho que actué con normalidad.

—Cielo, todo el mundo lo sabe ya... —Britany habla con cuidado.

—Lo sé, he podido darme cuenta —expulso el aire acumulado y me levanto para cambiarme de ropa—. ¿Qué dice la gente?

—Hay de todo. Te has ganado un club de *haters*, lógicamente —ríe Joy—. Dicen que eres una aprovechada, que solo quieres fama y bla, bla, bla. Pero también tienes tus fans. —Me da un toquecito con el codo mientras ambas sonrían—. Las que te defienden y dicen que eres una buena persona, que jamás serías capaz de hacer algo así para buscar reconocimiento, que seguro que es amor verdadero y demás galanterías.

—¿En serio? —Elevo una ceja con incredulidad.

—Y tan en serio.

—¿Y los chicos...? ¿Rob?

—No está muy contento... —Brit evita mi mirada.

Bufo y termino de ponerme el jersey y la cazadora. Meto mis libros de hoy en el bolso y los miro.

—Vamos. Si me van a echar, al menos que tengan los cojones de hacerlo delante de todo el mundo —sentencio con seguridad.

STEPHEN

Bajo las escalera, orgulloso de mí mismo y de la cara que se le ha quedado a ese imbécil. ¿Qué se pensaba? Gilipollas.

Camino por la acera rodeada de césped, sonriendo a la gente que me mira y murmura cosas, importándome una mierda lo que estén diciendo. No me doy cuenta de a dónde me dirijo hasta que me veo a mí mismo frente a la residencia de Alyssa. *¿Qué vas a hacer?*

—Steph... señor. —Sale por la puerta con sus dos amigas, las cuales me observan con curiosidad. Ella mira hacia todos lados, comenzando a sonrojarse porque todo el mundo ha ralentizado el paso para observar la escena—. ¿Qué ha pasado?

—Me han despedido. —Se lleva las manos a la boca y baja las escaleras, despacio.

—¿Y por qué estás sonriendo cómo un idiota? —pregunta en voz baja, deteniéndose frente a mí.

—Porque no van a expulsarte y ya no seré tu profesor.

—¿En serio? —Vuelve a taparse la boca, esta vez con un brillo de alegría en los ojos.

—Y tan en serio. —Tiro de su mano sin que nadie se lo espere, y planto mis labios sobre los suyos.

Abre los ojos y me mira, perpleja. La suelto despacio pero no me separo del todo. Me encanta la colonia que se ha puesto, ese particular aroma me persigue hasta en mis sueños.

—Ahora sí que no vamos a poder desmentirlo —murmura con una pequeña sonrisa.

—No hará falta.

—¿Esto... que significa? —Sigo sujetando su cintura y su mano, sin importarme la decena de personas que hay a nuestro alrededor.

—Vendré a buscarte cuando salgas de clase.

—Pero...

—Hablaemos entonces —la interrumpo y ella asiente a regañadientes—. Ya llega tarde, señorita Mills.

—Resulta, señor, que mi profesor no vendrá hoy a clase así que creo que tengo las próximas dos horas libres.

Escuchamos un ruido a nuestra derecha, ambos giramos el rostro y nos encontramos con sus dos amigas mirándonos y sonriendo con complicidad.

—¿Entonces ya no tenemos que tratarte de usted? —pregunta Britany.

—No, ya no —respondo riendo con ellas.

—¿Qué te parece sin vamos a dar un paseo? No tengo clase hasta dentro de...

—Deberías quedarte y estudiar —vuelvo a interrumpirla—, los exámenes serán pronto.

—Aún falta un mes —se queja.

—No me hagas pucheros —digo acariciando su labio inferior con mi dedo pulgar.

Un flash nos hace volver a la realidad de donde nos encontramos. Doy la vuelta y veo a un grupo de chicas haciéndonos fotos mientras cuchichean y se ríen. Alyssa se dispone a ir hacia ellas, pero la sujeto por el brazo y niego con la cabeza.

—¿Quieren fotos? —pregunto acercándola más— Se las daremos.

Rodea mis hombros sabiendo lo que voy a hacer, y es ella la que me besa esta vez. Bajo los brazos para rodear su cintura y me agacho un poco para

levantar sus pies del suelo, abrazándola. Recorro su labio inferior con mi lengua para después introducirla en su boca. Poder besarla en público y cuando me da la gana es incluso más placentero de lo que pensaba.

Más flashes centellean, pero me da igual. No sé lo que va a pasar pero no pienso volver a esconderme. Somos dos personas adultas —casi—, en plenas facultades mentales y con la suficiente madurez como para saber lo que hacemos.

Vuelvo a dejarla en el suelo y le doy un beso en la punta de la nariz, provocando que la arrugue por las cosquillas.

—Venga, tenéis que ir a clase —las miro a las tres—, ya hemos dado el espectáculo suficiente por hoy. Además, se supone que no sabéis nada sobre que me han expulsado.

—Ya lo sabe todo el campus, por Dios —comenta Joyce poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, aun así. Después hablamos —miro a Aly y le guiño un ojo.

—Vale.

Me sonrío una última vez y camina junto a sus amigas hacia la clase, pasando por el lado del grupito de marujas que nos estaban haciendo las fotos.

—Eh —le dice a una de ellas que no deja de mirarla—, saca también esto —le enseña su dedo corazón, provocando la risa de Brit y Joy. Y la mía.

ALYSSA

Maldecimos cuando llegamos a la puerta y vemos una profesora sentada en el lugar de Stephen. ¿Pero cómo coño han encontrado a una sustituta en diez minutos?

—¿Tienen los sustitutos escondidos en algún cajón? —pregunta Joy leyéndome el pensamiento.

—Id entrando, voy a hacer pis. —Me abro camino entre los demás y giro en el pasillo hacia el baño.

Dejo la mochila en el suelo y me bajo los pantalones, escucho a varias chicas hablando fuera pero no les presto atención. No puedo dejar de sonreír al recordar el beso que me ha dado Stephen hace unos momentos. ¿Eso significará que quiere algo serio? *Madre mía, hija, cómo te cuesta.* Que te calles, Jenna. *Es que es algo obvio, vamos.*

Salgo del servicio y abro el grifo para lavarme las manos. Cojo un poco

de papel para secarme después y la mochila del suelo para ponérmela. Pero la cremallera está un poco abierta así que el estuche se cuelga y cae. Me agacho y veo dos pies frente a mí.

—¿Te ayudo?

STEPHEN

Joder, qué libertad, Dios. Si lo llego a saber habría dimitido mucho antes. *¿Qué vas a hacer ahora con tu vida?* Joder, dame tiempo. *Lo que tú digas.*

Se me ocurre ir a ver a Duncan para matar el tiempo hasta que el horario de universidad termine. Kenny y él son las dos personas con las que más me apetece compartir lo que acaba de pasar, además de mi hermana.

Cuando llego a su casa y el portero me ve, se aproxima y abre la ventanilla de su caseta de vigilancia.

—El señor no está, salió hace un rato.

—¿Sabe dónde ha ido?

—No.

—Gracias.

Doy marcha atrás y voy hacia mi casa, que está aquí al lado. Saludo a Jeff y aparco junto al Audi. Un momento, ¿qué hace aquí el coche de Duncan?

Abro la puerta, limpiándome los pies en la alfombrilla para quitar el rastro de tierra que el jardinero ha dejado sin limpiar. Después de entrar en el salón, me deshago de los zapatos y los dejo en un rincón para limpiarlos después. No se escucha nada, ¿dónde están?

—¿Kels? —miro en la cocina pero no hay nadie, solo Zeus desparezándose para venir a saludarme— ¿Qué pasa, colega? Sí, lo sé, tienes hambre.

Pongo un puñado de croquetas de perro en su bol y acaricio su cabeza cuando ladra en agradecimiento.

—¿Kelly? —unas risas provenientes del piso de arriba me alertan.

Subo hacia la que ahora es su habitación y me detengo tras la puerta. Resoplo y cojo aire un par de veces para calmarme, antes de tocar la puerta.

—Mierda —la escucho susurrar.

—¿No se había ido a trabajar?

—¡Va! —grita.

Me cruzo de brazos y muevo mi cabeza, haciendo crujir todos los huesos

del cuello. Estos se piensan que soy idiota.

—Steph. —Lleva una camisa y el pelo peinado con sus dedos, claramente— ¿qué haces aquí?

—Me han despedido. —No me muevo ni un ápice.

—Joder, menuda mierda.

—¿Con quién estás?

—Emm... —Desvía la mirada, nerviosa.

—Duncan, vístete y baja, necesito que me ayudes con algo —sonrío y me doy la vuelta para volver al piso inferior.

—Voy —le escucho decir desde el interior de la habitación.

Mientras los tortolitos se acondicionan, preparo batido para los tres y saco algo de carne para comer hoy. Seguro que éste se queda.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras sirvo el líquido en los vasos.

—Me han despedido.

—Ya lo he oído. ¿Qué esperabas?

—¿Y a ella? —Kelly entra, ya vestida con sus pantalones y una camiseta de su talla.

—No, he conseguido que la dejen.

—Que bien —sonríe—. Estará contenta.

—Sí.

—¿Para qué me necesitas? —Duncan se acerca y coge el vaso de batido y una manzana del frutero.

—Te habrás lavado las manos, ¿no? —Me pongo serio y frunzo el ceño.

—Tío... —mira a mi hermana, nervioso, y luego a mí.

—Es coña. —Hago un gesto con la mano, quitándole importancia—.

Vosotros sabréis lo que hacéis, sois mayorcitos. Pero no es necesario que os escondáis, joder.

—Está bien saberlo —ríe él mientras los tres vamos al salón.

—¿Qué tal está el entrenador? —le pregunto cruzando los pies sobre la mesita del centro.

—Mejor, hoy le daban el alta, han estado haciéndole las curas y eso.

—Vale. —Doy un trago, distraído.

—¿Por qué? ¿En qué estás pensado? —pregunta alzando una ceja.

—Tienes que hablar con él. Quiero volver, tío. Ahora más que nunca.

—Stephen, tu rodilla no...

—La rodilla está perfecta, joder. —Mi voz denota aburrimiento por el mismo puto tema.

—Bien, hablaré con el pero no prometo nada, ya sabes lo que dijo la última vez.

—Lo sé, tu solo coméntaselo y a ver qué dice.

—Vale.

—¿Te quedas a comer? —le pregunto mientras mi hermana pasa canales en la televisión.

—Tengo entrenamiento a las doce, igual puedo venir después. Así te cuento lo que me diga.

—¡Steph! —Mi hermana me da un manotazo en el pecho y señala la televisión.

ALYSSA

No necesito levantar la vista para saber a quién tengo delante. Las manos comienzan a sudarme y a temblar, no soy capaz de controlarlo. Toda la sangre se agolpa en mis oídos y abandona el resto de mi organismo, haciéndome sentir incluso mareada.

—¿Qué te pasa, cariño? Parece que has visto un fantasma —ríe.

—Mike. —Meto el estuche en la mochila y me levanto despacio, manteniendo las distancias. Coloco la mochila en mis hombros y le miro.

—No sabes lo que me ha costado encontrarte, Lissy. —Levanta la mano y acaricia mi mejilla. No quiero que me toque pero no me siento capaz de moverme.

—¿Qué... que quieres?

—Ya lo sabes.

Sigue recorriendo mi rostro con sus dedos, acariciando mis labios con la yema. Se acerca y yo retrocedo por impulso, topándome con uno de los lavabos.

—Cariño, no me tengas miedo. Solo quiero cuidar de ti y que volvamos a ser lo que éramos antes de que te largaras así. —Intenta controlar su ira, lo noto, le conozco.

—Mike, no quiero que...

—Eh —aprieta mis mejillas con una mano, aplastando mi barbilla—, ni se te ocurra decir lo que estás pensando. Te he dicho miles de veces que esto no termina hasta que yo lo diga. ¿Es que ya lo has olvidado?

—No —le doy un manotazo y me aparto—, no lo he olvidado. Pero las cosas han cambiado.

Su expresión es seria y contenida. Me observa fijamente durante unos segundos y después rompe a reír a carcajadas. La ira y confianza que no sé de dónde ha salido, hace que mi cuerpo vuelva a su ser y reaccione.

—Es verdad, perdona. —Levanta las manos—. Ahora eres la putita de ese profesor. Ah no, que le han despedido.

—¿Cómo sabes eso?

—Trabajo aquí, cariño.

STEPHEN

Miro hacia la televisión y las fotos que todas esas personas estaban haciéndonos en el campus, aparecen en pantalla. *¿Te sorprende?* No.

—Que guapos salimos, eh —sonrío a Duncan y a mi hermana.

Los dos me miran y después se miran entre ellos.

—¿Qué? —les pregunto.

—¿Es que ahora vas a salir con la niña?

—¿Con quién? —Aprieto la mandíbula y le miro.

—Perdón, con Alyssa. —Duncan levanta una mano y me mira con arrepentimiento.

—No lo sé, no sé qué voy a hacer. —Me levanto y camino hasta la ventana, aparto la cortina y observo nada en concreto, los perros no están fuera—. Ella me gusta mucho. Demasiado...

—Ya era hora de que lo admitieras. —No estoy mirando a mi hermana pero sé que está sonriendo.

—Estoy jodido.

—Lo estás. —Miro a mi amigo justo cuando Kelly le da un manotazo en el pecho.

—No le digas eso —le reclama.

—Es que es la verdad. Se ha pillado por la... por Alyssa. ¿Y ahora qué, colega? —Duncan me mira esperando algo por mi parte—. Estáis en la prensa, te han despedido y a ella ya la conocen. No van a dejarla en paz y lo sabes, los perros la van a seguir para hacerle preguntas.

—Ya lo sé, eso cabrones... Dios. —Me dejo caer en el sofá y coloco un cojín para tumbarme—. Tendré que hablar con ella.

—¿Qué vas a decirle? —Esta vez es mi hermana la que pregunta.

—No lo sé, joder. No... no quiero una puta relación —digo con frustración frotándome los ojos.

—Pero a ella sí que está empezando a quererla. —Aparto las manos y la asesino con los ojos.

—Esa mirada intimidante no funciona conmigo, capullo. Te conozco más que nadie y sé lo que significa esa manera de mirarla, de tocarla. Te estás enamoro...

—¡No lo digas! —la interrumpo— Cállate. Sabes que esa palabra está prohibida.

—Que no lo diga no cambia para nada lo que sientes, hermanito —palmea mis piernas y se levanta.

—La quieres.

—Y tú quieres una hostia —le digo a Duncan.

—Me largo —ríe y va hacia mi hermana, que está apoyada en la pared.

Coloca las manos en su cintura y ella sonrío antes de darle un beso en los labios. Le dice algo en el oído y ella ríe más. Después se gira y me mira.

—Luego te llamo para ver si vengo a comer —me dice.

—Venga, y no te olvides de hablar con el entrenador.

—No.

Le da otro beso a Kelly y se marcha. Ella me mira y empieza a reírse cuando yo hago lo mismo.

—¿Voy a tener que llamarle cuñado? —me levanto y me acerco a ella.

—Tal vez. ¿Te parecería bien? —sonrío y tiro de su mano para abrazarla.

—Todo lo que te haga feliz me parece bien, princesa.

—Me ha pedido que sea su novia. Oficialmente —dice cuando la suelto.

—Oficialmente —repito y ella asiente—. ¿Y exclusivamente? —elevo una ceja, Duncan no es muy monógamo que digamos.

—También.

—Bueno, si tú estás segura, adelante, Kels.

Sonrío y vuelve a abrazarme. Acaricio su pelo varios segundos, siendo consciente de lo rápido que ha crecido y lo independiente que es. Lo cierto es que echaba mucho de menos el pasar tiempo con ella. Ahora que está en casa conmigo, vuelvo a sentirme completo. Bueno, no del todo... *Te falta algo. Sí. O alguien...* Cállate.

—Steph... —murmura entre mis brazos— ¿qué vas a hacer con Alyssa? —Se separa y me mira.

—No estoy preparado para una relación seria —suspiro.

—¿No lo estás o no quieres estarlo?

—Ambas. Joder, no quiero volver a pasar por lo mismo, Kels.

—Steph, no puedes pasar el resto de tu vida viviendo con miedo. Lo que esa zorra te hizo en la universidad, pasó hace mucho. ¿Qué pasa si Alyssa es tu chica? Esa por la que has estado esperando. Esa que te haga suspirar cada vez que la miras sin que ella se dé cuenta. La que te pone una sonrisa... sí, esa sonrisa —señala mi cara— de bobo que se te pone cuando estás con ella.

—Vale, ya lo he pillado, listilla —digo dándole un pequeño empujón en el hombro.

—Bueno, pues entonces date un baño, relájate y decide lo que vas a hacer.

—¿Vas a ocuparte tú de la comida? —levanto una ceja con incredulidad.

—¿Vas a estar cuatro horas en la bañera?

—Buena respuesta —río—, voy a entrenar un poco y después me doy el baño.

—¿Puedo ir contigo? Necesito ponerme en forma, Duncan es muy...

—Chst —levanto la mano—, no quiero ni un puto detalle.

Kelly ríe y va hacia su habitación a ponerse ropa de deporte. Yo hago lo mismo. Me quito lo que llevo y lo reemplazo por un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta. Cuando estoy entrando al gimnasio, veo cinco llamadas perdidas de Alyssa.

ALYSSA

—¿Qué?

—He conseguido que me den el puesto de mantenimiento —ríe con sarcasmo.

—¿Mantenimiento?

—Cariño, estás un poco lenta, ¿qué te pasa? Sabes que no me gusta repetir las cosas dos veces.

—No me toques —retrocedo de nuevo cuando da un paso más. Tengo que cambiar de rumbo puesto que tengo el lavabo pegando a mi trasero.

—Lissy, no hagas eso —me advierte con voz grave—. Hace mucho que no nos vemos, no quiero enfadarme.

—Aléjate, Mike.

—No me toques los huevos, eres mía, cariño. Mía —me arrincona en una esquina—, que no se te olvide.

Sujeta mi cara con una mano y planta sus labios sobre los míos. Se mantiene así unos segundos y me suelta.

No se te ocurra ir a contarle nada de esto a tu profesor porque si lo haces, la próxima vez no seré tan amable. Y él —me obliga a mirarle—, sufrirá las consecuencias.

Cuando veo su mirada concentrada sobre mí, levanto una rodilla sin pensarlo y la clavo en su entrepierna.

—¡Zorra! —gruñe mientras se encoge y se lleva las manos a la parte más dolorida de su cuerpo.

Salgo del baño y corro hasta la esquina del pasillo. Todo el mundo está en sus clases ya y la mía queda demasiado lejos como para que me dé tiempo a llegar antes de que me alcance. Cuando estoy a punto de llegar a la primera donde se escucha gente, le oigo llamarme desde atrás, me pongo nerviosa y no sé qué hacer. El cuarto de limpieza está a dos pasos así que me meto dentro y bloqueo la puerta desde el interior, con una madera suelta que hay apoyada en la pared.

—Mierda, mierda, piensa joder, piensa —me susurro a mí misma. Saco el teléfono de mi mochila y busco el número de Stephen.

CAPÍTULO 11

STEPHEN

—Alyssa, ¿qué pasa? —le pregunto cuando responde.

—Stephen, necesito...

—¿Estás llorando?

—¿Qué pasa? —levanto una mano hacia mi hermana, que acaba de volver, para que se calle.

—¿Alyssa, estás llorando? ¿Qué pasa? —el tono alarmante en mi voz hace que Kelly también se asuste.

—Ven a buscarme —susurra tanto que apenas puedo escucharla.

—¿Dónde estás? —le pregunto mientras cojo las llaves de mi coche. Mi hermana me sigue.

—En el cuarto de limpieza de la facultad.

—¿Qué haces ahí?

—Ven ya, por favor.

—No tardo nada, pero dime que pasa, por Dios. Estoy saliendo ya —digo

mientras mi hermana y yo nos metemos en el coche.

—Mike...

—Habla con ella. —Le paso el móvil a mi hermana y acelero.

Cuando llego al campus, aparco el coche en doble fila y le pido a mi Kelly que se quede dentro. Salgo corriendo hacia el lugar donde Alyssa nos ha dicho que está, subiendo las escaleras de dos en dos y esquivando a dos personas que encuentro saliendo de una clase. Ese cabrón no está por ninguna parte, no hay ni rastro de él.

—Alyssa, soy yo —digo junto a la puerta del cuarto de limpieza—, abre.

—¿Stephen? —un hilillo de voz se escucha en el interior.

—Sí. —La puerta se abre despacio—. Nena, mírame, ¿estás bien? —pregunto tirando de su mano para hacer que salga.

En cuanto mis brazos rodean su cuerpo, empieza a llorar y no puede hablar. Yo solo acaricio su pelo y la aprieto más contra mí, intentando respirar para no ponerla más nerviosa.

—Solo dime si estás bien, por favor.

—Sí. —Eso me vale para tirar de ella hacia la salida.

Caminamos por el campus, de la mano y rápido para llegar al coche antes de que suene el timbre y todo se llene de gente. No dejo de mirar alrededor, buscando a ese hijo de puta.

Cuando mi hermana nos ve llegar, se monta en el asiento del piloto y nosotros entramos en los traseros. Arranca sin decir una palabra y yo no suelto a Alyssa en ningún momento. Ya no llora pero su respiración aún es entrecortada, hipando y tratando de relajarse.

ALYSSA

—Acabaré con él —dice cuando entramos en su habitación y me sienta sobre la cama.

—No parará. —Le miro y contengo las lágrimas, pero un par se cuelan entre mis pestañas, las cuales limpia con sus pulgares.

—Cuéntame qué ha pasado. ¿Dónde le has visto? —Se arrodilla entre mis piernas.

—Estaba en el baño y él ha entrado. Está trabajando en la universidad, Stephen. Le han contratado como el chico de mantenimiento. —Comienzo a llorar de nuevo y él vuelve a abrazarme.

—¿Cómo coño es eso posible? —gruño más para mi mismo que para

ella. No lo entiendo.

—No lo sé. Pero me ha dejado claro que no parará hasta volver a conseguir lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

—A mí. Dice que soy suya y que esto no acabará hasta que él lo diga.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eres mi chica, Alyssa. No pienso permitir que nadie vuelva a ponerte una mano encima ni te haga sentir intimidada de ninguna manera.

—No puedes hacerle nada, te buscarás problemas.

—Los problemas se los ha buscado él, nena.

—¿Qué piensas...?

—Shh —me interrumpe—, no quiero que te preocupes por nada.

Tranquilízate, ¿vale?

Levanta la rodilla del suelo y tira de mí para que también me levante. Me hace un gesto para que me tumbe en la cama y él se tumba a mi lado, abrazándome.

—Tengo miedo —murmuro un rato después.

—Lo sé. Maldita sea, tenían que despedirme ahora, joder —gruñe sin dejar de abrazarme.

—Stephen —me apoyo en un codo y le miro—, tú no le conoces. Mike es... no se rendirá hasta que se salga con la suya.

—Mírame, preciosa, y escúchame —dice sujetando mi cara entre sus manos—. ¿De verdad piensas que dejaría que te pasara algo malo?

—No puedes estar conmigo todo el tiempo, sé que cuando esté contigo no me pasará nada. Pero no puedes controlar lo que pase cuando esté en la universidad o en otro sitio.

—Puedo controlar muchas más cosas de las que te piensas, nena. Ese cabrón no volverá a poner un pie ahí, te lo prometo.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Pues igual que hice que no te expulsaran.

—No funcionará.

—Sí lo hará.

—No.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llesves la contraria? —sonríe acariciando mi mejilla.

—Lo siento, es que estoy asustada.

—Ven aquí —rodea mi cuerpo con sus brazos y me acuna para que me tranquilice.

STEPHEN

He conseguido que Alyssa deje de llorar y se duerma. Si ese hijo de puta vuelve a poner un pie cerca de ella, será el responsable de que me encarcelen. Espero que al decano no se le haya olvidado nuestra conversación pasada porque si es así, pienso recordárselo todo y llegar a donde sea necesario para que le eche a tomar por el culo.

Escucho la puerta abrirse y a Duncan hablando con mi hermana, así que me muevo despacio para levantarme y no despertarla.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz somnolienta, revolviéndose.

—Nada, tranquila. Ha venido Duncan. ¿Vienes?

Asiente y se levanta, sonriendo con dulzura y abrazándome un segundo antes de ir para el salón.

—Alyssa —mi amigo la mira y después a mí—, hola.

—Hola, Duncan.

—¿Estás mejor? —le pregunta Kelly acercándose a ella.

—Sí —sonríe y camina junto a mí para sentarnos en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —Duncan parece confuso.

—Después te cuento. ¿Has hablado con el entrenador? —le pregunto.

—Sí.

—¿Y? —pregunto nervioso.

—Ha dicho que vayas a verle —responde mientras va hacia la cocina. Me levanto y le sigo.

—¿Solo eso? —muevo las manos agitadamente.

—Sí, dice que quiere verte y comprobar con el médico del equipo si es verdad lo que dices.

—Joder —bufo nervioso porque no sé hasta qué punto estoy curado de verdad—. ¿No le ha dado importancia a lo de Alyssa?

—No, dice que es muy guapa y que si te gusta, adelante.

—Vale, ¿cuándo quiere que vaya?

—Cuanto antes.

—De acuerdo. Ocupate de la comida, anda, mi hermana es pésima y a mí no me apetece.

—No pensaba dejar que tu hermana pusiera un dedo en nada que vayamos a comer.

—¿Ah, no? —Nos giramos y está de brazos cruzados en la puerta de la cocina. Duncan ríe y va hacia ella para darle un beso y convencerla de que era broma. Aunque no lo era.

Yo vuelvo al salón, veo que Alyssa no está, así que salgo al pasillo para buscarla por la casa. La encuentro en la puerta que da al jardín, observando las gotas de lluvia cayendo sobre el agua de la piscina.

ALYSSA

Sus manos rodean mi cintura y él deposita un beso en mi cabeza. Una sonrisa involuntaria se dibuja en mi rostro al sentirlo.

—¿En qué piensas?

—No sé, en todo lo que ha pasado en el último mes. Mi vida ha cambiado mucho —suspiro.

—Lo sé, aunque no lo creas la mía también. Tú la has cambiado. —Giro y le miro a los ojos, que ahora me sonrían.

—¿Qué... vamos a hacer? —Agacho la mirada, temiendo su respuesta.

—Ya te he dicho que no te preocupes por...

—No me refiero a eso —le interrumpo—, hablo de nosotros.

Suspira y me abraza sin decir nada. Esto no es buena señal...

—¿Puedo ser sincero contigo sin que te vuelvas loca ni te enrabietes? —Le miro y asiento con nerviosismo—. Nena, me gustas muchísimo. Tanto que me da miedo... —se calla un segundo pero no digo nada— No he tenido buenas experiencias en el... amor —parece que le cuesta decir esa palabra—, me han jodido bastante. Es por eso que no me permito a mi mismo sentir nada por ninguna mujer.

—Puedo ser una niña si eso no rompe tus reglas —digo con una pequeña sonrisa que se le contagia.

—No eres una niña, eres mi pequeña, la que no puedo sacar de mi cabeza y la que me vuelve loco.

—¿Entonces? —pregunto confundida por su falta de claridad.

—Entonces, me gustaría que fuéramos despacio. No quiero perderte y por supuesto que no voy a hacerlo. Pero no va a ser fácil para mí. ¿Entiendes eso?

—Sí.

—¿Y crees que serás capaz?

—¿Podré besarte, tocarte, verte cuando quiera y tener sexo cuando nos apetezca? —asiente riendo y yo pego un saltito para abrazarle.

Me sujeta por el trasero para que no me caiga y me da un beso.

—Entonces acepto.

STEPHEN

—Aceptar significa cargar con las consecuencias —le digo, aún con ella encima.

—¿A qué te refieres?

—A la prensa, las miradas en la universidad, las fotos... —Vuelvo a dejarla en el suelo y ella se pone de puntillas para darme un beso.

—Todo eso no me importa si es por estar con usted, señor Sinclair —sonríe de forma coqueta.

—Muy bien, Mills. Entonces la declaro oficialmente mi novia.

—¡Sí! —Se lanza a mis brazos, chocando sus labios contra los míos.

Sonríe sobre su boca antes de entreabrirla, para dejar que su lengua busque la mía. Sujeto con más fuerza su cuerpo para acomodarla contra la pared y poder concentrarme en besarla con más intensidad. La humedad de su lengua con la mía, su suavidad y su textura, hacen que mi polla despierte, presionando su vientre.

Coloco las manos bajo su culo y camino con ella por el pasillo, sin dejar de besarla ni un segundo.

—¿A dónde me lleva, señor? —pregunta con inocencia fingida.

—A mi cama.

Devora mi boca de nuevo, sin descanso y sin cuidado. Cierro la puerta del dormitorio con el pie y la tumbo sobre el colchón.

—Hola, novio —sonríe abriendo las piernas despacio—. ¿Querías algo?

—Sí. ¿Vas a dármelo? ¿O tendré que ganármelo? —me inclino sobre ella, apoyando los brazos a cada lado de su cabeza.

—Gánatelo.

Arqueo una ceja justo antes de sujetarle las manos por encima de su cabeza, pegándolas al colchón. Alyssa levanta la cabeza para intentar llegar a mi boca, pero retrocedo y ella pone una mueca ofendida.

—¿No has dicho que me lo gane?

—Me retracto.

—Ah, no. Ya no hay marcha atrás.

Nos miramos fijamente, desafiándonos y tratando de mantenernos serios, hasta que ella comienza a reír a carcajadas y me lo contagia.

—Ven aquí, boba. —Me tumbo y ella rueda sobre mí.

—Madre mía, Steph, ¿tú te das cuenta de los labios que tienes? —Acerca la boca, tirando del inferior con sus dientes. Con fuerza.

—Bruta. —Paso la lengua por ellos, intentando calmar el dolor—. ¿Quieres que te muerda yo así en otros... labios? —Levanto las cejas reforzando mi pregunta.

—Prefiero cuando lo haces despacio —susurra dando pequeños besos donde hace unos segundos ha mordido— y suave.

—Deja de ponerme cachondo, nena.

—No quiero.

Coloca una pierna a cada lado de mi cadera y se quita la camiseta. Mis manos, que ahora están apoyadas en sus muslos, van instintivamente a acariciar sus pechos. Me incorporo para desabrocharle el sujetador mientras ella me besa y se encarga de quitarme la camiseta.

—Aly, me va a explotar —digo sobre sus labios, apretando su culo contra mí erección.

—Creo que puedo hacer algo al respecto.

—¿En qué has pensado? —Sé que mi sonrisa torcida hace que se moje al instante.

—Quita esa cara de “quiero follarte” porque entonces no podré hacerlo.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —Vuelvo a sonreír.

Me empuja para tumbarme y sujeta mi barbilla entre sus manos. Me obliga a girar la cara para besar mi cuello y en cuanto sus labios húmedos rozan la piel, no puedo evitar gruñir y clavar los dedos en la carne de sus muslos.

—Deja de jugar —le advierto.

—¿Quién es ahora el impaciente? —dice sobre mi pecho a medida que va bajando despacio.

Desabrocha los pantalones vaqueros y baja la cremallera sin despegar sus ojos de los míos. Se relame con una sonrisa excitante y hambrienta, mientras los dedos se cuelan por el elástico de mi bóxer para bajarlo. Admira mi polla de igual forma que cuando la vio por primera vez, y la abraza con su mano derecha, de manera firme y segura, con decisión. Acerca la boca, sacando la lengua y mirándome. Me incorporo un poco y me apoyo en los codos para

poder disfrutar también del sentido de la visión.

—Esto es nuevo —sonrío acariciando su cabeza cuando siento cómo su lengua recorre la largura de mi polla, desde la base hasta la punta, metiéndosela por completo a continuación.

—Mmm —asiente con la boca llena.

La observo varios segundos más, gozando de la sensación de placer que me está regalando. Me dejo caer en el colchón, sin dejar de acariciar su pelo. No puedo evitar querer enredar unos mechones entre mis dedos y empujar para que me la chupe más deprisa, pero creo que es demasiado para la primera vez.

—Nena, lo haces muy bien —digo controlando un jadeo—, pero necesito que lo hagas más rápido. Me has puesto demasiado cachondo y ya no hay vuelta atrás.

Obedece, aumentando la velocidad de su boca y de su mano. Con una coordinación casi perfecta, casi profesional. *¿Cuántas...?* No, no. Aparto esa idea de mi mente inmediatamente.

—Ahh... —Mi boca se abre sin poder controlar ya la respiración.

Ya he pasado el umbral de control, así que su pelo hace segundos que se encuentra entre mi puño. Haciendo presión, tirando y empujando para que alcance el ritmo que quiero. El que necesito.

—Más rápido, Aly. Voy a correrme —suplico cerrando los ojos y comenzando a sentirlo.

—Oye, ¿qué hacéis? —Mi hermana toca la puerta de la habitación y ella se detiene.

—Ignórala, no pares —susurro mirándola.

Vuelve a introducirla en su boca y a subir y bajar la mano con rapidez. La sensación de hormigueo va creciendo poco a poco, hasta subir por mi polla y obligarme a morder mi labio inferior para no gruñir de placer cuando explota sin remedio.

—Apártate, apártate —le aviso tirando de su pelo hacia atrás.

Me corro antes de que retroceda del todo, por lo que recibe parte del líquido en su pecho. Aun así, no deja de mover la mano arriba y abajo, dejando que todo se derrame entre sus dedos.

—Joder... —gimo en voz baja para que mi hermana no me escuche.

—¡Voy a entrar si no respondéis! —grita desde fuera.

—¡Estamos bien! —Aly mira hacia la puerta.

—Muy bien —murmuro soltando un suspiro prolongado, acompañado de una sonrisa.

—¡Vamos a comer! ¡Daros prisa!

Escucho cómo mi chica se levanta y abro los ojos para verla entrar en el cuarto de baño.

ALYSSA

Abro el grifo para limpiar mis manos y mi pecho, me seco con una toalla y regreso a la habitación. Sigue tumbado sobre el colchón, con la polla fuera y los ojos cerrados. Es imposible no enamor... no fijarse en este hombre, joder.

Me tumbo junto a él, boca abajo, apoyada sobre los codos y mirándole. Abre los ojos y gira la cabeza para sonreírme.

—Ha sido increíble —dice antes de levantarse.

—Increíble es tu culo —ríe antes de que se suba los calzoncillos.

—Y tus tetas —añade cuando se da la vuelta y me observa.

También me levanto y recojo mi sujetador del suelo. Ambos nos vestimos sin dejar de mirarnos con deseo, y cuando ya lo estamos, me acerca a su cuerpo y aprieta mi trasero, aproximándose a mi oreja.

—Eres muy pero que muy peligrosa, Mills —susurra acariciándome con sus labios.

—Si sigues a esta distancia, creo que tu comida voy a ser yo.

—Mmm. —Da un lametazo a mi cuello y después un pequeño mordisco —. No creo que pueda haber nada más bueno.

—¡A comer! —Vuelve a gritar Kelly.

—Tal vez de postre. —Stephen me guiña un ojo y sujeta mi mano para ir hacia el salón.

Cuando entramos, la mesa ya está puesta y ellos dos en el sofá, metiéndose mano.

—¿Qué hacíais, marranos? —nos pregunta ella sin dejar de reír.

—Lo mismo que vosotros cuando he llegado yo. —Stephen les tira un cojín del sofá.

—Venga, a comer que se enfría —ríe Duncan adentrándose en la cocina.

A las cinco de la tarde los dos se despiden y se marchan al cine. Mi novio

les dice que no entiende por qué van a uno repleto de gente y donde van a acosarles, cuando tiene uno en su casa. *Mi novio*, qué posesivo más bien usado.

—¿Qué hacemos nosotros? —le pregunto cuándo se marchan.

—Lo que mi chica quiera. —Me abraza y me besa despacio.

—No me quiero marchar... —murmuro acurrucándome en su pecho.

—Pues no te vayas, quédate a dormir.

—¿De verdad? —Mi voz suena demasiado emocionada.

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto? —cuestiona separándome de él para mirarme.

—Bueno... Cómo has dicho lo de ir despacio y eso...

—Ya —suspira—. Pero no puedo evitar querer tenerte conmigo todo el tiempo. Y más sabiendo que ese cabrón anda suelto.

—Así que vamos a dormir juntos —sonríó con travesura para intentar que no piense en Mike.

—Eso parece, señorita Mills. ¿Qué le parece si nos damos un baño de burbujas?

—Me parece perfecto, señor Sinclair.

—Bien, pues tu espérame aquí y no vengas hasta que te llame —dice soltándome y levantándose para salir del salón.

—De acuerdo —sonríó cuando me guiña un ojo antes de marcharse.

STEPHEN

Lleno el jacuzzi y coloco varias velas por el baño. No soy muy romántico, bueno, nada romántico porque nunca he tenido novia, a excepción de la de la universidad... Solo sexo de una noche y después se iban para su casa. Pero con ella me sale el querer verla sonreír, el querer sorprenderla y verla emocionada. Y sé que a ella sí le va el romanticismo, así que esto le encantará.

Pongo el disco de música que usan los masajistas cuando atienden al equipo, para relajarnos y toda esa mierda que dicen ellos, y apago todas las luces para comprobar que las velas sean suficientes.

—¡Aly, ya puedes venir! —grito desde la puerta de la habitación.

—Ay, venga —se queja cuando viene corriendo y no la dejo pasar.

Río y me hago a un lado. Al no ver nada diferente en la habitación, me mira con confusión y yo le hago un gesto con la cabeza para que avance.

—Stephen... —Se tapa la boca cuando abre la puerta del baño.
—¿Te gusta? —aparto su pelo, abrazándola por detrás.
—¿Bromeas? ¡Me encanta! —Se da la vuelta y salta para abrazarme.
—Me alegro, vamos a ver qué tal está el agua.

Le doy un beso y la dejo en el suelo. A diferencia de lo que pueda parecer, la diferencia de estatura no es un problema, puesto que a mí me encanta levantarla en el aire para besarla, y a ella no parece importarle.

Caminamos dentro para cerrar la puerta y nos quitamos la ropa. Bueno, yo le quito la ropa y ella me la quita a mí. Aun no deja de sorprenderme la rapidez con la que su cuerpo logra excitarme. No es nada exagerado, no tiene unas tetas enormes ni un culo explosivo, pero sí que tiene algo que me vuelve loco. Tal vez sea el conjunto, su actitud de niña inocente mezclada con la picardía y la lujuria con la que me mira, deseosa y ansiosa por poseerme y porque la posea. No lo sé.

ALYSSA

Su cuerpo se amolda al mío con una sincronía embriagadora. Cada movimiento que hace, consigue acercarme un poco más al éxtasis. La manera en la que sus dedos exploran mi interior, la forma en la que sus labios se arrastran perezosamente por la piel de mi cuello. Sus ojos, transmitiéndome todo lo que quiere hacerme, todo lo que va a hacerme. Su grueso miembro abriéndome violenta y placenteramente, haciéndome suya. Nuestro orgasmo no tarda mucho en llegar, primero el mío y después el suyo, dándome la oportunidad de saborearle una vez más mientras lo hace.

Stephen me propone ir a cenar fuera después de un estimulante baño de burbujas, el cual ha conseguido hacerme un poco más adicta a él si cabe.

—¿Estás seguro? —le pregunto mientras él se viste.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé, ¿por si hay paparazzi? —cuestiono como si no fuera lo más obvio del mundo.

—Aly, nos han sacado en televisión. Creo que es más que obvio que estamos juntos —sonríe.

—Me gusta la idea de que eso se sepa. —Me levanto de la cama, aún con la toalla puesta, y camino hasta él.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque... —termino de abrochar los botones de su camisa mientras le miro— así todas las mujeres que te rondan sabrán que ya no estás disponible.

—¿Quién dice que no lo esté? —Arquea una ceja— Es broma, nena. No te enfades —me abraza para darme un beso y desliza la palma de la mano por debajo de la toalla.

—¿Sigues con hambre? —le pregunto tirando de su labio con mis dientes.

—Igual que tu.

—No tengo nada que ponerme para ir a cenar.

—Seguro que mi hermana tiene algo, ve a su habitación y rebusca. Mientras, voy a terminar de prepararme.

—Vale.

Nos llevan hasta la mesa más privada del Restaurante Carpe Diem. En cuanto han reconocido a Stephen nos han ofrecido la mejor que tenían.

—Me siento observada —le digo cuando nos sentamos.

—Normal —ríe ofreciéndome su mano por encima de la mesa—. Tendrás que acostumbrarte.

—Haré lo que sea necesario para estar contigo, Stephen.

—¿Sabes? Creo que esto puede salir bien —sonrío y me inclino por encima de la mesa para besarle.

—Pues claro que sí.

—Buenas noches —un camarero se acerca a nosotros—. ¿Ya saben lo que van a tomar?

STEPHEN

La cena con Alyssa es perfecta. Hablamos sobre tonterías y reímos como siempre, disfrutando de cada minuto que pasamos juntos. Es sorprendente cómo consigue que me olvide de todo, en especial de mi fobia a enamorarme y sufrir nuevamente...

—¿Quieres tomar algo más? —le pregunto cuando terminamos con la tarta de queso.

—Uff, no. Si como un bocado más, reventaré la falda de tu hermana —bromea.

—Pediré la cuenta.

Pagamos y dejamos una considerable propina por el excelente trato que nos han dado, y la discreción que nos han ofrecido.

—¿Habrás paparazzi fuera? —me pregunta mientras le ayudo a ponerse el abrigo.

—No lo sé, ahora lo veremos.

Caminamos atravesamos la puerta de salida, y le estoy dando un beso cuando de repente me choco con alguien.

—Disculpa —digo por instinto mientras ambos nos giramos.

—Vaya, la pareja del año. —La mano de Alyssa comienza a temblar entre las mías y entonces me doy cuenta de quién se trata.

La coloco tras de mí y doy un paso adelante. El chico se echa a reír y trata de mirar por encima de mi hombro, buscándola.

—Cariño, menudo guardaespaldas que te has buscado, eh.

Le sujeto del cuello de la sudadera que lleva y lo acerco a mí, sin que él quite esa asquerosa sonrisa de su rostro.

—Si vuelves a poner un pie a menos de quinientos metros de ella, no volverás a ver la puta luz del sol.

—Stephen. —Alyssa tira de mi brazo cuando varios flashes iluminan la noche.

—Creo que ese vas a ser tú si no me sueltas —dice él señalando a los paparazzi que ya sé que están detrás.

—No volveré a repetírtelo.

Me giro y veo a dos fotógrafos enfocando y disparando sin parar. Cojo aire para no destrozarles las cámaras y entrelazo los dedos con los de Alyssa para que camine y baje las escaleras hacia la acera. Ignoramos a los paparazzi, pasando por delante de ellos directos al coche.

—Sinclair, ¿cómo va la relación?

—Alyssa, ¿Stephen te obliga a salir con él?

—Stephen, ¿esto significa que estáis juntos?

—¿Quién era ese hombre, Stephen? ¿Por qué os habéis peleado?

—¡Alyssa, aquí! —grita una rubia junto con su cámara tras ella— ¡Una foto, por favor!

Me detengo en seco justo en la puerta del vehículo, y giro hacia él. Mi novia aprieta mi mano con fuerza y me suplica en un murmullo que entremos en el coche. Aspiro profundamente y dedico una mirada asesina a esa cadena en particular, antes de darme la vuelta y rodear el coche para abrirle la puerta. Cierro cuando entra y hago un ejercicio de paciencia para no destrozar todas

las cámaras antes de montarme en el asiento del piloto. Arranco con rapidez y adelanto a varios coche, llegando a saltarme un semáforo en rojo para perder a las furgonetas de los perros, que ya nos siguen.

—Nena, ¿estás bien? —le pregunto mientras conduzco, mirándola un segundo.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo.

—Vas a venirte a vivir conmigo.

—¿Qué? —veo de reojo cómo gira la cara para observarme.

—¿No quieres?

—No-no es eso, es que no entiendo. Esta mañana me has dicho que querías ir despacio.

—Esta mañana no había visto a ese cabrón. No pienso darle la oportunidad de que te ponga una puta mano encima. —Aprovecho para mirarla cuando me detengo tras una fila de coches.

—No quiero que...

—Por favor. —Le suplico con la mirada.

—Stephen, pero es que...

—Alyssa, te estoy suplicando. Es la primera vez que suplico en toda mi vida.

—Lo sé. Solo tengo miedo.

—¿De qué? —Arranco cuando el coche de atrás me pita.

—De que por vivir juntos, te agobies y todo se vaya a la mierda.

—Eso no va a pasar, no te preocupes.

—Tengo que hablar con mi madre...

—De acuerdo, me parece bien. Ahora cuando llegues, la llamas.

¿Es que se te ha ido la puta olla? Cállate. ¿Cómo se te ocurre pedirle que se venga a vivir contigo? Que te calles. ¿Es que no has pensado en lo que dirá todo el mundo? ¡Que te calles! ¡Me la suda lo que diga la gente! No voy a dejar que ese tío pueda pillarla en el puto campus por la noche y hacerle lo que le dé la gana. O por el día, como en el baño.

—¿Dónde estabais? —nos pregunta mi hermana cuando llegamos.

—Hemos ido a cenar. ¿Qué tal el cine?

—Guay —se encoge de hombros—. ¿Y vosotros, que tal?

—Bien —suspiro sentándome a su lado en el sofá, mientras mi chica va a la habitación a hablar con su madre.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas lo que te conté del ex novio de Aly? —asiente— Nos lo hemos encontrado en el restaurante.

—¿Qué dices? —Se echa hacia delante y me mira atentamente.

—Debería haberle matado, joder —gruño tensionando los músculos de mis brazos.

—¿Qué has hecho?

—Nada, solo le he advertido de que si se vuelve a acercarse a ella, no volverá a ver la luz del sol...

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunto mirándola.

—Me estás ocultando algo.

—Los perros estaban allí... Me hicieron fotos cuando le tenía sujeto por la sudadera.

—Mi madre no me coge el teléfono. —Alyssa aparece por el salón.

—Ven aquí. —Extiendo mi mano para que se acerque y se siente a mi lado.

—¿Qué tal estas? —le pregunta Kelly.

—Bien —sonríe ella sin muchas ganas, acurrucándose en mi pecho cuando levanto el brazo para pasarlo por su espalda.

—Vale. Bueno, yo me voy a la cama. Si necesitáis algo, me decís —me da un beso en la mejilla y se marcha por el pasillo.

Alyssa se gira más y pasa una pierna por encima de las mías. Tiro de su mano y la empujo con mi otro brazo por la espalda para sentarla por completo sobre mí.

—Me gustaría saber lo que está pasando por la cabecita. —Acaricio su rostro con una sonrisa.

—Te quiero —confiesa de pronto, y yo elevo las cejas con sorpresa, con auténtica sorpresa—. Lo siento. —Aparta la vista y se mira las manos.

—Nena, yo...

—No. —Pone una mano en mi boca sin dejarme terminar—. Lo vas a decir porque yo te lo he dicho, y no quiero eso. Quiero que cuando me lo digas, si lo dices, sea porque lo sientes de verdad. No te lo he dicho para que tú también lo hagas —se encoge de hombros—, simplemente es lo que siento.

—¿Y por qué estás triste?

—Porque tengo un mal presentimiento.

—Escúchame, pequeña, no quiero que estés así. Solo quiero verte sonreír y que me beses todo el tiempo. ¿O es que tengo que ser tu profesor otra vez para poder darte ordenes? —Trato de hacerle reír pero no lo consigo—
Vamos, Aly, regálame una sonrisa.

—Lo siento —se disculpa de nuevo, abrazándome y escondiendo la cabeza en mi cuello.

—Ey, ¿qué pasa? Por favor, no puedo verte así. ¿Quieres que vayamos a la cama? —Asiente sin decir nada, así que paso una mano por debajo de sus piernas y me levanto con ella en brazos.

La dejo en el suelo, junto a la cama, y agacho un poco la cabeza buscando sus ojos. Me dedica una pequeña sonrisa y con eso me doy por satisfecho.

—Ahí está —digo besando su mejilla—. La sonrisa que me tiene loco.

Entre los dos abrimos la cama y nos desnudamos para ponernos el pijama. Bueno, yo un pantalón corto de chándal y ella una de mis camisetas de los Hornets. Cuando los dos estamos tumbados, tiro de su pequeño cuerpo para colocarla entre mis brazos.

—No me has respondido —le digo en con voz baja.

—¿A qué?

—¿Vivirás conmigo?

—Steph, te he dicho que te quiero, ¿de verdad tienes que preguntarme eso?

—Aly —levanto su barbilla y deposito un beso suave y lento en sus labios—, yo también te quiero.

Oh, sí, he sido capaz de decirlo sin tartamudear. *Ya estás atrapado, chaval.*

—¿De verdad?

—Te quiero, Alyssa. Te quiero. —Sujeto sus mejillas para que me mire con atención—. Quería ir despacio contigo porque la única experiencia que he tenido en el amor, fue un completo desastre y me dejó hecho mierda durante mucho tiempo. Pero contigo todo es diferente. Lo que siento, lo que veo en ti, lo que provocas en mí... todo.

Sus labios dibujan la primera sonrisa verdadera en toda la noche. Los acerca a los míos, uniéndolos y pasando la lengua por ellos, antes de introducirla en mi boca. Acaricio su cabeza con una mano mientras nos besamos con tranquilidad, con calma. Saboreando cada segundo y disfrutando de cada uno de ellos.

—Si voy a conseguir esa sonrisa y estos besos cada vez que te diga que te quiero, esas serán las únicas dos palabras que diré a partir de ahora.

CAPITULO 12

ALYSSA

Me despierto temprano debido al ruido de los truenos en el exterior. La lluvia golpea con fuerza en las ventanas y hace un frío que pela, pero bajo el edredón estoy a gusto, con sus brazos rodeándome y apretándome contra él.

—Steph —susurro mirándole—. Stephen.

—Mmm. —Se revuelve y me acerca más a él—. ¿Qué hora es?

—Las siete y media —digo mirando la hora de su reloj de mesa—.

Tengo que ir a clase.

—No vayas —murmura.

—Vale.

—Anda que me ha costado mucho convencerte. —Esa risa ronca de por la mañana... y la de por la noche... y todas—. Vamos, anda.

—Jo. —Me destapo y camino arrastrando los pies hacia el baño.

Me siento para hacer pis mientras miro distraída los azulejos del suelo. Cuando termino, lavo mi cara con agua fría para despejarme y regreso al dormitorio. Él sigue en la cama, así que sonrío con malicia antes de tirarme sobre él de un salto.

—¡Nena! —Se queja levantándose en el aire.

—Si yo me levanto, tú también. —Sonrío con suficiencia sacándole la lengua.

Me empuja sobre su cuerpo y une sus labios a los míos, dándome el mejor beso de buenos días de la historia.

Cuando vamos a desayunar, me pide que apunte “pan de molde” en la lista de la compra que hay pegada en la nevera. Cojo el primer bolígrafo que veo y me acerco para escribir.

—Papel de baño, esponja de microfibras —río al ver cómo Stephen pone los ojos en blanco por lo que su hermana ha apuntado—, tomates, limones, atún, tampones —vuelvo a leerlo en mi mente, “tampones”...

—Se te va a enfriar, Aly. Y vamos a llegar tarde —dice antes de darle otro sorbo a su café.

—¿Qué día es hoy?

—Mmm —mira su teléfono—, veinticinco de noviembre. ¿Por qué?

—¿Veinticinco?

—Sí, ¿qué pasa? Te has puesto pálida, nena. —Deja la taza sobre la mesa y se acerca hasta mí.

—Veinticinco —repito pensativa.

—¿Qué coño pasa hoy? —pregunta nervioso.

—Me tenía que haber bajado la regla hace cuatro días.

—Bueno, tendrás un retraso por el estrés y los nervios —dice convencido.

—Stephen, yo nunca me retraso. Nunca. Ni cuando Mike me pegaba, ni cuando tuve que mudarme, ni nunca.

—No empieces a agobiarte que nos conocemos, tranquila. —Llena un vaso con agua y me lo pasa—. Bebe y siéntate que todavía te caes.

—Tú no lo entiendes, no es un retraso. —Llevo las manos a mi barriga, ignorando el vaso, y él me mira arqueando una ceja.

—Nena, basta, te lo pido por favor.

STEPHEN

—Tengo que hacerme una prueba.

—Alyssa, me están empezando a agobiar. Solo son cuatro días, joder.

Se levanta y va al salón, y yo detrás de ella. La veo que sigue caminando hasta la habitación así que la sigo.

—¿Qué haces? No has desayunado. —Se quita mi camiseta de dormir y empieza a vestirse.

—Voy a la farmacia.

—Oye, Aly, espérate. Eh —la sujeto por las manos para que me mire y se esté quieta—. No estás embarazada.

—Cuando un médico me lo diga, lo creeré. —Me mira con seriedad.

—Me cago en la puta. —Suelto un bufido y asiento—. Vale, vamos ahora mismo al maldito médico.

Aparco donde encuentro el primer sitio libre. Los dos nos bajamos del coche y ella me espera para que coja su mano. Rezo para que aquí no haya

fotógrafos, porque lo que nos faltaba ya. Para algo pago una fortuna por el médico privado.

—Hola, Stephen. ¿Tenías cita? —La secretaria mira su agenda con confusión.

—No, vengo por ella —señalo a mi chica—. ¿Crees que podría atendernos un ginecólogo?

—Comprendo. —La mira a ella y después a mí, y sonrío—. Seguro que sí, veré lo que puedo hacer, dame unos minutos.

—Tranquila. —Le sonrío y tiro de Alyssa hacia la sala de espera—. Nena, necesito que te relajes, me estás poniendo nervioso —digo en voz baja para no molestar a las otras dos personas que esperan.

—Stephen, estoy embarazada, lo sé. —Clava los ojos en mí con tal convicción que debo admitir que por un momento es cómo si ya nos lo hubieran confirmado.

Suspiro y la abrazo para que deje de temblar. Sé que dará igual lo que le diga porque no cambiará de idea hasta que el médico se lo diga.

—Podéis pasar, chicos —nos comunica la secretaria poco después.

—Gracias.

Entramos en la consulta y la ginecóloga nos recibe con una sonrisa. Nos pide que nos sentemos y le contemos lo que ha pasado y a lo que venimos. Muy amablemente, explica que va a sacarle sangre y a hacerle un test de embarazo con el que en seguida sabremos la respuesta.

Juro que son los minutos más largos de mi puta vida. No puedo soltar su mano porque está temblando tanto que el anillo de su dedo choca contra el borde de la mesa, poniéndome aún más nervioso.

—Ya está. —La ginecóloga entra por la puerta y se sienta en su silla frente a nosotros. Nos mira y coloca el predictor, así lo ha llamado, en la mesa.

—¿Eso es que sí o que no? —La miro a ella y después escucho el llanto de Alyssa. Es que sí. Está embarazada—. ¿Es... es seguro? —pregunto a la médica.

—Sí, pero si queréis podemos realizar otro, si así os quedáis más tranquilos. De todas formas, en un par de días tendremos los resultados del análisis de sangre.

—¿Está embarazada? —vuelvo a preguntar aún sin creérmelo.

—Sí, Stephen. —La ginecóloga asiente con una sonrisa, la cual seguro que es de lástima.

Alyssa no ha parado de llorar en todo el viaje. No he podido convencerla para que vaya a clase, aunque tampoco he insistido mucho. Está embarazada. Voy a ser padre. *¿Pero es que vais a tenerlo!?* Joder.

—Ey. —Kelly se levanta de prisa del sofá cuando entramos en casa y la ve llorando—. *¿Qué pasa?* —Ella solo la abraza y aumenta su llanto.

Mi hermana me pregunta moviendo los labios, sin voz, pero yo solo suspiro y me siento en una silla.

—Está embarazada. —Kelly me mira y abre mucho los ojos, pero no dice nada.

Me levanto y camino hasta ellas, indicando a mi hermana que se levante y nos deje a solas. He tratado de que habláramos durante el viaje de vuelta a casa, pero no ha querido escucharme, solo lloraba y miraba por la ventana.

—Nena, por favor, no me rechaces, mírame —le digo cuando intento abrazarla y no me deja.

—*¿Qué voy a hacer ahora?* —Más lágrimas resbalan por su rostro.

—*¿Cómo que qué vas a hacer? ¿Por qué lo dices como si esto fuera solo cosa tuya?*

—Porque lo es. Estoy segura de que ahora te inventarás alguna excusa para dejarme y no volver a verme. Le dirás a todos que yo te acosaba y que solo estabas conmigo por lástima. Que era todo una mentira.

La miro perplejo y me levanto del sofá. Doy un par de vueltas y vuelvo a girarme hacia ella. Abro la boca para decir algo, pero las palabras no salen. Ahora mismo me siento enfadado, furioso. Decepcionado.

—*¿De verdad piensas eso de mí?* —Mi voz suena más débil de lo que quiero, así que toso un par de veces para recomponerme.

—Yo... no... —Eleva la vista y cuando ve la estúpida lágrima que no he podido aguantar, cayendo por mi mejilla, se levanta.

—*¿Nada de lo que he hecho durante los últimos dos meses te sirve?*

—Stephen, yo no quería...

—Si de verdad piensas que he dejado que me despidan, te he presentado a todo el equipo, te he besado delante de las cámaras, te he pedido que vengas a vivir conmigo y te he dicho que te quiero, por lástima... —Niego con la cabeza y rasco mi nuca con confusión—. Entonces tienes razón. Todo ha sido una mentira.

La miro un segundo más y me doy la vuelta para salir del salón, pero entonces la escucho y soy incapaz de dar un paso más.

—Lo siento —comienza a llorar de nuevo y se deja caer en la mesita de en medio del salón.

—Maldita sea, Alyssa. —Vuelvo y tiro de su mano para que me abrace —. ¿Qué más tengo que hacer para que creas que te quiero?

La llevo hasta el sofá para que nos tumbemos, nos echo la manta por encima y seco las lágrimas de su cara mientras la miro y ella me mira a mí.

—¿Qué vamos a hacer?

—Eso me gusta más —sonrío y le doy un pequeño beso—. ¿Qué quieres hacer?

—Tengo veinte años. Ni siquiera he terminado la universidad...

—Lo sé.

—Pero te quiero —añade.

—Y yo te quiero a ti.

—¿Tú qué quieres hacer? —me pregunta con miedo. Puedo notarlo en sus ojos, en su voz.

Qué quiero hacer. Tres palabras que forman una pregunta con grandes consecuencias. Lo cierto es que cuando he visto las dos rayitas rosas, algo en mi interior sabía la respuesta, pero hasta que no he escuchado su llanto no lo he confirmado.

Qué quiero hacer. Si escucho a mi cabeza... *O sea, a mí. Sí, a ti... Pues yo te digo que no sean un loco suicida y aceptes tener un hijo con una chica que conoces de hace dos meses.* Pero si escucho a mi corazón... Ese sentimental que no entiende de raciocinio... Mi corazón me dice que Alyssa es mi chica. Me aporta todo lo que siempre he buscado en una mujer. *Es una cría, por el amor de Dios. Va a ser una niña teniendo otra niña. O un niño, a lo mejor me sale un pequeño jugador de baloncesto.*

—¿Por qué sonríes? —pregunta aún esperando mi respuesta.

—Quiero tenerlo.

—¿De verdad? —pregunta sorprendida.

—Sí —sonrío y me acerco para darle un pequeño beso—. Pero no significa que quiera presionarte. Sé que tienes veinte años y sé que llevamos poco tiempo juntos, así que entenderé cualquier decisión que tomes. Pero si me lo preguntas a mí —aparto un mechón de pelo de su rostro—, nada me haría más feliz. Te quiero, nena, y creo que lo tenemos todo para poder ser felices. Para poder tener una familia —continúo, secando las lágrimas solitarias que resbalan por sus mejillas.

—No me lo pones muy fácil —ríe entre sollozos.

—Aly, te hablo en serio —mi voz cambia y su ella deja de reír—. No me creo que vaya a decir esto en voz alta —acaricio su mejilla—, pero... creo que hace tiempo que estoy enamorado de ti. Solo he estado negándomelo a mí mismo.

—Señor Sinclair, ¿acaba de usar la palabra amor en una frase? —pregunta alzando la ceja con una sonrisa.

—Eso parece, Señorita Mills. ¿Qué me dice de usted? —Aprieta los labios y pone una expresión pensativa.

—Veamos... Bueno, creo que me gustas un poco.

—¿Solo un poco? —Comienzo a hacerle cosquillas y ella a reír y estremecerse. Cuando me detengo para que coja aire, me mira y relaja la expresión.

—Estoy completamente enamorada de ti —admite—, pero yo soy consciente desde hace tiempo.

—¿Entonces? —pregunto incorporándome un poco y volviendo a ponerme serio.

—¿Lo tengo que decidir ahora?

—Claro que no.

—Me gustaría contárselo a mi madre. Y a mis amigas.

—Lo entiendo.

La abrazo y nos quedamos en silencio otro rato más. El sonido de la lluvia me relaja muchísimo, tanto que si no fuera porque su teléfono empieza a sonar, me hubiera quedado dormido.

Lo cojo de encima de la mesita y se lo paso.

—¿Diga? ... Hola, mamá... —Me mira y se mueve para sentarse—. Bien... Sí, con él también... Ya lo sé, también vemos la televisión... Si, mamá... Oye, tengo que contarte algo... Tranquila... —Joder, solo nos faltaba que a su madre le de algo—. Sí... Estoy embarazada... Mamá, di algo —me mira con preocupación—... No es una broma... No lo sé... Vale... Te llamaré... Sí... Yo también te quiero.

—¿Y bien? —pregunto con ansiedad cuando cuelga.

—Le he dicho que la llamaré después... Tiene que asimilarlo, no se lo cree. —La abrazo porque puedo ver cómo aún tiembla ligeramente.

ALYSSA

Aprovecho que Stephen se mete en el baño a darse una ducha para llamar

a mi madre otra vez. Necesito saber lo que piensa, saber cuál es su opinión. Nada me habría gustado más que poder contarle en persona que estoy embarazada.

Tengo claro que la decisión es mía y de Stephen, pero ella no deja de ser mi madre y es lo único que tengo. Tenía, perdón. Lo único que tenía antes de él.

—Mamá —digo cuando me responde al teléfono.

—Hola, cariño. ¿Estás bien?

—Sí. No te preocupes... Oye...

—Ya sé lo que me vas a decir.

—¿Sí?

—Sí. Aly, es tu decisión, creo que eres muy joven y que no estás preparada, pero decidas lo que decidas, estaré siempre contigo.

—Necesitaba escuchar eso.

—Sé lo que vas a hacer incluso antes que tú.

—¿A qué te refieres?

—A que sé que ya has tomado tu decisión.

—¿Y cuál es?

—Pues que me vas a hacer abuela.

Me despierto a las cinco de la mañana por el ruido de los truenos. Stephen duerme plácidamente a mi lado, con su mano descansando sobre mi vientre. La observo y después le miro a él de nuevo, y otra vez mi barriga. Dios, estoy embarazada. ¿Cómo voy a sobrellevar esto? *Lo haréis juntos*. Lo haremos juntos, sí, ¿pero cómo? ¿Quiero ser madre? Lo que tengo claro es que estoy enamorada de Stephen y que no me he sentido nunca con nadie, como me siento con él.

Veamos, ¿cuáles son los pros? Estaré con él, tendremos una familia juntos, seré feliz —se que lo seré— y seré madre joven, algo que siempre he querido. No me gustaría que mi hijo tuviera diez años y yo cincuenta.

¿Contras? Solo tengo veinte años, no he acabado la universidad. Fin. No hay más cosas en contra, creo que ganan los pros...

—Steph... —susurro en su oreja— Cariño, despierta.

—¿Qué pasa, nena? ¿Estás bien? —Bosteza y se apoya en un codo para mirarme. Me distraigo con sus músculos por un momento y él sonrío.

—Quiero que lo tengamos. —Arquea las cejas y dibuja una sonrisa esperanzadora.

—¿Me estás diciendo de verdad que me vas a hacer papá?

—Y yo mamá —digo aun con un poco de temor, el cual disminuye cuando veo su emoción.

—Dios, Aly. —Tira de mi cintura y me coloca sobre su cuerpo, juntando sus labios a los míos y abrazándome después—. Te quiero, ¿lo sabes, verdad?

—Lo sé.

—¿Qué te pasa? —pregunta cuando ve que estoy un poco seria.

—No me dejes, por favor. —Se sienta en la cama con mis piernas rodeando su cuerpo, y enciende la luz de la lamparita.

—Alyssa Mills, te amo y no pienso dejarte jamás. Voy a ser el padre del bebé que estamos esperando y tú serás la mamá más preciosa y buena que exista. Juntos aprenderemos y juntos haremos que sea una persona maravillosa, igual que su madre. Necesito que confíes y que creas en estas palabras.

—Te creo y confío en ti... y también te amo.

—Muy bien. —Sonríe y me da un beso lento, completamente enamorado—. Ahora vamos a dormir y mañana pensaremos en cómo vamos a hacer todo esto. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. —Le doy otro beso y me quito de encima para tumbarme a su lado y que me abrace.

STEPHEN

Hace casi cuatro semanas que el test de embarazo dio positivo. En estos días han pasado muchas cosas, cómo que Alyssa ha dejado la residencia y se ha venido a vivir conmigo. Kelly ha decidido volver a su casa porque ha comenzado una especie de relación seria con Duncan... Ya veremos donde termina eso.

No hemos vuelto a saber nada de Mike, ella me dice que no le ve por la universidad, pero de todas formas todos los días la llevo y la voy a buscar cuando termina las clases.

Por mi parte, hablé con el entrenador y me dijo que quería que viera al médico oficial del equipo para asegurarse de que mi rodilla estaba en perfectas condiciones para jugar. No fue así. Al parecer, no se ha curado por completo y es algo que probablemente nunca suceda, pero me dijo que a pesar de eso, puedo jugar. Está claro que no con el mismo rendimiento que antes, así que el entrenador me ofreció volver al equipo pero no jugar el

partido completo, sino solo la mitad y después ir al banquillo. Lo hablé con mi chica y ambos decidimos que tenía que aceptar. Así que, después de meses sin jugar, esta noche es mi debut de vuelta. Hacía mucho que no estaba tan nervioso.

En cuanto al embarazo, todo parece ir bien. La ginecóloga nos dijo que tendríamos que esperar hasta pasadas once o doce semanas para poder hacer la primera ecografía fiable, ya que si la hacemos antes, puede que no se detecte latido y nos llevemos un buen susto. Nos falta un mes todavía para eso. Aly está bastante preocupada porque pueda haber problemas, yo trato de tranquilizarla diciéndole que el estrés solo le hace mal.

Sus amigas la apoyaron sorprendentemente cuando se lo contó. Digo sorprendentemente porque ella pensaba que Joyce no se lo tomaría tan bien, ya que es la sensata de las tres. Pero le dijo que notaba que estábamos enamorados —nunca pensé que asumiría algo así—, y que nos apoyaba. Y los míos... bueno, Kenny no se lo tomó tan bien como Duncan y los demás. Tuve que aguantar una charla de cincuenta y tres minutos sobre cómo cambiará mi vida cuando el bebé nazca. Al terminar, se dio cuenta de que la sonrisa seguía en mi rostro y entonces lo único que hizo fue suspirar, sonreír y darme la enhorabuena.

—Steph, ¿has visto donde está mi libro de interpretación? —pregunta cuando ya ha terminado de revolver toda la habitación.

—En la cocina —digo dejando de saltar a la cuerda y torciendo la sonrisa cuando observa mi torso descubierto—. Quitá esa mirada si no quieres que te f...

—¡Calla! —Levanta la mano interrumpiéndome— Tengo que irme a clase y si dices esa palabra tendré que perderme las primeras horas.

Sonrío y dejo la cuerda en el suelo para acercarme a ella.

—Estás sudado —dice cuando la pego a mi cuerpo.

—Y te encanta. —Con la voz ronca me acerco a su boca.

—Mmm —asiente juntando sus labios a los míos.

Inmediatamente la levanto para poder besarla en condiciones, la coloco de rodillas sobre la cama y tiro de su camiseta para sacársela por encima de la cabeza.

—Voy a follarte —susurro acercándome a su oreja.

—Joder.

Con una sola palabra, se rinde y se separa de mí para dejarse caer sobre la cama. Ella sola desabrocha sus pantalones y se los baja, junto con el tanga

amarillo que se compró el otro día con Kelly. Me relamo cuando abre las piernas y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Nena, eres demasiado demonio para tanto ángel.

—¿Ángel, tú? —Ambos sonreímos y yo me tumbo entre sus piernas, después de haberme desnudado por completo.

—Me encanta la vena que se te forma aquí cuando estas cachondo. — Pasa la yema de los dedos por la parte baja de mi abdomen, provocando que mi erección alcance su plenitud.

Sin jugar más, acaricio sus muslos despacio, llegando hasta el centro e introduciendo un par de dedos para comprobar lo mojada y preparada que está. Separa los labios dejando escapar un gemido, el cual aprovecho para meterle la lengua y besarla con ferocidad. Mis dedos salen de ella y son sustituidos por mi polla, de la cual se encarga ella misma. Sus caderas se mueven acompasando mis embestidas lentas pero profundas. Así es cómo nos gusta.

—Nena, deja de mover las caderas —le advierto varios minutos después, cuando comienzo a sentir cómo la bomba de placer se acerca.

—Quiero que te corras, Stephen —murmura mirando mis ojos.

—Joder, me excita demasiado cuando dices mi nombre así. —Aprieto la mandíbula y los brazos, flexionándolos cada vez que entro y salgo de ella.

—Stephen —repite.

—Nena —gruño cuando sus músculos internos me abrazan.

—¡Stephen! —Sus gemidos descontrolados me indican que está muy cerca.

—Va a correrse conmigo, señorita Mills. —Clavo mis ojos en los suyos y le doy un beso, lamiendo su labio inferior.

—Cuando usted... ¡Ah! ... Cuando usted diga, señor Sinclair.

Sus dedos se clavan en mis brazos, mordiéndose los labios y aguantándose mientras siento cómo asciende por mi interior. Cómo el orgasmo se precipita sin remedio.

—Vamos, nena. Ahora.

Coloco las rodillas contra el colchón y sujeto uno de sus muslos para acercarla a mí lo máximo posible, moviéndome más rápido que antes y dejándome ir en su interior.

—¡Ah! ¡Jo-der!

Sus gritos inundan la habitación, la casa. Mientras yo inundo su interior, jadeando sin cuidado y besando cada centímetro de su piel que está a mi

alcance. Nunca jamás me cansaré de esto.

Después de dejar a Alyssa en la universidad, voy a casa de mi hermana. Hace varios días que no la veo y necesito hablar con ella.

—¡Steph! —Me saluda con la mano cuando aparco frente a su casa—. ¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir a ver a mi princesa?

—Sí, pero sé que quieres algo. Desembucha, venga —me acusa con el dedo.

—Vamos dentro —río.

Caminamos hasta el salón y me dejo caer sobre el sofá, poniendo los pies sobre la mesita de madera. Ella levanta una ceja para que los baje pero desiste cuando sabe que no voy a hacerlo.

—¿Qué tal con tu novio? —La molesto riendo.

—No es mi novio.

—¿Ah, no? —Duncan aparece de repente.

—Vives aquí, ¿o qué? —pregunto frunciendo el ceño.

—Así que no soy tu novio. —Se cruza de brazos mirándola e ignorándome.

—A ver... Novio, novio... no.

—¿Y qué somos?

—Bueno —quito los pies de la mesa y me inclino hacia delante levantando las manos—, antes de que empecéis a discutir como un matrimonio, Kels necesito que me ayudes con el cuarto del bebé. —Los dos dejan de fulminarse con la mirada para mirarme a mí.

—Steph, todavía queda muchísimo —dice ella.

—Sí, además dijiste que deberíais esperar hasta los tres meses para asegurarnos de que todo va bien... Que no lo pierde y eso... —añade Duncan con delicadeza.

—No lo perderá —espeto levantándome de golpe.

—Claro que no. —Kelly acaricia mi espalda para que me tranquilice—. Pero sigue siendo pronto.

—Se me está pasando el tiempo muy despacio —confieso relajando los hombros.

—Piensa en que esta noche es tu debut, campeón. —Duncan me da un golpe en el hombro con el puño y finge que boxea—. ¿Estás nervioso?

—Mucho.

—No llegues tarde al entrenamiento —me recuerda.

—Que no, hostias. Ya me lo habéis repetido cincuenta veces por el grupo.

—Y aun así llegará tarde —le dice a mi hermana como si yo no estuviera delante.

—Que te jodan. Kelly, ¿me ayudarás o no? —La miro a ella.

—Sí, pero espera al menos a la primera ecografía. —Asiento y voy hacia la puerta.

—Te llamaré. —Le doy un beso en la frente cuando se acerca para despedirme.

—¡No llegues tarde! —escucho al pesado gritar cuando cierro.

ALYSSA

—Debéis sonar natural, cómo si llevarais haciéndolo toda la vida. Recordad que los espectadores no deben darse cuenta de lo nerviosos que estáis, de si os duele una muela o de si necesitáis ir al servicio. Sois actores, chicos. Interpretad.

La profesora sustituta de Stephen habla para la clase con una sonrisa. Lo cierto es que hemos tenido suerte, es bastante agradable y tiene mucha paciencia.

Joyce toma apuntes a mi lado, mientras que Brit coquetea con Jensen mediante miraditas sugerente. Sonrío cuando me doy cuenta y le doy un toque en el brazo para que me mire.

—Te gusta mucho, eh —susurro señalando al chico con la mirada.

—Sí, Liss. —Sonríe con tristeza—. Pero ya sabes cómo es, se enrolla con todas y después no vuelve a llamarlas.

—Bueno, es esa clase de chicos que necesitan encontrar a la correcta para dejar de ser unos capullos.

—Tú ya lo tienes. Eres afortunada.

—Lo sé —asiento sonriendo.

—¡Oh, maldita sea! —Las dos giramos la cara cuando la profesora grita después de un golpe sordo.

Vemos cómo la pizarra se ha soltado de uno de los enganches y ahora mismo está colgando solo del otro, amenazando con caer del todo y hacerse añicos. Es de esas electrónicas por lo que si se cae, costará un dineral

arreglarla.

—Gordon, corre a por alguien de mantenimiento. Que lo arreglen antes de que se suelte del todo —le pide la profesora a un chico de primera fila.

—¿Y tú como lo llevas? —me pregunta Joyce, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

—Bien. —Me encojo de hombros—. Tengo ganas de que pasen ya estas tres semanas para poder hacerme la ecografía.

—Ya verás cómo todo está bien. —Ambas sonrían.

—Eso espero... Estoy nerviosa. Intento que Stephen no lo note, pero en realidad estoy acojonada.

—Es normal. Oye, nosotras queremos ir contigo ese día, eh —dice Britany.

—Sí, aunque tengamos que quedarnos en la sala de espera.

—Vale —ríe justo cuando la puerta de la clase se abre de nuevo.

Gordon entra primero y mi corazón se acelera cuando veo al segundo. Lo primero que hace es alzar la mirada, buscándome. Hasta que me encuentra y sonrío, guiñándome un ojo antes de darse la vuelta hacia la profesora.

—Mierda —escucho decir a Joyce—. ¿No se había largado?

—Cielo, tranquila. —Brit coge mi mano cuando empiezo a temblar.

—No, no, no. No puede ser, se ha debido enterar de que estoy embarazada —incluso mi voz tiembla.

—Por favor, tranquilízate —me pide Joy.

—Aly, ¿estás bien? —Rob se gira en su asiento de la fila de delante y extiende su mano hacia mí, con el rostro preocupado—. Estás blanca.

—Está bien. —Joy habla por mí.

Pero Rob, que nunca se da por vencido, frunce el ceño y se levanta.

—Profesora. —Ella deja de hablar con Mike y le mira—. Mi compañera no se encuentra bien, ¿puedo acompañarla al baño? —pregunta señalándome.

—Por supuesto —Kimberly se acerca a la pequeña cuesta por la que tenemos que bajar y espera a que llegue hasta ella—. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame al médico? —señala mi vientre.

—Estoy bien. —Trato de no mirar a Mike—. Solo me he mareado.

—Si empeora, avísame —le dice la profesora a Rob, a lo que él asiente cogiendo mi mano y saliendo de la clase.

Es bueno tener una profesora como ella. A los pocos días de empezar, me pidió que me quedara después de clase para hablar sobre lo ocurrido con Stephen. Me dijo que no me iba a juzgar y que lo entendía —al parecer es

una amante del amor—. Ella se quedó embarazada con un año menos que yo y se casó a los pocos meses con un chico al que apenas conocía. Todavía siguen juntos veinte años después.

Rob me lleva por los pasillos hasta el baño de chicas, se asegura de que no hay nadie dentro y pasa conmigo.

—Cuéntame qué te pasa —me pide mientras se moja las manos con agua y las pasa con delicadeza por mi rostro. Niego y noto que voy a empezar a llorar, el nudo en la garganta es inminente—. Joder, Liss. Déjame ayudarte, ya sé que le has elegido a él, lo he asumido. Estás embarazada y le quieres, vale. Pero déjame ser tu amigo. —Sujeta mis mejillas para que le mire—. ¿Qué pasa?

—El-el chico de mantenimiento.

—Sí, ¿qué?

—Era mi ex novio. —Las lágrimas ya caen por mi cara—. Me vine aquí, a Charlotte, huyendo de él.

—¿Cómo? —Su rostro se descompone.

—Me pegaba. —Inhala con fuerza por la nariz, apretando los puños y mirando hacia la puerta.

—¿Por qué coño no me lo has dicho antes?

—No es algo de lo que me guste ir hablando por ahí. —Me abraza y deja que lllore un poco más, hasta que me calmo ligeramente.

—Déjame tu teléfono —me pide.

—¿Para qué? —Extiende la mano y yo se lo doy. Busca en la agenda y le da al botón verde—. ¿A quién llamas?

—Soy Rob, su amigo... Está bien, pero su ex novio ha aparecido en clase... Sí... Vale, me quedo con ella. Te la paso.

STEPHEN

—¿Nena?

—Sí. —Está llorando, me cago en su puta madre, lo mataré.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No te preocupes, Rob me ha hecho salir de clase.

—Romeo es un buen amigo, ha ganado puntos conmigo por cuidar de mi niña.

—¿Me sacas de aquí?

—Ahora mismo, estoy saliendo de casa. Quédate con él hasta que te llame otra vez.

—Vale. Te quiero.

—Y yo a ti.

Subo al Audi y arranco deprisa. Había pensado en pasarme por casa de Kenny para relajarme un rato antes del partido de esta noche, pero mis planes acaban de cambiar. ¿Cómo cojones ha vuelto ese cabrón a trabajar en la universidad? Al no verle durante tanto tiempo, pensamos que le habrían echado, joder. No puedo permitir que Alyssa corra peligro. Ni ella ni mi hijo. *O hija.*

CAPÍTULO 13

STEPHEN

Dejo el coche aparcado de cualquier manera y corro, esquivando a la gente que camina por el campus y me mira, hasta llegar al edificio de Interpretación. Saco el teléfono para llamarla, pero entonces la veo sentada en un muro con la cabeza apoyada en el hombro de Romeo.

—Stephen. —Sonríe aliviada con los ojos enrojecidos de llorar y se levanta para abrazarme.

—Nena, ¿estás bien?

—No. —Vuelve a llorar así que la abrazo más fuerte y miro a su amigo—. Gracias por ayudarla.

—No tienes que darlas, es mi amiga.

—¿Qué ha pasado?

—Su ex novio, ha aparecido en clase como el chico de mantenimiento. —Veo cómo aprieta los puños y contiene la rabia.

—Quédate con ella. —Separo a Alyssa de mí y ella me mira confundida—. Voy a terminar con esto.

—No —suplica sujetando mi mano para que no me aleje—. Solo empeorarás las cosas.

—Aly, mi amor —sujeto sus mejillas empapadas para que me preste atención—, eres mi novia, la madre de mi futuro hijo. No voy a permitir que vuelvas a pasar por esto.

—Déjale. —Romeo sujeta su mano y tira de ella para que me suelte—. Si no lo hace él, lo haré yo.

Le miro un segundo y asiento, dándole a entender que acepto el hecho de que Alyssa le importa tanto como a mí. Bueno no, eso es imposible. Pero sé que siente, o ha sentido por ella, algo más que amistad.

Me giro y entro en el edificio, me dirijo hacia secretaría pero no hay nadie, así que voy directamente a la garita del bedel. Toco en la madera con los nudillos, para que el hombre que ahora está agachado y enseñándome parte de su peludo trasero, se dé la vuelta y me atienda.

—Oh, perdone. ¿Puedo ayudarle en algo, caballero?

—Sí, necesito encontrar al chico de mantenimiento.

—Mmm. —Se rasca la barbilla, pensativo—. ¿Mike?

—Sí. —Aprieto los dientes sin remedio—. Ese.

—Creo que está arreglando una tubería en el baño de profesores de la segunda planta.

—Muchas gracias —digo mientras me dirijo hacia allí, en busca de ese maldito cabrón.

Cuando llego a la segunda planta, sin alcanzar el baño donde supuestamente se encuentra, me lo cruzo por el pasillo. Recuerdo su cara perfectamente y justo en el momento que cruzamos las miradas, sin pensarlo, estallo mi puño en su cara. Sin dejar que caiga al suelo, vuelvo a golpearle, esta vez en la boca del estómago, para dejarlo sin respiración. A continuación, doy un golpe seco en su nuca para dejarlo completamente inmóvil en el suelo. No puede moverse pero sé que me oye.

—Vamos a ver si te queda claro de una vez, porque has conseguido agotar mi paciencia y te advierto que esta será la última vez que yo tenga algo de piedad contigo, así que préstame atención. Que sea la última vez que te veo, no solo aquí, sino en esta ciudad. Si en dos días no te has largado y dejas en paz a Alyssa para siempre, te aseguro que no verás otro amanecer. No seré yo quien te mate, pero te aseguro que rogaras que lo sea. No voy a tener más paciencia contigo. —Trato de hacer poco ruido ya que estamos en medio del pasillo y podría vernos u oírnos cualquier persona.

Debo mantener la calma y no perder más los papeles, podrían estar haciendo fotos o videos, quién sabe. De repente oigo algo, intenta hablar pero no se lo permito, no quiero ni oírle. Le agarro del cuello para evitar que hable o grite, y me aseguro de que me ha entendido.

—No te he preguntado nada como para que tengas que responder, asique

no quiero oír una sola palabra de tu puta boca. Sé que has entendido todo a la perfección porque no estas sordo. Dos días, cabrón, ni uno más.

ALYSSA

Ya ha pasado mucho rato desde que Stephen se ha ido, y la verdad no me huele nada bien, tendría que haber vuelto ya.

—Voy a ir a buscarle —le digo con decisión a Rob, pero me detiene.

—No, espera, y si no vuelve, yo voy a por él. —Parece muy convencido, pero yo sigo con esa sensación de que algo no va bien.

—Que no, voy ya. ¿Vienes o te quedas? —Frunce el ceño mostrándome su desacuerdo, pero le miro sin cambiar de expresión.

—Eres muy testaruda, Liss —suspira—. Pero no pienso dejarte ir sola, vamos.

Me dirijo a toda prisa, no sé muy bien hacia donde, es mi instinto el que me guía. Nada más atravesar la puerta principal, veo cómo se aproxima deprisa.

—¿Dónde ibas?

—A buscarte. ¿Qué ha pasado? ¿Qué...? —Miro sus nudillos y los levanto con mis manos—. ¡Stephen! ¿¡Qué has hecho!?

—Shh, vámonos —murmura pasando un brazo por mi espalda y obligándome a caminar—. Romeo —mira a Rob, el cual ya se ha acostumbrado a que le llame así—, después te escribiré desde su teléfono, si te enteras de algo me lo dices.

—De acuerdo. —Asiente y se despide de mí con un abrazo antes de que Stephen me haga entrar en el coche.

Conduce sin mirarme, concentrado en la carretera y pensativo. Quiero preguntarle qué ha hecho, pero deduzco la respuesta así que prefiero no hacerlo ahora porque vamos a terminar discutiendo y mejor hacerlo en casa.

STEPHEN

Alyssa me mira de reojo durante todo el viaje hasta casa. Sé que quiere preguntarme de nuevo lo que le he hecho a ese cabrón, pero no lo hace porque supongo que se lo imagina.

En cuanto la barrera exterior se abre, aparco junto al Audi y me bajo para rodear el coche y abrirle la puerta. Entonces me percató de que ella no se ha

movido de su asiento.

—Vamos, ¿a qué esperas? —pregunto agachándome un poco.

—No pienso moverme de aquí hasta que me digas lo que ha pasado.

—Vamos, Aly. Hace frío y va a empezar a nevar enseguida. —Agarro su mano y sale a regañadientes. Me fulmina con la mirada un segundo y entra en casa.

Nos quitamos los abrigos y los metemos en el armario de la entrada, veo cómo se marcha directamente a la habitación, imagino que a ponerse algo más cómodo. Yo me dejo caer en el sofá y apoyo la cabeza en el respaldo. Joder, se me ha ido de las manos, me cago en la puta. Cómo me denuncie, estoy jodido.

Mi móvil comienza a vibrar en el interior del bolsillo.

1.35pm Duncan

¡Stephen! ¿¡Estás nervioso, mariquita!?

1.36pm Terrance

Seguro que sí, jajaja.

1.36pm Ken

¿Qué tal Aly? Va a venir, ¿no?

1.37pm Byron

Voy a echarme un rato antes del entrenamiento.

1.36pm Yo

Cabrones, callad la boca.

1.36pm Yo

Sí.

1.37pm Yo

Luego nos vemos.

Me giro y veo a Alyssa mirándome desde la entrada al salón, con los brazos cruzados y una expresión de cabreo más grande de lo que nos conviene.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —Me levanto y voy hacia ella.

—¿No piensas contarme lo que has hecho?

—Lo que tenía que hacer. —Intento rodear su cintura para acercarla a mí y darle un beso, pero me obliga a retroceder, apoyando una mano en mi pecho.

—Stephen —dice con esa voz que utiliza cuando está furiosa.

—Alyssa, ¿qué te parece a ti que he hecho? —Le muestro los nudillos.

—Le has pegado.

—Eres rápida. —Le guiño un ojo sonriendo, tratando de quitarle importancia, pero ella no ríe—. Alyssa, te he dicho que eres mi chica y no voy a dejar que nadie os haga daño.

—¿¡No te das cuenta de lo que pasará si alguien te ha grabado!?! — Retrocede de nuevo, levantando los brazos.

—Nadie lo ha hecho.

—¡Si te detienen, me quedo sola y embarazada! —continúa gritando.

—Nena —doy un paso hacia ella—, cálmate, por favor.

—¡No me digas que me calme! ¡Dices que quieres protegerme y ayudarme y solo se te ocurre darle una paliza a mi ex novio!

—Alyssa, tranquilízate, sabes que no es bueno para el bebé. —Sujeto su mano, pero me da un empujón.

—¡Déjame en paz!

Gira sobre sí misma y se marcha por el pasillo, no sin antes dedicarme una clara de mirada para que no se me ocurra seguirla.

ALYSSA

Los meses después de la discusión transcurren deprisa. Mike no vuelve a dar señales de vida, parece que se le haya tragado la tierra, aunque no seré yo quien se queje. Por otro lado, es algo que en ocasiones me inquieta. Cuando observo a Stephen dormir a mi lado, con la mano apoyada sobre mi barriga, pienso en qué habría pasado si hubiese decidido denunciarle, y si esta tregua tan solo es algo pasajero para hacernos creer que ha desaparecido.

Acerco el trasero al borde del sofá para coger impulso y levantarme. Dios, estos dos cada día pesan más, o salen ya o me pegaré un tiro. Por desgracia todavía estamos en junio y me falta un mes, aunque estoy segura de que se adelantaran.

—Nena, ven a darte un baño, el agua está buenísima. —Stephen aparece por el salón goteando todo el suelo con el agua de su pelo mientras lo revuelve.

—Mira como lo estás poniendo todo. —Sonrío y me acerco para darle un beso.

Me pongo de puntillas y él agacha la cabeza para unir nuestros labios. Sonríe sobre ellos y luego me da otro pequeño en la punta de la nariz antes de agacharse frente a mí.

—Decidle a vuestra madre que queréis daros un bañito con papá —habla a mi barriga.

—Estoy agotada —suspiro—, y me duele un montón la espalda.

—Ya queda poco, cariño.

—Eso espero. ¿Y qué coño pasa con la segunda cuna? ¿Cuándo llega?

—Pues no llega —tira de mi mano para ir hacia la habitación de los bebés—, así que esta tarde voy a ir con Ken y Duncan a buscarla. No podemos esperar más, cualquier día... —Me mira y ríe haciendo un gesto con la mano.

—Tengo el presentimiento de que se van a adelantar. ¿Has hablado con el entrenador?

—Sí, no te preocupes por eso. Tenemos el partido contra los Bulls en cinco días y después será todo para ti. Para vosotros.

—Vale. —Asiento y me apoyo en la encimera donde hemos guardado los pañales, toallas y ropa de cuna.

—Eres preciosa —dice de imprevisto.

—Calla, bobo. Estoy gorda y me siento hinchada.

—Estás embarazada y preciosa —repite acercándose con una sonrisa.

Me besa y después rodea mi cuerpo para abrazarme. Aspiro su olor y recuerdo el día en el que nos enteramos de que no seríamos tres en la familia, sino cuatro.

—Bueno, ¿estáis preparados? —preguntó la ginecóloga antes de colocar la maquinita sobre mi barriga.

Los dos asentimos y Stephen sujetó mi mano entre las suyas, mientras los tres miramos a la pantalla.

—Bien, ¿oís eso? —Un latido se escuchó de repente. Llevé la mano libre a mi boca y retuve las lágrimas que se formaron sin previo aviso.

—Dios, ¿ese es mi hijo? —Stephen se inclinó un poco sobre mí para acercar más la cabeza al monitor.

—Sí. Un momento. —La doctora frunció el ceño y mi corazón se aceleró por pensar que algo malo pudiera suceder—. Hay dos latidos.

—El mío y...

—No —me interrumpió—. Contando el tuyo serían tres.

Movió la maquina sobre mi barriga, despacio y concentrada. Nosotros nos miramos pero no dijimos nada. Era imposible.

—Chicos. —Amy, la ginecóloga, se giró por completo y nos miró con una sonrisa—. Vais a tener mellizos.

—¿Está de coña? —En ese momento fue Stephen el que se llevó la mano a la boca.

—No, hablo muy en serio, mirad. —Señaló con su dedo la pantalla—. Aquí tenéis uno. —Movió el aparato hacia un lado de mi tripa—. Y aquí escondido está el segundo.

Ya no pude controlar más las lágrimas así que dejé que cayeran mientras Stephen me miraba sonriente. Se acercó para besarme y después pasó los dedos por mis mejillas para secarlas.

—¿Queréis saber el sexo? Uno de ellos lo veo claramente, el otro no lo puedo confirmar todavía.

Los dos negamos con seguridad, es algo de lo que ya habíamos hablado y ambos estábamos de acuerdo en esperar y que fuera una sorpresa.

—De acuerdo. —Amy sonrió y apretó un botón un par de veces, antes de separar el mando mágico de mi barriga.

Aún me parece increíble que vaya a tener dos bebés. Que la vida de dos seres humanos se esté gestando en mi interior. A pesar de la edad, de lo precipitado que parecía todo hace unos meses, lo cierto es que ahora todo es perfecto. No puedo esperar a tenerlos entre mis brazos.

STEPHEN

Después de dejar a Alyssa acostada y dormida, salgo de casa para coger el Audi e ir al centro comercial a por la bendita cuna que lleva un puto mes haciéndose de rogar. Aparco junto a una furgoneta de aspecto sospechoso y la cual espero que no me raye el coche al salir.

—¡Stephen! —Me giro al escuchar a Ken llamándome desde la puerta.

—Hola. —Choco su mano y la de Duncan y le doy un beso a mi hermana.

—¿Qué tal está Aly?

—Agotada —respondo mientras entramos—. Le duele mucho la espalda y no duerme bien porque los pequeños no paran de moverse. —Sonrío y ellos también.

—¿Seguís sin querer saber el sexo? —pregunta Dun.

—Sí, será una sorpresa.

—Igual se adelantan —comenta Kenny mientras entramos en la tienda de bebés.

—Seguramente, después del partido me tomaré un descanso para estar con ella.

—Sí, ya nos lo ha dicho el entrenador.

—Buenos días —saludo cuando llegamos hasta el mostrador—. Vengo a recoger una cuna que llevo un mes esperando y no terminan de enviármela.

—Un momento, por favor. —La chica nos mira a los tres y comienza a toquetear teclas con nerviosismo. Supongo que no es muy habitual ver a tres jugadores de la NBA comprando cunas.

—¿Necesita mi nombre o algo? —le pregunto con una sonrisa para agitarla más todavía.

—N- no. No, ya te conozco.

—Oh, ya veo. —Mi hermana me da un codazo para que corte el rollo y

me mira con el ceño fruncido.

—Aquí está —indica al fin volviendo a mirarme—. Pone que te la van a llevar esta semana, pero si quieres llevártela ahora...

—Sí, para eso hemos venido. —Asiente y levanta el teléfono.

—Necesito que embaléis y preparéis el pedido 54567. El cliente está aquí y se lo va a llevar... De acuerdo. —Cuelga y me sonrío—. Enseguida lo traen.

—Muchas gracias.

—Gracias, preciosa. —Ken le guiña un ojo y los cuatro nos apartamos a un lado riendo, para que la chica atienda a los próximos clientes. Si es que no le fallan las piernas y cae al suelo.

ALYSSA

—Oye, ya está bien, ¿no? —Me coloco boca arriba y suspiro, acariciando mi barriga—. A ver que os parece cuando estéis en la cuna y yo vaya a molestaros para no dejaros dormir.

Me responden con un par de pataditas que dibujan una sonrisa bobalicona en mi rostro. El timbre suena en ese momento, así que me levanto como bien puedo para caminar hasta la puerta.

—¡Voy! —grito cuando suena de nuevo. Abro tranquilamente, pensando que serán Brit y Joyce.

—Cuánto tiempo. —Mike avanza con lentitud y con una sonrisa perversa, mientras yo retrocedo con las manos en mi barriga.

—¿Qué haces aquí? —Me armo de valor deteniéndome antes de que entre más en la casa.

—Ese bebé debería ser mío —gruñe acercando su mano, pero se la sujeto para que no me toque.

—Mike, tienes que irte. —Intento no asustarme porque entonces él se enfadará y todo se descontrolará.

—No, Lissy, lo que voy a hacer es sentarme en ese sofá, —lo señala con el dedo sin dejar de mirarme a mí—, y tú me vas a traer una copa de whiskey. Después te sentarás a mi lado y tendremos una conversación.

Le observo unos segundos, él me observa a mí. Es un momento decisivo en el que dependiendo de mi respuesta, se desencadenaran unos hechos u otros. Finalmente asiento sin decir nada y me hago a un lado para que pase.

—Bueno —suspiro y cierro los ojos un segundo para coger fuerzas antes

de darme la vuelta—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —Se sienta y coloca los pies encima de la mesita, y yo paso por delante hacia el rincón donde está el mini bar para servirle la copa.

—De aquí para allá. Vigilando y esperando a que llegara el momento oportuno para venir a verte, cuando ese novio tuyo te dejara un rato sola y el vigilante de fuera se distrajera para matarle.

—¿Has... matado a Jeff?

—No, solo está inconsciente —dice mirándome para ver mi reacción, por lo que tan solo asiento y le ofrezco el vaso.

—Siéntate conmigo, vamos —me pide dando palmaditas al sofá.

—Necesito ir al baño. —Sonríe y niega con la cabeza.

—¿Crees que soy gilipollas? Tú no te mueves de aquí.

—Pues entonces me haré pis encima, Mike. —Aprieta la mandíbula y cierra los ojos, cogiendo aire despacio.

—Bien, vamos.

—No pienso hacerlo delante de ti.

—Entonces te lo harás encima. —Me desafía con la mirada.

Vale, Alyssa, cálmate. No le lledes la contraría o las dos sabemos lo que pasará. Necesito pensar en algo, entretenerle y hacerle pensar que me alegro de verle. Que baje las defensas.

STEPHEN

Después de comprar la cuna y de comernos un helado en uno de los puestos que hay junto al aparcamiento, la metemos en el 4x4 de Kenny y nos ponemos en marcha.

—Oye, ¿y si me paso a comprar algo de carne y eso para que hagamos una barbacoa en mi casa? —Les pregunto cuándo vamos a separarnos para entrar en los coches.

—¡Oh, sí! —exclama Duncan.

—Voy contigo, así compro para casa que también necesitamos. —Mi hermana se acerca a su novio y le da un beso antes de meterse en mi Audi—. Id yendo vosotros y preparando las brasas.

—Venga. —Nos despedimos y yo acelero en dirección a la carnicería.

—¿Qué tal os va a Dun y a ti? —le pregunto a Kelly mientras conduzco.

—Bien —sonríe con sinceridad—. Ya sabes que me cuida.

—Y te quiere. —La miro un segundo antes de volver a la carretera.

—Y yo a él.

—¿Ya se lo has dicho?

—Sí.

—¿En serio? —Finjo disgusto—. ¿Y no me lo has contado!?

—Ay, perdona —se queja—. No sabía que fuera tan importante para ti.

—Es coña —confieso dándole un pequeño empujón en el hombro.

Cómo han cambiado las cosas en un año, madre mía. He pasado de ser jugador de la NBA, a profesor; de ahí a enamorarme de una alumna, a convertirme en papá y de nuevo a ser jugador de baloncesto. Si me preguntasen ahora mismo qué es la perfección, tan solo necesitaría dos palabras: Alyssa Mills.

ALYSSA

Me levanto para ir al baño y él me sigue. Camino despacio, mirando hacia todos lados e intentando averiguar cómo deshacerme de él. Entonces el ruido de un coche llega a mis oídos. Me giro en medio del pasillo y miro hacia la puerta, Mike también lo hace, nervioso.

—¿Quién coño es? —Me sujeta con fuerza del brazo.

—No-no lo sé —balbuceo.

La puerta principal se abre despacio mientras él me aprieta contra su cuerpo, rodeando mi cuello con uno de sus brazos. Duncan y Kenny entran, cautelosos, y entonces nos ven en medio del pasillo. El rostro de ambos cambia por completo, pasando de la preocupación a la furia.

—Aly, ¿estás bien? —Kenny levanta las manos para que Mike no se altere.

—Sí, Ken, tranquilo.

Duncan no habla, solo aprieta los puños y las mandíbula, mientras expulsa el aire por la nariz con fuerza.

—Suéltala, cabrón —dice dando un paso.

—No te acerques si no quieres que le haga daño. —Mike tira de mi pelo y yo grito.

—Vale, vale. —Kenny sujeta el brazo de Duncan para que retroceda.

—Entrad en el salón. —Los dos obedecen caminando marcha atrás.

—¿Qué piensas hacer, Mike? Por favor, ya basta —suplico comenzando a llorar.

—Vas a venirte conmigo, cielo —susurra en mi oído.

—¿Qué? —Giro la cabeza para mirarle, asustada por su convicción.

—Vamos.

Me empuja hacia la puerta y los chicos tratan de acercarse, pero entonces Mike saca una navaja y la coloca en mi cuello, justo donde estaba su brazo.

—Si veo un coche siguiéndonos, no dudaré en matarla. Y si no me creéis decidle que os enseñe la cicatriz que tiene. —Sonríe con superioridad.

—Ni se te ocurra, joder. —Duncan da otro paso y siento cómo la hoja desgarrar la piel de mi cuello—. ¡Vale! —Se detiene y Mike también.

—No estoy de coña, chaval —le advierte caminando marcha atrás conmigo.

Ambos me miran con desesperación e impotencia cuando me mete en su coche y después se mete él. Arranca el motor y pisa a fondo, sin preocuparse por esquivar el coche de Duncan. Me llevo las manos a la barriga cuando el parachoques hace que todo el vehículo se mueva con violencia. Ahogo un grito y cierro los ojos con fuerza.

—Cariño, ¿estás cómoda? —me pregunta cuando entramos en la autopista.

—No, Mike —le miro con furia—, no estoy cómoda, ¿es que estás loco?

—Siento que haya tenido que ser así, ¿vale? Pero no había otra forma de tenerte conmigo. Y sabes que si no eres mía —acelera un poco más y gira la cabeza hacia mí—, no serás de nadie.

—Oye, estoy embarazada.

—Soy consciente, cielo. Pero no me importa, los querré como si fueran míos.

—¿Cómo sabes que espero mellizos?

—Llevo meses observándote. —Abre la guantera sin apartar la vista del frente y deja sobre mi regazo un sobre.

Lo abro sin comprender de qué habla, saco lo que hay dentro y le doy la vuelta. La foto de la segunda ecografía que desapareció de nuestra nevera, está entre mis manos. Dios, está peor de lo que pensaba. Me aterra saber que durante todo este tiempo que le creíamos desaparecido, en realidad estaba a nuestro alrededor. Aunque en el fondo lo sabía, joder, ¿por qué no hice caso a mi instinto?

Le miro fijamente y vuelvo a observar la foto. Bien, analicemos la situación... Solo tengo una opción: fingir. Conozco muy bien a Mike y sé

que si le sigo el rollo y no le tengo miedo, no me hará daño.

—¿Dónde vamos?

—¿Cómo se van a llamar? —pregunta ignorándome.

—No lo sé, no sabemos el sexo. Queremos que sea una sorpresa. —

Reprimo las lágrimas al pensar en Stephen, en lo que sentirá cuando llegue a casa y se entere de todo.

—No pasa nada, no estoy enfadado, cariño. Cuando nazcan les pondremos el nombre juntos. ¿Te parece bien? —Me mira con una sonrisa y coge mi mano.

—Claro... cariño. —Le sonrió de vuelta y me obligo a mi misma a levantar su mano y darle un pequeño beso en ella—. Bueno, ¿vas a decirme dónde vamos?

—Al Lago Wylie.

—Qué bien. —Trato de parecer contenta—. ¿Tienes una casa allí?

—Sí, justo en el centro.

Hacemos el resto del viaje en silencio, escuchando la música del CD que lleva en el coche, el mismo que yo le grabé cuando estábamos juntos. Cielos, ¿cómo es posible que alguien quede atrapado en el pasado de tal forma? Quiero decir que, joder, han pasado muchísimas cosas desde que me alejé de mi casa, de él. Comprendo que cuando estábamos juntos sintiera esa necesidad de poseerme o de lo que fuera, puesto que está completamente loco, ¿pero ahora? ¿Por qué está haciendo todo esto ahora?

Unos veinticinco o treinta minutos después, la carretera se acaba. Avanza por un camino de tierra lleno de baches, rodeado de árboles y muy estrecho.

—¿Estás bien? —me pregunta con preocupación cuando me sujeto la barriga después de que el coche de un gran bote.

—Sí. ¿Falta mucho para llegar?

—No, es ahí delante.

Conduce un par de minutos más y se detiene junto a la orilla del lago. Abro mucho los ojos al ver lo que hay justo en frente del coche.

—¿No pretenderás que me suba ahí? —señalo la barca y me sujeto la barriga de nuevo.

—Tienes que hacerlo, la casa está en el medio, ya te lo he dicho. — Coloco una mano en mi frente para poder tapar el sol y ver la cabaña que hay a unos cuantos metros.

Estoy acabada. Por mucho que consiga deshacerme de él, jamás podré

cruzar el agua sin su ayuda, no con esta barriga y en este estado. No quiero ni pensar en la posibilidad de que los bebés nazcan aquí.

—Mike, no puedo. —Niego con la cabeza y veo cómo tensa los músculos y aprieta los puños—. Pero lo intentaré —me apresuro a decir.

—Claro, cariño. —Sonríe—. Venga, yo te ayudaré, no pasará nada.

Abre el maletero para sacar una manta, y la coloca sobre el húmedo asiento del pequeño bote antes de girarse hacia mí y ofrecermela su mano. La acepto completamente aterrada y me sujeto la barriga instintivamente mientras pongo un pie dentro y me apoyo en su cuerpo para poder poner el otro. No suelta mi mano hasta que estoy sentada. Entonces camina hasta el extremo que está sobre las piedras y el césped de la orilla, y empuja la barca hasta ponerla totalmente en el agua. Da un salto rápido para subirse, y yo ahogo un grito cuando se balancea y por un momento parece que los dos caeremos al lago.

—¿Ves como no era para tanto? —dice cuando comienza a remar.

—Sí, lo siento. —Sonrío y él me devuelve la sonrisa.

En pocos minutos alcanzamos la otra orilla sin inconvenientes. Cuando la punta de la barca toca tierra, Mike se baja y tira de ella con fuerza para que yo pueda salir sin mojarme. Me ofrece una mano, una vez más, y yo dejo que me ayude a bajar con cuidado. En lugar de soltarme, tira de mí hasta el interior de la cabaña sin dejar de sonreír. Lo primero que veo es un pequeño salón, con la televisión y un sofá muy antiguo.

—Vamos, esa es nuestra habitación —dice señalando una puerta.

Sonrío y avanzo hasta allí, quedándome completamente alucinada al ver el interior... Ha decorado todo como a mí me gusta, ha llenado los armarios con ropa y puesto fotos nuestras por todas partes.

Camino hasta una de ellas, en la que estamos en una de las fiestas de Navidad del instituto. Me veo en esa imagen, pero no soy yo realmente. Mis ojos están vacíos y mi sonrisa no llega hasta ellos. En cambio él está feliz. Completamente satisfecho con el golpe bajo el labio que cubre el maquillaje.

Vuelvo a girarme hacia él con los puños apretados y la sangre hirviéndome por dentro, pero su rostro a pocos metros, junto con una pequeña patada en mi vientre justo en ese momento, me recuerda que no debo hacerlo. Tengo que fingir, soy actriz. Puedo hacerlo.

—Mike... Esto es...

—Espera a ver el cuarto de los bebés. —Tira de mi mano hacia la otra puerta—. No sabía si serían niño o niña, así que lo he pintado de verde

bosque. ¿Te gusta? —Me mira con una sonrisa esperanzadora.

—Me-me encanta. De verdad, es precioso. —Me fuerzo a sonreír también y a no apartarme cuando sus labios tocan los míos.

—Me alegro mucho, cariño. Te prometo que aquí seremos muy felices.

STEPHEN

La conversación amistosa, junto con las carcajadas que llenan el coche, desaparecen cuando llegamos a mi calle y veo que todo está lleno de coches de policía y de prensa por todas partes.

—Alyssa —digo acelerando y pitando para que todos se hagan a un lado y me dejen pasar.

Aparco de cualquier forma y me bajo deprisa. Mi hermana corre tras de mí hacia la puerta principal, donde hay varios policías.

—Stephen Sinclair —dice uno de ellos cuando llego.

—¿Dónde está mi novia?

—Entre, por favor. —Se hace a un lado para dejarme pasar.

Kelly corre a abrazar a Duncan cuando entramos en el salón y les vemos hablando con un agente. Kenny se gira para mirarme y con sus ojos ya me lo dice todo. Me freno en seco y llevo las manos a mi cabeza sin poder retener las lágrimas que ya se están formando en mis ojos. A pesar de ello no puedo evitar correr por la casa, abriendo puertas y gritando su nombre, desesperado. Cuando regreso al salón mi mejor amigo está esperándome con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Dónde está? —pregunto en un hilillo de voz.

—Señor, soy el agente James. Necesito que...

—¿¡Donde está Alyssa!?! —Exploto en gritos provocando que todos a mi alrededor se callen y centren su atención en mí.

—Mike se la ha llevado —suelta Duncan de repente.

—No. Eso es imposible —río con sarcasmo mientras niego con la cabeza como si eso fuera a hacer que volviera.

—Steph... —Kenny coloca una mano en mi hombro.

—¿¡Habéis dejado que se la lleve!?! —gruño mientras lo agarro con fuerza por la camiseta y le empujo haciendo que caiga en sofá.

Dos policías me sujetan para que le suelte, a los cuales también empujo.

—¡Cálmate! —Me grita mi hermana—. ¡Así no ayudas!

—Lo siento —Duncan ayuda a Kenny a levantarse y ambos se acercan a

mí—. Intentamos que no se la llevara, pero le puso una navaja en el cuello y... Tío, lo siento mucho.

Camino hasta el sofá y me dejó caer, llorando y tapándome la cara con las manos. Mi hermana se arrodilla frente a mí y me obliga a abrazarla, pero mis brazos no responden.

—La encontraremos, te lo prometo —susurra en mi oreja.

CAPITULO 14

STEPHEN

Ha pasado un día y medio desde que ese hijo de puta se llevó a Alyssa. Los policías entran y salen de mi casa como si fuera la suya propia, y han tenido que pedir refuerzos para poder contener a la masa de perros que hay en la puerta. Jeff ha sido trasladado al hospital con una conmoción cerebral grave y prácticamente todo el equipo ha venido conmigo a casa, pero la policía solo ha dejado que se quedaran unos pocos.

—No entiendo por qué no la han encontrado todavía. —Restriego mi pelo por decimoquinta vez.

—Están haciendo todo lo que pueden —me dice mi hermana.

—¡Pues no es suficiente! —Le pego una patada a la mesa del medio, moviéndola varios metros y dejando una pequeña marca en el suelo—. No soporto estar aquí sin hacer nada.

—¿Y qué quieres hacer? No sabes dónde buscarla —Duncan se coloca de pie frente a mí.

—Cualquier cosa antes de quedarme aquí de brazos cruzados.

—Yo te apoyo, deberíamos ir. —Stanley se sienta a mi lado.

Le miro un segundo y me levanto, el resto lo hace conmigo y me observan expectantes, esperando lo que haré a continuación.

ALYSSA

Respiro con normalidad para que Mike no se despierte, intento moverme pero su brazo presiona más mi barriga.

—Cariño, tengo que ir al baño —murmuro.

—Mmm. —Asiente y se gira, quitando sus manos de mi cuerpo.

Me levanto y camino marcha atrás, comprobando que sigue dormido y no me ve. Salgo de la habitación sin cerrar la puerta y voy al salón. Un teléfono, tiene que haber un teléfono por alguna parte. Rebusco en los cajones, los armarios, entre su ropa, sintiendo cómo la desesperación se apodera de mí cada segundo que pasa. Mis pequeños no paran de moverse, como si supieran que algo malo está sucediendo.

Acaricio mi barriga y salgo al exterior de la casa, intentando encontrar la forma de escapar, pero no la veo. Estamos totalmente rodeados de agua, en una puta isla en medio de un puto lago. ¿Cómo coño se las ha ingeniado para traer todas esas cosas hasta aquí? Las cunas, toda la ropa, los muebles... Está loco. ¿De dónde habrá sacado esta idea? Pensar en el tiempo que lleva planeándolo, hace que los pelos se me pongan de punta.

—¿Qué haces? —Mierda.

—Na-nada, buscaba... —Miro a mi alrededor.

—Un teléfono —gruñe apretando el suyo entre sus manos.

—No.

—No me mientas, ¿es que no quieres estar conmigo? —Camina despacio hacia mí.

—Claro que sí, no digas tonterías. —Sonrío con nerviosismo.

—Buscabas un maldito teléfono para llamar a tu novio y decirle donde estás —murmura entre dientes, deteniéndose a pocos centímetros de mi cara.

Levanta la mano libre y aprieta mi mandíbula entre ella, clavando los dedos en mis mejillas.

—Me haces daño.

—Escúchame bien, cielo. —Se acerca a mis labios hasta rozarlos—. ¡No volverás a ver a ese cabrón en tu puta vida! ¡Ni a tu madre ni a tus amigas!

Me suelta la cara y lanza el teléfono contra la pared, haciendo que estalle en mil pedazos y asustándome por el impacto. Me mira con furia y con todos los músculos de su cuerpo tensionados.

—¡Estás loco! —grito sin poder evitarlo.

Su mano golpea mi mejilla con fuerza, haciendo que caiga hacia la cristalera de atrás y ésta se ropa contra mi espalda. Noto cómo un pedazo de vidrio raja mi espalda cuando caigo al suelo.

—Mierda, Aly. —Se arrodilla frente a mí—. ¿Por qué tienes que hacerme enfadar?

Me ayuda para que me levante, pero el dolor es demasiado grande.

—¡Para, para! —grito cuando veo la cantidad de sangre que chorrea por

mi piel, empapando el suelo de rojo—. No, no, ahora no.

Llevo la mano a mi entrepierna y palpo la humedad, informándome de que la hora ha llegado. Él me mira a mí y después mira al suelo, percatándose de todo y sonriendo después.

—Ya vienen.

—No, no estoy preparada, todavía me falta un mes. —Rodeo su cuello cuando me levanta por las piernas—. ¡Ah! —exclamo por el dolor de mi espalda.

—Shh, tranquila. —Me lleva a la habitación y me tumba sobre la cama.

—Tienes que llevarme a un hospital, Mike.

—Ni lo sueñes. —Clava su mirada en mí de forma seria y amenazante—. He leído mucho sobre esto y me he preparado para hacerlo yo mismo.

—Ni de coña —digo provocando que su mandíbula se tense—. Por favor. —Las lágrimas hace rato que comenzaron a caer por mis mejillas.

—No te preocupes, cariño, todo saldrá bien. Ahora vuelvo.

Sale por la puerta de la habitación y yo aprovecho para intentar escapar. Cojo impulso apoyando las manos en el colchón y trato de levantarme, pero en cuanto me pongo en pie, un pinchazo de dolor en mi espalda hace que caiga de rodillas al suelo, sujetándome la barriga por impulso.

—¿¡Qué haces!?! —grita tirando las toallas sobre la cama.

—Por favor, Mike —suplico—, necesito un médico.

—Yo seré tu médico —sonríe.

STEPHEN

—¿Dónde va? —me pregunta un policía.

—¿A usted qué coño le parece? —Doy un manotazo para quitarme sus manos de encima— Voy a encontrar a mi novia.

—No, señor, me temo que no puedo dejar que haga eso.

—Creo que no le queda más remedio. —Escucho la voz de Kenny a mi espalda.

Me giro y veo que los siete chicos del equipo que han dejado que se queden, están de pie tras de mí, con los brazos cruzados y una mirada amenazante. Vuelvo a mirar al policía y elevo las cejas esperando ver lo que hará contra todos nosotros.

—Señor. —El cobarde de mierda camina hasta el jefe y ambos vienen hacia nosotros junto con otros cuatro agentes más.

—Sinclair, debe comprender que no podemos dejar que interfiera en la investigación. Hágalo por Alyssa, solo empeorará la situación.

—Su investigación no está dando los frutos que debería —gruño cerca de su rostro—. Está embarazada y sola con el enfermo que la maltrató durante meses. Ese chico ha estado vigilándonos todo este tiempo, acechando. Y ninguno nos hemos dado cuenta. ¿Qué le hace pensar que van a ser capaces de encontrarles ustedes solos?

—Somos la policía.

—Y yo soy su novio y le padre de sus hijos. Y mientras ustedes hacen su trabajo, que la verdad es que no sé en qué cojones consiste, yo saldré a la calle y levantaré cada puta piedra que encuentre para no permitir que mis hijos nazcan frente a ese hijo de puta.

—Oiga, no puedo dejarle que...

—No me toque —le interrumpo cuando pone una mano en mi pecho.

—Solo empeorará las cosas.

Le miro un segundo más y después paso entre él y el cobarde subordinado para salir a la calle. Mis amigos me siguen sin decir nada, sé que me apoyarán en todo lo que haga.

—¡Sinclair! ¡Sinclair! —Las voces de los perros llegan hasta mis oídos desde fuera de la barrera de seguridad que la policía ha montado.

Entonces se me ocurre algo. Me giro hacia los chicos y ellos realizan una pregunta muda con la mirada.

—Si les cuento lo que ha pasado, la noticia correrá por toda la ciudad. Saldrá en televisión y todos los periódicos, quizá alguien les haya visto.

—Puede que sea peor, Steph —dice mi hermana—. Igual Mike lo ve también y le entra el pánico...

—Tengo que hacer algo, no puedo quedarme quieto viendo cómo pasa el tiempo y ella no aparece.

—Vamos. —Kenny señala la barrera con la cabeza, mostrándome su apoyo a mi idea.

—Hay que hacerlo rápido —me susurra Stanley colocándose a mi lado—. El teniente no te quita ojo de encima, en cuanto vea lo que te propones ordenará que te detengan.

—No pueden detenernos a todos —digo mirando al equipo—, subid en los coches y pararemos cuando abran la barrera y estemos en medio de todos ellos.

Kenny, Dun, Stanley y Byron vienen conmigo, mientras que el resto van

en el coche de Terrance. La policía mueve a los perros para abrirnos paso, sin imaginarse que vamos a frenar pocos metros después.

—¿¡Qué está pasando!?! —grita una reportera.

—¿¡Le ha pasado algo a Alyssa!?!

—¡Stephen, mira aquí!

—¡Stephen! ¡Aquí! ¿¡Dónde está tu novia!?!

—¿¡Ya han nacido los bebés!?! ¿¡Por qué está aquí la policía!?!

Abro la puerta del coche y salgo de él, moviendo mis manos para intentar que todos se callen y así poder hablar. Se ordenan silencio unos a otros, gritando furiosos y ansiosos por escucharme.

—Han secuestrado a Alyssa —comunico entonces, provocando otra oleada de gritos y preguntas—. Ha sido su ex novio. Se llama Mike y se la llevó ayer por la tarde —continúo, mirando ahora hacia la cámara más cercana que me enfoca—. Se fueron en un Sedane negro, con la matrícula 027-AGH. Por favor, si alguien lo ha visto, llamen inmediatamente a la policía.

—Ya vienen —me dice Ken desde el asiento delantero. Giro la cabeza y veo a varios agentes tratando de abrirse paso.

Me meto en el coche de nuevo y conduzco para salir de ahí y no ser detenido por haber desvelado todo eso. Sé que son policías y que tiene su manera de investigar, pero no podía no hacer nada, joder. Si tengo a la prensa de mi lado, ¿por qué no aprovecharlo?

ALYSSA

Mike levanta mi vestido y tira hacia abajo de mis bragas. No para de sonreír con emoción y de murmurar cosas que no entiendo ni pienso hacer el esfuerzo por entender. Sé que no va a llevarme a un hospital, sé que él va a ser el encargado de traer a mis hijos al mundo, así que lo único que puedo hacer llegados a este punto es colaborar.

—Bueno, ahora es cuando debes relajarte y respirar —dice colocando las manos en mis rodillas y separándolas.

—Me duele mucho, Mike. —Lloro sintiendo cómo mi vagina va expandiéndose y la sangre no para de salir de mi espalda.

—Se acabará pronto, te lo prometo. Haz lo que yo te diga y acabaremos en seguida. Mierda —dice mirando a los lados—, ahora vuelvo.

Se levanta y veo cómo su móvil se le cae del bolsillo trasero y aterriza en

el colchón. Extiendo el brazo mordiéndome el labio para no gritar por el dolor, lo estoy rozando con la yema de los dedos. Cierro los ojos y cojo impulso, hasta que lo sujeto y tiro de él. Suelto el aire despacio, marco el novecientos once y lo meto bajo la almohada.

—¡Ah! —exclamo cuando me viene una contracción— ¡Ayuda!

—¿Qué pasa? Aparece corriendo con unas tijeras y no sé qué más.

—¡Eres un cabrón! ¡Me has secuestrado y me has traído a esta puta casa en medio de un lago, y ahora mis bebés nacerán sin un médico! —grito bien alto para que me escuchen por el teléfono.

—Cariño —coge aire con paciencia—, no te pases. Yo te ayudaré a que nuestros hijos nazcan.

—¡No son tus hijos! ¡Son de Stephen Sinclair! ¡Ah! —Aprieto las sábanas en un puño debido al intenso dolor que la contracción aún me provoca.

He leído mucho sobre el parto en estos últimos meses, y también he ido a clases de preparación, pero jamás imaginé que las circunstancias fueran a ser éstas. Mis bebés van a nacer un mes antes de lo esperado, en medio de un puñetero lago y a manos de un psicópata. Sobre eso no he leído nada.

—Pasaré eso último por alto.

—¡Quiero un médico! ¡Quiero a Stephen!

—¡Alyssa, cierra la puta boca o te la cerraré yo!

Le miro a los ojos a través de las lágrimas que hacen que mi visión se empañe, y dejo escapar una bocanada de aire.

—Te odio. —Esto no necesito que lo escuchen por el teléfono.

—Tienes contracciones cada cuatro minutos —dice ignorándome y mirando el reloj de su muñeca—. Y duran...

—¡Ah! —Me observa en silencio, desviando la mirada de mí hacia el reloj cada pocos segundos.

Entonces el dolor de la contracción cesa, pero vuelve a ser más presente el del corte en la espalda.

—Bien, unos cincuenta y cinco segundos. —Levanta la cabeza hacia mí y sonrío—. Todo es normal, cielo. Puedes tardar en dar a luz unas cuantas horas, así que procura relajarte.

Lleno mis pulmones de aire y trato de ignorar la punzada de la espalda. Aunque estoy perdiendo mucha sangre y me temo que no podré empujar en este estado.

STEPHEN

El rejo de una farmacia me indica que ya llevamos más de dos horas buscándola. Hemos recorrido toda la ciudad, mostrando su foto por todas partes, aunque en la mayor parte de las ocasiones no ha hecho falta. La noticia está por todas partes, por lo que la gente ya está al tanto de la matrícula del coche y de todo lo sucedido.

—Estoy seguro de que está bien. —Stanley da palmaditas en mi hombro cuando me siento en un banco, frente a nuestros coches.

—Puede que se la haya llevado a las afueras —comenta Duncan—. En la ciudad no está, Steph, alguien habría visto ya el coche. Hemos hablado con todos los parking y la policía se está encargando de las cámaras de los establecimientos.

Entonces un coche con las sirenas encendidas se detiene junto a nosotros. Un policía se baja agitado y corre hasta nosotros.

—Sinclair, llevamos una hora buscándole. Le hemos llamado por teléfono.

—¿Qué pasa? —Me alarmo de inmediato.

—La han encontrado.

—¿De verdad? —Un nudo se forma en mi garganta. Que la hayan encontrado no me indica el estado en el que se encuentra—. E-ella...

—¿Está bien? —Duncan realiza la pregunta por mí.

—Al parecer llamó a emergencias a escondidas. Está de parto, una unidad especial ya está de camino, vamos.

El pulso termina de acelerarse en todo mi organismo, no soy capaz de controlarlo. Voy a subirme al asiento del conductor, pero Kenny me lo impide y me quita las llaves de las manos. Me dice que estoy demasiado nervioso y que es mejor que él lleve el coche. No discuto con él porque tan solo perderíamos más tiempo y lo único que quiero es irme ya.

Seguimos al vehículo policial por la carretera principal, hasta que vemos cómo a lo lejos hay otros dos, una furgoneta y una ambulancia.

—Acelera —ordeno a mi amigo, el cual obedece sin rechistar.

—Espero que siga vivo porque lo mataré —dice Duncan desde el asiento trasero.

Largos minutos después llegamos a un camino de piedras y tierra, en el cual los policías aflojan la velocidad. Estamos rodeados de árboles y la situación cada vez me recuerda más a una película de terror.

—Por favor —murmuro para mí mismo.

Todos los coches se detienen y yo me bajo sin tan siquiera esperar a que Kenny detenga el motor.

—¡Alyssa!

ALYSSA

—Cariño, tengo que coserte la herida de la espalda o te desmayarás.

—Me duele mucho —balbuceo tratando de incorporarme.

—Hagámoslo antes de la próxima contracción —sugiere levantándose.

—Voy a por el botiquín, quítate la camiseta.

Respiro despacio y trato de obedecerle, puesto que sé que tiene razón y que no podré hacer nada sin su ayuda. Realmente me siento mareada y sé que si sigo por este camino, perderé la consciencia muy pronto.

Metó las manos ligeramente bajo la almohada para incorporarme, y entonces palpo el teléfono móvil. Por Dios, que me hayan escuchado, por favor.

—Tienes unas tetas increíbles. —Levanto la cabeza cuando le escucho desde la puerta.

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora? Estoy de parto, Mike, y me estoy desangrando.

—¿Y se supone que eso tiene que quitarme las ganas de follarte?

Le miro atónita pero no me molesto en responder. ¿Para qué? Tan solo dejo que suelte una carcajada y se coloque tras de mí para coserme.

—Qué mala pinta tiene esto —comenta como si nada.

—¿Qué significa eso? —pregunto asustada.

—Nada, lo arreglaré.

—¡Ah! —exclamo cuando limpia la sangre sin mucho cuidado.

—Vamos, cielo, no te quejes tanto.

Me muerdo las mejillas por dentro y aprieto las sábanas en un puño. Puedo sentir la sangre en el interior de mi boca.

—Allá voy, ¿estás preparada?

—¡Ah!

—Si todavía no he empezado a coserte.

—¡Contracción! —grito clavando los dedos en su pierna.

—Ah, vale, bueno, pues respira. —Escucho cómo suelta un bufido y espera a que los segundos pasen.

—Ya... —murmuro completamente agotada.

—Bien, pues ahora respira otra vez porque voy a coserte ya.

Abro la boca y ahogo un grito, cerrando los ojos con fuerza y concentrándome en no desmayarme. Poco después, corta el hilo y coloca un apósito antes de pedirme que vuelva a tumbarme. Se marcha unos segundos y regresa con un vaso de agua y una pastilla. Le digo que no quiero medicarme, pero la verdad es que jamás en la vida había experimentado un dolor semejante, así que la acepto.

Las contracciones continúan durante más de dos horas, en las cuales pierdo y recobro la consciencia. Mike no se separa de mi lado, seca el sudor de mi frente y me ofrece su mano para apretar cada vez que lo necesito.

—No-no puedo más —balbuceo con la poca fuerza que me queda—, necesito un médico.

—Shh, tranquila. Ya queda poco.

—De verdad que...

—No me hagas perder los nervios —gruñe tensionando la mandíbula.

La vista se me nubla y la habitación da vueltas. Siento cómo me pesan los párpados y apenas puedo pensar con claridad.

—N-no... —Todo se vuelve negro.

STEPHEN

Varios policías me retienen para que no cruce el puto lago a nado hasta la cabaña en la que ella se encuentra. Cruzan en una barca hinchable y piden absoluto silencio. Cuando llegan hasta la puerta, la abren de una patada y entran, haciendo que sea imposible saber lo que sucede dentro de ella. Todos levantamos la vista hacia el cielo cuando escuchamos las hélices de un helicóptero. Un hombre baja atado a una cuerda, junto a una camilla. En ese momento el sonido de dos disparos sale de dentro de la casa.

—¡Alyssa! —Tanto mis amigos como yo intentamos zafarnos de los policías para correr hacia la casa.

Uno de los agentes sale de la cabaña en ese momento, hace una señal con las manos y el del helicóptero llega hasta él. Observamos la escena desde la distancia, sin poder hacer nada. Entonces meten la camilla y transcurren infinitos minutos hasta que vuelven a sacarla con un cuerpo sobre ella. Desde aquí es imposible ver claramente de quien se trata, pero el tamaño de la barriga me indica que es ella.

—Está inconsciente y de parto, la llevamos al Memorial. —En cuanto

escucho eso saliendo de uno de los *walkie talkies* del teniente, corro hasta mi coche.

Ésta vez soy yo el que conduce, esperando impaciente a que todos se suban al coche.

Seguimos al helicóptero, quedando muy atrás debido al maldito tráfico de la ciudad.

—¡Joder! —exclamo dando un golpe al volante cuando los coches me hacen detenerme de nuevo.

—Tranquilo, ya habrán llegado al hospital y seguro que la están atendiendo.

—Sí, estamos muy cerca. —Byron apoya a Kenny.

En cuanto detengo el coche en el aparcamiento, el de seguridad se aproxima para decirme que no puedo dejarlo ahí, pero simplemente le ignoro y corro buscando el mostrador principal. No sé cómo, pero la prensa ya se encuentra aquí y ya está lanzando fotografías y gritando. Gracias a Dios la policía pronto llega y les hace abandonar el hospital.

—Estoy buscando a Alyssa Mills —digo en cuanto llego a recepción.

—Por aquí. —Me giro ante la voz de un auxiliar a mi espalda—. Solo puede pasar usted.

Corro sin mirar a mis amigos, sabiendo que seguirán aquí cuando regrese.

—¿Cómo está?

—Le están haciendo una cesárea, sigue inconsciente —me explica mientras caminamos por un largo pasillo.

—¿Pero se pondrá bien? —Nos detenemos frente a una puerta y él me indica que pase y espere a que me llamen. Sin darme una respuesta.

Permanezco de pie, inmóvil y sin apartar la mirada de la entrada durante los interminables minutos que pasan hasta que vuelve a abrirse.

—¿Quiere conocer a sus bebés? —pregunta una enfermera con una sonrisa.

ALYSSA

Me duele todo. Tengo la garganta seca, siento humedad en mis partes bajas y un dolor agudo en la espalda y en mi vientre. No puedo abrir los ojos, los tengo pegados. Dios, tengo mucha sed.

—¿Por qué no se despierta ya? —Oh, señor. Stephen.

—El médico ha dicho que la han sedado, tardará un poco.

—A... agua —baluceo.

—Aly, Dios, nena. —Una mano acaricia mi rostro mientras abro muy lentamente los ojos—. ¡Traed agua! —le grita a alguien.

Entonces escucho algo que me devuelve por completo la vida. Llantos de bebé.

—Ten, abre la boca. —Mi chico coloca una pajita en mis labios y yo hago esfuerzo porque el agua suba por ella.

—Stephen. —No sé por qué, pero empiezo a llorar.

—Shh, tranquila —susurra besando mi mano entre las suyas—. Estás bien, estamos todos bien.

—Los bebés —murmuro.

—Perfectamente bien.

Sigo el movimiento de su cuerpo cuando gira, se agacha y vuelve a darse la vuelta. Tiene a uno de ellos en los brazos. Mi hijo.

—Tan preciosos como su madre. —Sonríe él.

Kelly coge el otro y se coloca a su lado, mirándome con ternura.

—¿Están bien? —Lloro más y él asiente—. ¿De verdad?

—Sí, te lo prometo. Te han hecho una cesárea, pero no te preocupes por nada ahora. Los dos están bien.

—Dos niños —digo aún entre lágrimas.

—Mi bebé ha tenido dos bebés. —Giro la cabeza hacia la puerta de la habitación cuando la voz de mi madre llega a mis oídos.

—Mamá. —Y entonces termino de derrumbarme.

Ella se acerca deprisa y deja un peluche en la mesa antes de sentarse a mi lado y apoyar la cabeza en mi pecho con cuidado. Ambas lloramos durante varios segundos, hasta que quedamos silenciadas por los llantos de los nuevos integrantes de la familia.

—¿Cuánto... cuanto llevo inconsciente?

—Un día —responde mi madre.

—¿Mike? —La mandíbula de Stephen se tensa y acaricia mis mejillas para secarlas.

—Está muerto.

Asiento dejando escapar el aire despacio, y muevo los brazos para poder coger a mis bebés.

—¿Estás segura? Has perdido mucha sangre, deberías...

—Puede hacerlo. —Steph interrumpe a su hermana, la cual obedece de

inmediato y coloca uno entre mis brazos.

—Mi niño. Hola, hola. —Kelly se hace a un lado para que Stephen me entregue al segundo—. Os he echado de menos. Os voy a querer toda la vida. —Cierro los ojos y rompo a llorar de nuevo.

—Necesitan un nombre, pequeña. —Stephen me da un beso en la frente y se sienta en la silla justo a nuestro lado.

—Sí. —Sonrío sin poder apartar la vista de ellos.

—Tengo una sugerencia. —Acaricia delicadamente la cabeza de uno de ellos—. Ethan.

—Y Alex —añado yo mirando al otro.

—Ethan y Alex —dice la abuela—. Estos niños tienen un futuro prometedor.

STEPHEN

Apoyo mi cuerpo en el marco de la puerta, cruzando los brazos y escuchando cómo mi pequeña canta una nana a nuestros bebés mientras mece ambas cunas. Levanta la vista hacia mí y yo le guiño un ojo con una sonrisa, acercándome después y deteniéndome frente a ella.

—No se puede querer más a alguien —le digo cuando termina la canción.

—Te entiendo. —Rodea la cuna de Ethan y se aproxima, poniéndose de puntillas para darme un beso en los labios.

—Estoy profundamente enamorado de ti, Alyssa Mills. Prometo cuidaros y protegeros el resto de mi vida.

Cierra los ojos y coge una bocanada de aire, sonriendo y abriéndolos después de un par de segundos.

—Mereces ser adorado, Stephen Sinclair. Y es lo que vamos a hacer tus hijos y yo. Os quiero más que a nada en el mundo.

EPÍLOGO

CINCO AÑOS DESPUÉS

STEPHEN

—¡No puedo llevarlos yo, nena! ¡Tengo entrenamiento en una hora! — grito desde la habitación.

—¡Pues yo tengo rodaje! ¡Te dije que hoy teníamos que ensayar la escena final de la obra! —Me devuelve los gritos desde la cocina.

Termino de ponerme la ropa del equipo y voy hacia allí, chocándome con mis hijos por el pasillo.

—No corráis, veréis como mamá os vea —digo sujetando a los dos por la parte trasera del pantalón y levantándolos un poco en el aire.

Los dos me sacan la lengua y yo vuelvo a soltarlos después de sonreír. Les sigo hasta el salón y suspiro cuando se lanzan en el sofá tirando los cojines por decimoquinta vez esta mañana.

—Llamo a Kelly, espera —digo entrando en la cocina.

—Da igual, los dejaré media hora antes. —Cierra las dos bolsas con el almuerzo de los niños y se gira para mirarme.

—La obra saldrá estupenda, nena. —Coloco las manos en su cintura y ella se pone de puntillas para darme un beso.

—Estoy muy nerviosa.

—Pues no lo estés. ¿A qué hora vendréis al partido?

—He quedado con tu hermana y con las chicas a las siete.

—Vale, entrad por la derecha y os dejarán llegar hasta abajo.

—Perfecto, a los niños les encantará.

—¡Mamá! —Alex viene llorando.

—¿Qué pasa?

—Ethan no quiere dejarme su balón. —Me agacho para ponerme a su altura y cojo su manita para que se acerque y levantarlo en brazos.

—¿Qué tiene el tuyo de malo? —le pregunto.

—El mío no entra en la canasta, el suyo sí.

Miro a Aly y ambos sonreímos.

Ethan siempre ha sido el más deportista de los dos. Mientras él estrenaba la canasta que les regalé a los dos años, Alex se dedicaba a jugar con el coche de policía que su abuela le había regalado. Pero hace unos meses parece ser que ha adquirido la vena del baloncesto y quiere ser como su hermano, con la diferencia de que Ethan ha lanzado cientos de canastas y él solo una decena. En su inocente cabecita piensa que la culpa de que sus canastas no entren, es de su balón. Así que siempre está llorando porque su hermano no quiere prestarle el suyo pensando que se lo romperá y luego sus canastas tampoco

entrarán.

—Bueno, ¿qué te parece si mañana te compro uno nuevo y lo probamos a ver si funciona mejor?

—¡Vale! —Sorbe la nariz y corre hacia el salón cuando vuelvo a dejarle en el suelo.

—¡Papá me va a comprar un balón mejor que el tuyo! —Escuchamos que grita.

—Oh, no. Segundo asalto —dice Aly sonriendo.

—¡Papá!

ALYSSA

Después de dejar a los niños en el colegio, vuelvo corriendo al coche y conduzco deprisa para no llegar tarde al teatro. Interpretamos “Cuento de Navidad” en tres días y necesito que todo salga perfecto.

Tras la inesperada llegada de Ethan y Alex, las cosas han cambiado mucho en nuestra vida. Gracias a Dios, ha sido para bien, aunque todavía hay noches en las que me despierto cubierta de sudor por las pesadillas. Lo llamaron estrés post traumático, casi estoy curada, pero supongo que es algo que me acompañará toda la vida.

Stephen consiguió volver al equipo oficialmente, jugando el partido completo y sin ningún problema por culpa de la rodilla, a la cual sigo agradeciendo que le tuviera fuera de juego durante ese tiempo. De no haber sido así, nunca nos habiéramos conocido.

Nuestra boda fue increíble, a pesar de que no pudimos tener luna de miel debido a que los niños solo tenían año y medio. Todavía estamos esperando poder encontrar un momento para hacerla.

—Alyssa, llegas tarde —me regaña el director de la obra.

—Lo sé, lo siento, he tenido que llevar a mis hijos al colegio.

—¿No tienen un padre también? —Se remanga el jersey de lana y cruza los brazos, mirándome por encima de unas gruesas gafas negras.

—Sí, pero su padre tenía entrenamiento y no podía llevarles.

—Ya. —Pone los ojos en blanco—. El jugador de la NBA.

—¿Puedo ir a vestirme o quieres que sigamos debatiendo sobre mi vida?
—Me hace un gesto con la cabeza y se da la vuelta.

Este tío es un gilipollas, pero por desgracia para todos, es el gilipollas que dirige todo el cotarro. No puedo quejarme, soy afortunada, no todo el mundo puede presumir de dedicarse a lo que más le gusta, y la verdad es que desde que terminé la carrera, no me ha faltado trabajo.

Entro al camerino y corro para abrazar a Joyce antes de pasar a por mi ropa. Me guiña un ojo me dice que entretendrá un poco más al resto del equipo para que no me lo reprochen después.

Sí, también soy afortunada por trabajar con mi mejor amiga, aunque ésta es la primera obra que compartimos. En cuanto a Brit, digamos que Stephen le dio un empujoncito y ahora forma parte de las *cheerleaders* de los Hornets. Ama bailar tanto como interpretar, así que está encantada. Por no mencionar que Ken tuvo que tragarse sus palabras de advertencia hacia Stephen, debido a que la rubia consiguió robar su corazoncito hace más de nueve meses. Dice que es diferente porque Brit ya es mayor de edad. En fin.

STEPHEN

Giro la cabeza en el vestuario cuando la voz de mis hijos me llega desde la entrada. Dejo la camiseta en la taquilla y me agacho con una sonrisa para levantar a ambos en el aire.

—Hola, campeones. ¿Qué tal el cole? —pregunto mirando a uno primero y al otro después.

—Bien —responde Ethan—, pero la profe me ha quitado el balón cuando hemos entrado.

—No se pueden tener balones en la clase, Ethan. —Alex le mira con superioridad y después me mira a mí—. ¿A que no, papi?

—Hola, nena. —Me agacho para besar los labios de mi mujer cuando llega hasta nosotros y se pone de puntillas—. ¿Qué tal fue el ensayo?

—¿¡A que no, papi!? —insiste mi hijo.

—Bien, creo que todo saldrá perfecto. —Sonríe ella antes de girarse para saludar al equipo.

—Mami, ¿vamos a sentarnos delante del todo? —Ethan cambia de tema con la misma facilidad de siempre.

—¡Papi! —Miro a Alex y le doy un beso en la frente con una sonrisa.

—Si la profe dice que no se puede, es que no se puede —respondo, observando cómo sonríe y le saca la lengua a su hermano, pero éste ya está pensando en el partido.

Vuelvo a dejarles en el suelo y ellos comienzan a corretear entre los bancos, chocando las manos de todos mis compañeros y volviéndoles locos con sus gritos de ánimo. No puedo borrar la sonrisa de la cara al verles con sus pequeños conjuntos de los Hornets, con sus nombres en la camiseta y los pantalones y las zapatillas del equipo.

—Que se te cae la baba —dice Alyssa colocando las manos en mi pecho.

—Igual que a ti. —Sonrío con ella y le doy un beso—. ¿Habéis visto ya al entrenador?

—Sí, ya tenemos los asientos. Tu hermana está en un atasco con el coche, espero que llegue a tiempo.

—Venga, llévatelos antes de que lo desmonten todo —río al ver cómo se ayudan mutuamente para meterse en el cesto de los balones.

Observo cómo camina hasta ellos y les dice algo antes de coger a ambos de las manos y girarse hacia nosotros.

—¡Vamos a ganar! —gritan con una increíble sonrisa que se nos contagia a todos.

Aly me guiña un ojo y yo le devuelvo el gesto antes de que salgan del vestuario.

—¿Te das cuenta de lo afortunado que eres? —Me doy la vuelta al escuchar a mi mejor amigo.

—Sí. —Saco la camiseta del equipo y me la pongo antes de volver a mirarle—. Son mi mundo, Ken. Solo entiendo la vida si es con ellos.

ALYSSA

Camino hacia atrás con mucho cuidado de no hacer ruido cuando consigo que los niños se duerman por fin. La victoria del partido ha sido tan emocionante que estaban demasiado agitados. Sin contar con que su padre les ha dado más tarta de la debida. Él me espera apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos. Los abre cuando llego hasta él y rodea mi cintura, apoyando la barbilla en mi cabeza y guardando silencio durante un par de minutos, en los cuales observamos a nuestros hijos sin decir una palabra.

—Vamos, tengo algo para ti —susurra en mi oído.

Entorno la puerta sin llegar a cerrarla del todo, y le sigo por el pasillo hasta nuestro dormitorio. Observo cómo abre el primer cajón de su cómoda y se acerca a mí con una sonrisa misteriosa y un sobre entre las manos.

—¿Qué es eso?

—Ven. —Tira de mi mano y me hace un gesto para que me siente sobre la cama.

Cruzo las piernas sobre el colchón y él se sienta en el borde, mirándome.

—¿Eres consciente de que me enamoro más de ti cada día?

—Me estás asustando. —Suelto una risa nerviosa y él niega con la cabeza mientras lo abre.

—En el ranking de los días más memorables de mi vida, el nacimiento de los pequeños es el primero.

—A pesar de las circunstancias.

—Sí.

—¿Cuál es el segundo? —pregunto con curiosidad.

—El día que me dijiste que me querías. —Sonrío y me inclino para llegar hasta sus labios.

—¿Y el tercero?

—Espero descubrirlo aquí. —Saca unos papeles del interior del sobre y me los entrega.

—Stephen. —Me tapo la boca ante lo que ven mis ojos—. ¿Una vuelta al mundo?

—¿Qué dices? —Se acerca y hace que me tumbe, colocándose sobre mi cuerpo—. ¿Te apetece cruzar fronteras conmigo y con los niños? —Me emociono aún más al saber que ellos compartirán esta experiencia con nosotros.

—Iría hasta el fin del mundo con usted, señor Sinclair.

FIN

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

“La atracción de Cooper”

Alaska. Una ciudad condenada a estar cubierta de nieve la mayor parte

del tiempo.

Una chica independiente y feliz, con una vida normal y cotidiana. Su única preocupación, divertirse con sus amigos y aprobar los exámenes. Tres chicos nuevos llegan al instituto envueltos en un halo de misterio, ocultan un secreto. Secreto que defenderán a toda costa, no tienen más remedio...

Taylor descubrirá unas flores muy poco comunes, con cientos de leyendas medievales a sus espaldas. ¿Tendrán éstas algo que ver con el secreto de los Elliott? ¿Qué ocurrirá cuando a la chica risueña le entre la curiosidad?

Déjate llevar por esta historia llena de amor y misterio, y descubre cómo Taylor y Cooper luchan contra sus sentimientos.

“Toxic”

Él amaba las armas, quería su vida de traficante al margen de la ley, a pesar de que su padre fuera el jefe de policía. No pertenecía a nada ni a nadie, solo él, sus amigos y su carrera de Derecho para algún día marcharse lejos.

Ella era terca y ambiciosa. Trabajaba duro cada noche sobre la barra de un bar, bailando y aguantando las groserías de los clientes tras la barra. Tan solo tenía a su mejor amigo, el cual la apoyaba incondicionalmente, y su carrera de Medicina. Su sueño era ayudar a los demás.

Dos mundos totalmente opuestos, para un único desenlace. ¿Te lo perderás?

“Trilogía peligrosa”

- 1—Tentaciones peligrosas
- 2—Decisiones peligrosas
- 3—Consecuencias peligrosas

Gracias a la numerosa fortuna que sus padres les dejaron, Wendy y Rick han podido vivir sin problemas. Ella es rechazada por la universidad a la que pretendía ir, así que decide que ya es hora de volver a San Francisco, tras cuatro años estudiando en París. Su hermano lleva una vida llena de vicios. Es dueño de un concesionario de vehículos y le sobra el dinero. Cuando Wen

le dice que quiere volver a casa, se alegra por volver a tenerla cerca pero no por los problemas que pueda causarle.

Él vive con su mejor amigo, Josh. Wendy y Josh nunca se han soportado y esto es algo que preocupa a Rick inmensamente. Josh es igual que él, vicioso y con una vida nada recomendable para su hermana. Su día a día consiste en trabajar unas pocas horas y dedicar el resto del tiempo al juego, las fiestas, los coches, las peleas y a las mujeres, sobre todo a las mujeres. Puede controlar a su hermana, mantenerla lejos de ese mundo oscuro... o al menos eso cree él.

Aunque pronto se dará cuenta de que la dulce y pequeña Wen ha crecido, y ya no es la misma de hace cuatro años...

“Saga Memento Mori”

- 1—Placeres violentos
- 2—Sutil persuasión
- 3—Dulce pecado

Cuando los niños jugaban con balones, Hell lo hacía con mecheros. Las cicatrices que lo cubren son sus tatuajes y no le tiene miedo a la muerte, la ha desafiado tantas veces que se han hecho buenos amigos. Aunque, eso es lo que ocurre cuando se vive jugando con fuego, que terminas quemándote. La mafia en la que ha crecido aumenta cada día, y el sonido de balas rozándole los oídos es su melodía. ¿Habrá esperanza para él? Tal vez sí, o tal vez no... Para Hell, la esperanza no existe en el infierno. Hasta que un buen día y de la forma más inesperada, Hope se cruza en su camino. Huérfana y vendida a la red de prostitución de su padre, el mafioso más influyente del país, el joven Ivankov tendrá que librar la lucha interna más dura de su vida; conservar la lealtad a la familia que le han inculcado, o seguir su corazón.